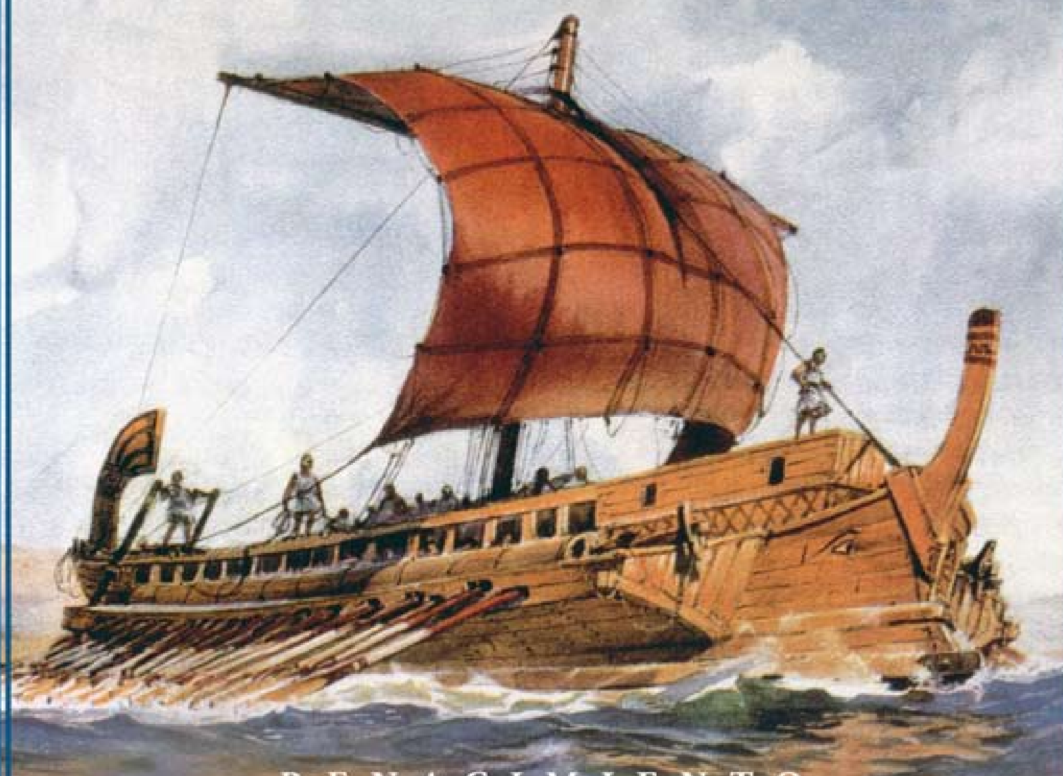
HENRY A. ORMEROD

PIRATERÍA
EN LA
ANTIGÜEDAD



RENACIMIENTO

COLECCIÓN

ISLA DE LA TORTUGA

PIRATERÍA EN LA ANTIGÜEDAD

PIRACY IN THE ANCIENT WORLD

AN ESSAY IN MEDITERRANEAN HISTORY

BY

HENRY A. ORMEROD, M.A.
Professor of Greek in the University of Leeds

*Εἰς Ῥόδον εἰ πλεύσει τις Ὀλυμπικὸν ἦλθεν ἐρωτῶν
τὸν μάντιν, καὶ πῶς πλεύσεται ἀσφαλέως.
Χὠ μάντις, Πρῶτον μὲν, ἔφη, Καινὴν ἔχε τὴν ναῦν
καὶ μὴ χειμῶνος τοῦ δὲ θέρους ἀνάγου.
Τοῦτο γὰρ ἂν ποιῇς, ἥξεις κἀκεῖσε καὶ ὧδε,
ἂν μὴ πειρατὴς ἐν πελάγει σε λάβῃ.*

Anth. Pal, xi 162.



LIVERPOOL
THE UNIVERSITY PRESS OF LIVERPOOL LTD.
LONDON
HODDER AND STOUGHTON LTD.
MCMXXIV

Portada de la edición de 1924

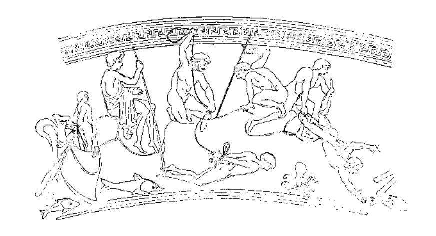
Henry A. Ormerod

PIRATERÍA EN LA ANTIGÜEDAD

UN ENSAYO SOBRE HISTORIA DEL MEDITERRÁNEO

Traducido del inglés por *Victoria León*

Prólogo de Luis Alberto de Cuenca



RENACIMIENTO

COLECCIÓN

ISLA DE LA TORTUGA

Diseño de cubierta: Equipo Renacimiento

Esta obra ha sido publicada con una subvención del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su difusión pública y libre por cualquier medio, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

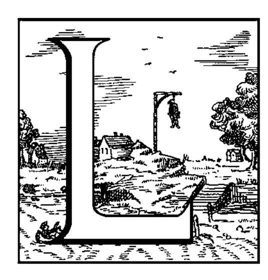




1ª edición inglesa: 1924
1ª edición española: 2012

Depósito Legal: SE 831-2012 ISBN: 978-84-8472-668-5
Impreso en España ISBN eBook: 978-84-8472-675-3 Printed in Spain

PRÓLOGO



EYENDO la *Historia de la piratería (The History of the Piracy*, 1932) de Philip Gosse, publicada en esta misma colección –la única, por cierto, que existe en el mercado editorial consagrada con exclusividad a los piratas de todos los tiempos– con un prólogo mío, se hace uno una idea cabal de la importancia que tuvo la Edad Antigua en la trayectoria histórica del bandidaje marino. Hasta el día de hoy, el ensayo más importante que se ha llevado a cabo sobre la piratería en esa etapa de la historia universal es, sin duda, el que empieza donde terminan estas breves líneas prologales, o sea, el del británico Henry A. Ormerod, que apareció por vez primera hace casi noventa años (Liverpool y Londres, 1924), se reimprimió en 1967, 1978 y 1996, y hoy ve su primera y gloriosa luz en español merced a los buenos oficios de Victoria León, ya habitual desempeñando tareas de traducción en la Editorial Renacimiento. Pasando por alto el hecho de que no siempre se hayan adoptado las pertinentes medidas de normalización en la transcripción de los nombres propios griegos y latinos al castellano, la versión de la preciosa monografía de Henry Ormerod se lee con facilidad y con agrado, desde el prefacio hasta el último capítulo –dedicado a la piratería

en época imperial romana–, al que siguen más de ochenta páginas de notas acribilladas de exquisita erudición.

Decía el viejo Goethe que la guerra, el comercio y la piratería formaban una «trinidad inseparable», y eso queda muy claro al lector que pasea sus ojos por las páginas del libro de Ormerod. Hace veinte años publiqué un trabajillo sobre la piratería en Grecia y Roma, y ya pude disfrutar entonces, en su versión original, de la lectura de esta obra, absolutamente imprescindible para cuantos se acerquen al tema con ánimo de saber más. Antes de Ormerod, podríamos citar otros estudios relevantes *ad hoc*. Por ejemplo, el del francés Jules-Marie Sestier, *La piraterie dans l'Antiquité* (París, 1880). Junto a ese ítem, cabría citar dos sugestivas aportaciones del alemán Paul Stein –respectivamente tituladas *Über Piraterie im Altertum* (Cöthen, 1891) y *Zur Geschichte der Piraterie im Altertum* (Bernburg, 1894)–, o los artículos *Piratae*, de Charles Lécrivain (en el *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines* de Daremberg-Saglio), y *Seeraub*, de Wilhelm Kroll (en la mítica *Realenyclopädie der classischen Altertumswissenschaft* de Pauly-Wissowa).

La piratería es tan antigua como la navegación. Los llamados «pueblos del mar» que, viniendo del norte en el segundo milenio antes de Cristo, irrumpen en el Mediterráneo, se revelaron en seguida como consumados piratas. Cuenta Tucídides que Minos, el legendario rey de Creta, limpió de salteadores el Egeo. Pero al final esos mismos piratas indoeuropeos se apoderaron de Creta, terminaron con el imperio hitita y se enfrentaron a Ramsés III en Egipto, siendo derrotados por dicho Faraón, como conmemoran los muros del templo consagrado a su memoria en Madinet Habu (Alto Egipto). Hay que decir que en Grecia la piratería gozaba de prestigio y reconocimiento público. Sin ir más lejos, el mismísimo Ulises no vacila a la hora de comportarse como un

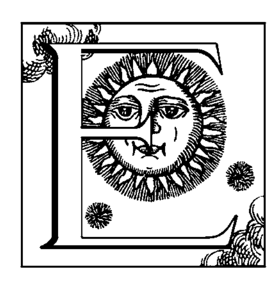
auténtico pirata, saqueando y matando a tutiplén, como atestiguan varios pasajes de la *Odisea*. La región de Cilicia, en Asia Menor, sería un nido de piratas durante siglos, hasta que Pompeyo el Grande, en 67 a. C., organizó una formidable expedición militar a Oriente que aniquiló a los piratas, abriendo de nuevo –y durante siglos– el Mediterráneo al comercio romano.

Pero de todo eso y de muchas más cosas habla *in extenso* Henry A. Ormerod en su documentadísimo libro sobre la piratería en la Antigüedad. Sean ustedes bienvenidos a sus cautivadoras páginas.

Madrid, 26 de septiembre de 2011

LUIS ALBERTO DE CUENCA
Instituto de Lenguas y Culturas
del Mediterráneo y Oriente Próximo
(CCHS, CSIC)

PREFACIO



L presente libro tiene su origen en una conferencia dictada en Liverpool y publicada en *The Annals of Archaeology and Anthropology*, vol. VIII, (1921). Este me pareció entonces un tema lo suficientemente rico como para justificar un estudio más amplio. El libro de Sestier *La Piraterie dans l'Antiquité* (París, 1880) sigue siendo, hoy en día, el más extenso tratado sobre la materia, pero, al no ser un trabajo crítico, adolece de numerosas inexactitudes. En cuanto a otras obras, el artículo titulado «Pirata», de Lecrivain, en Daremberg y Saglio, constituye una admirable compilación de fuentes que completa el *Seeraub* de Kroll, en Pauly-Wissova. El mejor trabajo sobre el tema es *Ueber Piraterie im Altertum* (Cöthen, 1891) de Paul Stein, junto a *Zur Geschichte der Piraterie im Altertum* (Bernburg, 1894), que es su segunda parte. Ambos estudios, aunque difíciles de encontrar, contienen un análisis sumamente valioso de los testimonios conservados. El artículo de Churchill Semple «Pirate Coasts of the Mediterranean Sea» (*The Geographical Review*, agosto, 1916) es un estudio general sobre la piratería en el Mediterráneo desde un punto de vista geográ-

fico. No he logrado obtener ninguna copia de la tesina de Herold (Erlangen, 1914).

Mi interés por la piratería en la Antigüedad se remonta a las clases del Reverendo E. M. Walker en Oxford, así como a los capítulos de *Les Phéniciens et l'Odyssée* de Bérard, que me brindaron la primera oportunidad de acercarme a esta materia. Es mucho lo que debo a los amigos con los que he podido discutir los problemas que surgieron durante la redacción de este libro. El Profesor J. D. I. Hughes tuvo la amabilidad de leer las pruebas del segundo capítulo y me ayudó a salvar no pocos obstáculos relacionados con cuestiones jurídicas. Y mi mayor agradecimiento vaya al Profesor W. R. Hallyday, que leyó las pruebas de todo el libro. Fue en gran parte gracias a su ayuda y entusiasmo por lo que llegué a terminar su redacción, pues tuvo además la generosidad de poner a mi disposición una gran cantidad de datos que él mismo había recopilado. También tengo una importante deuda con M. N. Tod. Si el *corpus* de materiales epigráficos se halla de alguna manera completo, ello es debido por entero a las notas que él me envió. La señora Muriel Joynt, Licenciada en Filosofía y Letras, me proporcionó una valiosa ayuda durante la preparación del libro para su impresión. Los mapas fueron elaborados por el señor A. J. Sifton, de la *Royal Geographic Society.*

LEEDS, *julio de 1924*

CAPÍTULO I

ASALTOS QUE COMETÍAN EN LOS MARES CIERTOS BANDIDOS Y MALEANTES. *(REY JAIME)*



lo largo de toda su historia, el Mediterráneo ha sido testigo de una constante lucha entre los pueblos civilizados y las gentes bárbaras que habitaban en sus costas, entre los pacíficos comerciantes que circulaban por sus rutas y los piratas que las infestaban. En distintos momentos de su historia, la mayoría de sus hombres de mar han pertenecido a una u otra de estas clases. Desde los tiempos en que, por vez primera, el hombre se hizo navegante, la piratería y el asalto no fueron sino uno más de tantos medios de vida como el mar le brindaba. La más temprana literatura griega nos muestra al pirata homérico llevando un modo de vida casi del todo idéntico al de los corsarios franceses. Conservamos testimonios de la primitiva Creta en los que podemos advertir las primeras tentativas de un estado civilizado de hacer frente a los males de la piratería y proteger su comercio marítimo. Pero sólo durante muy escasos intervalos de tiempo se logró la total erradicación de los mismos. Quizá los primeros siglos del Imperio romano y nuestros días hayan sido los únicos momentos en los que toda la zona mediterránea se haya visto libre de este mal. Los romanos

lo lograron mediante el desarme de las comunidades bárbaras, pero también, y sobre todo, mediante la expansión de su civilización. En nuestros días, una organizada vigilancia marítima y la utilización del vapor, al menos por el momento, han resultado un obstáculo insalvable para la piratería en el Mediterráneo. No obstante, es necesario recordar que, durante la guerra de Crimea, hubo barcos británicos que patrullaron las Cícladas en busca de embarcaciones piratas, pues una nave de esta índole había logrado asaltar un barco en las inmediaciones del puerto de Syra[1]. Las costas del norte de África se consideran aún peligrosas para la navegación[2], y no hace mucho que llegó al *King's Bench* el caso de la captura de una goleta a motor griega por salteadores turcos en las costas del Mar Negro. Hubo de dirimirse entonces la cuestión de si, dicha acción, permitida por los kemalistas, constituía un acto de guerra o de piratería[3]. Si tenemos en cuenta que la piratería ha sido durante siglos algo del todo habitual en el Mediterráneo, podremos advertir entonces la enorme influencia que ha ejercido en la vida de la Antigüedad.

Las costas del Mediterráneo han sido siempre especialmente propicias para el desarrollo de la piratería. Gran parte de su litoral es rocoso y yermo, lo que no permite el arraigo de una densa población. De cuando en cuando tendremos que referirnos a zonas concretas, como Cilicia, Liguria o Iliria, que sufrieron una piratería endémica. Cuando sus habitantes se dieron al mar, las cerradas bahías y ensenadas de su costa nativa les facilitaron la navegación. En tierra, la pobreza del suelo les había obligado a convertirse en cazadores y bandidos, ya que no podían dedicarse a la agricultura, y esos mismos oficios pasaron a desempeñarlos en el mar.

Además de los estímulos naturales que empujaron a estas tribus de salteadores al mar, las características de las tierras

mediterráneas hacían del oficio de pirata una actividad bastante provechosa. Pero dejemos a un lado, por el momento, las condiciones económicas que favorecieron la piratería para considerar tan sólo las geográficas. La orografía de la mayor parte de los países mediterráneos ha determinado que sus principales vías de comunicación sean las marítimas y que toda su actividad comercial se haya desarrollado siguiendo las mismas rutas. El obstáculo de las cadenas montañosas hacía los caminos terrestres arduos y peligrosos, y eran pocos los ríos navegables. No obstante, en Grecia y Asia Menor, se utilizaron con bastante frecuencia los caminos y ríos como vías de comunicación internas a través de los brazos de mar que se adentran profundamente en la costa, mientras que las islas cercanas al litoral proporcionaban un espigón natural y un refugio para las pequeñas embarcaciones costeadoras[4]. Pero si el mar era propicio, también imponía ciertas limitaciones. En los tiempos primitivos de la navegación, el marino estaba obligado a mantenerse al arrimo de la costa[5]; de manera que, cuando era imposible avanzar por falta de viento o vientos contrarios le empujaban en otra dirección, pudiera refugiarse en ella durante la noche[6]. Si trataban de cruzar el mar, tenían que hacerlo necesariamente por rutas determinadas que les permitían mantener siempre el litoral a la vista, avanzando por entre las islas y siguiendo canales bien conocidos. Apenas podían ocultar sus movimientos; los vientos dominantes durante ciertas estaciones orientaban todo el comercio hacia las mismas rutas. Sabedor el corsario de esta circunstancia, aprovechaba, al igual que el cretense de Homero[7], los cinco días favorables para hacer el viaje desde Creta e ir al asalto de las costas egipcias o abordar los barcos mercantes que hacían la misma travesía. El viajero francés D'Arvieux, en 1658, observó a un corsario al acecho de los mercantes que regresaban de Egip-

to: «Nous apperçûmes un Vaisseau à la mer que nous jugeâmes sans peines être un Corsaire de Malte, c'est-à-dire, qui en avoit pris la Banniere: car les Chevaliers sont bien éloignez de ces sortes de brigandages. Il mouilla quelque tems après entre le Mont-Carmel et Caifa, pour attendre les Saiques d'Egypte, parce que le vent étoit excellent pour leur faire faire cette route. En effet, nous en vîmes passer quelques-unes ausquelles il ne dit rien, parce qu'elles étoient au large et qu'elles avoient l'avantage du vent: car les voiles de ces Bâtimens sont taillées de telle maniere qu'il est impossible aux Vaisseaux de les joindre, quand ils ne se trouvent pas au vent à elles»[8]. Una de las más vivas descripciones de las costumbres de los corsarios que conocemos es la que nos ofrece el inglés Roberts, que naufragó en Nío (Íos) en 1692, y fue capturado por un barco pirata y obligado a servir a bordo como artillero[9]. Él nos cuenta que los corsarios acostumbraban a pasar el invierno entre Paros, Antiparos, Melos e Íos[10] desde mediados de diciembre hasta principios de marzo:

> Entonces se dirigieron a las Furni[11], y allí permanecieron ocultos por las tierras altas, atentos a una pequeña bandera colocada sobre una colina con la que se hacían señales para advertir de la presencia de algún barco. Cuando esto ocurría, salían con sigilo, se extendían por todo el estrecho de Samos y se hacían con su presa. Lo mismo hacían en Gadronise[12] y en Leppiso[13] durante la primavera y los comienzos del verano. Hacia finales del estío[14], se dirigían a la costa de Chipre; y si tenían noticia del más mínimo rumor acerca de la presencia de barcos de Argel o del Gran Turco en Rodas, seguían hacia la costa de Alejandría y Damiata, aguas de abundantes arrecifes, pues sabían que los turcos no los perseguirían hasta allí. A finales del verano, desplazaban sus actividades hasta

> la costa de Siria, donde infligían enormes daños a bordo se sus *felucca*, que solían avanzar con doce remos y tenían capacidad para seis remeros. Durante la noche abandonaban el barco, tocaban tierra antes del amanecer, y allí quedaban al acecho de los turcos [...] Desde entonces y hasta el otoño, se movían por entre las islas tratando de no ser advertidos, de nuevo aquí y allá por los estrechos, hasta que volvían a instalarse para pasar el invierno.

Durante el invierno, la navegación cesaba casi por completo. Así, los piratas suspendían sus actividades y aprovechaban la ocasión para efectuar las reparaciones necesarias. Sólo en muy raras ocasiones tenemos noticias de que salieran al mar durante el invierno. La pericia náutica de los piratas cilicianos hacía posibles estos viajes, y el gobernador de Zante, en 1603, lamentaba que los piratas ingleses, que dañaban gravemente el comercio veneciano «ocuparan el mar incluso en pleno invierno, con la climatología más adversa, gracias a la solidez de sus barcos y a la destreza de sus marineros»[15]. Pero la práctica común no dejaba de ser la del regreso a puerto o a una base bien escondida entre las islas, donde los piratas podían permanecer sin recibir sobresaltos[16]. Cuando comenzaba la estación óptima para navegar, había numerosas ensenadas protegidas en las islas en las que los barcos piratas podían ocultarse y caer por sorpresa sobre algún desprevenido mercader que transitara por el canal[17]. «Infestaban sus botes de remos cada rincón de las Cícladas y Morea, hacían su presa de cualquier nave que fuera demasiado débil para oponer resistencia e irrumpían durante la noche en las ciudades y moradas cercanas a la costa llevándose cuanto pudieran encontrar. Botes de esta clase, llamados *trattas*, abundaban en cada ensenada. Eran estos alargados y estrechos

como canoas. Diez, veinte o hasta treinta hombres provistos de un fusil y pistolas, podían alcanzar a golpe de remo una gran rapidez. También se usaba un pequeño mástil con velas latinas cuando los vientos eran favorables»[18].

El área de operaciones que los amigos de Roberts frecuentaban se elegía con vistas a la captura de los barcos procedentes del sur de Asia Menor que allí costeaban[19] o de los que hacían la ruta de las Cícladas desde la Grecia continental, protegiéndose del viento del norte a sotavento de Icaria y Samos, cuando se dirigían a la costa de Jonia. Esta, como se recordará, fue la ruta seguida por el escuadrón peloponesio en el 427 antes de Cristo[20]. Estrabón describe la vecina Tragia, la Gadoronise de Roberts, como un auténtico nido infestado de piratas[21]. Un poco más al sudeste, Julio César fue capturado en Pharmacussa[22]. Más al norte, un pasaje de Arriano relata cómo Memnón, en guerra con Alejandro, colocó parte de su flota en el promontorio de Sigrium en Lesbos para dar caza a los barcos mercantes procedentes de Quío, Geraestos y Malia[23]. En ruta aún más directa hacia el Helesponto, las islas de Esciros[24] y Halonnesos[25] estaban mal consideradas y, según la tradición, los pelasgos nativos de Lemnos extendían sus cacerías hasta las costas de Ática[26]. La misma península de Galípoli estaba llena de piratas desde el fin de las guerras persas, y fue una constante fuente de peligros durante todo el siglo cuarto[27].

Una de las travesías más peligrosas era la del canal de Citera. Este fue, durante la última guerra, uno de los lugares más utilizados para el acecho de los submarinos, y en todas las épocas ha tenido mala reputación. Thévenot dice de la travesía entre Citera y el continente que es aún más peligrosa que el viaje de Citera a Cerigotto. Por esta razón, se colocaba una *galeace* veneciana en las proximidades de Citera para defender el canal[28].

Su compatriota y contemporáneo D'Arvieux sufrió la persecución de una nave sospechosa mientras realizaba la travesía. Una tormenta de viento lo llevó casi hasta la punta de Citera. Allí el peligro de encallar era aún mayor debido a la proximidad de los mainotes: «peuple méchant, cruel, sans foi, sans humanité, en un mot Grec [...] Ils n'ont à la verité que de méchantes petites Barques qui n'osent attaquer que de très petits Bâtimens; mais ils attendent que les tempêtes jettent les Bâtimens sur leur côtes et alors sautant de rochers en rochers comme des chévres sauvages ils viennent piller les dèbris des Bâtimens»[29]. Poca misericordia mostraban hacia sus cautivos. Los cristianos eran vendidos a los turcos y los turcos a los cristianos. El Dr. Covell relata la captura de varios miembros de la tripulación de su nave que habían desembarcado en la isla de Elaphonisi y que fueron vendidos a las galeras turcas[30]. «Estos miserables malhechores están constantemente vigilando desde las rocas y montañas, no tanto por garantizarse su propia seguridad, como por asaltar y robar a cuantos caen en sus manos»[31]. Concuerda perfectamente con los principios generales que han regido la piratería mediterránea el hecho de que muy pronto los mainotes evolucionaran desde su condición de salteadores y secuestradores a la de auténticos piratas. Beaufort, entre otros, afirma que existió un «sistema organizado y regular de auténtica piratería común entre ellos»[32].

No eran, por tanto, tan sólo los peligros de las tormentas los que dieron origen al proverbio «quien se acerque a Malia olvide el hogar»[33]. El peligro de los piratas en el canal de Citera no era menor en la Antigüedad que en los siglos XVII o XVIII. Por la época de la guerra del Peloponeso, los espartanos mantenían una guarnición en la isla para evitar que fuera ocupada por los piratas y defender a los mercaderes que venían de Libia y Egip-

to[34]. En fechas más tempranas, Quilón el Sabio ya había dicho que sería mejor para Esparta que Citera se hundiera en el mar[35]. También encontramos Malia ocupada por piratas cretenses, ilirios y laconios en los tiempos de Nabis[36].

Las pequeñas islas y rocas que jalonan el Mediterráneo siempre han sido lugares predilectos para los piratas; ya fuera como lugar de acecho necesario para la captura de barcos mercantes o como base de operaciones para los saqueos en el continente. En la zona occidental, los massaliotes ocuparon las Stoichades (Isles d'Hyères), al este de su ciudad[37]. Cuando estas cayeron en manos de los piratas, la ruta por tierra entre Marsella y Antipolis podía considerarse tan peligrosa como el viaje por la costa. En el Mar Negro, una inscripción de época imperial atestigua la ocupación de la isla de Leuce, en la desembocadura del Danubio, por los piratas[38]. Su propósito, sin duda, sería el de asaltar las embarcaciones que acostumbraban a transitar por el Danubio. En el Mediterráneo, utilizaban con idéntica intención la entrada de los golfos. Así las islas como Mioneso, a la entrada del golfo de Malia[39], o Sciathos, entre las Espóradas septentrionales[40], por donde los barcos con rumbo al norte que provenían de Euripo y de los golfos de Malia y Pagasas tenían necesariamente que pasar y podía obtenerse un enorme botín a costa del tráfico comercial que llegaba del sur, de Thessalonica y el golfo de Therma. Así aparecen descritas las Espóradas por un viajero de comienzos del pasado siglo:

> El grupo de islas que se encuentra a la entrada del golfo de Salónica ha sido uno de los principales dominios de los piratas; en parte, debido al gran número de naves que transitan por la zona, pero también a la facilidad con la que pueden reclutar allí nuevos hombres de entre los albaneses

> que llegan a la costa [...] En sus grandes botes de remos se enrolan así numerosas gentes con la misma vocación criminal. Estos van atestados de hombres armados con pistolas y cuchillas, y normalmente intentan el abordaje de los barcos a los que atacan. En estas costas, se dice que la mayoría de los piratas son oriundos de Albania [...] Hay que señalar que, en esta zona de la Grecia continental, estos bandidos reciben comúnmente la denominación de albaneses. En el archipiélago, los piratas obtienen importantes ventajas de las islas que por doquier abundan, muchas de ellas deshabitadas, y otras con una población sumamente proclive a estas formas de saqueo ilegal.[41]

El mismo autor menciona a los piratas de Meganisi, en la costa occidental de Grecia, y habla de la protección que les brindaban las autoridades de Santa Maura con anterioridad a la ocupación británica. Muchos de los hombres eran reclutados de entre los bandidos que Ali Pasha de Janina había expulsado del continente[42]. Dodwell también afirma que el canal de Santa Maura era considerado uno de los lugares más peligrosos a causa de los piratas; pues estos «se ocultan entre las rocas e islas que jalonan el canal y, si llegan a encontrarse en peligro, pueden escapar en pocos minutos con rumbo a Leucadia o a la costa de Acarnania»[43]. Los predecesores de estos maleantes en los tiempos heroicos fueron los tafios, los piratas arquetípicos de la *Odisea* que los autores tardíos localizan en estas islas[44]. Actuaban como transportistas y mercaderes de esclavos de los habitantes de las islas Jónicas[45], con cuyas autoridades mantenían óptimas relaciones[46]. Sus asaltos se dirigían a otras zonas como Epiro, Sidón y Micenas[47]. Las últimas hazañas de los tafios[48] y de los teleboanos, quizá idénticos a ellos, fueron cas-

tigadas por Anfitrión. Los seguidores de Mentes en la *Odisea* fueron sin duda tan variopintos como los piratas de Meganisi a principios del último siglo[49] y no tuvieron mayores contemplaciones que aquellos con el tráfico marítimo de estas costas[50].

Cuando las naves tocaban tierra, los promontorios no representaban un peligro menor. El hombre cobarde de Teofrasto aparece ridiculizado por creer que en cada promontorio del mar se oculta un galeón pirata[51], pero nunca era imposible que en cualquiera de ellos se ocultara alguno en acecho del barco mercante que tratara de rodearlo. El emperador Juliano compara a los cínicos con los salteadores y hombres que se dedican a ocultarse en los promontorios para atacar a los viajeros[52]. D'Arvieux relata con satisfacción cómo dobló el cabo Spartivento sin encontrarse con ninguno de los corsarios que normalmente lo frecuentaban[53]. El mismo autor nos informa de que la punta de la isla de Sapienza era llamada *La Vigie des Corsaires*, «parce que c'est l'endroit où ils se mettent en embuscade pour découvrir les vaiseaux chrétiens qui viennent du Levant pour reconnoître le Cap et qui y achevent souvent leur voyage»[54]. Cockerell le había mostrado desde Egina los botes piratas que se encontraban en Sunium, uno de los lugares más frecuentados por ellos[55]. Ya hemos hablado de la emboscada de Memnón en el cabo Sigrium. Y otro de los mejores ejemplos que nos ofrece la Antigüedad es el consejo dado por los milesios a los comisionados del Peloponeso de ocupar el promontorio Triopio para poder capturar los barcos mercantes atenienses que hacían la ruta de Egipto[56].

De los numerosos testimonios conservados podemos deducir que la mayoría de estas actividades fueron realizadas en épocas recientes en las proximidades de la costa y en pequeñas embarcaciones. Lo mismo debió ocurrir en la Antigüedad. Era normal que los botes piratas no fueran de gran tamaño, sólo del

suficiente como para albergar el número de rufianes requerido para sorprender a la tripulación de un barco mercante anclado durante la noche o indefenso[57]. Los botes usados por los comisionados megarianos para este propósito durante la guerra del Peloponeso eran tan pequeños que podían ser transportados en un carro[58]. En el Mar Negro, tenemos noticias de una clase especial de botes, el *camara* de las costas caucásicas, con capacidad para albergar a veinticinco o treinta hombres, y tan ligero que podía sacarse con facilidad del agua y ser escondido entre la maleza. Por medio de estas embarcaciones los piratas podían atacar a los barcos mercantes en alta mar o ir al asalto de las costas vecinas, donde los botes se dejaban en pantanos mientras los hombres inspeccionaban la región en busca de su presa[59]. De las naves de los piratas ligures se nos dice que eran bastante pobres, peores que balsas[60]. Los habitantes de las Baleares vigilaban constantemente desde las rocas la aproximación de los barcos extranjeros. Cuando estos aparecían, una multitud de balsas se lanzaba en su persecución[61]. La facilidad con que tales balsas podían sacarse del agua y ocultarse dificultaba en extremo la tarea de su erradicación en ciertos lugares. Las autoridades de las Indias Occidentales se encontraron con un obstáculo similar frente a los *dyaks* de Borneo. Ante una situación de peligro, los piratas podían hundir o esconder sus botes en los arroyos y ríos. Sólo interceptando la flota al completo a su regreso de una expedición de saqueo el rajá Brooke pudo hacerles frente[62].

El poco calado era imprescindible, según observamos en la descripción de Roberts, para los botes piratas. Los barcos de guerra que se dice que los cilicianos construyeron hacia el final de su trayectoria, eran algo excepcional y datan de la época en que Mitrídates había organizado a los piratas de modo que casi habían pasado a formar parte de su armada regular[63]. Normalmen-

te se preferían las construcciones más ligeras, con las que fuera posible alcanzar la velocidad necesaria tanto para atacar como para huir. Cuando sufrían la persecución de los pesados barcos de guerra de las potencias marítimas, los piratas podían escapar con facilidad al internarse en aguas de arrecife o, incluso, si eran empujados hasta la costa, con frecuencia lograban salvar su embarcación transportándola por tierra. Spratt hace recuento de las pérdidas sufridas por la fragata británica *Cambrian* en 1829, cuando maniobraba contra la flota pirata en la bahía Grabusa de Creta, a causa de un arrecife que se extendía por ella en forma de lunar[64]. Un corsario cristiano tripulado por veintiocho o treinta hombres y perseguido por galeones turcos, huyó hacia el Istmo de Corinto, que cruzaron sin abandonar su embarcación hasta alcanzar la otra orilla[65]. Otra leyenda similar corre acerca de un bote pirata arrastrado por sesenta hombres que lograron cruzar así el Istmo de Athos para no ser capturados[66].

Casi siempre se hace distinción entre las naves piratas y los barcos de guerra. Cierto uso frecuente de la palabra πλοῖον nos permite advertir que esta se refiere más bien a los barcos piratas que a las naves de guerra de un ejército hostil[67]. No obstante, por lo general, no se sabe que los piratas utilizaran ningún aparejo ni construcción particular. Probablemente, en muchos casos, el aspirante a pirata se contentara con el primer bote que llegara a sus manos por medio del robo o la compra. Ciertos tipos de balsas eran propios de determinadas comunidades o tomaban su nombre, como la *samaina* de Samos. Los *lembus*, *pristis* y *liburna* eran originarios o se habían desarrollado entre las tribus de las costas ilirias. Estos últimos modelos fueron bastante imitados en los astilleros de las más importantes potencias navales y cada vez más utilizados en las armadas regulares desde el siglo tres y en adelante. Incluso las dos embarcaciones que en épo-

ca helenística y romana fueron más estrechamente relacionadas con los piratas, la *hemiolia* y el *myoparo*[68], ya entonces eran muy utilizadas por otros. La *hemiolia* fue usada por Alejandro para la navegación fluvial, por Filipo V de Macedonia, y por las flotas romanas[69]. Puesto que no se ha conservado ningún testimonio gráfico antiguo de ellas, no conocemos con exactitud su forma y aparejos. Se viene afirmando que, por lo general contaban con una fila y media de remeros, y que la fila superior se había reducido en tamaño para dejar espacio a los hombres encargados del ataque[70]. Parece evidente, no obstante, que tanto las *hemioliae* como los *myoparones* que los cilicianos utilizaban eran de menor tamaño que los barcos de dos filas y que los trirremes por los que comenzaban a sustituirlos[71]. El *myoparo*, según Torr, era más ancho que los barcos de guerra normales con respecto a su longitud, y podemos presumir que por ello más apropiados para guardar el botín. Ambos tipos de embarcaciones eran aptos para la navegación en alta mar; el *myoparo*, de todas formas, poseía un mástil y velamen además de los remos[72].

Para sus actividades en tierra firme en Pylos, los comisionados mesenios utilizaban un barco de treinta remos (τριακόντορος) y un *celes*, una pequeña embarcación construida de manera que pudiese alcanzar gran velocidad y que era usada como nave mensajera en las armadas griegas[73]. Aunque el *celes* no suele mencionarse en relación con los piratas[74], es muy probable que por su velocidad y tamaño resultara muy apropiado para este tipo de labores; un derivado suyo, la palabra ἐπακτροκέλης era usada por Esquines con el mismo sentido que Teofrasto daba a la palabra *hemiolia*, para designar a la embarcación pirata característica de su tiempo[75].

Aún no hemos dicho que la sabiduría náutica de los piratas era de primer orden. Su seguridad, tanto como su éxito, depen-

día de su pericia y su profundo conocimiento de los litorales en los que actuaban. Cuantos inexpertos hombres de tierra se aventuraban a emprender actividades relacionadas con la piratería encontraban de inmediato su fin. Durante las guerras hebreas contra Roma, numerosos refugiados tomaron Joppa y allí construyeron barcos con la intención de actuar en la ruta comercial que unía Siria y Fenicia con Egipto. Cuando Vespasiano dio orden de atacarles, se apresuraron a embarcar en sus naves, pero pronto fueron alcanzados por una borrasca (la *Melamboreion*) y empujados hasta la costa, donde fueron destruidos[76].

Hasta ahora no hemos considerado más que un único aspecto de las acciones de los piratas, sus ataques dirigidos contra embarcaciones, ya fuera en alta mar o en los puertos. Pero nos queda un aspecto aún más oscuro de sus actividades, los saqueos en tierra firme y los secuestros de individuos. Era precisamente esto lo que los hacía más temidos y lo que mayor trascendencia tuvo en la vida del Mediterráneo. Mientras pervivió la piratería, poca o ninguna seguridad pudieron disfrutar los habitantes de las costas; cuando no se pagaba por la víctima el rescate solicitado, su destino inevitable era la esclavitud.

En el pasaje de Roberts ya hemos podido observar de qué manera se practicaba el secuestro. Un reducido grupo de piratas desembarcaba durante la noche y capturaba a cuantos habitantes hallara a su paso. Ciertas zonas eran especialmente peligrosas. El tortuoso camino, a causa de las rocas Scironias, que transcurría por la costa desde Megara hasta Corinto, recibió en el siglo XVII el nombre de *Kake Skala* por las frecuentes visitas de los corsarios. Los turcos, a consecuencia de ello, temían seguirlo[77]. Aunque el ladrón Sciron de la leyenda griega es más bandido que pirata, su historia, no obstante, puede haberse originado entre los viajeros que hacían esa ruta a partir de asaltos

marinos de la misma índole. El viajero solitario capturado por los piratas es una figura conocida de las leyendas griegas. «Fui capturado por tafios cuando regresaba de los campos»[78]. «¿Hombres hostiles te llevaron a sus barcos cuando te encontraron solo con el rebaño de ovejas?»[79]. Normalmente, los piratas aceptaban el rescate[80]. Julio César fue rescatado por la suma de cincuenta talentos[81]; Clodio, por su parte, engendró un gran odio hacia Ptolomeo Auletes porque este pidió por él un rescate de no más que dos talentos[82].

Desafortunadamente, es muy poco lo que sabemos acerca de cómo se desarrollaban estas negociaciones en la Antigüedad o de cómo se llegaba hasta los piratas. En cualquier caso, dichas transacciones probablemente no se apartarían demasiado de la escena de la liberación de Stackelberg por su amigo Haller. Stackelberg había sido capturado cuando doblaba el golfo de Volo, y correspondió a Haller negociar el rescate con la ayuda del armenio Acob, que actuó como intermediario. Se había exigido una suma de 60.000 piastras: «Acob fue el encargado de abrir las conversaciones con un singular discurso: se presentó a sí mismo como el capitán de un barco comisionado en aquellas aguas y aseguró a los piratas que habían errado en suponer que su prisionero era un hombre acaudalado, pues no era más que un simple artista que trabajaba para ganarse su pan y que había sido despojado de todos sus recursos con la destrucción de sus dibujos; les dijo que, si rechazaban su oferta, partiría satisfecho por haber cumplido con su obligación, y, finalmente, les advirtió de que una fragata turca se hallaba en la costa, y que en manos de su comandante tendría que dejar el castigo si persistían en su obstinación»[83]. Acob les ofreció entonces 10.000 piastras, oferta que los piratas no aceptaron. Tras la oferta de Haller de ocupar el lugar de Stackelberg, se retiraron, pero, durante la noche, uno

de los piratas los despertó para reducir la suma exigida hasta las 20.000 piastras, que finalmente quedaron en 15.000. «Acob, no obstante, suponiendo que entre ellos habría cundido cierta alarma, se mantuvo en su primera determinación, lo que en el transcurso de una hora hizo que el mismo jefe de los piratas se presentara ante ellos para cerrar al fin el trato en 10.000 piastras, a las que se añadiría un obsequio excepcional de otras 1.000. Un estrechar de manos era la única firma que cerraba la negociación, tan válida e inviolable como el mismo sello del sultán». El pago del rescate fue hecho efectivo al día siguiente por el propio Haller. «El Barón Stackelberg fue entonces rasurado por uno de los piratas, ceremonia que siempre seguían en dichas ocasiones, y entregado a sus amigos. A todos ellos se les invitó entonces muy efusivamente a quedarse con ellos y compartir el cordero asado y el festín que se disponían a preparar… Después los piratas se despidieron deseándoles un buen viaje y expresándoles sus más sinceros deseos de volver a capturarles de nuevo en el futuro»[84].

Dodwell, refiriéndose a los piratas de Santa Maura, cuenta que «uno de los salteadores envió una misiva a los amigos de un prisionero para exigir una cantidad determinada a cambio de su libertad. Si podían entregar la suma exigida, una persona les acompañaría al lugar señalado, y una vez que allí depositaran el dinero, el cautivo sería liberado. Jamás incumplían su parte del trato tras recibir el rescate. La persona encargada de la entrega no corría riesgo alguno, pues cualquier traición a la confianza mutua desharía el trato»[85].

En la Antigüedad, los piratas del Mar Negro, según Estrabón, solían avisar a los amigos de la víctima de su captura y exigirles su rescate. Los habitantes del Bósforo no sólo les proporcionaban un lugar de anclaje, sino también los medios para disponer

de su botín[86]. El mismo procedimiento era también frecuente en el Mediterráneo, cuando el control ejercido sobre él se hacía más laxo. Los cilicianos frecuentaban con asiduidad los mercados de esclavos de Delos. El pueblo de Side, en Pamphylia, se había asociado con ellos, al igual que los faselitas en Lycia. La complicidad de las autoridades locales fue, por supuesto, uno de los más importantes estímulos para los piratas. Las conocidas inscripciones de Teos contienen imprecaciones contra los magistrados que protegían a los piratas[87]. Las cartas venecianas están llenas de quejas contra las autoridades turcas por ofrecer amparo a la piratería[88]. Los corsarios franceses, asimismo, podían disponer de casi todo su botín gracias a los llamados cónsules[89]. Indudablemente, cónsules y oficiales turcos obtenían cuantiosos beneficios, si bien era frecuente que se exigiera a las autoridades que tomaran medidas para la recuperación de las mercancías expoliadas. D'Arvieux nos ofrece la siguiente descripción de los procedimientos seguidos en la costa de Siria. El botín obtenido por los corsarios de Carmel era trasladado a Caiffa:

> Ils exposent alors un pavillon blanc et si le Soubachi est d'humeur de traiter avec eux, il en expose un de même couleur sur la muraille. (A los corsarios no les estaba permitido desembarcar, por lo que la operación se realizaba en los botes). Puis on ploye les pavillons et on devient aussi ennemis qu'avant le traité.[90]

Con respecto a los secuestros, el pirata siempre estaba dispuesto a aprovechar cuantas oportunidades el azar le brindara. Una de las circunstancias más favorables era la celebración de alguna festividad en la región próxima a la costa, donde no encontrarían más que mujeres y hombres desarmados. En Creta,

Spratt oyó el relato de un hecho que supuestamente ocurrió varios siglos atrás en la capilla de San Nicolás. Cuando esta se hallaba totalmente ocupada por los peregrinos en vísperas de una fiesta, los corsarios avistaron las hogueras encendidas de los visitantes. La tripulación desembarcó, y, acercándose con sigilo al recinto sagrado, cerraron las puertas dejando atrapados a los cristianos. Se dice que fue el santo quien obró el milagro de mostrarles la forma de escapar atravesando las paredes de piedra[91]. Hazañas similares fueron frecuentes en la Antigüedad. Herodoto describe cómo los pelasgos de Lemnos «que conocían bien las festividades de los atenienses», aguardaban a que las mujeres celebraran los cultos de Artemisa en Braurón[92]. Una inscripción del siglo II anterior a Cristo atestigua una incursión de los piratas en territorio de los efesios y de la captura de un numeroso grupo de individuos en el santuario de Artemisa Munychia[93]. Los refugiados de Quío tras la batalla de Lade eran igualmente considerados entre los efesios como piratas que iban a raptar a las mujeres aprovechando la *Tesmophoria*, por lo que en cierta ocasión fueron atacados y aniquilados por el mismo pueblo[94].

Errores de esta índole era siempre posible que se cometieran. En cierto relato que podemos leer en Apolodoro, Cetreus, al desembarcar en Rodas en busca de su hijo, fue tomado por un pirata y asesinado porque sus razones no pudieron ser oídas entre los ladridos de los perros[95]. En el mar, muchos hombres de bien fueron confundidos con piratas. Peter Mundy, en 1608, cerca del cabo San Vicente, estuvo a punto de verse en graves dificultades al tomar los barcos de la flota de la corona española por «piratas turcos», «al avistar veintiséis velas en los alrededores de la entrada del estrecho [...] pero fue gracias a Dios que nos despedimos como amigos»[96]. Al contrario, en otras ocasiones también los piratas podían pasar por simples mercaderes. En el siglo XVII, las

autoridades turcas no permitían a los cristianos la entrada al golfo de Corinto por miedo a que los corsarios de Malta pudieran entrar bajo guisa de mercaderes dedicados al comercio de pasas de Corinto[97]; los venecianos, en 1491, se vieron obligados a aumentar los impuestos sobre la exportación de los vinos de Candia a causa de que los piratas habían dado en frecuentar la zona para aprovisionarse de vinos y, en el camino de vuelta, capturaban y expoliaban los barcos mercantes que encontraban[98]. Entre los piratas, la costumbre de hacerse pasar por comerciantes es tan antigua como Homero; el relato de Estrabón acerca de las tretas de los corycianos nos muestra cómo, una vez que se les permitía acceder a puerto, los piratas podían obtener una importante información que les era sumamente útil[99].

No obstante, era frecuente que los piratas irrumpieran en los puertos con total audacia y sin ningún tipo de disfraz y que asaltaran los barcos que allí se encontraban. Una inscripción de Aegiale, en Amorgós, atestigua un episodio de esta índole[100]. Cuando tenían la suficiente fuerza para ello, no había necesidad de esos mezquinos subterfugios ni limitaban sus ataques al rapto de mujeres y viajeros solitarios. Las orillas del Mediterráneo aún muestran las huellas de los efectos producidos por los continuos ataques de los piratas.

En su descripción de las condiciones de la primitiva Grecia, Tucídides hace hincapié en el hecho de que las zonas habitadas desde más antiguo, tanto en el continente como en las islas, se encuentran alejadas de la costa a causa de la continuada presencia de los piratas. Fue únicamente con el desarrollo de la náutica griega y con el crecimiento del comercio cuando pudo haber posteriores fundaciones en el litoral de ciudades bien fortificadas[101]. Sólo hay que recordar los más tempranos asentamientos en el monte de Knossos, a cuatro millas del

mar; la primitiva Atenas en la Acrópolis interior; o los primeros asentamientos de los acrocorintios, a los que, en el siglo XVII, los habitantes del Istmo se vieron obligados a regresar cuando allí ya era imposible la supervivencia de ciudad alguna[102]. Fuera de Grecia, la diferencia apuntada por Tucídides entre los asentamientos antiguos y los más recientes ha tenido una importancia fundamental en la historia de la colonización griega. Los colonos hallaron los mejores lugares para sus asentamientos en las proximidades del litoral mediterráneo, en gran parte despoblado entonces, cuando ya habían reunido suficientes fuerzas como para ocuparlos y fortificarlos[103]. Lo mismo que observa Tucídides acerca de la primitiva Grecia puede extenderse a todo el Mediterráneo. Hasta mediados del pasado siglo era normal encontrar las principales ciudades y villas a cierta distancia de la costa, y, con frecuencia, lejos de ella y escondidas. La ciudad contaba en la costa con una *skala* de una o dos casas. En la costa catalana, el equivalente a la *skala* griega se denomina *grau*[104]. En la Cornice, y también en la costa de Calabria, pueden verse villas y ruinas de castillos que fueron construidos en lo alto de los acantilados para protegerse de los piratas berberiscos[105]. Incluso en la costa de los mainotes del Peloponeso, las villas también eran construidas en el interior[106]. Pero dicha práctica puede verse aún mejor en las islas del Egeo. Así en Leros, Nisyros y Telos, las ciudades más importantes se hallan alejadas del mar, a una media milla de la costa[107]. En Cos, como me hizo notar el Profesor Halliday[108], la villa de Antimaquia se encontraba tras las murallas de un viejo castillo de los caballeros de Rodas, sobre una colina a unos cuarenta minutos del mar. Estuvo habitada hasta la guerra de Crimea, pero en la actualidad sus antiguos moradores se encuentran dispersos por los alrededores, donde han erigido nuevos asen-

tamientos. Frente a este moderno *dioicismos*, es interesante señalar que un autor de la Antigüedad afirmaba que el motivo del *synoicismos* de Ática fueron los ataques de los carios, llegados del mar, y las incursiones por tierra de los beocios[109]. Aunque no tenemos por qué creer que este fuera el caso de Ática, bien pudo haber sido esa misma causa sugerida por Filócoro la que lo motivara en otros. La mayor protección que ello suponía fue también una razón de peso para que los habitantes de numerosas ciudades se agruparan para ocupar una sola ciudad fortificada. Thévenot menciona el caso de Scío, donde grupos de dos o tres villas se habían unido de esta misma forma por toda la isla[110]. En su época también existía una única ciudad en Pholegandros formada por unas cien casas, situada a tres millas de la costa y a la que se accedía a través de un valle rocoso. No había más casas en toda la isla[111]. La ciudad, según Tournefort, seguía el modelo habitual de los asentamientos semi-fortificados; carecía de muralla alrededor, pero las casas de la zona más exterior estaban orientadas hacia dentro unidas unas a otras formando un continuo muro totalmente infranqueable en los puntos más expuestos[112]. Los habitantes más ricos podían, en ciertos casos, tener sus propias casas fortificadas, como ha comprobado Paul Lucas en Andros[113]. Las islas que carecían de estos refugios fortificados terminaban quedando deshabitadas. No existieron fuertes en Myconos durante el siglo XVII, y, en consecuencia, ningún turco se hubiera aventurado a vivir allí por miedo a los corsarios cristianos[114].

Un interesante testimonio de los métodos defensivos adoptados por los antiguos sobrevive en las numerosas torres que aún podemos encontrar en las islas del Egeo. Una de ellas ha sido recientemente descrita con minuciosidad por el Profesor Droop[115]. Nos ofrecen también un breve estudio general al res-

pecto Dawkins y Wace[116], quienes recogen ejemplos en Astipalea, Andros, Ceos, Kythnos, Seriphos (2), Sifnos («alrededor de una docena»[117]), Sciathos (2), Scopelos (4), Amorgós (12) y Leros (2). Estas podían ser redondas, como en el caso de Naxos, o cuadradas; algunas tenían una ciudadela, como también la de Naxos, mientras que otras se erigían sobre sí mismas. La mayoría de las torres se hallarían en las zonas más fértiles de las islas, a cierta distancia de las ciudades, y, como señaló por primera vez Ross, probablemente servirían de refugio temporal en caso de asalto, de manera que en las torres pudieran parapetarse los hombres y en las ciudadelas los animales[118]. Algunas de ellas fueron quizá construidas más con la intención de servir de fuertes desde los que repeler los ataques que para servir de simples lugares de refugio.

Los fuertes de este tipo que sirvieron para protegerse de los ataques piráticos fueron frecuentes en el Mediterráneo en todos los tiempos, pues la piratería fue siempre una importante amenaza que muy a menudo mencionan incluso los viajeros de época tardía. Thévenot, en el siglo XVII, relata que en Scío, debido a los ataques de los corsarios, se habían construido torres que rodeaban la isla separadas por intervalos de dos o tres millas. Cada villa enviaba a ellas a dos hombres encargados de vigilar y dar la alarma en caso de que se aproximaran piratas[119]. En la costa de Siria, D'Arvieux nos describe dos torres, una cuadrada y la otra redonda, unidas por un muro defensivo y provistas de pequeños cañones. que habían sido construidas con el propósito de impedir el desembarco de los piratas que infestaban el litoral[120]. En Creta, Spratt menciona un pequeño fuerte medieval sobre una elevación rocosa que se encuentra entre Praesos y Rhokaka, y en cuyo interior se hallan las ruinas de una gran iglesia, que muy probablemente fuera utilizado por los habitantes de las ciudades

que había en las laderas del Dicte cuando se vieran amenazados por los piratas[121].

La descripción que hace Thévenot de las torres de Scío nos sugiere que las torres antiguas de las islas, además de ser lugares de refugio, servían también para emitir señales de alarma en caso de asalto. Estas señales consistirían, naturalmente, en el humo de las almenaras o en el fulgor de las llamas durante la noche[122]. Esta sería, posteriormente, una forma habitual de alarma. Cuando Thévenot hacía la travesía de Acre a Jaffa, su barco recibió súbitamente los disparos de un fuerte situado en la costa. Conforme se acercaban a Jaffa, de nuevo volvieron a abrir fuego contra ellos y, cuando, finalmente, pudieron tocar puerto, se encontraron con que sus habitantes se habían levantado en armas y que las mujeres y niños habían huido. El motivo fue que su embarcación había sido tomada por la nave de ciertos corsarios italianos que actuaban en la costa y que recientemente habían atacado Castel Pelegrino, entre Acre y Jaffa[123]. Paul Lucas nos ofrece datos similares acerca de Tripoli, en Siria: «Quand on voit quelque vaisseau en mer qu'on croit être corsaire, on allume des feux dans ces tours pour avertir les bâtiments du pays de venir dans le port»[124]. Durante el gobierno de Verres en Sicilia, las noticias de la proximidad del escuadrón pirata que había acabado con los navíos de vigilancia llegaban a Siracusa no tanto por el acostumbrado fuego de las almenaras como por las llamaradas de los barcos sicilianos incendiados: «Non enim, sicut erat semper antea consuetudo, praedonum adventum significavit ignis e specula sublatus aut tumulo, sed flamma ex ipso incendio»[125].

Las llamas que Ulises avistó en Ítaca procederían, seguramente, de este tipo de almenaras. Tras abandonar la isla de Eolo, hubo de navegar durante nueve días y nueve noches con viento favorable:

τῇ δεκάτῃ δ᾽ἤδη ἀνεφαίνετο πατρὶς ἄρουρα
καὶ δὴ πυρπολέοντας ἐλεύσομεν ἔγγυς ἔοντες.*

Las explicaciones normalmente ofrecidas consisten en que las llamas procedían de las hogueras de los pastores; que se trataba de una hoguera encendida para guiar al barco hasta puerto; o bien, simplemente, que era un fuego encendido en la granja «que se introducía en la descripción de la escena con el propósito de enfatizar lo cerca del hogar que se encontraban». Spratt habla de una torre vigía helénica llamada Palaeokastro, a la altura de la bahía de Poros en Creta, desde la cual la guardia costera de su época hacía señales luminosas a la caída de la tarde si avistaba algún barco para alertar de este modo de la presencia de contrabandistas o piratas[126]. Esta es, obviamente, la misma situación del episodio homérico. Ulises había estado ausente durante diez años, y sus naves ya no eran reconocidas como naves de Ítaca que regresaban de Troya. Conforme se acercaban a tierra, iban siendo avistados por los vigías apostados en las zonas más elevadas, que encendían las almenaras de alarma[127].

Volviendo a las torres, apenas es posible encontrar otros testimonios literarios que una serie de inscripciones en las Espóradas meridionales que contienen datos de gran interés sobre una época en la que Rodas se encontraba en guerra con varios de los estados cretenses y un ataque de Cretas sobre sus aliados y deudos era previsible[128].

La primera inscripción (nº 567 de Calymnos) se refiere a la guerra promovida por los hierapytnios de Creta. Los cretenses eran conocidos corsarios, y, en esta ocasión, sus asaltos se diferenciaron muy poco de los ataques de los piratas ordinarios. Al parecer, se había tenido noticia de un inminente ataque a través del almirante de Rodas, un calymniote que se había distinguido

especialmente en la lucha y que se encontraba en las proximidades del promontorio Lacéter en Cos (punta Antimaquia).

La segunda inscripción (nº 568 de Halasarna, en Cos) atestigua que un tal Diocles, habiendo acordado con el comandante de un barco o escuadrón de Rodas el desembarco de tropas ligeras, detuvo al enemigo en el *peripolion* (la lección no es segura)[129] y evitó que infligieran daño a la región.

La tercera (nº 569, también de Halasarna) ofrece el relato de las medidas adoptadas por Theucles, probablemente uno de los *strategi*[130] de Coan, para la defensa de la región. Habiendo advertido que las zonas más expuestas de la isla adolecían de protección, procuró la rápida fortificación del *peripolion* para así garantizar la seguridad de los hombres de Halasarna y sus familias. Previendo este, además, los ataques del enemigo y la gravedad de los peligros que acechaban, consiguió la suma suficiente para que las murallas (τείχη) recuperaran su capacidad defensiva. Asimismo, sin perder de vista las circunstancias que más adelante podrían acontecer, se encargó de que la mayor parte de los fondos que iban a dedicarse a los *peripolia* permaneciera intacta. Cuando el enemigo al fin atacó la ciudad y la región, eximió a las gentes de los campos de servir en la guarnición de Cos, pues consideró que sería mejor que permanecieran en la provincia para guardar sus fuertes. Sin echar en el olvido la adopción de las medidas adecuadas para la defensa de la capital, se preocupó, sobre todo, por el *peripolion*, aumentando el número de sus custodios y los salarios de los mismos. Cuando toda la provincia fue invadida, reunió un ejército defensivo de caballería e infantería, dando órdenes especiales con respecto a la zona de Halasarna. Puesto que las armas de las gentes del campo serían inadecuadas o insuficientes, también destinó ciertas sumas para que los encargados de defender el *poripolion* se armaran convenientemente.

La cuarta inscripción (nº 570, de Potidea, en Carphatos), cuyo comienzo aparece mutilado, relata cómo Panfilidas animó a sus hombres a repeler los ataques del enemigo y, ante el peligro que corrían sus mujeres e hijos, procurarse la seguridad, mientras el *peripolion* les protegía.

La última inscripción trata, claramente, de un ataque dirigido contra el mismo *peripolion* en el que se habían refugiado los nativos de Potidea con sus familias. El valor de Panfilidas (o posiblemente su oportuna llegada con fuerzas de refuerzo) había logrado repeler al enemigo y salvar el lugar. En las inscripciones de Halasarna no aparece claro si ya había existido un *peripolion* que había que reconstruir, o si Theucles ordenó que se construyera uno nuevo para hacer frente a la situación de emergencia. En cualquiera de los casos, este se hallaba ya en perfectas condiciones para recibir a las gentes de la provincia cuando se materializaran los peligros que amenazaban. Si podemos confiar en la lección del primero de los dos textos de Halasarna, esta no llegó a ser atacada, pues se habría podido detener al enemigo antes o en el mismo *peripolion* con la ayuda de las tropas que de la flota enviada habían desembarcado. Sí parece evidente que los *peripolia*, en situaciones de esta índole, cuando las islas eran atacadas por enemigos o ladrones, servían no sólo de refugio, sino también de fuertes desde los que las tropas podían actuar para defender la región.

En los *peripolia* de los que nos hablan estas inscripciones, encontramos algo que nos viene a dar una clara respuesta a las conjeturas de Ross acerca del propósito de la construcción de dichas torres. El significado de la palabra[131] aparece acertadamente explicado por el editor, no con el valor de «suburbio» (uso más tardío de la palabra), sino para designar un lugar de *peripoloi*, es decir, un puesto de vigilancia. Esto se corresponde a la perfec-

ción con el tipo de torres que encontramos en las islas griegas, siendo las torres aisladas más parecidas a fuertes, donde sólo un reducido número de individuos podría refugiarse, mientras que las torres con ciudadela interior o adyacente podían acoger a un número mayor. El fuerte de Halasarna parece corresponder a este último tipo. En la inscripción encontramos la distinción entre *peripolion* y τείχη, y es probable que τείχη aludiera a los muros exteriores de la ciudadela. Otro pequeño detalle que observamos en las inscripciones de Halasarna tampoco carece de importancia. Entre otros servicios de Theucles, se dice que, puesto que la provisión disponible de maderas era utilizada casi en su totalidad por los coanos para la construcción de una *stoa*, que en este caso constituía una galería cubierta en el interior del fuerte, este consideró necesario entregar cantidades de dinero adicionales para la adquisición de maderas en Halasarna, presumiblemente con el mismo propósito. Responde a la lógica que en un fuerte provisto de ciudadela se colocara una galería o corredor de madera en la cara interna de los muros, pues así se protegería a los hombres o al ganado que se refugiaba con ellos de los proyectiles que pudieran lanzarse. En algunas de las torres griegas que sobreviven, comprobamos que la ciudadela no rodeaba a la torre, como en el caso de la de Naxos, sino que era adyacente a ella[132]. En tales casos, esta no puede haber sido una línea defensiva exterior de la torre, sino tan sólo un espacio adicional de refugio.

Como resultado de esta inseguridad generalizada y de los continuos estragos en las costas, extensas franjas de terreno dejaron de ser cultivadas[133]. Por la misma época, la existencia de ciudades fortificadas y fuertes tierra adentro, empezó a conferir nuevas peculiaridades a las incursiones de los piratas que se pueden ilustrar con el siguiente pasaje de la *Odisea*:

> Llevándome el viento desde Ilios, llegué hasta los cicones en Ismaros; allí saqueé una ciudad y maté a los hombres que la habitaban, llevándome a las mujeres y repartiendo muchos de los bienes que allí encontramos de manera que a ningún hombres pudiera faltarle su parte correspondiente. Después, como no podía ser de otra forma, ordené que huyéramos a paso ligero, pero ellos, estúpidos como eran, no me obedecieron. Habían bebido demasiado vino y sacrificado numerosos corderos dando tumbos por la orilla como animales. Entretanto, los cicones fueron a pedir ayuda a sus vecinos, mucho más numerosos y aguerridos, que vivían en el interior y sabían bien cómo enfrentarse a hombres en carros y a pie cuando fuera necesario. Estos llegaron por la mañana, en número tan grande como el de las hojas y las flores en primavera y trayendo consigo el funesto hado de nuestra desgracia.[134]

Todo el fragmento ha sido cuidadosamente examinado por Bérard[135] y comentado a la luz de valiosas citas procedentes de los diarios de viajeros del siglo XVII. El mismo autor señala que las extensas planicies del litoral de Tracia, al igual que las tierras del Delta egipcio, han sido siempre las más expuestas a los ataques de los corsarios. Y a sus testimonios puede añadirse lo que Polibio apunta acerca de los peligros de Elis y Mesenia durante la época de la piratería iliria: «La expedición comenzó con el asalto de Elis y Mesenia, tierras en las que los ilirios nunca habían perdido la costumbre del pillaje, pues, debido a la extensión de su litoral y a que las más importantes ciudades se hallaban en el interior, el socorro en caso de ataques venía de lejos y tardaba en llegar; lo que hacía posible invadir y saquear aquellas regiones sin ningún obstáculo»[136].

La «ciudad» que Ulises y sus compañeros saquearon era, por tanto, un pequeño y desprotegido lugar de la costa que el capitán estaba deseando abandonar antes de que los cicones del interior, «mucho más numerosos y aguerridos», pudieran organizar el ataque. «Huir a paso ligero» era la práctica común entre los corsarios tan pronto como todo cuanto hubieran encontrado a su paso ya se hallara en su poder. Muntaner describía así un asalto de Roger di Luria en Provenza: «La búsqueda se prolongó hasta llegar a casi una legua de Beziers, pero ya estaba atardeciendo, y el almirante temió que no pudieran regresar a las galeras antes de la noche. Se encontraban en la peor de las calas que hay tanto al este como al oeste»[137]. Pero los hombres de Ulises desobedecieron la orden de embarcar antes de la noche y se entregaron al festín en la orilla[138]. Las miserias de la vida de los corsarios en alta mar, de las que Roberts y Thévenot[139], que también fueron capturados, nos dan una minuciosa descripción, eran razón suficiente para correr el riesgo. Bebieron en exceso y devoraron la carne, y, a la mañana siguiente, los habitantes del interior, que se habían preparado para el ataque, cayeron sobre ellos.

Hay varios detalles secundarios en la descripción de este ataque sobre los que Bérard llama la atención. Señala así que, en aquel caso, como en otras ocasiones[140], el botín fue repartido equitativamente entre los hombres en contraste con la práctica de los franceses, entre quienes los miembros no destacados de la tripulación nunca recibían nada. La diferencia, no obstante, es sólo superficial; la tripulación de los corsarios franceses se dividía entre los hombres de acción y los marineros. Estos últimos, en ciertos casos, trabajaban como verdaderos esclavos, y era frecuente que estos hombres fueran reclutados mediante engaño o por la fuerza en los puertos italianos. Eran muy pocas las oportunidades de escapar y, si alguno lo lograba, se raptaba a los

sacerdotes griegos para que estos obligaran a los habitantes de la costa a salir en busca del prófugo. Los hombres de acción del barco de Roberts sumaban unos cuarenta «voluntarios», todos ellos con crímenes a sus espaldas que habían dejado en la tierra natal y sin ningún motivo para regresar a ella. Se encargaban de espiar celosamente a la tripulación y, si a bordo se producía algún motín, era siempre por «la falta de consideración de estos perros del diablo». Ellos acaparaban todo el botín, pero había ciertos porcentajes establecidos para los oficiales de mayor jerarquía. Roberts, cuando llegó a ser artillero, descubrió que su ἐξαιρετὸν δώρημα consistía en *patereroes*. El mismo principio regía entre los piratas británicos de los mares occidentales, cuyas «leyes», si atendemos a la relación que nos ofrece el Capitán Chas. Johnson, contemplaban un sistema predeterminado para el reparto del botín[141].

Los sacerdotes figuran también en el epílogo al asalto de Ismaros. El vino que Ulises utilizó para embriagar al Cíclope se dice que había sido un regalo de Marón, el sacerdote de Apolo en Ismaros[142]. Es posible que el sacerdote Marón, tal como sugiere Bérard, fuera un aliado de los corsarios o se le utilizara con el mismo propósito que los hombres de Roberts se sirvieron de los *papadhes* de las islas, a modo de guías que les condujeran a través del territorio. Spon y Wheler mencionan el caso de un sacerdote de Corinto cuyo hermano era un pirata y que se había unido a los turcos al hallarse en peligro de ser capturado. El mismo *papas*, hallándose ebrio en cierta ocasión, había revelado haber visto a tres piratas en una casa. Cuando esto llegó a oídos del *vaivode*, fue apaleado y condenado a servir en las galeras. Esto fue la causa de su propia conversión[143]. Hughes fue advertido contra los *papas* de Delfos, de los que se decía que eran aliados de los *clepthos*, y recoge la opinión de un viajero del pasado que

afirmaba que no había banda de ladrones ni barco pirata sin su capellán[144]. El caso de Marón, no obstante, es un tanto diferente. Salva su vida, pero sus «regalos» a Ulises, además de los doce jarros de vino, consisten en siete talentos de oro y un cuenco de plata. El respeto de los piratas por el sacerdote no les supone obstáculo alguno para exigirle tributo, si bien no llegan a ejercer violencia ni sobre él ni sobre su familia.

No es fácil medir el grado en el que la superstición era importante en la vida de los piratas[145]. Stackelberg nos dejó una sorprendente descripción de las convicciones religiosas de sus captores que es para nosotros de gran interés. Eran en su mayoría turcos, «pero tenían escasísimo conocimiento de la fe musulmana; en los momentos de peligro se habían servido de toda clase de supersticiones, pero, al volver a encontrarse a salvo, se complacían en proferir las más horribles blasfemias. En sus naves siempre había una vela permanente encendida ante una imagen de la Virgen, y, durante las tormentas, hacían promesas a San Nicolás [...] las ofrendas se realizaban en una iglesia consagrada al santo que había en una de las islas y que ellos visitaban con frecuencia»[146].

Plutarco menciona los extraños sacrificios y ritos secretos que practicaban los piratas de Cilicia; pero sería, obviamente, una imprudencia, basarse en sus afirmaciones para concluir que la fe de Mitra habría sido inicialmente difundida por ellos[147].

El trato que estos bandidos recibían cuando eran capturados ha sido prácticamente el mismo en todo el mundo. El objetivo primordial era, en la mayoría de los casos, asegurarse de que el castigo se correspondiera con el delito y que su conocimiento resultara disuasorio para los demás. En la Inglaterra del siglo XVI, se dice que «el castigo para los corsarios era ser ahorcados de manera que sus pies casi tocaran el agua, por lo que, gene-

ralmente, se les ejecutaba a orillas de los ríos o del mar»[148]. Los ejemplos más tardíos de estas «ejecuciones portuarias» tuvieron un carácter similar. Las leyes romanas establecían que los castigos infligidos a bandidos y piratas tuvieran toda la publicidad posible: «famosos latrones in his locis, ubi grassati sunt, furca figendos compluribus placit ut et conspectu deterreantur alii ab isdem facinoribus»[149]. Una ejecución pública suponía, sin lugar a dudas, un espectáculo gratificante para todos aquellos que vivían con el temor de ser víctimas de los crímenes de los corsarios. Cicerón, al menos, pone énfasis en el descontento que cundió entre los siracusanos cuando Verres les privó del *iucundissimum spectaculum* de asistir a las ejecuciones de los más destacados piratas[150]. Ninguna clemencia podían esperar los piratas una vez que caían en manos de sus víctimas. Miller menciona el caso de un corsario turco llevado en el 1500 a Melos, donde fue quemado lentamente, por espacio de tres horas, por el populacho[151]. La hoguera parece haber sido el castigo que más frecuentemente recibían de los campesinos turcos y sirios[152]. Los castigos oficiales de los romanos, eran, en cualquier caso, la decapitación[153], la crucifixión[154], y el arrojo a las bestias[155]. Desde que los piratas fueron considerados por el derecho romano *communes hostes gentium*[156], era obligación de los gobernadores de las provincias proceder contra ellos[157]. Cada individuo tenía, asimismo, capacidad para tomar las medidas que fueran necesarias para defenderse de los bandidos y piratas[158], pero, aun así, no resulta claro hasta qué punto Julio César estuvo legitimado para ordenar la crucifixión de sus captores, desafiando así al gobernador de Asia.

Muy poco es lo que conocemos del tratamiento que daban las leyes griegas a la piratería. Es bastante probable que hubiera extensas disposiciones sobre la cuestión en el código de Rodas a

juzgar por uno de los escasos fragmentos que conservamos del mismo[159]. Una inscripción de Éfeso nos dice que los piratas capturados recibían el trato «que corresponde a su villanía»[160]; pero, examinando algunos de los métodos más frecuentes, quizá sea posible ahorrarnos especulaciones. Existe, no obstante, un valioso testimonio que figura al principio de este volumen[161] y que nos demuestra que la práctica de arrastrar a un individuo atado a la quilla del barco de un lado a otro bajo el agua, tan cara a los piratas de los mares occidentales, era también conocida entre los antiguos. Desafortunadamente, en esta ocasión no podemos saber si la víctima era un pirata o un cautivo.

APÉNDICE A. (Capítulo I, p. 33)

Muchas de las ciudades fortificadas del archipiélago griego poseen un considerable interés arquitectónico. Estoy en deuda con el Profesor R. M. Dawkins, quien me proporcionó los datos que aquí siguen relacionados con ellas. Las mejor preservadas se encuentran en Kimolos (visitadas en 1907), donde la ciudad presenta una forma cuadrangular, midiendo cada lado unos setenta pasos. Los muros exteriores los forman las espaldas de las casas, todas ellas orientadas hacia dentro y unidas unas a otras de manera que forman un continuo muro que da al exterior. Se conservan los restos de dos torres redondas situadas, respectivamente, en el ángulo noroeste y en el sudoeste. La entrada sólo es posible a través de las puertas que se hallan en la cara sur y en la nordeste. En esta línea exterior las casas están construidas a la misma altura, y no suelen tener más de una planta.

El centro de la ciudad lo ocupa la iglesia, rodeada de un segundo cuadrado formado por casas construidas espalda con espalda que tocan la iglesia por sus caras sur y este. El cuadrado interior que así se forma tiene las aberturas de las puertas situadas en los ángulos noroeste y sudeste, y por entre las casas que forman tanto el cuadrado interior como el exterior discurre un ancho pasillo. Mi descripción se basa en las notas y esbozos de planos que tuvo la gentileza de enviarme el Profesor Dawkins[162].

El testimonio de Pholegandros, que menciona Tournefort, nos ofrece la mitad del plano de una Kimolos construida al filo de un precipicio sobre el mar (cfr. Bent, *Cyclades*, p. 198). El caso de Sicinos, descrito por Bent, (*op. cit.*, p. 173) posee el mismo trazado. Sin embargo, o no ha sido tan bien conservado, o no se confeccionó con la misma pericia que los otros. Se sabe también de la existencia de un castro de estas características en Antiparos. El Profesor Dawkins añade: «El principio de la construcción de casas de manera que estas formen una fortificación que haga las veces de muralla es un principio sumamente común y natural; generalmente, la construcción se realizaba sobre terreno rocoso y seguía la forma de las rocas; el trazado cuadrangular sólo aparecía cuando se trataba de terrenos llanos. El mejor ejemplo de construcción sobre un suelo rocoso lo encontramos en Astipalea. El núcleo de la antigua ciudad de Apiranthos en Naxos lo forman un grupo de casas construidas de tal manera que, al cortar una sola de las calles, es imposible acceder al interior, y el enemigo tiene que vérselas con un muro casi totalmente compacto. Este es un tipo de castro rudimentario que se localiza en la zona más elevada de la ciudad, pero es tan pequeño y se encuentra tan urbanizado, que apenas se puede advertir antes de llegar a él. La chora de Naxos es grande, pero su parte más vieja, construida de forma irregular, corona también la zona más alta

de la misma manera. El principio fundamental e invariable consiste en que las casas se orientan hacia el interior, haciendo sus espaldas las veces de murallas de la fortificación; no hay otros muros que los que forman las mismas casas».

CAPÍTULO II

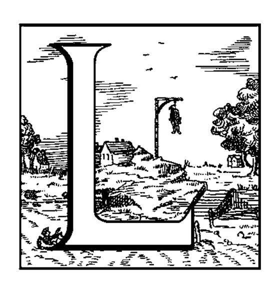
PIRATERÍA, COMISIONES Y REPRESALIAS

Καὶ αὐτὸν ὁ Παπινιανὸς ὁ ἔπαρχος ἀνήρετο Διὰ τι ἐλῄστευσας; καὶ αὐτὸς ἀπεκρίνατο Διὰ τί σὺ ἔπαρχος εἶ.

(*Dio Cassius*, LXXVI, 10, en el juicio contra Felix Bulla).

Πειρατοῦ δὲ καταδραμόντος τὴν χώραν και ὡς ἑάλω λέγοντος ὅτι Τροφὴν οὐκ εἶχον τοῖς στρατιώταις παρέχειν, πρὸς τοὺς ἔχοντας οὖν ἑκοντὶ δ᾽ οὐκ ἂν δόντας βία ληψόμενος ἦλθον · ἔφη, Σύντομος ἡ πονηρία.

(*Apophtheg. Lac.*, p. 223D).



La forma del inglés *pirate* deriva, a través del latín *pirata*, del griego πειρατής, que Liddell y Scott definen como «aquel que comete asaltos o ataques (πεῖραι) dirigidos contra embarcaciones»[1]. La palabra es de aparición relativamente tardía en Grecia, pues no es posible encontrarla con anterioridad al siglo cuarto a. C., siendo la palabra más habitual hasta esa fecha ληιστής[2]. Ambas formas, no obstante, se usaban con un sentido más amplio que el que la palabra *pirate* tiene hoy en la legislación inglesa, por lo que, a lo largo de nuestra exposición, será necesario distinguir claramente entre la piratería y el desarrollo, en tiempos de guerra, de lo que en época reciente se ha dado en llamar «comisionado». La piratería, tal como aparece recogida por las leyes inglesas, se define como la «realización de todo acto de robo y violencia en el mar que, de haberse cometido

en tierra firme, se consideraría un delito grave. Ningún soberano ni estado comisionará ni delegará autoridad en el pirata para la ejecución de tales actos contra terceros»[3]. Según una definición más amplia, constituiría «un acto de violencia realizado en el océano, en tierras extrañas o en el territorio de un estado al que accediera por mar un grupo de hombres que actuara con independencia de cualquier forma de comunidad políticamente organizada»[4].

A tenor del caso que antes mencionábamos de la goleta a motor griega que fue asaltada en el Mar Negro[5], Counsel afirmaba que el pirata era, indistintamente, un enemigo de la entera humanidad y no un mero salteador de personas de determinada clase o raza. Dicha definición nos conduce a la distinción que hacía el derecho romano entre *iusti hostes* y *humani generis communes hostes*: «Hostes sunt quibus bellum publice populus Romanus decrevit vel ipsi populo Romano: ceteri latrunculi vel praedones appellantur»[6]. En el proceso de la citada causa, los asaltantes pidieron que se admitiera la validez de la comisión recibida del estado al que pertenecían[7].

Las dificultades para distinguir entre la piratería y otras formas de violencia marítima aumentan considerablemente en toda disquisición acerca de la piratería en la Antigüedad desde el momento en que la práctica de la concesión de comisiones comienza a practicarse a gran escala. Los piratas y comisionados se hallaban íntimamente relacionados, y las designaciones utilizadas para ambas realidades son prácticamente las mismas. Por añadidura, la práctica generalizada de las comisiones en tiempos de guerra dio un poderoso impulso a la piratería ordinaria[8]. Así mismo, muy estrechamente vinculado con las comisiones se hallaba también el sistema de represalias y embargos que recogían las leyes antiguas.

Las comisiones, es decir, las acciones hostiles llevadas a cabo por naves que pertenecían a particulares en tiempos de guerra, estuvieron siempre presentes en los conflictos de la Antigüedad y fueron una práctica generalizada entre los ciudadanos de los estados beligerantes no sujeta entonces a las limitaciones que en tiempos más recientes impusieron las «patentes de corso» concedidas a particulares. Su carácter universal quizá pueda explicarse mejor si tenemos en cuenta que no existía en la Antigüedad ninguna distinción entre soldados y civiles[9]. En la Antigüedad, las operaciones bélicas de los comisionados se diferenciaban en muy poco de las de los piratas en lo que respecta al enemigo. De hecho, son precisamente las acciones de los comisionados durante la guerra del Peloponeso las que aportan mayor luz sobre las tácticas generales utilizadas por los piratas del Egeo. Tanto las acciones de los comisionados como las de los piratas aparecen descritas en términos similares, lo que en ocasiones hace verdaderamente difícil distinguir entre ellos. No puede decirse que las leyes sobre la neutralidad fueran siempre observadas. Las acciones de los etolios son quizá excepcionales, pero incluso en un estado como el de Atenas encontramos en alguna ocasión violaciones de la neutralidad. El discurso de Demóstenes contra Timócrates[10] nos ofrece un ejemplo interesante. En el año 355 a. C., tres embajadores atenienses que se dirigían en un barco de guerra a la corte de Maussolus, en Caria, se encontraron con un barco procedente de Naucratis que capturaron y llevaron al Pireo. Los mercaderes de Naucratis lo reclamaron a Atenas, pero habiéndose Egipto rebelado contra Persia y estando los atenienses deseosos de cultivar las buenas relaciones con el Gran Rey, el barco fue considerado enemigo. El botín, que por ley tendría que haber ido a parar al estado, quedó en manos de los embajadores.

No menos dañino para la paz marítima era el tratamiento que la ley antigua daba a los embargos, donde nuevamente podemos advertir cómo la terminología legal se diferencia apenas de la que se refiere a las acciones de los piratas. En el siglo cuarto, Demóstenes afirmaba que, debido a los embargos realizados por los capitanes atenienses, ya era imposible para cualquier ciudadano de Atenas ir a ninguna parte sin ostentar la bandera de tregua[11]. Las represalias podía emprenderlas el mismo estado mediante una licencia general concedida a todos sus ciudadanos sin excepción, y esta permitía el saqueo de los habitantes y de las mercancías pertenecientes a otro estado; de esta misma forma los lacedemonios, en el año 416 a. C., en respuesta a los continuos asaltos perpetrados por los atenienses en Pylos, decretaron la concesión de un permiso extensible a todos los súbditos para saquear a los atenienses sin previa declaración de guerra[12]. Hay numerosos ejemplos de prácticas similares en época helenística que causaron notables dificultades a los romanos en sus intentos de lograr la pacificación de Grecia[13]. Igualmente frecuente en el derecho internacional de la Antigüedad era la práctica de legitimar a particulares para tomar represalias contra ciudadanos de un estado extranjero. Demóstenes alude en más de una ocasión a cierta práctica conocida como ἀνδροληψία. En su discurso contra Aristócrates cita cierta ley que contemplaba que, si cualquier ciudadano ateniense recibía una muerte violenta en un estado extranjero, los parientes del fallecido tendrían legitimidad para disponer de las personas de no más de tres ciudadanos del estado en cuestión hasta que este no se comprometiera a juzgar al culpable o el mismo se entregara a la justicia[14]. Los abusos a los que condujo este violento e inmediato sistema de hacer justicia, incluso después de estar regulado por las leyes de Ática, son mencionados por el mismo orador en otro de sus discursos[15].

Derechos de embargo de la propiedad muy similares también se otorgaban en caso de disputas comerciales con ciudadanos de un estado extranjero, siendo la palabra συλᾶν, que servía para referirse a la acción vindicativa personal que en tiempos primitivos era el único medio de hacer justicia ante la agresión de un extranjero, la denominación más frecuente en los siglos cuarto y quinto para tales represalias[16]. Merece la pena llamar la atención sobre el hecho de que la palabra más frecuente para designar el saqueo o el pillaje sea también el término especializado para referirse al cobro de una garantía que obligue a la satisfacción de una demanda[17]. Las acciones de este tipo fueron, indudablemente, universales en alguna época, y, gradualmente, fueron siendo restringidas por acuerdos entre las partes. Los συμβολαί del derecho internacional griego perseguían el propósito de garantizar que se hiciera justicia sin recurrir a la violencia en los conflictos entre ciudadanos de diferentes estados[18]. No obstante, incluso cuando ya existían tales tratados, aún podemos encontrar casos en los que, habiendo fallado las garantías legales, el ciudadano de algún estado se veía en la necesidad de exigir los derechos de represalia contra un estado extranjero, que le eran otorgados de manera muy similar a lo que en tiempos modernos hemos conocido como las «patentes de corso»[19] originarias. Tales derechos podían otorgarse a un único ciudadano con respecto a un ciudadano concreto de otro estado o contra todos sus ciudadanos en general[20]; incluso, en ciertos casos, tal como hemos podido ver, el derecho de represalia podía hacerse extensible a la totalidad de los ciudadanos del estado que hubiera recibido la ofensa[21]. No es necesario profundizar en los procedimientos concretos mediante los que se tomaban este tipo de disposiciones en el seno del estado al que los ofendidos pertenecían[22]. Lo que más nos interesa con respecto a nuestro estudio no es sino el hecho

de que, incluso en los estados más avanzados de Grecia, las represalias y capturas violentas de personas y bienes se prolongaron hasta fechas tardías bajo la apariencia de acciones legales junto a los a todas luces ilegales saqueos de los piratas. Dado que las primeras eran permitidas por la ley, resultan obvias las dificultades que surgirían para erradicar estos últimos[23].

Asimismo, resulta difícil aplicar la moderna noción de «sociedad políticamente organizada» a las condiciones, en época temprana, de la vida en la Antigüedad[24]. Solamente después de una larga evolución llegó el mundo antiguo a distinguir entre extranjeros y enemigos, entre piratas y corsarios, entre comercio legal y expolio. La reina Teuta, con respecto a las acciones de piratería realizadas por sus súbditos, respondió a las autoridades romanas que no tenían sus soberanos por costumbre intervenir en las actividades que en el mar desarrollaban de ordinario los ilirios[25]. Incluso ya en el siglo VI, hallamos en Grecia, según Herodoto[26], a un tal Polícrates de Samos que ejercía la piratería, indiscriminadamente, contra todo navegante que surcara el Egeo. Una conocida ley de Solón permitía actividades de la misma índole a los atenienses[27]. El saqueo de los vecinos era para los primitivos habitantes de la zona mediterránea una forma de industria permitida y fomentada por la comunidad en tanto que las víctimas fueran las gentes de otras tribus.

La mejor de las descripciones que conservamos acerca de tales circunstancias es esta que nos ofrece Tucídides:

> Tanto los antiguos griegos como los bárbaros que habitaban la costa occidental y las islas, desde el momento en que comenzaron a navegar, se dedicaron a la piratería a instancias de sus mismas autoridades como una forma de obtener ganancias y cubrir sus necesidades. Atacaban las ciudades

> no fortificadas ni demasiado habitadas y las saqueaban, y este era su principal modo de ganarse la vida, siendo un oficio que, no sólo no suponía ninguna deshonra, sino que, antes bien, les confería un algo de gloria. De esto nos dan muestra incluso nuestros tiempos, pues aún hoy ciertos habitantes del continente tienen por mérito el éxito en tales hazañas[28]. Encontramos en los poemas antiguos a hombres que preguntan, invariablemente, a cuantos navegantes llegan a sus costas, si se dedican a la piratería[29]; y ni los interrogados, en ningún caso, reniegan de su condición, ni reciben reproche alguno de los que se interesan por conocer su oficio. También actuaban en el continente, y, hasta nuestros días, muchos griegos siguen viviendo de esta antigua costumbre, como los locrios ozolas, los etolios, los acarnianos y los habitantes de esa zona continental[30]. El oficio de las armas ha pervivido en estos estados del continente desde su antiguo origen vinculado a la piratería[31].

La piratería y el robo eran allí considerados como una forma cualquiera de industria, y como tal aparecen tratados en los textos de Aristóteles:

> Otros se ganaban la vida dedicándose a diferentes tipos de caza. Algunos, por ejemplo, se dedicaban al bandidaje; otros, que habitaban cerca de ríos, lagos y pantanos o a orillas del mar en zonas en las que la pesca era abundante, se hacían pescadores; mientras que otros vivían de la caza de aves o bestias salvajes.[32]

La forma de vida de los cazadores precedió en el tiempo a la de los agricultores y se prolongó hasta más tarde en aquellas re-

giones en las que las malas condiciones del terreno hacían difícil su cultivo. En los territorios menos extensos o en aquellos en los que escaseaba la caza, sus primitivos habitantes se hicieron muy pronto a la mar. Se dedicaron a la pesca, al comercio en las zonas donde era posible, y a la caza, pero las criaturas cazadas no eran sino sus semejantes, hombres como ellos que eran capturados, igual que las bestias[33] en tierra firme, mediante la persecución o la trampa.

Una de las figuras más interesantes que encontramos entre las leyendas griegas, la de Nauplio (cuyo oficio consistía en destruir barcos para saquear los restos del naufragio, en el comercio de esclavos y la piratería), puede verse como reflejo fiel de los habitantes primitivos de la costa mediterránea. En tierra firme se dedicaba a provocar el naufragio de los barcos mediante falsas bengalas que conducían a los marinos a la muerte[34]. En el mar, como mercader de esclavos y pirata, desempañaba el mismo papel que los raptores en la conocida leyenda de los niños expósitos: hijos repudiados y mujeres que habían causado algún problema les eran confiados para que se les ahogara o se les eliminara de una u otra manera. Cierto rey de Creta llamado Catreo le entregó a sus dos hijas, Aérope y Clímene, con instrucciones de que las vendiera en tierras extranjeras. Nauplio vendió a Aérope, pero se quedó a Clímene como esposa[35]. Auge, hija de Aleos, tuvo un destino similar tras sus amores con Heracles y fue entregada a un grupo de piratas carios[36]. El mismo nombre de Nauplio significa «marino» (pues es considerado el primer marino de la historia por atribuírsele el descubrimiento de la Osa Mayor[37]), y, probablemente, su conducta no fuera muy distinta de la de los marinos primitivos del Mediterráneo[38]. Ya hemos hablado acerca de las prácticas de los mainotes, que se dedicaron también a provocar el naufragio de los barcos y a la piratería

durante los siglos XVII y XVIII, así como de los tauros del mar Negro; pero sabemos también de otras comunidades similares que se ganaban la vida con los mismos oficios en zonas donde las condiciones del litoral eran propicias para ello[39].

La práctica de provocar el naufragio de los barcos suponía una forma de obtener riqueza de la que se beneficiaba toda la comunidad. No de otra manera los pueblos primitivos consideraban la guerra: «Desde cierto punto de vista, el arte de la guerra es un arte natural de apropiación». Aristóteles clasifica este tipo de guerra, junto a la agricultura, la piratería, la pesca y la caza, entre los oficios que no requieren el intercambio comercial[40]. De manera similar, observamos que Tucídides señala que las razones que indujeron a los hombres a la piratería no fueron sino la búsqueda de una forma de beneficio propio y de sustento para los miembros más débiles de la familia o tribu a la que pertenecían[41]. Cuando nos encontramos ante una organización social de índole tribal, piratería y guerra son conceptos indiscernibles entre sí[42]. Ambas constituyen fuentes de riqueza que proceden del exterior, y es sólo en el propio seno de la comunidad donde el robo se prohíbe. Robar, ya sea o no mediante las armas, no constituye delito cuando se trata de enemigos o extranjeros. El ladrón Autólico se hallaba bajo la protección del propio Hermes, pero es de suponer que este sólo le ofreciera su ayuda en tanto que actuara fuera de la comunidad[43].

Parece evidente, así pues, que la ambigua terminología existente en la Antigüedad con respecto a la piratería, las represalias y las capturas autorizadas en tiempos de guerra, constituía una herencia que tenía su origen en épocas anteriores, cuando apenas se diferenciaba entre estas distintas formas de apropiación. Ulises utiliza el término ληίσσομαι cuando se dispone a recuperar las pérdidas ocasionadas por sus pretendientes[44]. Y la

misma palabra aparece también utilizada para referirse tanto a las capturas realizadas en el transcurso de la guerra[45] como a los saqueos de los piratas: ληίστηρες. La palabra ληΐς[46] se usa en la épica para referirse al botín en general, ya fuera obtenido por las armas en batalla[47] o mediante acciones de piratería[48], pero, en un sentido más específico, también se refería a un objetivo concreto de los asaltos y saqueos que constituía el bien más provechoso para los antiguos, el ganado[49].

No es extraño, así pues, que las más antiguas leyendas griegas traten por extenso las hazañas de los héroes que se dedicaron al saqueo intertribal de ganado. Según Hesíodo, la guerra contra Tebas fue declarada para garantizar la seguridad de las reses de Oedipodes[50]. La guerra de Troya se inició como una represalia por la violación de una mujer, y, en el transcurso del conflicto, la captura de ganado tuvo un papel fundamental[51]. Néstor nos ofrece el más vivo reflejo de este tipo de guerra[52]. Los elianos tenían una antigua deuda con las gentes de Pylos desde que los epeos se habían aprovechado de la debilidad del pueblo de Pylos para saquear su país. Gracias al valor del joven Néstor, dicha deuda sería saldada y el botín se repartiría entre todos los que habían sufrido los expolios elianos. Tres días después, sin embargo, volvieron los epeos y se trabó nueva batalla. Bien podemos preguntarnos si la victoria de los hombres de Néstor pondría fin al conflicto o los epeos aún harían alguna otra tentativa.

Sin embargo, cuando los conflictos entre las distintas tribus comenzaban a dirimirse en los tribunales[53], las luchas intertribales ya se resolvían mediante acuerdos en la *Odisea*. El joven Ulises fue enviado como embajador a Mesenia por su padre y sus mayores con la misión de saldar cierta deuda que allí tenían. Gentes de Mesenia habían asaltado Ítaca y se habían llevado

trescientas ovejas y a sus pastores[54]. En lugar de tomar represalia inmediata, los de Ítaca hicieron primero tentativas diplomáticas, y podemos suponer que la cuestión se resolvió mediante un acuerdo y que no se produjeron más asaltos. A un acuerdo similar habían llegado con anterioridad Ítaca y Thesprotia[55]. Eupites, que lo había infringido al unirse a un grupo de piratas tafios para atacar la costa de Thesprotia, sólo pudo escapar a las iras de los habitantes de Ítaca gracias a la protección del mismo Ulises. Se pueden ver indicios en la *Odisea*, así pues, de cierta distinción entre la sociedad políticamente organizada y los bárbaros incapaces de toda organización, y quizá en este episodio estemos ante los ecos de las más tempranas tentativas griegas de lograr una alianza que garantizase la mutua protección frente a la amenaza de la piratería ejercida por las comunidades bárbaras.

APÉNDICE B (CAPÍTULO II, P. 53)

UN interesante ejemplo de represalias de esta índole lo encontramos en un papiro egipcio del reinado de Ramsés XII (1118-1090 a. C.) que recoge el viaje de Wen-Amón (Pap. Golénischeff, Breasted, *Ancient Records* IV, §§ 558 *et seq.*, cuyas versiones seguiré tanto en este como en el siguiente capítulo). El embajador egipcio, al que le habían sido robados por los thekel cinco *deben* de oro y treinta y uno de plata en la ciudad de Dor (en la costa de Siria), reclamó al rey de Dor que les fueran devueltos. El rey se negó argumentando que había sido uno de los propios hombres de Wen-Amón el culpable del robo (§ 566). Tras abandonar Dor, en

el transcurso de su viaje, parece que Wen-Amón se encontró con un barco de los thekel: «Encontré allí 30 *deben* de plata. Los tomé, [diciéndoles: me quedaré con vuestro dinero hasta que no deis con el mío. ¿Acaso no fue un thekel] quien me lo robó y no uno de mis hombres? Pues me lo quedaré». (§ 568).

Naturalmente, esta despótica actuación tuvo respuesta. El propio Wen-Amón nos ofrece el siguiente relato de lo que le aconteció cuando se hallaba en Byblos negociando la compra de la madera que le habían encargado: «Al ir hasta la orilla del mar, al lugar donde se hallaba la madera, avisté once barcos de los thekel que se aproximaban con la consigna de capturarnos y que ni uno solo de nuestros barcos regresara a Egipto» (§ 588).

«A la mañana siguiente, el rey de Byblos llamó a su [———]. Sin moverse de su sitio preguntó a los Thekel: "¿por qué habéis venido?". Ellos le respondieron: "Hemos venido en busca de los ruinosos barcos que enviaste a Egipto con nuestros [———] camaradas". Y él les dijo: "No puedo apresar a un enviado de Amón en mi tierra, tendréis que permitirme que le deje marchar, y seréis vosotros los que habréis de perseguirle"» (§ 590).

El último párrafo nos muestra una clara similitud con los locrios τὰ ξενικαὰ ἐ θαλάσας hάγεν ἄσυλον πλὰν ἐ λιμένος τô κατὰ πόλιν. (Véase apéndice C).

APÉNDICE C (CAPÍTULO II, P. 55)

A la luz de las afirmaciones de Tucídides acerca de las primitivas condiciones que predominaban en esta zona del mundo griego, resulta difícil concluir si el συλε̂ν del tratado de Oeantheia y

Chaleion (*I. G.*, IX, 3, 333; Hicks y Hill, 44; Michel, 3; Buck, *Greek Dialects*, 56) debe ser interpretado en un sentido técnico (*vid. supra*), o como otra forma más de organizar el saqueo. Según esta segunda interpretación, consistiría en que los piratas de Chaleion no obstaculizarían las acciones de los de Oeantheia en el puerto de su ciudad y viceversa, mientras que los marinos de una y otra ciudad podrían atacar a las naves extranjeras (especialmente a los peregrinos que se dirigían a Delfos), tal como sugiere Zimmern en *Greek Commonwealth*, pp. 315-316. Sin embargo, si tenemos en cuenta los tratados suscritos entre otros estados, parece más adecuado conferir a συλῆν, en esta ocasión, el significado técnico de captura como forma de represalia. Cfr. *G. D. I.*, 5100 (Lyttos y Malla): μὴ ἐξέστω δὲ συλῆν [μήτε] τὸν Λυττίον ἐν τᾶι τῶν Μαλλαίων μήτε τ[ὸν Μαλ]λαῖον ἐν τᾶι τῶν Λυττίον · αἰ δὲ τίς κα συ[λάσηι], ἀποτεινύτω τό τε χρέος ὅ κα συλάση[ι], donde la alusión a τὸ χρέος permite asegurar que existe relación con la captura y la represalia; *Ins. Jurid. Gr.*, II, p. 319 (Gortina y Rhizon): ἐνεχυραστὰν δὲ μὲ παρέρπεν Γορτύνιον ἐς τô Ῥιττενίο, «Le Gortynien ne viendra pas faire de saisiesgages (à Rhizène) contre le Rhizènien». (*Edd.*).

En un caso, los de Lyttos no podrían ser objeto de represalias en territorio de Malla y viceversa; en el otro, los gortinianos no podrían entrar en territorio de Rhizon con el propósito de tomar represalia contra sus habitantes. El acuerdo locrio, no obstante, revela un estado más avanzado que ningún otro en relación al ejercicio de la represalia contra extranjeros mediante el uso de los puertos del otro estado firmante, pues este sería responsable de las represalias allí ejercidas. La incorporación del τὸν ξένον, que no aparecía en ninguno de los dos acuerdos antes citados, no es accidental, como Riezler (*Finanzen*, p. 79, secundado por Zimmern, *l. c.*) parece suponer al afirmar: «Niemand sollte im

Gebiet der einen Bürger der anderen Stadt berauben dürfen». El ξένος no pertenece a ningún estado. En mar abierto, podían tomarse represalias contra él; pero, con la creciente responsabilidad de ambas ciudades, tenían que evitarse las represalias llevadas a cabo contra extranjeros en aguas propias por parte de ciudadanos de cualquiera de las firmantes. Si, por ejemplo, un ciudadano de Chaleion ejercía una represalia en aguas de Oeantheia, podía estar infringiendo algún tratado vigente entre Oeantheia y un tercero. (Sobre el tema en general véase Meyer, *Forschungen*, I, pp. 307 *et seq.*).

APÉNDICE D (Capítulo II, p. 56)

El relato al que hemos aludido sería, probablemente, la versión originaria de la leyenda de Nauplio. Mayores problemas causaría, sin embargo, su inclusión en la saga troyana, donde leemos que este príncipe de los piratas logró la destrucción de la flota griega para vengar así a su hijo Palamedes (hallamos completas referencias en Frazer, *Apolodoro*, vol. II, p. 247). Pero es evidente que no estamos ante una versión homérica. Nuevamente, Nauplio, el καταποντιστής, para castigar a Ulises, intenta ahogar a Penélope. Más tarde, se le atribuye la corrupción de las mujeres aqueas durante una expedición emprendida con ese propósito (referencias en Pearson, *Fragments of Sophocles*, II, p. 82). Aparece, asimismo, en la leyenda de los Argonautas como el sucesor de Tifis el timonel (Ap. Rhod, II, 896). La longevidad que se le atribuye (véase Apolodoro, II, i, 5) constituye, sin duda, la réplica a las objeciones de Estrabón (VIII, 368), que consideraba que Nauplio,

el hijo de Poseidón Amymone, no podía seguir con vida en época de la guerra de Troya. Otros autores, por ello, han distinguido entre este Nauplio fundador de Nauplia (Paus. II, 38, 2) y el Nauplio hijo de Clitoneo, descendiente de Nauplio I que vivió cinco generaciones más tarde que aquel (referencias en Roscher).

De las dos obras de Sófocles, Ναύπλιος Πυρκαεύς y Ναύπλιος Καταπλέων, el Πυρκαεύς trata, sin lugar a dudas, de esta última figura legendaria, el Nauplio que hizo naufragar a la flota griega en Caphereus (véase Parson, *op. cit.*, p. 80). Resulta difícil pensar que el Nauplio Καταπλέων, el Nauplio que llega a tierra o regresa al hogar, pueda ser otro que el pirata y destructor de barcos que halló el mismo destino del héroe de *Inchcape Rock*. (Véase Geffcken, *Hermes*, XXVI, pp. 38-39, citado por Pearson, p. 83).

Hay razones suficientes para dudar si la relación de Nauplio con Caphereus se encontraba ya en la versión originaria de la leyenda o apareció en alguna otra versión posterior. La afirmación que hallamos en Steph. Byz., *s. v.* Καφηρεύς, acerca de que las gentes de Eubea eran reputados destructores de barcos, tiene su origen tanto en una falsa etimología como en el hecho de que esta última leyenda sitúe a Nauplio en Eubea. Por otra parte, fue proverbial en la Edad Media la amenaza de los piratas en el canal d'Oro (véase Miller, pp. 156, 580), e incluso hasta 1797, se tuvo especial aprensión al promontorio de Caphereus. Véase Hawkins (1797) en Walpole, *Travels in the East*, p. 285: «Allí los barcos sufren con frecuencia el obstáculo de los vientos contrarios y de las constantes corrientes de aire que abundan en los alrededores de cavo d'Oro [el promontorio de Caphereus]. Esta, de hecho, es tenida entre los marinos del Levante por la zona más peligrosa para la navegación; carece de cualquier refugio de fácil acceso, y al miedo a los horrores del naufragio se suma el temor al talante hostil de los habitantes de este promontorio

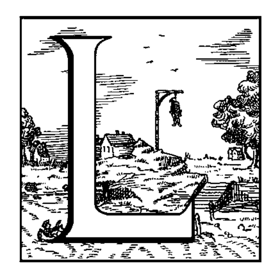
montuoso. Corren numerosas leyendas acerca de la rapacidad de sus ataques, y se dice que en muy poco estiman la vida de un náufrago si esta es obstáculo a su avaricia». Chandler, *Travels in Asia Minor and Greece* (1764-1766), II, p. 4, menciona la existencia de un pequeño fuerte próximo a Caphereus que se encuentra sobre cierta elevación rocosa del terreno, y donde se pueden hallar las ruinas de un *pharos* que fue construido por un corsario para guiarse al avanzar en la oscuridad.

CAPÍTULO III

EL MEDITERRÁNEO ORIENTAL HACIA LAS GUERRAS MÉDICAS

Καὶ μὲν δυσμενέες καὶ ἀνάρσιοι, οἵ τ᾽ἐπὶ γαίης
ἀλλοτρίης βῶσιν καί σφι Ζεὺς ληΐδα δώῃ
πλησάμενοι δέ τε νῆας ἔβαν οἶκόνδε νέεσθαι
καὶ μὲν τοῖς ὄπιδος κρατερὸν δέος ἐν φρεσὶ πίπτει.

(Homero, *Odisea*, XIV, 85).



LAS primeras tentativas de erradicar a los piratas del Egeo se debieron, según la tradición griega, a los gobernantes del primero de los estados que alcanzó cierto grado de civilización y desarrollo marítimo. Minos de Creta, según Tucídides, fue el primero en reunir una flota, controlar las aguas y gobernar las Cícladas. Limpió de piratas el mar en la medida en que le fue posible con el propósito de lograr que sus rentas pudieran llegar sin el obstáculo de los ataques de aquellos[1]. La autenticidad de lo afirmado por Tucídides ha sido sobradamente confirmada por las excavaciones. Ciudades no fortificadas que llegaran a poseer la riqueza de Creta jamás habrían podido existir a menos que sus habitantes pudieran contar con una poderosa armada que mantuviera a los ladrones lejos de la isla. Los constantes intercambios comerciales con Egipto, cuya existencia también han demostrado las excavaciones, habrían sido igualmente imposibles sin el control de las rutas del que habla Tucídi-

des. El dominio de Creta sobre las Cícladas lo atestigua también el carácter de la civilización cicládica posterior. Durante los dos primeros períodos de la tardía Era de Minos, el arte de las Cícladas depende casi totalmente del de Creta[2]. Bien es cierto que aún existía el riesgo de asaltos ocasionales, tal como demuestra el hecho de que los gobernantes de Cnossos consideraran necesaria la fortificación de la cara norte de su palacio[3]. Tal medida pudo haber sido meramente preventiva, pero se trataba, en cualquier caso, de una precaución necesaria, puesto que las tribus de ladrones del sur de Asia Menor aún no habían sido reducidas. No es, desde luego, hasta fechas algo más tardías, cuando encontramos evidencias concluyentes de las actividades de estos en territorio extranjero, pero su posterior evolución demuestra que la piratería y el bandidaje estuvieron siempre entre sus ocupaciones fundamentales. La región que habitaban era del todo propicia para constituir el punto de origen de las expediciones piráticas y, tal como los romanos comprobarían más tarde, también sumamente difícil de controlar. Es significativo el hecho de que en la época de los conflictos que siguieron a la caída de Cnossos (en torno al 1400 a. C.), muchos de los más notables salteadores, tal como reflejan los testimonios egipcios, fueran habitantes de dicho litoral.

La primera alusión a estas gentes en relación con la piratería se encuentra en una de las cartas de Tell-el-Amarna, en la que el rey de Alašia, en respuesta a las quejas del faraón sobre la alianza de sus súbditos con los hombres de Lukki con el propósito de saquear Egipto, afirma que las gentes de Lukki se apropian cada año de varias pequeñas ciudades de su país[4]. Las gentes de Lukki mencionadas en dicha tablilla pueden identificarse con los habitantes de Licia[5], cuya carrera criminal se sabe por los testimonios egipcios que se prolongó durante unos ciento cin-

cuenta años. Tenemos noticias de su pertenencia a una gran confederación de anatolios y sirios a cuya expansión hacia el sur a través de Siria puso freno Ramsés II (aproximadamente 1292-1225) en la batalla de Kadesh. Además de las gentes de Lukki y los hititas, muchas de las tribus de la confederación parecen haber sido originarias de Anatolia, y es muy probable que el ejército hitita estuviera formado por numerosos contingentes de mercenarios, reclutados de entre sus vecinos de Asia Menor, que luchaban bajo el mando de sus propios líderes[6].

En esta ocasión, no puede acusarse a los luka de piratería, pero intervienen de nuevo en la guerra que Merneptah (aproximadamente 1225-1215), sucesor de Ramsés II, movió en el quinto año de su reinado contra los invasores de Libia, a los que se habían unido «gentes de todas las tierras del norte»[7]: los akawasha «de las regiones del mar»[8], los tursha, los luka, los shardana y los shekelesh[9]. Además de las denominaciones anatolias de luka y, posiblemente, también shekelesh, junto a las más dudosas tursha y shardana, los diferentes estudios realizados suelen coincidir en identificar a los akawasha de estas inscripciones con los aqueos griegos (Ἀχαιϝοι), para quienes, tal como demuestran sus propios testimonios, los ataques al delta de Egipto eran su pasatiempo preferido tanto entonces como en fechas posteriores. Parece que el faraón creyó que los hititas se contaron entre los asaltantes o que, al menos, los ataques se realizaron, de alguna manera, con su complicidad[10]; pero dado el carácter general de estos ataques al Delta, es más lógico suponer que los invasores libios se habían aliado a los grupos independientes de piratas que solían actuar en las costas de Egipto y que se aprovecharon entonces de los disturbios ocasionados por la invasión libia.

Los salteadores marinos eran, en esta ocasión, los pioneros de un movimiento mucho más importante que amenazaría Egip-

to algunos años después. Durante el quinto año del reinado de Ramsés III (1198-1167, aproximadamente), nuevas hordas libias invadieron el reino acompañadas de grupos de piratas. «Los países del norte se encuentran inquietos, también los peleset, los thekel que están devastando la región [...] Eran pueblos guerreros tanto en tierra como en el mar»[11]. En esta ocasión, sólo se alude a dos de las tribus del norte, los mismos dos pueblos que luego tuvieron un papel destacado entre los invasores de la siguiente guerra. Probablemente sea correcto considerar a los peleset y a los thekel aliados de los libios, como una especie de vanguardia de los pueblos a los que tres años después los egipcios tendrían que enfrentarse en la costa de Siria. «[Los norteños] se hallaban agitados en sus islas [...] Ya no contaban con ningún hombre de Kheta, Kode, Carchemish, Arvad ni Alasa, pues a todos los habían perdido. Se acuartelaron en Amor [...] Se dirigieron a Egipto, con el fuego preparado, antes que ellos. Sus principales apoyos eran los peleset, los thekel, los shekelesh, los denyen y los weshwesh. [Estas] tierras estaban unidas»[12]. Los invasores fueron recibidos y derrotados en tierra firme; sus flotas, destruidas en la costa de Siria[13].

Tres de las tribus mencionadas en la enumeración de Ramsés III nos son conocidas también a través de otras fuentes. De manera general, se ha admitido que los peleset son los filisteos del litoral de Palestina. A los thekel los encontramos en época más tardía en Dor[14], y los denyen (D-y-n-yw), son muy probablemente los danuna de las cartas de Tell-el-Amarna, que parecen haber sido una tribu del norte de Siria[15]. Es posible, por tanto, afirmar que la guerra de Ramsés fue un problema puramente local con las tribus sirias. No obstante, el relato que el rey nos ofrece, muestra la gran agitación que cundía entre los pueblos del norte de Siria. El carácter migratorio de estos movimientos

se refleja bien en cómo las pinturas egipcias representaban a los invasores: en ellas los ejércitos terrestres acompañan a mujeres y niños que viajan en carros tirados por bueyes[16]. Tanto los thekel como los peleset, bien pudieron llegar a su posterior asiento en Palestina como resultado de esta emigración y ser los denyen una tribu del norte de Siria empujada por el avance de los invasores. Sabemos que fue este un movimiento doble: por tierra y por mar. Los barcos de los peleset y de los thekel habían penetrado en el Delta tres años antes, y la victoria de Ramsés en Siria fue en gran parte debida a la batalla marítima que ilustran los testimonios[17].

No resulta fácil averiguar el origen de estos invasores. Es muy probable que dichas hordas migratorias que se desplazaban por tierra y por mar no fueran sino multitudes heterogéneas de muy distintas procedencias. Los restos arqueológicos hallados en la región que posteriormente ocuparon los filisteos, muestran que la isla de Creta ejerció un poderoso influjo sobre la civilización que se desarrolló en dicha región[18]. Aunque resulta poco menos que imposible sostener la hipótesis de que la totalidad de los filisteos procediera del pueblo de Creta, sí se puede pensar que un gran número de habitantes del Egeo hubiera protagonizado estos movimientos, pues se ha podido concluir que los invasores akawasha que llegaron durante el reinado de Merneptah eran, muy probablemente, aqueos[19].

Afortunadamente, los testimonios egipcios nos han dejado precisos retratos de la apariencia de estos invasores. La mayoría de ellos aparecen representados con grandes escudos redondos y cascos provistos de largas plumas que, según Herodoto, eran característicos de los licios por la época de las guerras persas[20]. Idénticos ornamentos encontramos en cierta figura que representa la cabeza de un hombre en el disco de Fes-

tos, al que, aunque hallado en Creta, puede atribuírsele origen anatolio[21]. El hecho de que la invasión de Siria fuera llevada a cabo a la vez por tierra y por mar, nos inclina, naturalmente, a creer que el origen de la mayoría de estas gentes se hallaba en las tribus marítimas del sur de Asia Menor. En cuanto a los shekelesh, se les ha identificado con los habitantes de Sagalassos, en Pisidia[22]. Es posible que los tursha, que parecen haber utilizado cascos altos y cónicos similares a los que ostentan ciertas figuras halladas en provincias hititas, también llegaran del Asia Menor[23]. El origen de los shardana que se unieron a los invasores sigue siendo dudoso. La denominación se utilizó durante largo tiempo en los textos egipcios para designar a los mercenarios extranjeros del faraón, pero merece la pena señalar que los shardana invasores usaban un casco del todo similar al de los mercenarios shardana que formaron parte de los ejércitos egipcios[24]. Los poemas homéricos muestran que a los invasores del norte, al igual que otros pueblos norteños de épocas posteriores, se les podía encontrar con frecuencia al servicio de los mismos estados que sus compatriotas solían atacar. La denominación de los weshwesh evidencia, asimismo, cierta relación con Asia Menor[25], y es muy posible que en los thekel tengamos a los ancestros de una familia real de Cilicia a la que encontraremos en las dos centurias inmediatamente anteriores a nuestra era[26].

La situación del Egeo tras la caída de Cnossos aparece vívidamente retratada en los poemas homéricos, que aportan aún más luz sobre la índole de estos asaltos. No sabemos con seguridad si las mujeres que Paris se llevó de Sidón fueron el fruto de un saqueo o un regalo del rey[27]. Menelao había navegado durante siete años por las costas orientales y africanas y obtenido cuantiosos botines[28]. Un ataque de los tafios al litoral sirio determinó

la crianza de Eumeo[29]. Ya hemos analizado el relato que hace Ulises de su asalto a la costa de Tracia; y en otra de sus historias nos ofrece un plástico retrato de la vida de los piratas de su tiempo[30]. Aquel pirata se ufanaba de ser de raza cretense; era el hijo bastardo de un hombre rico, y, gracias a su reputación de gran guerrero, pudo desposarse con una acaudalada mujer: «Ni las labores ni cuitas domésticas me satisfacían, sino que eran mi único deleite las naves y la guerra; nueve veces, antes de la guerra de Troya, asalté a hombres de otras razas con mis barcos, y así creció mi hacienda y mi reputación en Creta. Tras la guerra de Troya no pasé más de un mes en el hogar, pues mi corazón me ordenaba zarpar con rumbo a Egipto». A continuación, sigue un vivo relato de la pronta reunión de los ejércitos vikingos y del rápido viaje a Egipto con vientos favorables[31]. Al llegar al río de Egipto, los seguidores de los corsarios, impacientes por el botín, enloquecieron. Sin atender a sus órdenes de permanecer en los barcos mientras los exploradores inspeccionaban la región, atacaron los campos egipcios y raptaron a mujeres y niños[32]. Las consecuencias fueron muy similares a las que sufrió Ulises entre los cicones. La noticia del asalto llegó rápidamente a la ciudad y toda la explanada circundante se llenó al amanecer de soldados de infantería, carros de guerra y destellos de bronce. Zeus hizo cundir el pánico entre los invasores. Estos fueron heridos o cayeron prisioneros; el mismo líder quedó a merced del rey[33], y, como tantos salteadores antes y después, pasó a quedar a su servicio[34] a pesar de las iras del pueblo. Sirvió al rey durante siete años y se enriqueció entre los egipcios hasta que un embaucador comerciante fenicio lo llevó a la ruina. El servicio forzoso en los ejércitos del soberano de Egipto e intentos de huida similares fueron quizá el destino de muchos de los vencidos pueblos del mar.

En la medida en que resulta posible establecer una exacta cronología, los asaltos de los que hemos tenido noticia a través de los testimonios egipcios datan de un período anterior al de los grandes movimientos migratorios de Grecia que los mismos griegos conocieron como el retorno de los heracleidas y que, supuestamente, se produjo dos generaciones después de la guerra de Troya[35]. Los testimonios de los poemas homéricos refuerzan la hipótesis. Una importante característica que comparten los errabundos viajes de Ulises y Menelao es el propósito del regreso. Los pueblos del mundo homérico siguen siendo sedentarios y aún por entonces no se habían producido los grandes desplazamientos, si bien empezaban a aparecer ya nuevas razas que ejercían presión en el Mediterráneo. La situación del Mediterráneo oriental tras la caída de Cnossos era, en muchos aspectos, similar a la que se produjo en el siglo tercero después de Cristo, cuando un peligroso auge de la piratería en el mar fue el heraldo de las migraciones bárbaras que se produjeron tan pronto como el poder romano empezó a mostrar signos de debilidad. La flota romana, que había logrado garantizar la seguridad de las aguas durante los dos primeros siglos del imperio, había entrado en decadencia, y fue necesario tomar medidas especiales contra la piratería durante el reinado de Severo Alejandro (222-235 después de Cristo)[36]. Hacia mediados de siglo, numerosos grupos de salteadores que provenían del Mar Negro viajaban hasta el Egeo saqueando a su paso ambas orillas. Se desplazaban hacia el sur hasta alcanzar las costas de Licia y Pamphylia y, avanzando por tierra firme, llegaban hasta Capadocia[37]. Hasta entonces, estos ataques, aunque muy extendidos, habían tenido un carácter puramente depredatorio, pero, como Mommsen señala, «lo que hasta ese momento había sido piratería, comenzó entonces a formar parte del flujo migratorio de ciertos pueblos, incluido el avance

por el bajo Danubio de los godos»[38]. En los veinticinco años que siguieron a la muerte del emperador Decio, (251 después de Cristo) y hasta que Claudio derrotó a los invasores, las tribus depredadoras de las regiones del Danubio, como los godos, los hérulos y los escitianos ejercían ya presión por tierra en la península Balcánica. Por mar, los salteadores de las costas norteñas del Euxino, habiendo obtenido barcos de los bosforanos, asaltaban las posesiones romanas del Mar Negro y de Bithinia. Otros grupos, actuando en alianza con las hordas que avanzaban por tierra, también aparecieron en el Egeo, saquearon las costas de Macedonia y se extendieron por el sur hasta llegar a Rodas y Creta[39]. Estos desplazamientos de la segunda mitad del siglo fueron semejantes a los últimos y más graves ataques dirigidos contra Egipto durante el reinado de Ramsés III.

Una característica sobresaliente de los asaltos godos y escitianos consiste en el efecto que produjeron en la costa meridional de Asia Menor. Ya hemos aludido al asalto de Side en Pamphylia[40], y tenemos testimonios de que Licia también sufría los estragos de los salteadores en el año 253[41]. Al mismo tiempo, los isaurios de Cilicia volvieron a sus antiguos hábitos depredatorios y se declararon en abierta sublevación. Un tal Trebeliano parece que intentó por aquella época convertirse en emperador; construyó un palacio en los montes Cilicianos y ordenó la acuñación de moneda propia. Incluso una vez que este fue derrotado por un general de Galieno, los isaurios siguieron siendo indomeñables y dados al más puro barbarismo[42]. Desde ese momento, cuantas alusiones se hacen a esta provincia atestiguan algún tipo de agresión por parte de sus habitantes a los pueblos vecinos[43].

Las circunstancias que podemos deducir de los testimonios egipcios de las dinastías decimonovena y vigésima y de los poemas homéricos son, en muchos aspectos, similares. Los saltea-

dores, obligados quizá por las presiones recibidas del norte, se estaban desplazando masivamente hacia la costa meridional de Asia Menor. Creta ya estaba en manos de una heterogénea multitud de dorios, pelasgos y aqueos; los demás[44], eran naturales de la isla o formaban parte de la avanzadilla de las hordas invasoras que estaban por llegar, pero ya todos dispuestos a unirse a otros piratas o a ponerse al servicio de algún gran capitán que, a su vez, sirviera al mismo rey egipcio. De qué manera llegaron los dorios por primera vez a la isla nos es desconocido, pero, al igual que los godos y escitianos hallaron la ruta por mar en el siglo tercero, los dorios de la Creta homérica debieron, igualmente, de haber sido parte de algún movimiento migratorio procedente del norte[45]. Al igual que los asaltos del siglo tercero de nuestra era preludiaron posteriores migraciones masivas, los disturbios reflejados en los testimonios egipcios y en la *Odisea* fueron sintomáticos, si no parte misma de ellos, de los movimientos migratorios que estaban por llegar y que, finalmente, pondrían término a la civilización de la Edad del Bronce en el Egeo. Pero estos movimientos, vistos en su totalidad, quedan fuera de nuestra presente materia de estudio, y los testimonios que nos han llegado no se basan más que en el vago recuerdo de una tradición[46].

Es posible objetar, desde luego, que la mayoría de los relatos de estos viajes y asaltos de la *Odisea* están más bien inspirados en los más tempranos viajes y asentamientos de los griegos durante la época que siguió a estas grandes migraciones, y, aunque, por mi parte, no me siento capaz de suscribir respuesta alguna a esta enojosa cuestión, es indudable que muchos de los primitivos aventureros griegos que se echaron al mar siguieron rutas muy similares a las descritas en los poemas homéricos. Los «hombres del Bronce» de Jonia y Caria aún en el siglo séptimo seguían perpetrando ataques dirigidos contra la costa egip-

cia, y, como Ulises, pasando a formar parte del ejército del rey de Egipto[47]. Los testimonios asirios de la época del reinado de Sargón (722-705 a. C.) mencionan asaltos de la misma índole en el Levante, por el tiempo en que el rey capturaba piratas «como peces» y «devolvía la paz a Cilicia (Kue) y Tiro»[48]. Los salteadores griegos también estuvieron relacionados con cierta sublevación de Cilicia contra Sennacherib que se produjo en el 698 antes de Cristo[49]. Si dispusiéramos de más completos testimonios acerca de la ocupación milesia del Euxino, encontraríamos numerosas historias de horror relacionadas con la resistencia de los nativos, con ataques y contraataques que se habrían producido en estas hostiles orillas[50]. Hacia finales del siglo séptimo, aventureros samios, y más tarde foceos, se desplazaban hacia el Mediterráneo occidental, donde el mercader Colaeus, apartado accidentalmente de su ruta cuando se dirigía a Egipto, había encontrado el mercado aún virgen de Tartessos[51]. Una décima parte de las riquezas que obtuvo en el transcurso de su viaje la dedicó al templo de Hera en Samos. Podemos suponer que esa proporción de sus ganancias provenía de las mismas fuentes de las que el templo solía enriquecerse.

El mercader marino aún podía actuar con absoluta libertad tanto en tierra como en el mar. Ya hemos visto que los tafios de la *Odisea* eran comerciantes y mercaderes de esclavos. El «grave mercader tirio» o el pícaro fenicio[52] no tenían escrúpulos en esclavizar a un sobrecargo extranjero o en raptar mujeres y niños en puertos no enemigos[53]. Viajar en barco extranjero conllevaba especiales riesgos: el mismo destino que Ulises fingió haber tenido en la nave de Thesprotia, y que, de no ser por un milagro, habría sido el de Arión en un barco corintio[54]. El robo, el asesinato o la esclavitud eran riesgos que con frecuencia era necesario afrontar en aquella época temprana y, con la creciente demanda

de esclavos que acompañó al auge industrial de Grecia y de la corte de los tirios[55], creció también la tentación de incurrir en estas prácticas. Al margen de las guerras y del comercio con los bárbaros[56], las capturas de los piratas y salteadores seguían siendo la principal fuente de estos recursos.

Aún existían los riesgos de los asaltos perpetrados por las comunidades bárbaras. Herodoto relata la historia de un asalto de los lemnios en la costa de Ática en época temprana, en tanto que la propia Lemnos era aún un hervidero de piratas a comienzos del siglo quinto, cuando sus habitantes pelasgos fueron expulsados por Miltiades[57]. Es probable que el desarrollo inicial de la armada griega, tal como se refleja en el vaso de Dipylon, se debiera a los asaltos de los «carios» y otros piratas que infestaban la costa de Ática[58]. Como fecha más tardía, ya en tiempos de Pisístrato se vigilaba muy de cerca a los piratas y se contaba con un sistema organizado de defensa costera[59]. Y ya hemos visto que el bandidaje seguía estando muy extendido en ciertas zonas del continente durante la época de Tucídides.

No obstante, a pesar de la continuada pervivencia de la piratería a pequeña escala alrededor de los promontorios y bahías del Egeo, la actividad de los más importantes salteadores estaba siendo reducida gracias a la actuación de las armadas de los estados mercantiles. Tucídides pone énfasis en esta cuestión[60], y, al margen de las consideraciones puramente materiales, hallamos pruebas de que el robo indiscriminado tanto en tierra como en el mar empezaba a ser objeto de reprobación entre los estados griegos más civilizados. Ya encontramos indicios de ello en los himnos homéricos[61], y el oráculo de Delfos propugnaba un comportamiento de más alta moralidad tanto entre los individuos como entre los estados. El relato de Herodoto del castigo de Glauco[62], muestra un notable desarrollo moral en la

protección divina de Autólico. Fue también Delfos la que ordenó que el pueblo de Agylla (Caere) reparara las muertes de los foceos[63], y se dice también que ya con anterioridad el oráculo se había interesado por las acciones de los lemnios[64]. Es probable que existan causas más profundas que las alegadas por Esquines[65] como trasfondo de la Guerra Sacra y de la destrucción de Crissa, pero en el transcurso de la siguiente centuria hallamos una clara evidencia del interés de Delfos por la erradicación de las comunidades de piratas del Egeo una vez que los atenienses tuvieron el apoyo de la Anfictionía para expulsar a los piratas de Esciros[66]. Hasta qué punto las ligas religiosas de esta índole desarrollaron una política de erradicación de la piratería y el bandidaje nos es desconocido. Acerca de la liga de Calauria, cuyos integrantes, según Estrabón, se reunían en el templo dedicado a Poseidón de la isla Calauria, se han hecho algunas conjeturas sobre una supuesta confederación de estados marítimos presidida por el propio dios del mar y cuyos orígenes se remontarían a la época de las migraciones. Su *raison d'ètre* habría sido la necesidad de garantizar la seguridad del golfo de Saronia[67].

No obstante, a pesar de todo, resulta evidente que muy pocos avances se produjeron con anterioridad a las guerras persas en cuanto a la creación de un sistema organizado de vigilancia marítima que se extendiera a la totalidad del Egeo. Además de los irreductibles bárbaros, el propio mundo griego constituía una importante fuente de hombres que pasaban a formar parte de las tripulaciones de los barcos piratas. El amor de los griegos por la aventura, además de las continuadas escisiones dentro de los mismos estados, llevaron a muchos hombres a las actividades mercenarias en el extranjero; así fue como Alceo, el hermano de Antiménidas[68], o Arquíloco, se convirtieron en piratas[69]. Un

grupo de exiliados samios de la época del reinado de Polícrates se acercó a la isla de Sifnos y, tras una infructuosa tentativa de reunir un préstamo, desembarcaron en la isla y, finalmente, fueron comprados por cien talentos[70].

Un episodio destacado de la historia samia fue el intento de los exiliados de ocupar la isla de Hydra de los argólidas y sus asentamientos en Cidonia de Creta, lo que los llevó a entrar en conflicto con los eginios, cuyos intereses comerciales se vieron amenazados[71]. Tal como veremos más detenidamente cuando examinemos la situación del Mediterráneo occidental, las rivalidades comerciales fueron siempre un obstáculo para los intercambios pacíficos realizados en el mar y originaron una forma de bucanería en el más estricto sentido del término. Las rivalidades y enfrentamientos comerciales durante gran parte de la historia conocida de Grecia de los siglos séptimo y sexto a. C., así como la moralidad de la conducta de los griegos en el mar, a pesar de la reprobación de Delfos, no fueron precisamente encomiables. En mar abierto o en las costas despobladas, ningún obstáculo había para abordar cualquier embarcación más débil que la propia[72].

El testimonio que conservamos acerca del comportamiento de uno de los principales estados comerciantes de Grecia arroja bastante luz sobre el talante sin escrúpulos de muchos de estos aventureros mercaderes griegos. Los samios intervinieron en muchas de estas grandes empresas y protagonizaron los más importantes conflictos comerciales. La situación de la isla confería a sus habitantes unas inmejorables facilidades para saquear las naves procedentes de las Cícladas, y ya hemos visto cómo estas aguas eran uno de los lugares más frecuentados por los corsarios tanto en la Antigüedad como en tiempos más recientes[73]. Plutarco nos ofrece un curioso relato acerca de unos samios que,

habiendo sido expulsados de su isla, permanecieron durante diez años en Mycale y que, durante todo ese tiempo, vivieron de la piratería. Su exilio y sus hazañas eran conmemoradas con la festividad de Hermes Charidotes, durante la cual el robo y el asalto estaban permitidos[74]. Poco encontramos en esta historia salvo, quizás, cierta reminiscencia de las actividades de los samios en los «estrechos de Samos», pero sí disponemos de otros ejemplos de sus acciones de piratería. Ellos mismos nos han dejado un elocuente testimonio de sus fechorías en una estatua sedente de Hera encontrada en la isla que había sido dedicada por un tal Eaces al hijo de Brisón[75], que, probablemente haya que considerar el padre de Polícrates y Silosón[76], o, en cualquier caso, un miembro de la misma familia. La dedicatoria puede fecharse, aproximadamente, hacia el año 540 antes de Cristo[77], y aparece en forma de inscripción grabada en el trono sobre el que se sienta la diosa. Se dice que Eaces dedicó la estatua por la obtención de la σύλη en el desempeño de su oficio. Al comparar los obsequios ofrecidos por Colaeus, el editor de las inscripciones concluye que todos los aventureros regalaban de esta forma a los patrones de Samos por las ganancias obtenidas ya en el ejercicio del comercio legal, ya en el de la piratería; por lo que Eaces habría tenido la obligación de entregar tal presente[78]. La piratería oficial desarrollada por los samios bajo el gobierno de Polícrates, no constituía, así pues, ninguna novedad, y es muy probable que Plutarco se equivocara al afirmar que fue Polícrates el primero en diseñar la *samaina*, un tipo de embarcación propio de Samos que combinaba capacidad y velocidad[79].

Siendo tal el carácter de las empresas navieras samias, no resulta difícil comprender los motivos del duradero conflicto entre la isla-estado y la ciudad de Mileto[80], cuyas naves mercantes, al echarse al mar, corrían el riesgo de encontrarse con los cor-

sarios samios que acechaban ocultos entre las islas del mar de Icaria. Similares circunstancias explican el conflicto entre Eretria y Quío[81], así como las reticencias de Quío a permitir que los foceos, después de que Harpago se hubiera hecho con su ciudad, se asentaran en las islas Enusas, que se encuentran en el canal que separa Quío del continente[82].

Sería inexacto, no obstante, considerar piratas a los samios sin hacer ningún tipo de distinciones. Es muy probable que sus ataques se limitaran, en la mayoría de los casos, a los rivales comerciales. En Herodoto encontramos indicios de la existencia en el siglo séptimo de dos grandes grupos enfrentados por el dominio comercial del Mediterráneo. Estas rivalidades habrían conducido con frecuencia a la guerra abierta, y podemos tener la certeza de que alentaron las actividades en las que sobresalieron los samios. En la medida en que nos resulta posible distinguir los principales estados comerciales que integraban estos grupos, podemos encontrar a Mileto, Quío, Egina y Eretria asociados en la explotación del comercio con el Mediterráneo occidental a través de Sybaris; y de otro lado, el grupo rival integrado por Calcis, Samos, Corinto y, probablemente, también Focea, que comerciaban directamente con Siracusa y con las colonias occidentales de Calcis[83]. Estos bandos eran, por supuesto, susceptibles de alteraciones en función de las circunstancias políticas; pero la existencia de tales alianzas contribuye en gran medida a dilucidar las razones por las que la piratería samia fue durante tanto tiempo tolerada. La piratería fue entonces, como en otros momentos de la historia del Mediterráneo, un medio de hacer frente a la competitividad de un estado o alianza extranjeros[84]. Con el apoyo de poderosos aliados, Samos poco tenía que temer las represalias directas por sus ataques en tanto que estos se limitaran a los barcos de la liga rival. A comienzos del siglo sexto se produjo un acercamiento entre los

tiranos de Corinto y de Mileto[85], lo que conllevó una alteración en las ligas de los estados comerciantes. Uno de los ataques conocidos de los piratas samios de esta época estuvo dirigido contra los intereses de Periandro, y las hostilidades entre los dos estados se prolongarían hasta los tiempos de Polícrates, cuando Corinto y Esparta, que había sido otra de sus víctimas, intentaron poner fin a las agresiones samias[86].

En la confusión originada por el avance de los persas, Herodoto afirma que las actividades de los samios, entonces bajo el gobierno de Polícrates, se dirigieron indiscriminadamente contra todo tipo de objetivos «sin distinguir entre amigos y enemigos, pues consideraba aquél que se complacía mejor a un amigo al devolverle lo que se le había arrebatado que al obsequiarle»[87]. La política que se atribuye a Polícrates resulta difícil de entender. Samos, en ese momento, se hallaba en la cima de su poder, y no es posible que su gobernante pusiera en peligro sus planes imperiales en el Egeo[88] al desarrollar una política que, finalmente, resultaría fatal para sus ambiciones. Resulta difícil aceptar la teoría de Ure, según la cual tendríamos que ver en el relato de Herodoto un «elaborado bloqueo a Persia»[89]. Muy posiblemente, como talasócrata de su tiempo y soberano de las islas, Polícrates estaba llevando a cabo en el Egeo una política basada en los mismos principios seguidos por el *pasha* de Rodas, que había construido naves para el gobierno turco y poseía una fragata propia que empleaba en acciones de piratería al mismo tiempo que trataba de limpiar las aguas de otros malhechores[90]. No obstante, contrariamente a las afirmaciones de Herodoto, las actividades de los samios bajo el gobierno de Polícrates, probablemente, siguieron desarrollándose en la misma dirección que con anterioridad a su reinado, siendo su política una simple continuación de los habituales modos samios de atacar a sus enemigos. Pero

no podemos, de ninguna manera, señalar ningún acto concreto de piratería que fuera perpetrado bajo sus auspicios.

La talasocracia de Polícrates pertenece a una época en la que todo el Mediterráneo oriental sufría la perturbación del avance persa, y los samios, sin duda, aprovecharon al máximo las oportunidades que se les ofrecieron. La historiografía de este período refleja sólo de forma parcial las condiciones en las que se produjeron las grandes migraciones. La población de Teos había abandonado la costa de Asia Menor[91]; y más adelante analizaremos la suerte de los foceos, a los que Harpago había expulsado de manera similar. Según el consejo que Herodoto pone en boca de Bías, se había contemplado la total migración de los jonios hacia las aguas occidentales[92], lo que, probablemente, habría provocado que el estado de confusión en el Egeo se hubiera hecho aún mayor, a menos que la zona occidental hubiera supuesto una válvula de escape para los elementos más peligrosos. Fue al oeste hacia donde huyeron los samios y algunos de los milesios tras la batalla de Lade, en el transcurso de la cual fue tomada la ciudad de Zancle en el estrecho[93].

El estado en el que se encontraba el Egeo a comienzos del siglo quinto puede juzgarse a la luz de varios episodios que relata Herodoto. Cuando la situación de Aristágoras en Mileto comenzó a ser insostenible, el historiador Hecateo le aconsejó que se estableciera en la isla de Leros, donde podría aún conservar la esperanza de recuperar su ciudad natal[94]. Por suerte para la paz en las aguas de Icaria, Aristágoras prefirió retirarse a Myrcinos, en la costa de Tracia, provincia que ya Darío le había otorgado a su pariente Histieo[95], y donde sus ataques dirigidos contra los nativos pronto comenzaron a recibir castigo[96]. Las aventuras del propio Histieo ilustran aún mejor la situación de la época. Tras el fracaso de su plan de convertirse en el líder del movimiento jo-

nio, ancló en el Helesponto a la cabeza de ocho barcos de guerra de Lesbos, y se dispuso a atacar a cuantas naves procedentes del Mar Negro se negaran a ponerse bajo sus órdenes[97]. Sus estrategias se dirigieron, en un primer momento, contra Mileto, y consistieron en el intento de coaccionar a los milesios por medio de esta amenaza pirática para así favorecer sus intereses en el Mar Negro. Tras la batalla de Lade, cuando se había perdido ya toda esperanza de recuperar Mileto, Histieo se propuso crear un principado en la zona nororiental del Egeo, para lo cual tuvo que valerse de los únicos medios a su alcance en tiempos tan agitados. Tenemos noticias de un exitoso ataque sobre Quío y de una tentativa en la isla de Thasos antes de que, finalmente, fuera capturado por los persas en la provincia del Atarneo mientras buscaba refuerzos para la heterogénea compañía que había logrado reunir[98].

La existencia de grupos de piratas activos por esta época puede deducirse incluso cuando no disponemos de testimonios concluyentes en los autores. Así, podemos ver claro indicios de ello en el error que cometieron los efesios cuando un grupo de refugiados de Quío llegó a su territorio tras la batalla de Lade[99]. Pero la pervivencia de la piratería en estos años aparece aún mejor atestiguada en una inscripción de Teos que data de los primeros años de su repoblación, tras las victorias griegas de Salamis y Mycale, pero con anterioridad a que la armada ateniense comenzara su labor de limpiar de piratas los mares. En ella encontramos graves imprecaciones contra los magistrados que participaban en el bandidaje y la piratería o que, intencionadamente, amparaban a estos ladrones tanto en tierra firme como en el mar[100].

CAPÍTULO IV

EL MEDITERRÁNEO ORIENTAL ENTRE LOS AÑOS 480 Y 200 ANTES DE CRISTO

ἔτι δὲ πολέμου γενομένου καὶ τριηρῶν
ἄει κατὰ θάλατταν οὐσῶν καὶ λῃστῶν.

(Andócides).



o fue hasta que se hubo consolidado firmemente la supremacía naval de Atenas cuando se pudo emprender algún intento de paliar las condiciones resultantes de la confusión creada por las guerras persas. Un escritor tardío atribuye a Temístocles el mérito de haberse anticipado a la posterior política ateniense y de haber intentado acabar con la piratería en aguas griegas[1]. Pero no fue hasta la creación de la liga de Delos cuando los atenienses fueron verdaderamente capaces de emprender la tarea de restaurar el orden en el Egeo. Conservamos testimonios de expediciones dirigidas contra dos de los principales centros de la piratería, Esciros[2] y el Quersoneso Tracio[3], dos provincias en las que era necesaria la continuidad de una efectiva vigilancia. En un período en el que los testimonios de los autores son notoriamente escasos, tenemos muy pocas noticias directas de las medidas adoptadas por Atenas. En ambas regiones se habían asentado colonos atenienses, y es probable que una de las obligaciones de los clerucos en todo el imperio fuera la de ofrecer su protección frente a la piratería y al bandidaje. Atenas también buscó la cooperación del

resto del mundo griego. Sabemos que Pericles invitó a delegados de otros estados griegos a discutir, entre otras cuestiones, acerca de la seguridad de las aguas; sin embargo, su propósito no se materializó por la oposición mostrada por Esparta[4]. Pero, a pesar de todo, el éxito de la labor ateniense resulta indiscutible. Sólo hay que comparar la situación del Egeo anterior a la hegemonía de Atenas y posterior a su caída con el absoluto silencio que hallamos en los autores al respecto de la práctica de la piratería a gran escala durante los años que precedieron a la guerra del Peloponeso. Resulta evidente el gran servicio prestado por Atenas a la totalidad del mundo griego. Existen, asimismo, ciertos testimonios indirectos que es necesario tener en cuenta. Cuando el comandante espartano Alcidas emprendió su expedición dirigida contra Asia Menor en el 427 a. C., halló que las ciudades jonias no estaban fortificadas[5]. Es posible que los atenienses consideraran dicha condición necesaria para el mantenimiento de su dominio sobre las ciudades asiáticas, pero dicha costumbre, no obstante, implica que no sólo eran capaces de protegerlas de los sátrapas persas, sino también de los ladrones del mar. Más evidencias de la eficacia de la vigilancia ateniense en el Egeo nos aporta la afirmación de Tucídides de que las únicas zonas de Grecia donde aún existía la costumbre de llevar armas eran las provincias al norte del golfo de Corinto[6]. Era precisamente ésta la zona donde el dominio griego era más débil. Incluso si los atenienses abusaban de su poder en ocasiones, tal como denuncia el autor del tratado sobre la oligarquía que ha llegado hasta nosotros junto con la obra de Jenofonte[7], la protección que Atenas ofrecía a los comerciantes griegos y a los habitantes más débiles de las costas del Egeo no había vuelto a conocerse desde los míticos tiempos del rey Minos. Y aun así, los autores guardan casi absoluto silencio acerca de este gran beneficio recibido.

Entre los males que conllevó para Grecia la guerra del Peloponeso, no fue el menos importante el nuevo impulso que su larga duración y la consecuente destrucción de la armada ateniense dio a la piratería. Incluso antes de la caída de Atenas, es evidente que ya la vigilancia de los mares se había relajado considerablemente. Gran parte del conflicto, tal como aparece descrito por Tucídides, consistió en una serie de asaltos organizados llevados a cabo por ambos bandos tanto en tierra firme como en el mar y en los que se empleó a comisionados en el escaso número que las circunstancias permitían. Los procedimientos de los comisionados se diferenciaron en muy poco de las estrategias de la auténtica piratería. En el bando ateniense encontramos a los mesenios de Naupacto actuando a bordo de pequeñas embarcaciones en los alrededores del Peloponeso y convirtiendo en base de sus operaciones el desierto promontorio de Coryphasium, que tras la llegada de la flota ateniense pasó a conocerse como Pylos[8]. Pero los atenienses, que eran quienes tenían mayor interés en el mar, fueron, por supuesto, los más afectados. En una etapa anterior de la guerra se vieron en la necesidad de enviar un escuadrón para frenar a los comisionados que amenazaban a los mercaderes atenienses que provenían de Faselis y Fenicia[9]. En fechas más tardías encontramos un escuadrón enemigo apoyado por los milesios que ocupa el promontorio de Triopia para atacar a los mercaderes que vuelven de Egipto[10]. Esto último se producía en un momento más avanzado de la guerra, cuando ya los barcos de guerra del Peloponeso podían actuar con libertad en el Egeo. La labor previa en Licia y Caria fue, indudablemente, llevada a cabo en pequeñas embarcaciones tripuladas por los «corta-gargantas» de las colinas, que caían sobre los mercaderes cuando estos se detenían durante la noche[11]. La mayor parte de los comisionados en los momentos iniciales de esta guerra eran

de la misma índole. Los traidores megarianos se las ingeniaban para que se les abrieran las puertas de las ciudades durante la noche haciéndose pasar por comisionados; acostumbraban para ello a colocar en un carro un bote de remos que llevaban hasta el mar durante la noche y volvían a traer al amanecer. De esta forma, lograban no levantar las sospechas de los vigías atenienses situados en Minoa con la presencia de un barco en el puerto durante el día[12]. En el transcurso de tales operaciones, ninguna distinción se hacía entre neutrales y enemigos. En los inicios de la guerra, los peloponesios trataban a todos los mercaderes del mar como a enemigos y, cuando alguno era capturado, lo ejecutaban[13]. Alcidas comenzó su asalto a Jonia masacrando indiscriminadamente a todos los prisioneros[14].

Con el propósito de hacer frente a estas tácticas seguidas en la costa, los atenienses se vieron obligados a ocupar zonas del litoral enemigo. Normalmente se trataba de pequeñas islas como Atalante[15], una isla desierta que fue fortificada en el año 431 a. C. para interceptar las naves enemigas que salían de Opus y del resto de Locris para atacar Eubea; Minoa[16], en la Megáride, fue igualmente ocupada en el año 427 a. C. para evitar que se reprodujeran los asaltos protagonizados por Brusidas en el año 429[17] e interceptar las pequeñas naves de los comisionados de Megara. La posición ocupada con anterioridad en Budorum, en Salamis, había resultado insuficiente para tales propósitos. Se ha sugerido que la creciente atención prestada por los atenienses a la isla de Melos, que culminó con la masacre de sus habitantes en el año 416 a. C., se debió al uso que los enemigos hicieron de la isla Doria como base de sus comisionados[18]. A la inversa, los atenienses también se sirvieron de estas posiciones ocupadas para dirigir sus ataques contra las costas enemigas[19].

Técnicamente, las conductas de ambos bandos podían considerarse acciones de guerra. Pero una duradera confrontación de esta índole sólo podía conducir a un resultado. La vigilancia marítima ateniense fue duramente puesta a prueba ya desde los primeros momentos de la guerra del Peloponeso[20]. Si los principales combatientes no mostraron consideración alguna a los derechos de los neutrales, es de suponer que nadie mostrara mayores escrúpulos. Las sediciones que se produjeron en las ciudades griegas, y que no fueron sino otra consecuencia de la guerra, incrementaron el número de los hombres sin ley en activo, que trataron de debilitar a sus enemigos saqueando sus propiedades[21] y sirviéndose en ocasiones de la ayuda de los bárbaros[22]. Tras el desastre de Sicilia, cuando la fuerza naval de Atenas ya apenas era suficiente para defender los lugares de mayor importancia estratégica y asegurar las rutas comerciales, la piratería regular de nuevo levantó la cabeza. Apenas sorprende encontrar piratas sirviendo en el bando lacedemonio. Las noticias de Aegospotami fueron llevadas a Esparta por Teopompo, un pirata milesio enviado por Lisandro[23].

Atenas era un estado comerciante, al contrario que Esparta, y durante los años que siguieron a la batalla de Aegospotami el gobierno espartano en absoluto alentó el control de las aguas para la seguridad del comercio, que aún se concentraba sobre todo en el Pireo. Si Esparta siguió sirviéndose de forma efectiva de la piratería nos es desconocido. Los exiliados de Quío del Atarneo fueron eliminados por Dercyllidas[24]; y, por otra parte, se dice que Agesilao vendió a los persas que los piratas habían capturado[25]. En cualquier caso, nuestros autores son bastante tajantes con respecto a la negligencia espartana. Isócrates afirma en el año 380 a. C. que las aguas estaban infestadas de piratas[26]. Algunos años antes había escrito que resultaría peligroso enviar bienes

de valor al Helesponto mientras los espartanos controlaran el mar[27]. Esparta, cierto es, estaba realizando una vigorosa guerra pirática contra Atenas en estos años, y en el 389 a. C. ocupaba Egina para convertirla en la base de sus objetivos[28]; pero lo que mejor pone de manifiesto la generalizada inseguridad de las aguas es el destino de Lycón de Heraclea. Inmediatamente después de partir de Atenas fue capturado por piratas en el golfo Argólico, y estos lo despojaron y asesinaron[29].

Esta circunstancia se produjo con posterioridad a los años 377 o 378 a. C., cuando ya habían aparecido indicios de mejoría en el Egeo. En comparación, encontramos mayor silencio al respecto de la existencia de la piratería durante los primeros años de la segunda confederación ateniense[30]. El simple hecho de que no tengamos noticia alguna de la piratería no prueba nada en sí mismo, pero parece que aún en el siglo cuarto los atenienses se arrogaban el papel de guardianes del mar. Es difícil explicar, si no, la actitud adoptada con respecto a los planes de Filipo de una acción conjunta en relación a este problema, pues claramente el autor del discurso *De Halonnesos* afirma que cualquier pretensión de esa índole por parte de Filipo constituiría un atentado contra la prerrogativa ateniense, y que el hecho de que Atenas la aceptara equivaldría a confesar que ya no sería capaz de proseguir tal labor por sí misma y ofrecería a Filipo la oportunidad de captar el apoyo de los aliados de Atenas[31]. Con toda seguridad, los atenienses tratarían, aún por esta época, de hacer frente al problema. A través de otro discurso que nos ha llegado con la obra de Demóstenes, sabemos que se firmó un acuerdo con los aliados para proteger de los piratas a los mercaderes, y que se multó a los melianos con diez talentos por haber permitido a los piratas la entrada a su puerto[32]. El acuerdo en cuestión, que sabemos que fue promocionado por Moerocles[33], puede datarse

casi con total seguridad en la época en que las islas más importantes abandonaron la confederación, habiendo ya causado su retirada la decadencia del poder marítimo ateniense, que ahora necesitaba nuevos apoyos de esta índole. Incluso ya por los años 335 y 334, encontramos un escuadrón de Atenas al que se le confirió la misión de controlar a los piratas[34], y conservamos el testimonio de hacia el 315 o 314 de cierta hazaña de Thymochares, que había logrado vencer al corsario Glaucetas de Kythnos y procurar a los navegantes la seguridad de las aguas[35]. Este fue el último logro de Atenas como guardiana de los mares. Su flota ya había desaparecido en la batalla de Amorgós (322 a. C.) algunos años antes, y el comercio con el Mediterráneo oriental ya no tenía su centro en el Pireo.

Pero, el hecho es que, tras la guerra social de los años 357-355 a. C., resultaba evidente la incapacidad de Atenas para proseguir su labor. Ya por los años 362 y 361 a. C., ella misma había sufrido los graves estragos causados por los comisionados de Alejandro de Pherae, que habían saqueado las Cícladas, ocupado la Peparethos de las Espóradas e incluso penetrado con éxito en el Pireo, donde sus tripulaciones expoliaron de buen grado las mesas de los cambistas de dinero[36]. Estas hazañas dieron nuevo impulso a la piratería, que pronto volvió a resurgir en los años que siguieron a la guerra social. Las islas menores, una vez más, se convirtieron en nidos de piratas. Halonnesos, que había sido territorio ateniense, fue ocupada por un pirata llamado Sostrato, y, cuando Filipo limpió la isla, surgió la famosa controversia «sobre las sílabas», acerca de si los atenienses tenían derecho o no a que Filipo se la devolviera[37]. Mioneso, a la entrada del golfo de Malia, por su parte, también llegó a tener una reputación que se haría proverbial[38]. En el Quersoneso Tracio, el promontorio de Alopeconeso se hallaba plagado de piratas y salteadores[39].

Cuando Atenas intentó expulsarlos, ellos recibieron a tiempo la ayuda de el *condottiere* Caridemo. Podemos sospechar que los λῃσταί de los que Filipo se quejaba en Thasos no eran simples comisionados[40]. Los piratas se valieron en gran medida de la confusión originada por la guerra social y el prolongado conflicto entre Atenas y Macedonia. Los custodios oficiales del mar habían concedido patentes de corso generalizadas durante la guerra social con el fin de acabar con el comercio enemigo, y es evidente que, en la práctica, poca distinción se hacía entre neutrales y enemigos[41]. La conducta de los «trierarcas», por aquella época, contribuyó también a la extensión del mal. Los barcos atenienses estaban a disposición del mayor postor para la ejecución de represalias y capturas privadas[42]. Durante la guerra macedonia, ambos bandos recurrieron a violentas formas de piratería. Los barcos de Filipo atacaron las islas y actuaron en las costas de Ática, haciéndose, en cierta ocasión, con la flota del estado en la bahía de Maratón[43]. Los atenienses no actuaron con menos energía[44], y acrecentaron sus ofensas, desde el punto de vista de Macedonia, por el hecho de que los comisionados siguieron actuando mientras que, oficialmente, estaban en paz ambos estados. Podríamos enumerar una larga lista de acciones de piratería cometidas por los atenienses tras la paz de Filócrates. Un mensajero macedonio fue raptado; se permitió a los piratas el uso de la isla de Thasos a pesar de que el tratado contemplara expresamente su prohibición; Diopites, el comandante ateniense en el Quersoneso, esclavizó a los habitantes de la provincia, que eran súbditos de Filipo, y culminó su ofensa con el rapto del embajador macedonio, que había sido enviado para negociar la liberación de los cautivos, y la exigencia de su rescate. Otro de los generales atenienses atacó las posesiones macedonias en el golfo Pegasiano y trató como a enemigos a cuantos mercaderes nave-

gaban con rumbo a Macedonia, vendiéndolos como esclavos[45]. Filipo respondió a estos actos con la captura de los barcos del trigo que esperaban a la entrada del Bósporo[46]. Tal era la situación del Egeo durante los años que precedieron a la batalla de Queronea. Las comunidades de piratas florecieron sin obstáculo mientras que las rivalidades entre los dos poderes que habrían podido frenar su mal impidió que colaboraran mutuamente en dicha labor. Atenas lo alentó para que dañara a su enemigo, mientras que ella misma se veía obligada a convoyar los barcos de trigo de los que su subsistencia dependía[47]. Sus propios ciudadanos cometieron el mismo crimen cuando ello sirvió a sus intereses; y sus generales extranjeros practicaron la piratería como norma habitual.

La piratería comenzó a adoptar nuevas formas durante el siglo cuarto, presagiando así las condiciones que generaría el posterior desarrollo del sistema mercenario tras Alejandro. Ya en el año 380 a. C., Isócrates comparaba la conducta de los mercenarios[48] en tierra con las actividades de los piratas en el mar. Grecia comenzó a tener cada vez mayores problemas con estos hombres desposeídos cuya única posibilidad de supervivencia era combatir como mercenarios o dedicarse al asalto[49]. Las dificultades financieras que acosaban a Atenas obligaron a sus generales a recurrir a toda clase de turbios recursos para poder pagar la soldada a sus tropas. Tenemos noticias de las «benevolencias» exigidas por los generales, cuya cantidad variaba en función del tamaño de su ejército. A cambio, los mercaderes extranjeros se libraban de ser atacados o eran escoltados por el ejército ateniense. ¿De qué otras fuentes?, se pregunta Demóstenes, ¿podría, si no, haber logrado Diopites recaudar fondos para pagar a sus hombres[50]? Algunos de los más importantes *condottieri* de la época presentan un parecido más que superficial con los *archipi-*

ratae del siglo siguiente. Siempre se hallaban dispuestos a prestar sus servicios al mejor postor, y, cuando estaban fuera del servicio oficial, no era difícil que también se dedicaran de cuando en cuando a la piratería por su cuenta. Caridemo comenzó su carrera de aventurero, según Demóstenes, como capitán de una nave pirata que dirigía sus ataques a los aliados atenienses. Más tarde, tras abandonarla, reunió a una compañía de mercenarios y se puso al servicio del ateniense Ifícrates. Pero, como hemos visto, no renunció a ayudar a sus antiguos camaradas en Alopeconeso cuando estos se vieron amenazados por los atenienses[51]. La conducta del ateniense Cares, según sus rivales políticos, no fue mucho menos reprobable[52]. La incapacidad de Atenas incluso para proteger a sus propios ciudadanos hacia el fin de la guerra con Filipo aparece bien ilustrada por la resolución de la Boulé que proponía un voto de gracia a Cleomis de Lesbos para rescatar a los atenienses cautivos de los piratas[53].

La confusión que predominaba en esta época se incrementó con la guerra naval de Alejandro en las costas de Asia Menor, donde la situación era muy similar a la que originaron las primeras guerras persas en su avance por el Egeo. Los pequeños tiranos que mantenía el gobierno persa en las ciudades griegas aprovecharon la ocasión para expoliar y maltratar a sus súbditos y aliarse con los piratas para atacar a los griegos. Uno de ellos, Aristónico de Metimna, cayó fácilmente en una trampa que le fue tendida en Quío. Ignorante de que la isla había pasado a otras manos, llegó con cinco galeras piratas[54] y se le permitió la entrada en el puerto, donde halló cerradas todas las salidas y a su ejército en poder de los almirantes de Alejandro. La sentencia dictada en el caso de los tiranos de Eresos nos ofrece un vivo retrato de la gravedad de sus acciones[55]. Tras la batalla del Gránico, se expulsó a los tiranos que hasta entonces habían

gobernado la ciudad, pero, cuando Memnón, al año siguiente, recuperó la posesión de todas las islas Lesbos a excepción de Mitilene[56], parece que los persas llevaron al poder a dos nuevos tiranos, Agonippo y Eurisilao, entre cuyos crímenes se cuentan el haber promovido la guerra contra Alejandro y el expolio a los griegos. Después de desarmar a los ciudadanos de Eresos y expulsarlos de la ciudad, confinaron a sus mujeres e hijas en la ciudadela y exigieron elevadas sumas por su liberación. Con la ayuda de los piratas saquearon e incendiaron la ciudad[57] y los templos, lo que provocó que muchos de sus habitantes murieran entre las llamas.

Además de la expulsión de los tiranos, Alejandro hizo un considerable esfuerzo para erradicar la piratería. Su almirante Anfótero recibió órdenes concretas de limpiar los mares[58]. También podemos suponer que el famoso edicto del año 324 a. C. que conminaba a las ciudades griegas a la reacogida de los exiliados[59] no estuvo menos motivado por la necesidad de librar al mundo griego de estos hombres sin patria y sin ley que nutrían en gran número los grupos piráticos. A pesar de que los testimonios conservados sobre estos logros de Alejandro poco más nos ofrecen acerca de la cuestión, son suficientes para mostrar que antes de su muerte había logrado frenar un mal que desde antiguo azotaba al Mediterráneo oriental y que había diagnosticado con acierto una de sus causas fundamentales.

Pero, al igual que ocurrió con otras tareas emprendidas por Alejandro, esta labor de limpieza de las aguas no fue constante tras su muerte, y el Egeo volvió a ser el escenario de una indescriptible confusión. En una época en la que un gran número de mercenarios integraba los ejércitos, resultaba indiferente para estos aventureros sin ley adoptar el oficio de pirata o el de mercenario. Cualquiera de las dos carreras podía seguirse en función

de las posibilidades que las circunstancias ofrecieran. Cuando se difundía un llamamiento para incorporarse a las tropas, no era infrecuente que los piratas ofrecieran sus servicios como mercenarios. Del año 302 a. C., tenemos noticia de que piratas de todas las procedencias, que llegaron a sumar unos 8.000[60] hombres, se unieron al ejército que Demetrio intentaba aunar para atacar a Casandro. La supremacía naval de Antígono I y Demetrio dependió en gran medida del apoyo que los piratas le brindaron. Ellos formaron parte de las tripulaciones de la flota con la que Demetrio atacó Rodas hacia el 305 o 304 a. C., y los barcos piratas fueron también utilizados para asaltar las costas de la isla. Sabemos también de un archipirata llamado Timocles que estuvo a su servicio y fue capturado por los rodios en la Perea. Las tripulaciones de sus tres barcos sin cubierta fueron tenidas por las mejores que se hallaban al servicio de Demetrio[61]. Los hombres de esta índole resultaban especialmente útiles en las expediciones de saqueo y en acciones en las que era seguro recibir un alto número de bajas. De Ameinias, otro archipirata, como se le llamaba, se sirvió Antígono Gonatas en la ejecución de un plan desesperado para lograr la captura de Cassandreia[62]. No obstante, no siempre se podía confiar en ellos. En la guarnición de Demetrio en Éfeso se contaba un importante número de piratas cuyo líder, Andrón, fue sobornado por Lycus, general de Lisímaco. El archipirata se encargaba de llevar las naves cargadas con el botín al puerto de Éfeso, y fue persuadido de llevar a tropas macedonias a bordo. Los macedonios llegaron a la ciudad con las manos atadas como si fueran cautivos, cuando, en realidad, iban armados y lograron entregar la ciudad a Lycus. Quizá sea del todo innecesario añadir que, tras adueñarse de la ciudad, Lycus no volvió a depositar su confianza en los piratas y prescindió en adelante de sus servicios[63].

Que los piratas de esta época fueron en su mayor parte grupos de mercenarios sin ley resulta evidente en las contradictorias descripciones que de ellos hallamos en los autores. Ameinias, el archipirata al servicio de Antígono Gonatas, era también considerado uno de sus generales[64], y que las tropas que intervinieron en la toma de Casandreia estaban formadas tanto por mercenarios como por piratas puede deducirse del hecho de que entre ellos se contaran algunos etolios; pues es más probable que estos fueran mercenarios y no piratas comunes, como los llama Polieno[65]. Ameinias puede así considerarse como un líder mercenario que, cuando la oportunidad se le ofrecía, no dudaba en perpetrar sus propios saqueos, lo que le habría hecho adquirir su condición de archipirata. Este fue, probablemente, también el caso de Glaucetas, al que, como hemos visto, Timócrares expulsó de Kythnos[66].

No es difícil advertir los peligros a los que los más pacíficos habitantes de las costas del Egeo quedaban expuestos ante la presencia de estos numerosos cuerpos de tropas mercenarias. Esta inseguridad generalizada se refleja en el ataque contra la isla y el templo de Samotracia que perpetraron ciertos bandidos que se habían unido a los miembros de la tropas de un tal Pitágoras, quizá un líder mercenario asentado en las inmediaciones[67]. Los excesos causados por el auge de los grupos de mercenarios se ilustran en los testimonios del mundo griego occidental. Ya por los años 339-338, Timoleón había recibido órdenes de expulsar a un grupo de mercenarios desleales de Siracusa. Estos se trasladaron al continente itálico y lograron tomar y saquear una ciudad del Bruttium antes de que, finalmente, los nativos acabaran con ellos[68]. Un ejército de Campania bajo el mando de Agatocles tomó y ocupó a traición la ciudad de Mesenia y expulsó o asesinó a sus habitantes para luego establecerse en

ella con el nombre de mamertinos. La protección que Roma les brindó contrasta con la suerte de otro ejército de Campania que, mientras se hallaba al servicio de los romanos, intentó hacer lo mismo en la ciudad de Rhegium[69]. Una curiosa similitud con este tipo de hazañas la encontramos en la historia de la famosa «Compañía Catalana» a comienzos del siglo XIV de nuestra era. Un ejército formado por unos 2.500 caballeros y 5.000 soldados fueron sacados de Sicilia, donde sus patrones estaban deseosos de deshacerse de ellos, para ir a servir al emperador bizantino. En su travesía hacia oriente saquearon la isla de Corfú, pero, una vez que llegaron a Constantinopla, prestaron un valioso servicio en la guerra contra los turcos. Sin embargo, surgieron ciertas desavenencias entre ellos y la corte bizantina que desembocaron en el asesinato de su líder. La Compañía, entonces, se asentó en la península de Galípoli, desde donde, valiéndose de unos 1.800 caballos turcos, emprendieron incursiones y asaltos contra todo tipo de objetivos. Finalmente, tras una azarosa marcha por Macedonia y Tesalia, llegaron a Grecia, donde quedaron al servicio del Duque de Atenas. Pero, tal como era costumbre, una vez que hubieron cumplido su labor, quien se había servido de ellos trató, una vez más, de deshacerse de estos peligrosos aliados. Sin embargo, en esta ocasión, su derrota y muerte en el Cefiso a manos de la Compañía la convirtió en dueña absoluta del ducado[70].

Tras las invasiones galas tenemos menos noticias de los piratas mercenarios y *archipiratae* característicos de la generación posterior a Alejandro. El único testimonio con el que contamos es el de Nicandro, el archipirata que estuvo al servicio de Antíoco el Grande, que intervino en la trampa que el almirante seleucida Polyxénidas tendió a los rodios[71]. Es cierto que se dijo de Arato que había alquilado a hombres del ἀρχίκλωπες para atacar Si-

ción en el año 251 antes de Cristo[72]; pero, probablemente, sólo se trató de bandidos de los que por esta época infestaban el Peloponeso, tal como evidencian las tropas que reunió Dorímaco el Etolio en el 222 a. C. y que formaron parte de su expedición contra Figalia[73]. El motivo de la desaparición de los piratas de los ejércitos de los reyes quizá haya de buscarse en los cambios que se habían producido en el sistema mercenario. Tras las invasiones galas, los reyes comenzaron a nutrir cada vez más sus ejércitos mercenarios con los bárbaros. Resulta significativo que una guarnición tolemaica tardía en Éfeso, en contraste con la guarnición de piratas que dejó allí Demetrio, estuviera formada por hombres de Tracia[74] (en tiempos de Antíoco II). Los cuerpos de esta índole estaban siempre dispuestos al saqueo si ello se les permitía. Sabemos de un ejército de 800 galos al servicio de Epirotas que hicieron causa común con los ilirios y devastaron la ciudad de Fenice[75]. Pero por lo general dejamos de tener noticias de grupos de piratas que siguieran a los estandartes de los reyes cuando iban a la guerra. Desde los tiempos de Demetrio II, los reyes macedonios, cuando necesitaban del apoyo de las gentes de mar, acudían a los ilirios, y, desde entonces, todos los monarcas macedonios buscaron la alianza con los líderes ilirios del momento.

Volviendo a la época de la llamada talasocracia de Demetrio I, además de los excesos de los malhechores nativos, ya fueran estos auténticos piratas o mercenarios, nos encontramos con que el Egeo estaba siendo hostigado en este momento por los visitantes extranjeros que iban en busca de botín. Estos eran los llamados tirrenos, de cuyas actividades en el Mediterráneo oriental conservamos notables testimonios de finales del siglo cuarto y principios del tercero a. C. En Estrabón hallamos la curiosa afirmación de que los principales salteadores del Mediterráneo

fueron, según las épocas, los tirrenos, los cretenses y los cilicianos[76]. Es posible que se esté refiriendo a los más tempranos actos de piratería de los tirrenos, por la época en la que, como veremos más adelante, la palabra tirreno era casi un sinónimo de la palabra pirata[77], y no resulta fácil en este sentido atribuir una fecha concreta a las actividades de los cretenses. No obstante, es probable que lo afirmado por Estrabón aludiera a los tres siglos anteriores a la consolidación del imperio romano. Es indudable que existió un período de agresiones itálicas en el Egeo alrededor del 300 a. C., y, cuando este llegó a su fin, antes de la aparición de los grandes corsarios cilicianos, los principales perturbadores de la paz fueran los filibusteros de Creta. Gracias a la vigilancia de los rodios, los ilirios, que habían azotado las costas occidentales de Grecia durante los siglos tercero y segundo a. C., rara vez lograron con éxito penetrar en el Egeo.

Las actividades de los tirrenos en el Egeo se iniciaron durante el último cuarto del siglo cuatro. El Adriático había estado siempre plagado de peligros para los navegantes, pero durante los primeros años de este siglo el poder de Dionisio sirvió para poner freno a los ataques de los piratas tanto en las aguas del Mar Toscano como en las del Mar Adriático. Pero, una vez que hubo desaparecido su mano firme, primero los piratas itálicos, y luego los ilirios, comenzaron de nuevo a perturbar la paz. Las condiciones, por añadidura, no mejoraron tras el pacto suscrito por Agatocles y los yapigios y peucetios según el cual el gobierno de Siracusa ponía sus naves a disposición de los piratas a cambio de obtener una parte del botín que lograran[78]. Por los años 325-324, tenemos noticia de que una colonia ateniense fue enviada a Adria (el lugar nos es desconocido) para proteger los barcos del trigo atenienses y defender la zona de los ataques de los tirrenos, que son mencionados por su nombre. Un escua-

drón iba a asentarse allí de forma permanente para garantizar la seguridad de los comerciantes[79]. Otro indicio de la actividad de los tirrenos en esta época lo encontramos en el título de uno de los discursos del orador Deinarco, Τυρηνικός[80]. También conocemos un discurso de Hipérides titulado Περὶ τῆς φυλακῆς τῶν Τυρρηνῶν[81], en el que aparece la expresión κομιοτικὰ πλοῖα[82], que aparece definida como el tipo de embarcación que utilizaban los piratas tirrenos para llevar a cabo sus asaltos. Es probable que el discurso de Hipérides, en cualquier caso, estuviera aludiendo a los ataques más lejanos que en aguas griegas los tirrenos estaban entonces perpetrando. La historia de cómo los hombres de Antium se enfrentaron a los de Alejandro podría ser apócrifa, pero no hay ningún motivo de peso para invalidar el relato de Estrabón según el cual, cuando alguno de ellos era capturado por Demetrio, este lo enviaba a los romanos con el mensaje de que resultaba indecoroso que los dueños de Italia ordenaran el envío de piratas y que, habiendo erigido un templo en honor a los *Dioscuri*, auspiciaran expediciones dirigidas al saqueo de la patria de estos dioses[83]. La frecuencia de sus visitas aparece atestiguada por el hecho de que, en el año 298 a. C., los delios se vieran obligados a pedir en préstamo la suma necesaria para organizar la defensa de su isla contra los salteadores tirrenos[84].

Es evidente que los «tirrenos» de esta época incluían no sólo a los etruscos, sino a los corsarios de toda Italia. Esto aparece con claridad en el relato que hace Diodoro de cómo Timoleón logró la captura de las doce galeras piratas de un tirreno que infestaban las costas de Sicilia. El tirreno ostentaba el buen nombre itálico de Postumio[85]. Los romanos eran lo bastante fuertes como para impedir que los piratas nativos itálicos no se comportaran bien en sus propias aguas, e incluso llegaron a prohibir oficialmente que los volscos de Antium se movieran por ellas[86]. Pero con la

introducción de tales medidas de vigilancia sólo se consiguió obligar a los corsarios itálicos a extender sus actividades a zonas más lejanas en las que Roma no era capaz de ponerles freno. Este es, con seguridad, el objeto de la censura de Demetrio, pues si Roma pretendía ostentar un poder civilizado tendría que ejercer un mayor control sobre sus súbditos.

Tras los primeros años del siglo tercero a. C., apenas tenemos noticias de los salteadores tirrenos[87]. Nada sabemos de ellos, en cualquier caso, durante todo el período del dominio tolemaico en las Cícladas que siguió a la caída de Demetrio Poliorcetes. Los Ptolomeos, sin duda, se inclinaban tanto como otros reyes al empleo de comisionados o incluso de los mismos piratas contra sus enemigos. Durante la segunda guerra siria sabemos de la existencia de salteadores a su servicio que invadían los dominios del soberano sirio[88]. Hacia los años 251-250 a. C., las guarniciones macedonias de Ática tuvieron que fortificar Salamis para defenderla de los piratas y comisionados que había liberado Alejandro, el hijo de Crátero, que se había sublevado contra Antígono y había recibido el apoyo del gobierno egipcio[89]. Pero cuando los piratas entraron en el ámbito tolemaico, muy pronto los oficiales egipcios se encargaron de ellos. Una inscripción de Thera atestigua la ayuda prestada por los *nauarchos* egipcios durante un asalto de piratas que probablemente procedieran de Allaria, en Creta[90]. Durante la noche se envió a un ejército por mar bajo el mando de Hefesto de Calinda que desembarcó y se unió a los nativos para intentar obligar a los asaltantes a regresar a sus naves. Este ataque debió de producirse, probablemente, cuando el dominio egipcio sobre el Egeo ya se encontraba en decadencia[91] y las posesiones tolemaicas se limitaban a las islas meridionales[92]. Una segunda inscripción, de los años 228-225 antes de Cristo[93], nos habla de los procedimientos egipcios en Samotracia

y agradece al *strategos* del Helesponto y Tracia las precauciones tomadas en pro de la seguridad de la isla de Samotracia frente a los salteadores que permanentemente amenazaban los tesoros de sus templos[94]. Un destacamento de caballería, infantería y hombres-catapulta había sido enviado a la isla.

Si los testimonios que conservamos acerca del control egipcio de la «Liga de los Insulares» fueran más completos, es muy probable que hubiéramos sabido más acerca de las medidas de vigilancia adoptadas en las Cícladas durante la época del dominio tolemaico[95]. Pero es posible, quizás, conocer algo más sobre los procedimientos egipcios a partir de las más tardías prácticas de los rodios, de los que podemos afirmar sin aventurarnos demasiado, que, cuando la Liga fue reconstituida, adoptaron los mismos métodos de sus predecesores. Hallamos indicios de que los rodios ya habían desafiado al dominio egipcio antes de la muerte de Filadelfo[96], pero no es hasta comienzos del siguiente siglo cuando la encontramos como rectora indiscutible de la Liga.

En una inscripción de los años 200-197 a. C., se alude a un oficial rodio, ἄρχων ἐπί τε [τῶν νή]σων καὶ τῶν πλοίων τῶν νησιωτικ[ῶν[97]; y en otra inscripción de la misma época a cierto oficial al mando de un escuadrón rodio acompañado de los trirremes de los insulares y de los *aphracti* atenienses[98]. Este recibió los honores de los delios en agradecimiento a su dedicación al cuidado de la seguridad de los navegantes, a la protección de la isla y al respeto del carácter sagrado del templo de Delos, pues este había promulgado un edicto que prohibía a los comisionados el uso del puerto de Delos. Aunque la referencia directa alude a la guerra con Filipo V, es bien sabido que Rodas, en esa época, era la única potencia naval que intentaba garantizar la seguridad de los navegantes[99], y no es descabellado conjeturar que, al igual que del dominio de la reorganizada Liga, Rodas

también se valió de los contingentes de insulares para la vigilancia de las Cícladas. ¿Fue Rodas, en este sentido, continuadora de las prácticas seguidas por el gobierno egipcio? Por lo general se considera que los ἄρχων ἐπὶ τῶν νήσων καὶ τῶν πλοίων τῶν νησιωτικῶν desempeñaron funciones muy similares bajo el mando de los rodios a las de los nesiarcas bajo las órdenes del gobierno egipcio[100]. En ambos períodos, tanto los *archon* como los nesiarcas, no fueron elegidos por la Liga, sino por su potencia rectora[101]. Dos inscripciones de la época tolemaica nos ofrecen datos acerca del escuadrón de *aphracti* mantenido en el Egeo. La primera[102] nos habla de un tal Zenón que fue nombrado comandante de los *aphracti* y que, durante los años 290-289[103], desempeñó la función de escolta de los barcos del trigo áticos. En la segunda inscripción[104] encontramos que a Zenón, a quien Bacchon el nesiarca había dejado en Íos, le fue delegado por los habitantes el asunto de ciertos esclavos que habían hecho el viaje en los *aphracti*, a los que Zenón entonces hizo sustituir por sus trierarcas. El lenguaje de la segunda inscripción evidencia que Zenón, el comandante de los *aphracti*, estaba a las órdenes de Bacchon, y que, aunque el primero, naturalmente, ejercería su mando en las operaciones tácticas navales, se hallaba claramente bajo la autoridad del nesiarca, cuyas funciones eran más amplias. Si es que es lícito basarnos en las prácticas tardías de los rodios, el escuadrón de los *aphracti*, bajo la autoridad superior del nesiarca, habría estado en parte formado por contingentes enviados por los insulares, lo que habría servido al gobierno egipcio para mantener su sistema de vigilancia marítima en las Cícladas[105].

Tras la retirada de Egipto de las Cícladas, lo que puede datarse con cierta seguridad en los primeros años de la segunda mitad del siglo tercero anterior a Cristo, resulta incierta la exis-

tencia de alguna otra vigilancia organizada en la zona del Egeo además de la ejercida por los rodios. Por añadidura, en contraste con épocas anteriores, hay numerosos testimonios de que los insulares estaban sufriendo en estos años los muy severos estragos causados por los salteadores. Fue quizá esta la causa de que, nominalmente, los macedonios[106] recibieran la función rectora de la Liga de los Insulares, pero sus posesiones en el Egeo eran muy escasas, y no es probable que los mismos reyes que habían formado parte de alianzas con los piratas ilirios, como hicieron Demetrio II con Agrón[107] y Antígono Dosón con Demetrio de Paros[108] (cuyo asalto a las Cícladas sólo pudo haber sido llevado a cabo con la connivencia de la corte macedonia)[109], se preocuparan en extremo por los asaltos de los grupos menores de maleantes que actuaban en las Cícladas, incluso si hubieran tenido capacidad suficiente para acabar con ellos. El gobierno egipcio, como hemos visto, aún ofrecía protección a sus súbditos en las provincias que tenía bajo control, pero la única labor de vigilancia general que puede hallarse fue la desarrollada por los rodios.

Como sucesora de Atenas en su función de cabeza de los estados comerciantes del Egeo, Rodas, desde el principio, trató de hacer frente a la piratería, y a lo largo de toda su historia mantuvo alta su reputación de guardiana de los mares[110] y protectora del comercio. Cuando los bizantinos, en el 219 a. C., comenzaron a imponer aduanas sobre las exportaciones del Mar Negro, fue gracias a Rodas que el mundo comercial logró reponerse[111], y la alta estima de la que gozó está suficientemente atestiguada por la ayuda que recibió de todo el mundo griego en el momento del devastador terremoto del año 224[112]. En cuanto a política internacional, su doctrina consistía en el principio fundamental de no obstaculizar por causa ninguna el comercio, lo que ya había

conducido al conflicto con Antígono y Demetrio por la época del famoso saqueo. En esta ocasión, la presteza con la que los piratas precipitaron la alianza con la flota de Demetrio[113] puede explicarse a la luz de su impaciencia por deshacerse de su principal enemigo.

Al igual que de las prácticas seguidas por los rodios, tenemos noticia de la mercancía que transportaban en sus barcos mercantes armados, que eran lo suficientemente fuertes como para rechazar cualquier ataque imprevisto que contra ellos dirigiera cualquiera de los escuadrones enviados por Demetrio Poliorcetes[114]. Incluso antes de la época de la hegemonía de Rodas sobre la Liga de los Insulares, ya hubo barcos de vigilancia rodios que patrullaban por entre las islas[115]. La tensa situación que el mantenimiento de tales patrullas arrojó sobre la república aparece ilustrada por la inscripción a la que ya hemos aludido, que recoge la muerte en el mar de los tres hijos de Timócrates; dos de ellos luchando contra los «tirrenos», el otro contra los piratas[116]. Pero la protección que estas patrullas ofrecían a los insulares no tenía precio. Por la época en la que las costas de Elis y Mesenia estaban siendo hostigadas por los ilirios, sólo en una ocasión tenemos noticia de una flota iliria que, al mando de Demetrio de Paros, consiguiera entrar en el Egeo, donde fue perseguida y expulsada por los rodios[117]. No fue hasta los tiempos de Perseo cuando los rodios fueron intimidados por los *lembi* de Gentio[118].

Otro método adoptado por los rodios fue la firma de acuerdos con otros estados para la mutua colaboración en la represión de la piratería. Se ha conservado uno de estos acuerdos, firmado por una de las ciudades cretenses de más alta reputación, Hierapytna, alrededor de los años 200-197 antes de Cristo[119]; y es posible que la alianza con Cnossos en el 220 antes de Cristo[120], y la de época anterior al saqueo de Rodas[121], fueran suscritas en térmi-

nos similares. Durante los conflictos con las ciudades cretenses que habitualmente se dedicaban a la piratería, Rodas pareció siempre procurarse la ayuda efectiva de las que, por el contrario, mejor conducta mostraban. El acuerdo con Hierapytna suponía que, en caso de un resurgir de la piratería en Creta que exigiera la actuación de los rodios contra los piratas y sus cómplices, la ciudad de Hierapytna tendría que apoyar a los rodios tanto en tierra firme como en el mar. Los piratas capturados y sus naves habrían de ser entregados a los rodios, en tanto que otro tipo de mercancías obtenidas serían repartidas entre los aliados[122]. Si alguno de los cómplices de los piratas tomara represalias contra las gentes de Hierapytna, los mismos rodios[123] estarían obligados a proporcionarles su ayuda. Quizá tal cláusula fuera fruto de la exigencia de alguna de las ciudades cretenses.

Sin embargo, a pesar del gran esfuerzo hecho por los rodios, resulta evidente que, por sí sola, la república fue del todo incapaz de acabar con la piratería durante la segunda mitad del siglo tercero, y que, cuando las naves rodias dedicadas a la vigilancia se ausentaban, las islas quedaban a merced de los ataques inesperados de las bandas piráticas que llegaban de Creta o de cualquier otro lugar y a los peligros aún mayores de los asaltos organizados de los etolios. Una inscripción de esta época hallada en Aegiale, en Amorgós[124], nos habla de cierto asalto a la isla, perpetrado por los piratas durante la noche, en el que más de treinta personas (hombres, mujeres y esclavos) fueron raptadas. La nave de un tal Dorieo, que se encontraba atracada en el puerto, fue utilizada por los piratas para transportar a sus prisioneros. Dos de los cautivos persuadieron a Socleidas, el líder del grupo de los piratas, de conservar a sus rehenes para obtener rescate por ellos. Cierta inscripción hallada en Naxos, que data de la misma época[125], relata cómo los etolios capturaron a 280

insulares por los que exigieron rescate. Ninguna duda cabe al respecto de que fue gracias a este tipo de hazañas que los etolios se hicieron con muchas de sus posesiones en el extranjero, pues el ejercicio de esta clase de terrorismo obligó a muchas de las ciudades costeras a unirse a su liga. (Merece la pena recordar que los etolios no tenían nada siquiera parecido a una flota de guerra, sino que, por el contrario, dependían de los barcos de los cefalenios y de las naves de particulares que las ponían a su disposición para llevar a cabo expediciones de saqueo)[126]. Esto aparece con claridad en el caso de la isla de Ceos, que fue admitida en la liga y así logró quedar inmune a los asaltos de los etolios además de obtener el derecho a la toma de represalias[127]. Sería interesante saber si las posesiones etolias en Tracia fueron obtenidas mediante este tipo de estímulos[128]. Si Lisimaquia se hubiera unido a los etolios para obtener inmunidad marítima, nos encontraríamos ante un nuevo aspecto de la afirmación de Filipo acerca de que tal acción implicaría tener que exponerse a los ataques por tierra de los tracios[129].

No resulta fácil obtener una clara perspectiva sobre las actividades etolias de esta época. Hubo mucho de protesta en sus hábitos depredatorios[130], y Polibio, que afirma que durante largo tiempo habían tenido la costumbre de vivir a costa de sus vecinos[131], clama contra su innata maldad y avaricia[132]. No obstante, la de Polibio no puede considerarse del todo una opinión desapasionada con respecto a los etolios, y la misma doctrina que a ellos atribuye de que nada es desafortunado mientras sea provechoso, la atribuye en términos casi del todo idénticos a sus otras *bêtes noirs*, los cretenses y cartaginenses[133]. Es cierto, no obstante, que tanto en tierra firme como en el mar, los etolios estaban permanentemente dispuestos a valerse de cuantos rufianes sirvieran a sus propósitos. Tanto los seguidores de Dorí-

maco como los de Eurípidas eran en su mayoría ladrones de los muchos que infestaban el Peloponeso[134]; en el mar, Escerdilaidas el Ilirio estuvo a su servicio hasta que consideró que había sido engañado por sus patrones y se unió entonces a los macedonios[135]. Los ataques etolios, según Polibio, eran tan habituales que fácilmente pasaban desapercibidos[136]. Sus leyes permitían una gran amplitud en la interpretación del concepto de «época de guerra». Si surgían hostilidades entre estados aliados de los etolios, le estaba permitido a cualquier individuo unirse a cualquiera de los dos estados combatientes para participar en los saqueos[137]. Pero la interpretación más generosa de las leyes apenas podría justificar la conducta de Dorímaco en Mesenia[138] o la acción de los hombres que capturaron un barco macedonio en Citera y vendieron al maestre y a su tripulación en Etolia[139]. En tanto que ocurrían estos hechos sin la aprobación oficial de la Liga, el gobierno podía protestar, cuando Dorímaco seguía avanzando a través de Acaya, argumentando que no eran tiempos de guerra[140]. Incluso si hiciéramos la concesión debida al hecho de que nuestro conocimiento de estas circunstancias, que condujeron a la llamada «guerra social» de los años 219-217 a. C., se deriva de un historiador que perteneció al bando contrario, es necesario reconocer que tanto en tierra como en el mar el comportamiento de los etolios fue tan ilegal y dañino para el mundo griego como la conducta de los cretenses y los ilirios, que sí han sido tradicionalmente considerados como piratas[141].

Con posterioridad a la época del rey Minos, la reputación de los cretenses fue en todo momento igualmente negativa. Ya en Homero es tópico el que el pirata se jacte de ser de raza cretense[142]. Herodoto atribuye a los cretenses el haber protagonizado el rapto de las mujeres asiáticas[143]. Y, como podrá recordarse, los oficiales enviados por Alejandro con la misión de acabar con la

piratería en el Egeo comenzaron su labor resolviendo los asuntos pendientes en Creta[144]. La deshonestidad de los cretenses llegó a hacerse proverbial[145], así como también su avaricia y profundo amor al dinero[146]. No hay duda de que las condiciones geográficas fueron en gran parte las que informaron de esta manera el carácter del cretense, pirata, mercenario, o ambas cosas, según lo ofreciera la ocasión. Una gran parte de la isla es totalmente yerma e incapaz de producir el sustento que necesita una densa población. Al igual que en la actualidad los cretenses siguen emigrando al continente o hasta América, en tiempos antiguos se dedicaron a servir como mercenarios en el extranjero. El carácter montañoso de la isla engendró una endurecida raza de guerreros sumamente apta para todo tipo de conflictos de guerrilla. Como afirma Polibio, eran invencibles tanto en tierra como en mar en emboscadas, asaltos y ataques nocturnos y sorpresivos[147]. Al mismo tiempo, esta condición abrupta de la isla determinó profundas rupturas entre las distintas comunidades y originó interminables guerras intestinas que arrasaron la isla pero sirvieron para adiestrar en las armas no sólo a los cretenses, sino también a los espíritus más aguerridos de entre todos los griegos cuya ayuda solicitaron[148]. Estrabón, cuyas fuentes de información con respecto a la isla fueron excepcionalmente buenas, pone énfasis en la estrecha relación que se estableció entre los piratas y mercenarios de Creta. «Esta poseía un gran número de mercenarios y soldados, lo que hacía que permanentemente los barcos piratas estuvieran ocupados»[149]. Asimismo, tanto la posición de la isla como la índole de sus costas ofrecían las mejores facilidades para emprender expediciones dirigidas al extranjero y para realizar operaciones en el mismo litoral. «Parecía que la naturaleza hubiera situado a propósito la isla para que ejerciera el dominio sobre la Hélade; esta se extiende

de forma recta sobre el mar, y alrededor de ella se han asentado casi todos los helenos. Mientras que uno de sus extremos no se halla alejado del Peloponeso, el otro casi llega a tocar la región asiática aproximadamente a la altura de Triopio y Rodas. Desde la época de Minos se había hecho dueña del mar, sometiendo varias de las islas y colonizando otras»[150]. Los sucesores menos imperialistas de Minos vieron la situación de Creta igualmente ventajosa para sus expediciones a las Cícladas[151] y a las Espóradas meridionales, o bien al oeste, al canal de Citera, la zona considerada en la época como el nido de la piratería del Egeo. La misma costa de Creta ofrecía idénticas facilidades. El almirante Spratt, cuyo piloto y guía fue el capitán Manias, que antes había sido pirata, señala numerosos puntos de la costa donde era posible desarrollar con éxito actividades piráticas, sobre los que «el amable y paciente» capitán Manias le había llamado la atención[152]. Comenta en particular el extraordinario conocimiento que su guía poseía de las regiones pertenecientes a la línea costera de Creta, así como de las islas de Caso, Carpatho y Kastelorizo. Esto, sin duda, era una característica propia de todos los navegantes cretenses.

Pero debido a la excelente habilidad y al número de sus mercenarios, Creta constituyó un factor de primera magnitud en las políticas externas de las grandes potencias durante el siglo tercero y principios del segundo anteriores a nuestra era, y para obtener las tropas necesarias, resultaba indispensable tener un asidero en la isla. En el tratado suscrito por Rodas e Hierapytna se estipulaba que los hierapytnios habrían de ofrecer facilidades a los rodios para el reclutamiento de mercenarios, pero no así consentir el reclutamiento de mercenarios que fueran a ser empleados contra Rodas[153]. También los Ptolomeos, en cuyos ejércitos los cretenses[154] integraban una enorme proporción de

las tropas mercenarias, permanecieron en todas las épocas muy atentos al mantenimiento de su posición en la isla[155]. En cuanto a los reyes macedonios, Demetrio II estableció una alianza con Gortina[156], y Antígono Dosón lo hizo con Eleuterna e Hierapytna[157]. Al término de la guerra social, Filipo V podía ya ejercer su poder sobre la isla[158] y así causar innumerables problemas a los rodios.

En ese momento encontramos a los cretenses interviniendo en calidad de mercenarios en cuantas guerras se desarrollaron en la época y valiéndose de la confusión imperante para extender sus saqueos marítimos todo lo posible. Una inscripción ateniense de los años 217-216 a. C. enumera los métodos utilizados para asegurar el cobro de los rescates de muchos de sus ciudadanos y de otros varios que habían sido capturados en Creta por un tal Bucris en el transcurso de la guerra social, una guerra en la que Atenas no intervino. Se enviaron embajadores para negociar la liberación de los cautivos que cumplieron con éxito su labor gracias al buen hacer de Eumaridas de Cidonia y al pago único de una suma de veinte talentos[159].

Por suerte para el mundo griego, en tanto que un importante número de cretenses encontraba ocupación en el extranjero, muchas de las energías de los estados individuales se consumieron en guerras internas que dieron a Rodas, como guardiana de los mares, la oportunidad de poner coto a las actividades de los piratas cretenses. Ya hemos esbozado con anterioridad la política de Rodas con respecto a Creta; una vez que esta política fue abandonada, lo que ocurrió en los años finales del siglo tercero, las consecuencias fueron desastrosas. Tal como Polibio describe la situación en Creta[160], poco después del estallido de la guerra social, una alianza entre Cnossos y Gortina[161] había dejado toda la isla, con la excepción de Lyttos, bajo la influencia de ambas

ciudades. Dado que Cnossos se había convertido en aliada de Rodas, es posible que entonces la piratería cretense quedara bajo control. Sin embargo, los ciudadanos de Gortina, que se habían entregado a las luchas intestinas[162], dieron la señal de inicio de una más amplia sublevación, que creció con lo que se consideró un acto de despotismo por parte del comandante de un escuadrón rodio que había sido enviado en auxilio de Cnossos. Durante la propia guerra social hallamos al grupo de Cnossos apoyado por los etolios y al de sus adversarios auxiliados por Filipo, cuyos recursos eran mayoritariamente ilirios. La actuación de Filipo en Creta tuvo importantes consecuencias, permitiéndole ejercer un firme influjo macedonio sobre la isla. Las diferencias entre los distintos estados cretenses en conflicto fueron resueltas, y la isla fue unificada bajo una sola confederación presidida por Macedonia[163]. Pero la consolidación del dominio macedonio en Creta supuso un fuerte golpe para Rodas. En sus más ambiciosos planes de conquista, que comenzó a poner en práctica en el 205 a. C., era primordial para Filipo mantener preocupados a los rodios, y esa preocupación podía lograrse mejor promoviendo la piratería en el Egeo. A este propósito las ciudades cretenses estaban permanentemente a disposición de los macedonios. Se produjo un violento despertar de la piratería en Creta que hizo que todo el mundo mercantil lanzara un llamamiento a Rodas y que condujo a que esta declarase la guerra a los cretenses[164]. No puede haber duda de que Filipo fuera el responsable. Polibio nos dice que en el año 204 a. C., este había ordenado a Heráclides la destrucción de la flota rodia (los dos estados estaban entonces en paz), al mismo tiempo que enviaba embajadores a Creta para promover la guerra contra Rodas[165]. Heráclides logró tal éxito en su misión que pudo así ganarse la confianza de los rodios fingiendo revelar los propósitos de Filipo con respecto a

Creta, y se las ingenió para lograr incendiar todo el arsenal de Rodas[166]. Por la misma época[167], Filipo entregó veinte naves a Dicearco el Etolio con órdenes de saquear las Cícladas y auxiliar a los cretenses en la guerra rodia[168]. Ya hemos visto las graves consecuencias que esta guerra tuvo para los rodios. Los barcos cretenses de Hierapytna estaban atacando las Espóradas meridionales, e incluso, en algunos casos, realizando desembarcos en las islas[169]. Por esa misma época los cretenses colaboraban en el Egeo con Nabis, el tirano de Esparta[170] que, además de sus ataques en tierra firme, desarrolló una provechosa actividad pirática en Malia. Todo el Egeo se hallaba en ebullición, y el plan de Filipo se materializó con tal perfección que los rodios, durante dos años, fueron casi del todo incapaces de obstaculizar sus más ambiciosos designios[171].

No fue hasta la entrada de Roma en la guerra del bando de Macedonia cuando Rodas pudo al fin consolidar su supremacía sobre las islas griegas. Como ya hemos visto, las inscripciones de los años 200-197 a. C., muestran su triunfo en la reconstrucción de la Liga de los Insulares bajo su poder[172]. De los mismos años data el tratado de la alianza con Hierapytna[173], que puede considerarse como el hito que marca el final de la guerra con Creta. Ya vimos la importancia de dicho tratado como reflejo de las relaciones que Rodas intentó mantener con los principales estados cretenses con el propósito de evitar el resurgimiento de la piratería. Del texto se desprende con toda claridad que ya existía una alianza entre Rodas y Cnossos[174] que pudo haber nacido por la época de la guerra social. Rodas fue así incapaz, una vez más, de consolidar unas buenas relaciones con dos de los más importantes grupos de estados cretenses, y parece que muchas de las ciudades de Creta se incorporaron entonces a la guerra macedonia del bando de los aliados[175].

Con su entrada en la guerra contra Filipo, hemos llegado ya a un estadio en el que la influencia de Roma había alcanzado suma importancia en el Mediterráneo oriental, al igual que la que ya tenía desde hacía muchos años en Occidente. En ella centraremos ahora nuestra atención.

CAPÍTULO V

LOS MARES OCCIDENTALES, EL ADRIÁTICO Y ROMA



AUNQUE nuestros testimonios son muy escasos, difícilmente se podría suponer que el Mediterráneo occidental estuvo más libre de los piratas en épocas primitivas que lo estuvo la cuenca oriental[1]. Los piratas y salteadores de Córcega, Cerdeña, las islas Baleares y la Liguria no aparecen hasta más tarde en la historia, pero es muy posible que sus actividades marítimas predilectas procedieran de época temprana. Se dice que los primeros habitantes de Sicilia habían vivido, según los usos de construcción de la época, en las cimas de las montañas por temor a los piratas[2]. Por el tiempo en que fueron compuestos los últimos libros de la *Odisea*, los sicilianos eran ya conocidos a la vez como mercaderes de esclavos y como víctimas de ellos[3]. Este carácter ambivalente quizá refleje bien las relaciones que existían entre los primitivos colonos griegos y la población nativa, ya pacífica, cuando era posible el intercambio y el comercio; ya hostil, cuando el rapto era una práctica común entre ambos bandos. Sin embargo, los testimonios que nos han llegado acerca de los asentamientos griegos en Italia y Sicilia son muy escasos y tardíos. No hay nada, por ejemplo, que demues-

tre que los primeros colonos de Zancle merecieran el nombre de piratas más que sus hermanos que colonizaron otras regiones[4]. Quizá la situación ventajosa de la ciudad en el Estrecho fuera la razón de que la reputación de piratas de los primeros zancleanos superara a la de sus vecinos.

Pero los colonos griegos no fueron los únicos piratas del Mediterráneo occidental. Si los fenicios, a los que hallaron ocupando Sicilia, se retiraron en un principio al occidente de la isla, ejercieron cada vez mayor resistencia en la costa de Italia. No deja de ser significativo que el nombre de «tirrenos» se convirtiera al mismo tiempo en casi un sinónimo de «pirata». En el homérico *Himno a Dionisio*, el dios cae en manos de los piratas «tirrenos»[5]. Se trata de un caso ordinario de rapto, un muchacho que, hallándose en la orilla, es avistado por la tripulación de un barco pirata, que desembarca y se lo lleva[6]. Una historia en cierto modo similar se cuenta acerca de un joven ático raptado por los tirrenos; en este caso, la hija del capitán se enamora de él y le ayuda a huir[7]. Otra historia, que pervive en Suidas, alude a las actividades de los tirrenos en la costa de Caria[8]. Aunque, como ya hemos visto, durante los siglos cuarto y tercero, las expediciones de los corsarios itálicos ya se extendían hasta el Egeo, ello no implica que dataran de una época anterior. Pudo haber existido cierta confusión entre los tirrenos de Italia y los tirsenos, un pueblo bárbaro del norte del Egeo al que aluden tanto Herodoto como Tucídides[9]. Sin embargo, dejando a un lado la posible relación de esta tribu con los tirrenos de Italia, posiblemente acertemos en considerar el significado griego de «tirreno» como un sinónimo de «pirata»[10], dada la resistencia ofrecida por los pobladores nativos al avance griego a lo largo de la costa occidental de Italia[11].

Según Estrabón, la expansión griega por Occidente se vio durante largo tiempo limitada por el temor a los tirrenos[12]. Por su

forma de referirse a los primeros colonos, su aseveración, probablemente, no sea más que una conclusión de Éforo, al que Estrabón está citando en ese fragmento. En cuanto a los propios etruscos, como señala Estrabón[13], nada había en el carácter de su país que pudiera orientarles de forma natural a la piratería. La mayoría de sus ciudades habían sido levantadas en el interior[14], y de la época de la llegada de los primeros griegos a Occidente conservamos muy pocos testimonios como para considerarlos pueblos del mar. Su única ciudad de alguna importancia en la costa fue Populonia, pero su fundación, sin ninguna duda, fue de época más tardía[15]. Sin embargo, las agresiones marítimas, ya por parte de los bárbaros de Elba, Córcega y Cerdeña, ya por parte de los griegos, les obligaron a procurarse la defensa de sus costas. Dada la riqueza que las ciudades etruscas poseían y los buenos recursos de madera a su disposición, no sorprende que pudieran construir su propia flota con vistas a su autodefensa y con ella ocupar las islas adyacentes y cortar el paso por sus aguas a los salteadores griegos. Esto, posiblemente, daría su sentido a la piratería tirrena y podría ser la razón de las noticias contradictorias que nos han llegado acerca de la participación de algunas ciudades tirrenas en las actividades piráticas de la época. Estrabón, por ejemplo, nos dice que el pueblo de Agylla (Caere) alcanzó alta reputación entre los griegos y nunca se implicó en la piratería a pesar de haber tenido oportunidades de hacerlo[16]. No en vano, encontramos en ellos a los responsables del asesinato de los foceos, cuyos asentamientos en Córcega constituyeron una gran amenaza para los intereses etruscos y cartaginenses en la zona[17]. Es cierto que los caeretanos, como otros pueblos etruscos, mantuvieron estrechas relaciones comerciales con los griegos, pero, aun así, no permitieron a los griegos la incursión en las aguas que ya entonces habían lle-

gado a considerar suyas. Como advierte Mommsen, los ataques piráticos etruscos a barcos extranjeros «constituyeron enérgicas acciones navales» para la protección de su propio comercio[18]. La crueldad con la que los marinos griegos cautivos fueron tratados (además de la lapidación de los foceos, sabemos que una de sus torturas favoritas era atar a los vivos a los muertos[19]) bien pudo haber sido el origen de la leyenda de los piratas tirrenos.

Relaciones similares mantuvieron griegos y cartaginenses. El auge de Cartago hacia finales del siglo séptimo puso freno a la expansión griega tanto en África como en Sicilia, en tanto que la ocupación cartaginense de Cerdeña, no mucho después de la fundación de Massalia, supuso un nuevo obstáculo para el avance griego por el Mediterráneo occidental. Una vez que su poder se hubo consolidado, los cartaginenses defendieron con celo de sus competidores el comercio en las aguas occidentales. En el segundo de los dos primeros tratados suscritos con Roma que menciona Polibio[20], el comercio con Libia y Cerdeña aparece expresamente prohibido a los romanos. Esta era la política tradicionalmente seguida por los cartaginenses, en tanto que la ferocidad de los etruscos era igualada por su práctica de hundir todo barco extranjero que penetrara en aguas que consideraran suyas[21]. Con la expansión del poder cartaginense, el mantenimiento de las comunicaciones con Massalia exigió una ardua lucha de los foceos. No sorprende saber que los viajes de los foceos a Occidente fueran realizados en barcos de guerra[22] ni que sus empresas fueran tomando cada vez más la misma apariencia de las actividades bucaneras. Los colonos foceos de Alalia, en Córcega, ejerciendo su oposición contra los cartaginenses y etruscos, vivieron de los saqueos de las propiedades de sus vecinos hasta que fueron expulsados por las flotas asociadas de ambos poderes[23]. Su derrota supuso la ruptura de las comunicaciones de Grecia con Occiden-

te. Su compatriota Dionisio fue un auténtico bucanero. Cuando fue expulsado de su ciudad natal tras la batalla de Lade en el año 495 a. C., perpetró primero un exitoso ataque contra la flota de la costa de Fenicia. Desde allí se dirigió a Sicilia, donde se abstuvo de atacar a ninguno de los griegos y centró por entero su atención en los cartaginenses y etruscos[24]. Las empresas bucaneras de esta índole fueron el resultado natural de la política de monopolio del comercio desarrollada por estos estados, muy similar a la que los españoles ejercieron en el siglo XVII.

Uno de los más interesantes asentamientos de los que tenemos noticia fue el de los cnidios y rodios en las islas Lípari[25]. Cierto grupo de hombres liderado por Pentathlus había intentado en torno al año 580 a. C. asentarse en las proximidades de Lilibea[26]. Cuando fueron expulsados, los supervivientes, durante el viaje de regreso, desembarcaron en las islas Lípari, donde habrían llegado a un acuerdo con los nativos o, sin más, los habrían exterminado, y allí se asentaron. Hostigados por los corsarios tirrenos, construyeron una flota y con frecuencia lograron derrotar a sus enemigos, enviando luego diezmos del botín a Delfos. Durante la guerra del Peloponeso, en cualquier caso, sólo las islas de mayor tamaño se hallaban habitadas, y los liparianos se desplazaban en botes hasta las otras para cultivarlas. Como lugar de refugio para los corsarios la isla tenía la enorme ventaja de que la escasez sólo hacía posible la llegada de una expedición dirigida contra ellos en invierno[27]. La resistencia que ofrecieron a los tirrenos no fue meramente pasiva, y resulta evidente que, por su parte, ellos también desarrollaron una vigorosa actividad bucanera. En el año 393 a. C., una embajada romana que llevaba a Delfos un exvoto por la reducción de Veyes fue asaltada y conducida a las islas; pero gracias a la intervención del magistrado principal, Timasi-

theus, «*Romanis vir similior quam suis*», los embajadores fueron puestos en libertad y su exvoto devuelto[28].

Pero el mayor interés que posee este asentamiento no es sino su organización comunal, sumamente adecuada para una sociedad pirática de esta índole[29] y hasta cierto punto imitada durante largos años en la colonia pirática de Madagascar, que fue fundada por el francés Mission y por nuestro capitán Tew[30]. A una parte de los habitantes se les asignó a la armada, mientras que la otra se dedicó a la agricultura. Poseían todo el territorio en común, y parece que el fruto de los asaltos era repartido entre todos los pobladores[31]. Más adelante se decidió dividir la tierra en la misma Lipara, y, con posterioridad, lo mismo se estableció en el resto de las islas; si bien en el último caso se procedió a una nueva distribución veinte años después[32].

Para los griegos de Sicilia, esta posición de vanguardia de los bucaneros debió de ser de extraordinario valor durante los primeros años de su existencia. Las agresiones tirrenas fueron aumentando constantemente durante todo el siglo sexto, y a comienzos del siglo quinto nos encontramos con que el tirano de Rhegium se vio obligado a fortificar el Estrecho para obstaculizar el paso de los barcos piratas[33]. No fue hasta la gran victoria de Hiero y los siracusanos en Cumae, en el año 474 a. C., cuando se logró detener su amenaza[34]. Incluso con posterioridad a esa fecha, y a pesar del intento de los griegos de volver a ocupar las islas Pitecusas, que se encuentran frente a Cumae, los corsarios tirrenos se las ingeniaron para continuar haciendo estragos en la costa siciliana. Una nueva expedición, en consecuencia, fue enviada contra ellos en el 453-452 a. C. bajo el mando del siracusano Phayllus, que saqueó la isla de Elba. Su sucesor, Apeles, con un ejército de sesenta trirremes, invadió la costa tirrena, realizó un desembarco en Córcega y volvió a ocupar Elba[35]. Pero

no es posible suponer que estas expediciones pusieran fin a las actividades piráticas de los tirrenos. La presencia de tres de sus barcos junto a los ejércitos atenienses en Siracusa demuestra que aún se hallaban en disposición de atacar a sus viejos enemigos si la oportunidad se les ofrecía[36], y no fue hasta el siglo siguiente cuando los tiranos de Siracusa fueron capaces de controlar de forma efectiva el mar Tirreno. La continuidad de la piratería[37] hizo que Dionisio I liderara una importante expedición a las aguas del norte, durante la cual ocuparon Pirgi, el puerto de Caere, y lograron llegar hasta Córcega[38]. Es muy probable que se intentara una ocupación permanente de la isla y que el «puerto siracusano» date de la época de esta expedición[39].

El control siracusano del Mar Toscano no pudo haber sobrevivido durante mucho tiempo tras la muerte de Dionisio en el año 367 a. C., y las noticias que conocemos al respecto muestran que los piratas volvieron, nuevamente, a la actividad. Etruria, por supuesto, ya no pudo seguir siendo una potencia naval, pero, no obstante, algunas de las ciudades etruscas aún poseían naves, y dieciocho de ellas se hallaban al servicio de Agatocles en el año 307 antes de Cristo[40]. Además de los propios etruscos, encontramos también a otros pueblos itálicos que se echaron al mar. Ya hemos visto que el «tirreno» Postumio, que fue ejecutado por Timoleón, no era un etrusco[41]. Tal vez, como sugiere Mommsen[42], fuera oriundo de Antium, cuya flota, por esa época, había sido confiscada por los romanos, mientras que a su población se le había prohibido salir al mar[43]. El hecho de que Postumio esperara una amistosa bienvenida en Siracusa sugiere que la piratería se estaba desarrollando a gran escala en las costas occidentales de Italia, y que los piratas griegos e itálicos habían hecho causa común para atacar a los habitantes más pacíficos de la zona. Sin ninguna duda, los piratas griegos estaban en activo hacia el

año 350 a. C. Sabemos que infestaban la costa del Lacio, y que, en cierta ocasión, se asociaron a un grupo de piratas galos que se habían asentado en las montañas de Albania[44]. Además de los ataques de los griegos y de los salteadores nativos, tenemos indicios de que, hacia finales de siglo, las costas itálicas estaban sufriendo también los asaltos de los cartaginenses. El tratado del año 306 a. C., el segundo de los que cita Polibio[45], contenía cierta cláusula por la que se garantizaba a los súbditos de Roma y, hasta cierto punto, también a sus aliados, la defensa de los ataques cartaginenses.

Con sus crecientes responsabilidades, se hizo cada vez más necesaria para Roma una defensa efectiva de las costas itálicas. Los estados piráticos de Italia fueron reducidos o, al menos, de alguna forma se logró evitar que realizaran sus fechorías en aguas itálicas. La fundación de nuevas colonias urbanas, las *coloniae maritimae*, cuyos habitantes estaban exentos del servicio en las legiones, supuso una especial forma de protección de las costas[46]. Roma no fue el primer estado en el Mediterráneo al que la presión de los salteadores obligó a organizar una armada. Además de a las guarniciones estables de las costas, se dedicó cada vez mayor atención a la construcción de una flota. Los *duoviri navales* aparecen por primera vez en el año 311 a. C., y al año siguiente tenemos noticias de un escuadrón en el que servían los *socii navalis*, que actuaban bajo las órdenes de un oficial romano a cargo de los *ora maritima*. Si la expedición dirigida a Córcega, de la que sabemos que fue realizada aproximadamente en estas fechas[47], estuvo de alguna forma relacionada con la eliminación de los salteadores de la isla, nos es desconocido. A medida que el poder de Roma se extendía sobre las ciudades griegas de Italia, iba también aumentando el número de las naves del que disponía, lo que hacía más fácil la vigilancia de las aguas itálicas.

Durante el medio siglo siguiente, si exceptuamos los asaltos cartaginenses de la primera guerra púnica, poco puede decirse de la piratería en el Mar Toscano. El hecho de que los más rebeldes piratas itálicos se vieran obligados a extender sus expediciones hacia las más lejanas aguas orientales, nos sirve de testimonio de la eficacia de las medidas adoptadas por Roma en sus aguas territoriales.

Roma salió de la primera guerra púnica como la primera potencia naval del Mediterráneo; de la segunda, como dueña absoluta de toda la cuenca mediterránea occidental. Resulta interesante observar hasta qué punto Roma cumplió con los deberes que entonces le fueron impuestos, así como comparar los métodos de los que se valió para intentar resolver los problemas a los que tuvo que enfrentarse en las distintas zonas sobre las que tuvo que ejercer su vigilancia. Tuvo que asumir el deber de velar por la seguridad de las aguas occidentales en un momento en el que toda la zona sufría las consecuencias de las interminables guerras púnicas, pero, al mismo tiempo, Roma partía con ciertas ventajas iniciales. Resulta bastante improbable que Cartago hubiera permitido la piratería en las islas que se hallaron bajo su control. En cuanto a las gentes sin ley de Córcega que menciona Estrabón[48], parece que durante el dominio romano tuvieron que restringir sus actividades a los asaltos en tierra firme. El mismo autor nos habla de los ataques que los sardos dirigieron contra Pisa, aunque no especifica ninguna fecha concreta[49]. Tales ataques pudieron haberse producido en alguna ocasión durante el dominio romano, pero apenas tenemos noticia de ninguno de ellos, y, teniendo en cuenta la necesidad de mantener abierta la ruta hacia Hispania, que ya estaba siendo amenazada por el norte, los romanos se ocuparían sin duda de que la amenaza de los piratas de Córcega y Cerdeña no obstaculizara sus

comunicaciones. Pero las más graves amenazas para la paz de las costas del Mediterráneo occidental llegaría de las costas septentrionales del Mar Tirreno, de las salvajes tribus procedentes de los Apeninos y Alpes Marítimos conocidas como ligures. Por espacio de unos ochenta años desde la conclusión de la segunda guerra púnica, los romanos se habían visto obligados a sostener constantes pugnas fronterizas y *razzias*, siendo Liguria, tal como señala Livio, un perpetuo lugar de entrenamiento para los ejércitos romanos[50]. Se trataba de una región abrupta, estéril y difícilmente practicable, y sus habitantes habían subsistido durante largo tiempo del asalto a sus vecinos o de servir en calidad de mercenarios en los ejércitos extranjeros[51]. Eran hábiles cazadores y arrojados marinos, y sus ligeras embarcaciones no les impedían emprender viajes de largo recorrido, permitiéndoles su sabiduría naútica hacer frente a todo tipo de climatología[52]. Los ligures de los Apeninos fueron durante mucho tiempo una constante fuente de preocupación para los etruscos de Pisa, que estuvieron expuestos a sus ataques tanto por tierra como por mar[53]. Pero uno y otro lado de los Apeninos sufrieron sus ataques, y, con posterioridad a su primer contacto con los romanos[54], podemos hallarlos haciendo causa común con los galos del valle del Po para intentar detener el avance de Roma. En la guerra de Aníbal apoyaron con entusiasmo a los generales cartaginenses, y en el año 200 algunas de estas tribus intervinieron junto a los galos y junto a Amílcar el Cartaginés en el saqueo de Cremona y Placentia[55]. La pacificación de estos ligures orientales, que pertenece, en gran medida, a la historia de la conquista romana de Italia, queda fuera de nuestra presente materia de estudio. Muchos fueron exterminados en las sucesivas victorias romanas o expulsados de sus fortalezas en las montañas y enviados a la Italia central[56]. Para mantener a los demás bajo con-

trol, se establecieron colonias en Pisa y Luna[57] y se trazó una ruta militar que seguía la línea de la costa hasta Génova y Vada Sabatia, quedando accesible el interior a través de los caminos que cruzaban los Apeninos desde Vada Sabatia y Génova hasta Dertona[58].

En la Liguria occidental, la responsabilidad de la vigilancia costera fue dejada casi del todo en manos de los massaliotes, cuyas estaciones navales podían controlar la costa oriental hasta Nicea[59]. No en vano hacia el año 181 nos encontramos con que los massaliotes se quejaban de que las acciones piráticas de los *ingauni*, que ocupaban toda la costa que se encuentra frente a Génova, estaban interfiriendo el comercio marítimo incluso hasta en las mismas Columnas de Hércules[60]. Por primera vez, se destacó entonces un escuadrón romano para actuar contra ellos, pero, dado que en un principio no se trataba más que de diez barcos que llevaban la misión de cubrir la costa entre Massalia y Campania, no es muy probable que esto tuviera gran eficacia. Una vigorosa ofensiva, no obstante, se inició por tierra en la época del cónsul Emilio, y, tras lo que inicialmente resultó casi un total desastre, logró triunfar en la absoluta derrota de los *ingauni* al mismo tiempo que la flota, reforzada, conseguía la rendición de treinta y dos de sus embarcaciones piratas. Los romanos tuvieron que hacer frente en aquella provincia a un difícil problema. Esta resultaba indispensable para que los romanos pudieran mantener sus comunicaciones con Hispania tanto por tierra como por mar. Ya en el año 189 a. C., a un ejército conducido por el pretor Baebius le había sido cortado el paso cuando se dirigía a la provincia; pero, al mismo tiempo, Roma había advertido ya con claridad que los ligures de los Alpes marítimos constituían una útil barrera contra los ataques de los galos que llegaban del norte[61]. En general, durante la primera mitad del

siglo segundo a. C., parece que los massaliotes fueron capaces de hacer frente a la situación con la ayuda ocasional de Roma. Pero en el año 155 a. C., ellos mismos, así como sus guarniciones en Nicea y Antipolis, estaban siendo duramente presionados por salteadores de las tribus de los *oxybii* y los *deciatae*. Cierto ataque dirigido contra una delegación romana enviada para restaurar el orden, necesitó de una expedición a gran escala en la época del cónsul Opimio. Este logró derrotar y desarmar a ambas tribus, y dio órdenes de que los rehenes fueran dejados en manos de los massaliotes, en su calidad de guardianes inmediatos de la costa[62]. No obstante, en estas costas aún continuaron las guerras con las tribus durante algunos años. Tenemos noticia de victorias sobre los ligures todavía en los años 123, 122 y 117. Después de ochenta años de lucha, según Estrabón[63], los romanos sólo habían logrado asegurar una franja de costa de unos doce estadios de ancho que permitía el paso a sus ejércitos.

La seguridad de la ruta por mar hacia Hispania fue también el motivo de la expedición enviada en el año 123 a. C. con el propósito de ocupar las islas Baleares. Sus habitantes, si bien no eran nada civilizados, tenían reputación de gentes pacíficas[64]; sin embargo, si es que no fueron ellos los responsables de cierto resurgir de la piratería que se produjo en sus aguas, resulta innegable que se hallaron bien dispuestos a hacer causa común con los piratas que las infestaban. Este resurgir fue tal vez debido a la decadencia del poder de Massalia, pero muy pronto los romanos se dispusieron a hacerle frente, *plurima incolarum caede*. Para asegurar las islas, Metello fundó las ciudades de Palma y Pollentia, poblándolas con tres mil colonos romanos de Hispania.

Pero un problema aún más grave tuvieron que resolver los romanos en el Adriático, cuyas costas orientales han sido habi-

tadas, a lo largo de toda su historia, por tribus salvajes e incivilizadas de hábiles salteadores en tierra y mar que continuamente recibían refuerzos procedentes del interior. Una vez que Roma tuvo que hacer frente a la cuestión, actuó de forma vigorosa. Los métodos que adoptó para controlar las costas ilirias resultaron eficaces durante largo tiempo; pero, finalmente, Roma llegaría a advertir que sólo mediante la completa ocupación, tanto del interior como del litoral, se podría someter a los feroces habitantes de las costas albanesa y dálmata. Protegidos por una cadena de islas, los pueblos conocidos por los romanos como istrios, yapigios, liburnos, dálmatas e ilirios[65] eran duros combatientes, osados marinos y hábiles armadores de barcos. Uno de ellos sirvió para dar nombre y forma al barco de guerra romano de época tardía[66].

No deja de ser significativo que las costas del Adriático se hubieran resistido durante tanto tiempo a la ocupación griega. Ya a comienzos del siglo cuarto, los peligros de sus orillas se habían hecho proverbiales[67]. Es cierto que en una época temprana los griegos tenían la costumbre de comerciar con las gentes del valle del Po[68], pero a pesar de carecer de puertos, parece que sus barcos se arrimaron a la costa italiana y dieron todo el amparo posible a los nidos de piratas de la costa oriental[69], donde los griegos no fueron capaces de hallar asentamiento alguno al norte de Epidamnos y Apolonia.

No fue hasta comienzos del siglo cuarto cuando los griegos pudieron al fin consolidar su control de las costas adriáticas, una vez que fuera el tirano de Siracusa quien afrontara tal reto. Ya hemos analizado la política de Dionisio I en las aguas occidentales. Un intento similar se propuso con el objeto de lograr la supremacía también en el Adriático. Además de los asentamientos siracusanos en la costa itálica, en Ancona y en el valle del Po[70],

podemos hallar a Dionisio como integrante de una alianza con los llamados ilirios y utilizándolos para consolidar su poder en Epiro por medio de la restauración en el trono del rey molosiano Alcetas. Su asentamiento en Lissos, en el continente, donde fue construido un enorme astillero, no se hallaba muy lejos al sur de la posterior capital iliria de Scodra, que constituía un punto de suma importancia en sus planes de control de las costas. La influencia siracusana se extendió tan al norte como para llegar hasta las islas Dálmatas, donde, por esta época, se establecieron los asentamientos griegos de Paros, y, probablemente, también Issa y Corcyra Nigra bajo la protección de Dionisio[71]. Resulta imposible referir hasta qué punto Dionisio triunfó en derrotar a la piratería del Adriático, pero también es evidente que, a su muerte, esta volvió nuevamente a propagarse. El más joven Dionisio se vio obligado a ocupar dos ciudades de la costa de Apulia para convertirlas en base de sus operaciones dirigidas contra los salteadores que en ese momento extendían sus ataques por todo el mar Jónico[72]. Ya hemos mencionado una tentativa similar realizada por los atenienses con el objetivo de proteger su comercio en el Adriático mediante el establecimiento de una base naval. La inscripción que recoge este intento muestra con toda claridad que, tras la decadencia del poder siracusano en el Adriático, los piratas, tanto itálicos como ilirios, volvieron a la actividad en aquellas aguas[73].

Como es bien sabido, la primera aparición de las legiones romanas en Oriente estuvo motivada por las acciones piráticas de los ilirios durante el reinado de la reina Teuta. La decadencia del reino epirota tras la muerte de Alejandro, el hijo de Pirro, había dado al príncipe ilirio Agrón la oportunidad de obtener un formidable dominio que se extendía desde las vecindades de Epiro hasta las islas Dálmatas, donde todos los asentamientos

griegos, quizá con la sola excepción de Issa, reconocieron su hegemonía. Es muy probable que ya en esta época su población se hubiera hecho muy heterogénea bajo el gobierno de los pequeños príncipes de origen en parte griego entre los que hay que contar al famoso Demetrio de Paros[74].

Los ataques de los ilirios se extendían en esta época por todo el litoral occidental de Grecia. Y ya durante largo tiempo habían tenido como hábito el saqueo de las costas de Elis y Mesenia[75]. Pausanias nos ofrece la historia de sus relaciones con Mothone, que ilustra bien tanto su astucia como su osadía. Un grupo de ilirios ancló en las proximidades de la ciudad e inició negociaciones comerciales con sus habitantes que resultaron sumamente provechosas para estos últimos. Pero, una vez que lograron disipar toda sospecha en ellos y hubieron puesto en marcha un dinámico intercambio con tierra, los ilirios raptaron a un buen número de hombres y mujeres que llevaron a bordo de sus barcos y con los que se dieron al mar[76]. Un ardid muy similar utilizaron en Epidamnos. Los ilirios desembarcaron allí pretextando la necesidad de aprovisionarse de agua, y, ocultando sus dagas en el interior de los jarros, lograron reducir a la guardia que custodiaba las puertas de la ciudad. Sólo la bravura de sus habitantes pudo evitar el saqueo[77]. En el mar, sus estrategias se asemejan a las utilizadas por los piratas moriscos de épocas posteriores. Los barcos enemigos eran reducidos mediante la rápida acción de un grupo encargado del abordaje. Durante el combate con un pesado barco de guerra aqueo en Paxos, unieron cuatro embarcaciones que dirigieron contra el flanco del barco enemigo, al que embistieron. Mientras su proa se levantaba cada vez más a medida que se hundía, los ilirios lo abordaron y abrumaron a la tripulación, pues la superaban en número[78].

La alianza con Demetrio II de Macedonia alentó aún más las ambiciones de Agrón[79]. Probablemente, los macedonios intentaron detener los peligrosos ataques de los dárdanos sirviéndose de los ilirios de la costa; pero la flota iliria en absoluto pudo ser de utilidad para ellos en la guerra con los etolios[80]. Por sugerencia de Demetrio, Agrón envió un ejército para hacer frente a los etolios que logró liberar la ciudad de Medion e infligirles así una grave derrota. Se dice que el mismo Agrón encontró su fin durante la celebración de su primera victoria sobre tropas regulares griegas, pero que, su viuda, Teuta, además de enviar expediciones de saqueo para asaltar a cuantos encontraran a su paso, inició una carrera de conquistas en el sur y tomó Fenice, la ciudad más importante de Epiro, consolidando la hegemonía iliria sobre toda la región[81]. Gracias al apoyo prestado en el conflicto de Medion, también los ilirios obtuvieron la supremacía en Acarnania.

Hasta entonces los romanos se habían abstenido de toda injerencia, a pesar de los largos y continuados ataques dirigidos contra las naves procedentes de Italia[82]. Pero por la época de la toma de Fenice, algunos destacamentos del ejército ilirio habían atacado a comerciantes italianos, a muchos de los cuales asesinaron o raptaron[83]. Un estado auténticamente depredador, cuyo poder en ese momento se extendía hasta la misma entrada del golfo de Corinto, estaba destinado a convertirse en un problema concerniente al Senado, y fue entonces (año 230 a. C.) cuando, en respuesta a las protestas que llegaban de distintas partes, se envió una embajada a la reina Teuta para denunciar la situación[84]. La reina había logrado muy recientemente sofocar una importante sublevación entre sus súbditos, y la cantidad a la que ascendía el botín logrado en Fenice la había animado a emprender nuevas expediciones. Ante las denuncias de los em-

bajadores romanos, los hermanos Gayo y Lucio Coruncanio, ella alegó que no era costumbre de los reyes ilirios entrometerse en las actividades de sus súbditos en alta mar, pero que, no obstante, procuraría que el estado romano no sufriera en adelante ningún mal. Cuando el más joven de los dos hermanos replicó que Roma procuraría enseñar a los ilirios mejores costumbres, la reina, en respuesta a la osadía de su discurso «acertada, pero muy poco oportuna», hizo que le dieran muerte durante su viaje de regreso.

Fue así cómo por primera vez un ejército romano cruzó el mar para dirigirse a Grecia. Pero, adelantándose a su llegada, la reina les hizo frente con una nueva flota que ya había podido derrotar a un ejército formado por las ligas aqueas y etolias, tomar la ciudad de Corcyra y asediar Epidamnos. Sin embargo, desafortunadamente para Teuta, la guarnición iliria de Corcyra había sido dejada bajo el mando de Demetrio de Paros. Habiendo ya hecho surgir las sospechas en la reina, y temiendo caer en desgracia, este la traicionó iniciando conversaciones con el comandante de la flota romana que venía de camino, y dejó la guarnición iliria de la ciudad en sus manos. Con la ayuda de Demetrio de Paros, los ejércitos romanos, que, según Polibio, estaban formados por 200 naves, 22.000 hombres de infantería y 200 a caballo, no tuvieron ninguna dificultad para superar a la reina iliria. Epidamnos e Issa fueron liberadas, y se tomaron numerosas ciudades ilirias de la costa. También acabaron con la resistencia de los *ardiaei*, y el poder romano pudo así extenderse por el interior. En la primavera del año siguiente (228), Teuta capitulaba[85].

No resulta fácil dilucidar las circunstancias de la ocupación romana de Iliria. Según Polibio, Teuta se vio obligada a entregar la mayor parte de su reino, a pagar tributo y a comprometerse

a no emprender expediciones ni más allá de Lissos ni con más de dos *lembi* desarmados. Casi la totalidad de su reino quedó en poder de Demetrio de Paros, que así llegó a tener amplios dominios[86]. Según el relato que nos ofrece Apiano, no obstante, Demetrio de Paros, del que los romanos ya por entonces habrían empezado a desconfiar, sólo habría recibido unas pocas tierras como recompensa a su traición, mientras que el grueso del reino de Teuta habría ido a parar a manos de Pinnes, el hijo que Agrón tuvo de una esposa anterior[87]. Sin embargo, aunque Polibio no hace alusión al infante de Pinnes, resulta indudable que la versión que nos ofrece de la ocupación romana es, en cualquier caso, la única correcta. Esta política adoptada por los romanos fue uno de sus primeros intentos de controlar una provincia llena de peligros por medio de un príncipe tenido por cliente. Demetrio de Paros parecía en aquel momento el hombre idóneo para cumplir dicha función, pero, para que este no se volviera al fin un elemento incontrolable, la antigua familia real no iba a ser destituida por completo, y, además del infante Pinnes, se dejaría también a Escerdilaidas como delegado[88].

La primera noticia que tenemos de Escerdilaidas data de cuando ostentaba el cargo de comandante de las tropas que fueron enviadas por tierra para servir de refuerzo al ejército de Teuta que asediaba Fenice[89]. Más tarde aparece en compañía de Demetrio de Paros a la cabeza de una expedición pirata que, desafiando el tratado de Roma, partía con el propósito de saquear las costas occidentales de Grecia en el año 220 a. C. Demetrio contribuyó a esta expedición con 50 *lembi*, y Escerdilaidas con 40[90]. El propio Demetrio, como hemos visto, ya había entablado relaciones amistosas con la corte macedonia hacia el año 222[91]. Y es imposible que un protectorado romano en Iliria hubiera sido visto con buenos ojos por los macedonios; pues, en el transcurso

de las tres guerras con Roma, la cuestión del dominio de la costa iliria había ido adquiriendo una creciente importancia. Confiados en el apoyo macedonio y alentados por el conocimiento de que Roma se hallaba en esos momentos ocupada en las guerras con los galos y pendiente de la amenaza cartaginense[92], Demetrio aprovechó la oportunidad para atacar las ciudades ilirias bajo el dominio romano y continuar desafiando a Roma al dirigir una expedición de saqueo al sur de Lissos, al Peloponeso y a las Cícladas[93].

Los romanos actuaron con rapidez ante la situación. Una Iliria hostil, en alianza con Macedonia, constituiría un riesgo que podría resultar fatal en el conflicto con Cartago que se avecinaba[94]. Se tomaron, así pues, enérgicas medidas, y se envió un segundo ejército a la costa iliria en el año 219 antes de Cristo[95]. El asalto al fuerte de Dimale, que se creía inexpugnable, hizo cundir el temor entre los seguidores de Demetrio, y, a continuación, los romanos se dirigieron a Paros, que capturaron y destruyeron sin encontrar gran resistencia. Demetrio huyó entonces en busca de la protección de Filipo de Macedonia, cuyo mal talante ahora iba a conocer[96].

No contamos con testimonios directos acerca de la distribución territorial que efectuaron los romanos tras la expedición. Pero no hay duda de que en el año 228 a. C., las ciudades griegas de Corcyra, Epidamnos, Apolonia e Issa fueron declaradas libres y quedaron bajo la protección de Roma. Polibio afirma, como hemos visto, que en el transcurso de las operaciones dirigidas contra Teuta los *ardiaei* fueron reducidos, mientras que los *parthini* y los *atintanes* capitularon voluntariamente. Durante el invierno de los años 228-227, se reunió una legión en los alrededores con el fin de vigilar a los *ardiaei* y a otras de las tribus que se habían rendido[97]. El destino posterior de los *ardiaei* nos es desconoci-

do. Si hubieran constituido la mayor parte del reino de Agrón, es muy probable que fueran devueltos a Teuta y Pinnes[98]. Por otra parte, su posición con respecto a los *parthini* también sigue siéndonos incierta; podemos hallar a Demetrio en posesión de Dimale, una de sus más importantes ciudades[99], pero esta bien puede tratarse también de una de las ciudades ilirias que se hallaban bajo el dominio romano, de las que Polibio afirma que fueron tomadas por aquel[100]. Los atintanes se hallaban entonces, hacia el año 219 a. C., en pie de igualdad con los súbditos aliados de Roma[101].

Por fortuna, conocemos mejor la ocupación del 219 a. C. En el tratado suscrito por Aníbal y Filipo se acordaba que los romanos no permanecerían por más tiempo en posesión de Corcyra, Apolonia, Epidamnos, Paros, Dimale y los *parthini*, y Atintania[102]. La lista enumera los estados de la Iliria meridional y del norte de Epiro sobre los que Roma, en el 215 a. C., había reclamado la directa soberanía. Las ciudades griegas eran entonces nominalmente libres, pero la índole de su libertad, tal como aparecía a juicio de los griegos, puede juzgarse bien por cierto comentario irónico acerca de Corcyra, (aquí irreproducible por razones de decoro), que encontramos en Estrabón[103]. Resulta evidente que en el año 219 a. C., Roma estableció un protectorado en el sur de Iliria y en el norte de Epiro destinado a hacer de contrapeso entre las ambiciones macedonia e ilirias, siendo como eran aún entonces en gran medida dependientes los reyes ilirios. Es bastante probable que una medida similar se pusiera en práctica tras la primera pacificación, cuando la mayor parte de Iliria fue entregada a Demetrio, si bien dejando a un rival en potencia de la antigua familia real al que no le fue arrebatado del todo su poder.

Pero los pronósticos de Roma se vieron trastornados por la deslealtad de Demetrio. En la segunda pacificación, sin embar-

go, la fortuna les fue más favorable. Escerdilaidas, que se había unido inicialmente a Demetrio en su expedición de saqueo, se separó de él tras su fracaso en Pylos. Desde entonces, permaneció con sus ejércitos, por algún tiempo, al servicio de los etolios (220 a. C.), pero pronto surgieron desavenencias y se unió entonces a Filipo[104], quien le prometió auxilio para someter Iliria. En su acuerdo con Escerdilaidas, Filipo contó con la ayuda efectiva de la flota iliria, pero, cuando reclamó su apoyo, el auxilio enviado no fue grande, y, afortunadamente para los romanos, pronto surgieron desavenencias entre ambos. Escerdilaidas se sintió engañado por sus aliados, y sus naves atacaron a traición a un escuadrón perteneciente a los aliados de Filipo en el puerto de Leucas. Luego, dirigiéndose a Malia, comenzaron una nueva carrera de acciones piráticas en aquel viejo nido de piratas. El propio Escerdilaidas, en ese mismo año, invadió la frontera macedonia.

No alude Polibio a la embajada romana que, como afirma Livio, fue enviada en esa época (217 a. C.) a Pinnes. Sin embargo, el testimonio de Livio es tan concluyente que resulta muy difícil no aceptarlo[105]. Los embajadores reclamaron el pago del tributo y que, en caso de que fuera necesario demorarlo, se entregaran rehenes como garantía. (Al mismo tiempo también se enviaba una embajada a Filipo para exigir la rendición de Demetrio de Paros). Resultaba vital para Roma en aquel momento (el año de la batalla del Trasimeno) mantener su poder sobre Iliria, y es más que probable que el mensaje que se hacía llegar a Pinnes fuera fundamentalmente el de la necesidad de que se pusiera fin a la alianza con Macedonia. El nombre de Pinnes, o Pineus, difícilmente pudo ser una mera invención de Livio, y fue este el que, aunque menor de edad, ejerció nominalmente la soberanía en la época. Sin embargo, todo el poder se hallaba en manos de

Escerdilaidas, y sólo a él alude Polibio[106]. La embajada romana coincide en el tiempo con el inicio de las desavenencias entre Escerdilaidas y Filipo; no hubo ya ninguna nueva alianza con Macedonia, y, desde entonces, la conquista de Iliria se convirtió en un elemento central en los planes de Filipo. Como era bien sabido por ambos bandos, este constituía un ineludible paso previo a la invasión de Italia, empresa en la que Filipo se afanó con vigor[107], pero Escerdilaidas permaneció firmemente del lado de Roma, y, cuando la presión aumentó, esta recibió toda la ayuda que fue capaz de procurarse[108]. En documentos tardíos hallamos que se le reconoce oficialmente como aliado de Roma y sabemos también que su hijo Pleuratus continuó su misma política[109].

La tentativa romana resultó eficaz una vez que se encontró al hombre idóneo para ejercer la función de rey cliente en Iliria. En el transcurso de la segunda guerra macedonia, Iliria supuso una grave amenaza para el bando de Filipo. No tenemos noticias de nuevos disturbios de carácter pirático ni durante el reinado de Escerdilaidas ni en la época de su sucesor. Pleuratus siguió apoyando a Roma en la guerra contra Antíoco y los etolios[110], y los Escipiones lo describieron, al igual que a Massinissa, como el rey cliente perfecto[111].

Tras varios años de paz, el Adriático se vio inmerso de nuevo en una situación de conflicto hacia finales del reinado de Pleuratus. En el año 181 a. C., los habitantes de Brindisium y Tarentum denunciaron asaltos en sus costas. Y, cuando las acciones piráticas de los ligures requirieron el mantenimiento de un escuadrón especial para labores de vigilancia en el Mar Toscano, se organizó un ejército similar para la protección de la zona sur de Italia hasta Barium[112]. En las demandas de Apulia recibidas en Roma se aludía expresamente a los istrios, y, el pretor, Duronius, recibió órdenes de ir contra ellos. En el informe enviado,

se afirmaba que todos los barcos piratas que estaban actuando en el Adriático procedían de los dominios de Gentio, el nuevo rey de Iliria. Pero, sin embargo, exceptuando la demanda de la liberación de los ciudadanos romanos retenidos en Corcyra, no se emprendió por esta época ninguna otra acción contra él[113]. Resulta bastante probable que los istrios estuvieran siendo alentados por Gentio. Su país, la península Pola, no formaba desde luego parte de su reino, pero como el resto de los habitantes de la costa sus pobladores eran considerados ilirios[114], y se cuenta que en una época anterior habían sido movidos por Demetrio de Paros a entrar en guerra con Roma[115]. En ese momento se afanaban en los preparativos de la fundación de la colonia de Aquilea a la cabeza del Adriático[116]; lo que, junto con el propósito primordial de asegurar Italia por tierra, serviría también para limitar las actividades de los istrios en el mar. Tras la fundación, fue necesaria para garantizar su seguridad una «guerra istria», que se desarrolló durante los años 177 y 178, y en la que los romanos sufrirían, antes de pacificar la región, una grave derrota de consecuencias desastrosas[117]. Resulta evidente que, durante la guerra, esa protección añadida fue de primera necesidad en las costas del Adriático. Se dobló el número inicial de diez barcos del escuadrón; diez barcos protegían el litoral desde Tarentum hasta Ancona, y, otros diez, a los que se les había dado órdenes de colaborar con los ejércitos de tierra, protegían la zona costera desde Ancona hasta Aquilea[118].

Durante algunos años aún no hubo ningún conflicto abierto con Gentio, pero era ya obvio que la eficacia del sistema que hasta entonces se había mantenido a lo largo de todo el reinado de Pleuratus estaba llegando a su fin. Confiados en la lealtad de Pleuratus, los romanos se habían despreocupado desde hacía largo tiempo de las costas ilirias, pero a la muerte de este[119],

se produjo en la zona norte del reino una sublevación de considerable amplitud. Los dálmatas que habitaban al norte del río Naro se habían declarado independientes y habían conquistado los territorios adyacentes al suyo, de los que exigían el pago de tributos[120]. El informe del pretor del año 180 a. C., como hemos podido comprobar, atestiguaba que todo el litoral ilirio se agitaba, y que, antes de que estallara la tercera guerra macedonia, ya las gentes de Issa denunciaban los asaltos y saqueos que se estaban produciendo en su territorio y la sospechosa actitud de Gentio. Se denunció, asimismo, que sus embajadores en Roma no eran en realidad sino agentes de Perseus[121]. El ilirio, no obstante, podía en parte paliar las sospechas que empezaban a surgir mediante el soborno de los agentes que eran enviados a visitar su corte[122].

Se dice del propio Gentio que era un hombre de condición débil, adicto al vino y opresor de sus súbditos. En los inicios de su reinado había ordenado la ejecución de su hermano Plator celoso del poder que estaba a punto de lograr al desposarse con cierta princesa de los dárdanos[123]. Es posible que viera en él a un posible rival al que la diplomacia romana fácilmente habría podido utilizar en su contra. Durante los primeros años de la guerra macedonia, los romanos se aseguraron su lealtad mediante una hábil maniobra del comandante de su armada, que requisó cincuenta y cuatro de sus *lembi* en Dyrrhacium bajo pretexto de que iban a ser enviados en auxilio de sus propios ejércitos. Sin embargo, al año siguiente, fue necesario enviar tropas y barcos a Issa e Iliria para vigilar su ambigua actitud[124]. No fue, no obstante, hasta el año 168 cuando Gentio se declaró al fin abiertamente enemigo de Roma. El año anterior Perseus se había mostrado reacio a pagar el precio que Gentio dio a entender que exigía[125]; finalmente, logró obtener una oferta de trescientos

talentos, pero, al recibir diez, Gentio reveló su hostilidad esta vez encarcelando a los embajadores romanos en su propia corte[126]. Aunque el total de la suma prometida por Perseus nunca fue entregada, el rey ilirio se convirtió desde ese momento en un declarado enemigo de Roma.

Perseus tenía puestas grandes esperanzas en la nueva alianza. Cuidó bien de proclamarla antes de enviar a sus ejércitos[127], y los enviados ilirios aparecieron junto a los suyos en Rodas. Pero los romanos reaccionaron con rapidez ante los peligros que podría deparar la unión de la flota iliria con la macedonia. Un nutrido ejército fue enviado de una vez para reforzar las tropas que ya se encontraban en la región y, ayudado por el extendido descontento que cundía entre los súbditos de Gentio, el pretor Anicio les obligó a capitular en menos de treinta días[128]. Gentio fue despojado de su reino y llevado a Roma para celebrar el triunfo de su conquistador. La provincia que él había gobernado fue entonces dividida en tres partes, siendo la mitad de los tributos anuales que anteriormente se exigían reclamados ahora en su mayor parte a las tribus, mientras que aquellos que habían desertado voluntariamente quedaban exentos[129]. Pero lo más importante fue el hecho de que todos los barcos ilirios, que ascendían en total a 220, fueran confiscados y luego cedidos a las gentes de Corcyra, Apolonia y Epidamnos[130].

Mediante estas medidas, se logró, en cualquier caso, restaurar la paz por algún tiempo en el bajo Adriático. Probablemente, los estados griegos, con la ayuda de la flota iliria confiscada, fueran capaces de velar por la seguridad de las costas, si bien tenemos noticias de ciertos ataques en el interior contra las debilitadas tribus sometidas a Roma[131]. Pero, en el Norte, aún duras luchas aguardaban a los romanos. Los dálmatas, que se habían levantado contra Gentio a comienzos de su reinado, aún no ha-

bían sido sometidos y no cejaban en sus ataques contra la isla Issa y contra la tribu amiga de los *daorsei* en el río Naro[132]. En el año 158 a. C. sus denuncias hicieron que los romanos enviaran una delegación para averiguar el estado de los asuntos en la costa iliria. Sus miembros fueron ásperamente tratados (como culminación de las varias afrentas que recibieron, sus caballos fueron robados), y los romanos aprovecharon la oportunidad para hacer ostentación de su poder en Iliria enviando una expedición al año siguiente que casi destruyó por completo la ciudad capital Delminium[133]. Esta fue la primera de las «guerras dálmatas». Sabemos también de posteriores expediciones dirigidas contra los dálmatas en el año 119[134] y contra sus vecinos norteños los yapigios en el 129[135]. Desafortunadamente, contamos con muy pocos datos acerca de bastantes años de la historia del Adriático; sin embargo, resulta obvio que la pacificación de los habitantes del alto Adriático estuvo muy lejos de ser completa. Los dálmatas volvían a estar en activo en el año 78[136], y es evidente que en la época de las guerras civiles se debió crear una situación de caos absoluto. En época de Estrabón, incluso después de la rendición lograda por Augusto, tanto los yapigios como los dálmatas aún se hallaban en un estadio muy precario de civilización[137].

A pesar de los frecuentes triunfos sobre los estados piráticos y de la confiscación de sus naves, la política romana en la zona occidental sólo puede considerarse parcialmente eficaz. No se mantuvo en toda la época de la República ninguna flota permanente encargada de la vigilancia de las aguas, y Roma siempre tendió a dejar la cuestión de la vigilancia de las costas más peligrosas en manos de delegados, que sólo podían llevar a cabo con eficacia dicha labor, por otra parte, si se les proporcionaba el apoyo adecuado. En la zona occidental, no obstante, los intereses romanos eran demasiado importantes como para que la cuestión fuera del

todo postergada. La importancia del mantenimiento de las comunicaciones con Hispania requería un necesario apoyo a Massalia en un momento en el que las actividades de los ligures aumentaban. Igualmente, los peligros de la costa itálica eran razón suficiente para auxiliar a los estados griegos que desarrollaban la labor de salvaguarda en el bajo Adriático. Entre las varias tentativas emprendidas por los romanos, el sistema de mantener reyes clientes como aseguradores de la paz sólo resultó eficaz cuando se pudo confiar plenamente en la lealtad del soberano y cuando este tuvo el suficiente poder para mantener bajo control tanto a sus propios súbditos como a los pueblos vecinos. El fracaso de la política iliria durante el reinado de Gentio fue debido no sólo a su deslealtad, sino también a su debilidad, que permitió a los dálmatas lograr su independencia. Por otra parte, el sistema de la despoblación y la exterminación sólo podía tener una eficacia limitada. Este resultaba viable en islas como las Baleares, donde Roma podía asentar a sus propios colonos en el lugar de sus habitantes primitivos; pero en las costas ilirias y ligures, donde nuevas tribus ejercían una gran presión para ocupar el lugar de las expulsadas, incluso la reducción del número de los pobladores albergaba también otros peligros. En el caso de Liguria, los romanos se percataron de ello. En Iliria, las tribus vencidas quedaron a merced de sus vecinos, y, a pesar de las interminables guerras que se libraron tanto en la costa como en el interior, la piratería aún fue capaz de resurgir hasta que Augusto consiguió establecer un orden en el interior que alcanzó las mismas orillas del Danubio. El hecho de que no afrontara el problema ligur con el mismo acierto que el problema dálmata en los comienzos de su gobierno, se debió a la temprana penetración en la *Hinterland* y a la extensión de los ejércitos y de la civilización romana más allá de los Alpes Occidentales.

Tras su primera injerencia en los asuntos de Grecia, los romanos aparecieron como los guardianes de la ley y del orden, y su vigorosa actuación les hizo ganarse la alta estima de los estados griegos más importantes. Pero cuando, tras la guerra con Filipo de Macedonia, el poder romano se hizo dominante en Grecia, sus acciones contra la piratería perdieron la fuerza que habían demostrado en el Adriático. Ya hemos visto cuáles fueron los problemas concretos en la zona oriental y hasta qué punto las fuerzas de los estados cumplidores de la ley bastaron para resolverlos. A pesar de la creciente importancia del comercio itálico, los romanos no tenían aún motivos políticos directos para mantener costosas flotas en el Mediterráneo oriental, y, en un principio, la misma política que habían seguido en la medida de lo posible en la zona occidental, que consistía en delegar en otros la labor de vigilancia, resultó fácil también en el Egeo. La segunda guerra macedonia había elevado el poder de los rodios a la misma altura del suyo. Su armada era magnífica, y, en cuanto a la supresión de la piratería, los ejércitos de la reconstituida Liga de los Insulares proporcionaron, como ya hemos visto, una ayuda particularmente valiosa. En épocas normales, en efecto, los ejércitos rodios, con la colaboración ocasional de los romanos, resultaban más que suficientes para dicha labor. Las actividades de Nabis, por ejemplo, fueron interrumpidas por Flaminio en el año 195 a. C., y tenemos noticias de que un ejército de Rodas y Eumenes participaron en la campaña[138]. Para un pueblo del mar como eran los rodios, la importancia de Nabis se encontraba en las relaciones que este aún mantenía con ciertas ciudades de Creta, y precisamente en Creta se hallaba lo más difícil del problema que a Rodas se le había encomendado resolver. Durante la guerra siria, cuando las flotas romana y rodia se hallaban por completo absorbidas

por el conflicto, los grupos de piratas volvieron a la actividad[139], y la cantidad de prisioneros romanos e itálicos que se dice que fueron llevados a Creta hace probable que una gran proporción de los ejércitos piráticos fuera atraída hasta allí. Roma envió una proclama a los cretenses exigiéndoles deponer su actitud y entregar a los prisioneros. El número de los cautivos debió de ser grande de ser exacto el testimonio aducido por Livio de Valerio Antias, quien afirmaba que los únicos que acataron la orden, los gortynianos, pusieron en libertad a unos cuatro mil[140]. Se ha sugerido que la intervención romana se habría producido en respuesta a las demandas de los rodios[141], pero lo cierto es que desconocemos el tipo de relaciones que Rodas mantenía con Creta en aquella época[142].

A pesar de la confusión que predominaba en Creta y del carácter depredador de sus habitantes, parece que la isla fue capaz, en general, de mantener limpios de piratas los mares durante el intervalo de tiempo que hubo entre la segunda y la tercera guerra macedonia, si bien el estallido de la piratería que acompañó a la guerra siria puso de manifiesto que en circunstancias excepcionales como estas la política rodia no resultaba suficiente. Sin embargo, con la rápida decadencia que siguió a la pérdida del favor romano tras la tercera guerra macedonia, se hizo evidente que en adelante los rodios ya no estarían en condiciones de seguir afrontando dicha labor. La guerra con Creta que estalló hacia los años 155-154 puso totalmente a prueba sus recursos, y tenemos noticias de que en el transcurso de la misma una flota cretense devastó la isla de Sifnos[143].

El celo romano había debilitado al único poder en el Egeo capaz de hacer frente a la piratería, y ningún otro pasaría a asumir su papel. Entretanto, en una zona distinta del Mediterráneo

oriental, una política similar estaba alentando uno de los más peligrosos estallidos de la piratería que jamás amenazara al antiguo mundo.

CAPÍTULO VI

LOS PIRATAS DE CILICIA

«Satis mali sunt et frequenter latrunculatur».



DURANTE los últimos años de la República se asistió a uno de los mayores momentos de auge de la piratería que el Mediterráneo ha conocido. Lo más llamativo es que aquellas aguas estuvieran controladas por un único poder que, cuando puso sus fuerzas al servicio de un líder lo suficientemente capaz, no tuvo dificultad alguna en atajar el problema en el corto espacio de los tres meses que duró una campaña militar. La facilidad con la que, finalmente, Roma logró eliminarlos ha llevado, naturalmente, a severas condenas de la negligencia y apatía que permitieron un florecimiento tan prolongado de la piratería.

Los cuarteles generales de los piratas eran en aquella época las laderas sur de la sierra del Tauro, y especialmente las de las montañas que bajaban hasta el mar en la Cilicia Trachea. Dicha sierra, que constituye la frontera sur de la meseta central de Asia Menor, es una larga cadena que se extiende desde el Amanus en el este hasta el Mar Egeo, teniendo las montañas de Licia y Caria una natural prolongación en las islas conocidas como Espóradas, en la costa occidental. La sierra no es en absoluto uniforme ni posee una altura regular. En la parte oriental, la cara norte

del Bulghur Dagh forma una elevada pared sobre las planicies de Eregli y Nigde; al sur de esta pared se extiende una llanura aluvial formada por los sedimentos de los ríos Cydnos, Pyramos y Saros, y conocida entre los antiguos como la llanura Cilicia. Al oeste del Bulghur Dagh, en la zona central de la sierra, a la que Mr. Hogarth ha dado el nombre de Bajo Tauro[1], la altura es menor y las pendientes de ambas caras de la sierra central menos acusadas. Al oeste de esta zona, la línea de la cadena principal, que hasta allí sigue una línea recta de este a oeste, se rompe. Al norte sobresalen numerosos picos que envuelven grandes lagos y fértiles llanuras capaces de abastecer a una gran población. El núcleo principal lo constituye la región montañosa de los pisidios, una meseta irregular que atraviesan las crestas y surcan profundos valles por los que corren los ríos. El límite sur de esta meseta tiene forma de arco y desciende bruscamente hasta la llanura Pamphylia, que llega hasta la entrada de un golfo flanqueado, al este, por las montañas de la Cilicia Trachea y, al oeste, por las elevadas cimas del Tauro, antes conocidas como los montes Solyma en la Licia oriental. Toda la sierra termina en el inextricable bloque de los montes de Licia y Caria, que alcanzan una altura de entre 8.000 y 10.000 pies, y que, salvo en las zonas en las que los valles fluviales han formado planicies de aluvión, descienden bruscamente hasta el mar.

Los habitantes de las montañas a ambos lados del Tauro fueron célebres en todas las épocas por sus habilidades militares y sus hábitos depredadores. Desde los fuertes establecidos en sus montañas, resultaba fácil asaltar a sus vecinos más acomodados sin miedo a las represalias[2], mientras los bosques que cubren los montes proporcionaban a los salteadores de la costa abundante madera para la construcción de embarcaciones. Con los piratas de las costas y los salteadores del interior tan estre-

chamente vinculados, tanto la eliminación de unos como la de otros requería que los romanos ocuparan toda la provincia. La guerra pirática, que podemos decir que se prolongó desde el año 102 al 67 a. C., debe, por tanto, ser considerada como parte de la conquista romana del Asia Menor, una labor que exigió arduas luchas con las tribus de ambas vertientes del Tauro y que condujo a muy distintas medidas políticas en tanto que la región aún se hallaba en una situación de tutela y era todavía incapaz de acatar por completo las leyes romanas. No puede decirse que en ninguna época el país fuera del todo pacificado. La reputación que tuvieron sus habitantes de ladrones y guerreros se mantuvo hasta fechas tardías. Las rebeliones y los estallidos de movimientos piráticos a gran escala continuaron siendo un elemento permanente en la historia de los isaurios, incluso cuando pusieron sus mejores tropas al servicio de los ejércitos bizantinos.

La provincia conocida de forma general durante los últimos años del Imperio romano con el nombre de Isauria se corresponde en gran medida con la zona de la sierra que hemos convenido en llamar el bajo Tauro y que los griegos conocieron como la Cilicia Trachea. Comprendía esta por el norte la región de los homanades[3], es decir, de los isaurios, en el sentido estricto en el que los considera Estrabón[4], y de los habitantes de Derbe y Larende (Karaman), que fueron salteadores en activo bajo el mando de su príncipe Antípater a mediados del siglo primero a. C. El centro natural de la región era Larende, de la que partían los principales y más fáciles caminos que llevaban al sur a través de la sierra central y que llegaban hasta la costa[5]. Toda la provincia presentaba la forma de una elevada meseta que oscilaba entre los 4.000 y los 6.000 pies de altura y descendía, tal como la describe Mr. Hogarth, formando varios escalones, hasta el mar[6]. La región se halla bruscamente dividida en dos partes

por el profundo valle de Calycadnos, una honda depresión que en algunos lugares llega a alcanzar los 4.000 pies por debajo del terreno circundante y que posee una extensión de unas doce millas de ancho.

La parte oriental de la región aparece descrita por los viajeros como un sólido bloque de roca calcárea cubierto de maleza y con sólo unas pocas franjas cultivables[7]. Esta zona la surcan numerosos cauces de agua que han excavado hondos barrancos que llegan hasta el mar siguiendo su curso. Uno de los más profundos es la garganta de Lamos, que aparece descrita por Mr. Theodore Bent como algo que «recuerda al zigzag de un relámpago que hubiera penetrado hasta el corazón de la sierra». La garganta, que posee más de 50 millas de largo, nunca llega a tener más de media milla de ancho, formando las paredes de ambos lados formidables precipicios que a veces alcanzan una altura de 2.000 pies. Es frecuente que a lo largo de varias millas no haya posibilidad de descender de lo más alto hasta el lecho del río. Las demás gargantas que se encuentran en la región y que, como esta, se abren hasta llegar al mar, resultan mucho menos llamativas. La frecuencia con la que se repiten estas fisuras dificulta sumamente las comunicaciones entre uno y otro lado, pero, desde el punto en el que la meseta comienza a descender escalonadamente hasta el mar, la entrada al interior sólo es posible a través del curso de los ríos. Todos estos accesos se hallaban, además, defendidos por fortificaciones, muchas de las cuales parecen datar de época anterior a la conquista romana. En la garganta de Lamos, a intervalos de entre tres y cuatro millas, podemos encontrar restos de las ruinas de estas torres, muchas veces construidas con enormes bloques poligonales de piedra sobre hondos precipicios por los que discurren los ríos. Una de las más importantes fue hallada sobre

un pico sobresaliente de la garganta a modo de promontorio; dos de los flancos de la torre se encontraban protegidos por el río, mientras que al tercero sólo era posible acceder a través de un estrecho saliente de otra cima más alta. A manera de entrada accesible desde el río, había una escalera, ya no practicable, que había sido esculpida en la roca hasta una altura de no menos de 1.000 pies. Una característica significativa de estas fortificaciones de las alturas son las insignias heráldicas que ostentan, algunas de las cuales vuelven a aparecer en las monedas halladas en la misma provincia[8]. No menos interesantes resultan las numerosas lápidas y los relieves esculpidos en las rocas de las paredes de los precipicios que muestran a hombres con armadura.

A pesar de su aparente aridez, la provincia gozó de notable prosperidad, a juzgar por la abundancia de restos arqueológicos[9], y en todas las épocas se mantuvo la fama de sus congregaciones religiosas. Cerca de la costa se encuentran las cuevas de Zeus Coryciano, Tifón y Zeus de Olba, siendo esta última mucho menos importante por el número de sus devotos que las demás. Toda la provincia, junto con gran parte de la Cilicia occidental, era dependiente de la dinastía sacerdotal de Olba, cuyos miembros se hacían llamar Teucro y Áyax y se proclamaban a sí mismos descendientes de los héroes homéricos. Sin embargo, el nombre de Teucro ha de ser considerado como la forma griega de un nombre que reaparece con frecuencia en distintas zonas del Asia Menor y que era especialmente común en la provincia[10]. En un capítulo anterior he sugerido que quizá tendríamos que buscar a los ancestros de esta dinastía en una de las tribus que atacaron Egipto a finales del siglo XIII. Fuera este el caso o no, la dinastía teucrida de Olba gobernaba un extenso reino a finales del siglo tercero a. C. y aún conservaba parte de su anti-

guo poder incluso después de que Pompeyo sometiera la Cilicia Trachea[11].

La mitad occidental de la región, exceptuando la costa, se hallaba mucho menos explorada, y en ella se han hallado algunos restos que parecen datar de época prerromana. La meseta presenta allí una altura mucho más uniforme, aparece entrecortada por distintas sierras y posee pequeñas llanuras de terreno fértil rodeadas por las montañas. La zona sur es abundante en maderas y está llena de bosques de robles, hayas, enebros y pinos, algunos de los cuales llegan a alcanzar una gran altura[12]. Cerca de Ermenek, Davis pudo ver ciertos pinos de entre 120 y 150 pies de altura[13]; pero los mejores bosques son los que se encuentran entre Anemurium y Selefke[14]. La meseta termina por el oeste en una elevada cadena montañosa que arranca desde muy cerca del extremo sur del lago Caralitis y se prolonga hacia el este y hacia el sur por encima de la orilla oeste del lago Trogitis para acabar en un pico conocido como el Ak-Dagh, a unas diez millas al interior desde Coracesium[15]. La sierra puede considerarse como la frontera natural por este lado de la Cilicia Trachea; su altura y su carácter abrupto resultaron una barrera eficaz contra las incursiones procedentes del oeste. Por su vertiente oriental discurren los dos brazos del río Calycadnos que, a la altura de Mut (Claudiópolis), divide la zona occidental de la meseta en tres partes de aproximada extensión.

El brazo norte, que ha excavado una enorme garganta a lo largo de todo su curso[16], discurre en un primer tramo hacia el nordeste hasta llegar a un punto cercano a Isaura Vetus, donde gira hacia el sudeste. El río va aumentando muy rápidamente su caudal gracias a un buen número de afluentes que le llegan del norte y del sur y que se han internado de la misma manera en la meseta y poseen numerosos rasgos de interés para los geólo-

gos[17]. La cuenca de estos dos brazos del río la forma la sierra conocida como Gedik Dagh, una cadena montañosa de cimas redondas que se extiende en dirección noroeste desde el punto de unión de ambos brazos[18]. La garganta formada por el brazo sur es muy similar a la del brazo norte. Excepto en Ermenek, esta es si cabe más estrecha y escarpada, siendo un obstáculo aún mayor para las incursiones procedentes del sur. Entre el brazo sur del río Calycadnos y el mar, se yergue una elevación montañosa que tal vez fuera conocida entre los antiguos con el nombre de Monte Imbaros[19] y que se levanta sobre la altura de la meseta llegando a alcanzar unos 5.500 pies sobre el nivel del mar. En la mayoría de las descripciones se nos presenta como una árida extensión de piedra surcada por pequeñas corrientes de agua que descienden por la vertiente sur hasta el mar. La incursión en el país, cubierto de bosques en la zona sur y atravesado por los enormes cañones de los ríos y de sus afluentes, hubieron de ser en todo momento un difícil obstáculo para el invasor. El carácter de sus habitantes se hallaba en absoluta correspondencia con el de la región. Poco cambió después de la conquista romana; de los llamados *clitae*, que habitaban la provincia que se hallaba sobre Anemurium, tenemos noticias de que en al menos dos ocasiones durante el siglo primero después de Cristo, se declararon en abierta rebelión[20].

Al este y oeste de la desembocadura del río Calycadnos, la meseta del interior desciende paulatinamente hasta el mar y forma una línea costera rocosa abrupta y definida, de muy difícil acceso para un escuadrón que se dispusiera a atacarla pero capaz de albergar refugios ocultos y anclajes seguros para los hombres que la conocieran[21]. Estos abruptos promontorios y acantilados rocosos sobre el mar, a cuya barrera natural se le añadía la de las fortificaciones construidas, fueron los escondrijos de los pi-

ratas que durante el último siglo de la República se adueñaron de estas costas. Desde estas atalayas era posible percibir la presencia de cualquier embarcación que cometiera la imprudencia de acercarse a estas costas, al mismo tiempo que se obtenía una amplia perspectiva sobre el canal que se encuentra entre la costa de Cilicia y Chipre, por el que todo el tráfico de embarcaciones mercantes tenía que pasar[22]. Muchas de las pequeñas islas que se encuentran junto a la costa poseen también importantes barreras naturales y fueron ocupadas de forma similar[23].

El error inicial de la política romana que permitió la consolidación de la piratería en dicho litoral se cometió en la época de los asentamientos con Antíoco el Grande, cuando, como señala Estrabón[24], Roma se despreocupó de toda provincia que no fuera la del Tauro. Las fuerzas que hasta entonces habían velado por la seguridad de las aguas orientales y controlado las provincias amenazadas por la piratería habían sido debilitadas o destruidas, y Roma había fracasado en la tarea de crear una flota permanente dedicada a continuar dicha labor. Cuanto sabemos acerca de Cilicia con anterioridad a la batalla de Magnesia nos demuestra que Seleucidas y Ptolomeos actuaron con eficacia contra los peligros que podrían conllevar estas aguas y que, durante todo el tiempo que les fue posible, mantuvieron una vigilancia efectiva. Incluso después de la muerte de Alejandro se emprendieron algunas tentativas de reducir a las tribus del interior y, aunque la primera expedición de Balacro dirigida contra Isaura y Larende fracasara, ambas ciudades serían luego rendidas por Pérdicas[25]. Diodoro nos ofrece un vivo relato de la toma de Isaura, cuyos habitantes, antes que rendirse, prefirieron morir con sus familias en un incendio que ellos mismos provocaron. No cabe duda de que el asiento de los tesoros macedonios en Cyinda y Cilicia[26] exigió dar esta lección a los montañeses.

La línea costera de la Cilicia Trachea fue firmemente controlada por los primeros seleucidas, y parece que estos fueron lo suficientemente fuertes en aquella región como par mantener el orden también en el interior. El centro de su poder era la ciudad de Seleucea, fundada por Seleuco I, Nicátor. La nueva ciudad, a la que los habitantes de Holmi fueron trasladados, poseía enormes barreras naturales, con una acrópolis situada en la margen derecha del río Calycadnos, muy cerca del punto en el que este abandona las montañas. Estrabón dice del mismo río que era navegable hasta allí[27]. El lugar así elegido era, por tanto, el centro mismo de todas las vías de comunicación de la Trachea meridional, siendo además la principal estación del importante camino costero que iba del este al oeste y proporcionaba prácticamente la única vía de comunicación entre uno y otro extremo. Hacia el noreste transcurría una fácil vía que llegaba hasta Olba; y hacia el noroeste el camino a Claudiópolis (Mut) y Larende, del que salía una bifurcación que conducía a través de las montañas hasta Ermenek (Germanicópolis)[28]. El éxito de la fundación puede juzgarse por el hecho de que, entre todas las ciudades de la Cilicia Trachea, Seleucea fuera la única ciudad conocida en época tardía como un vestigio del «modo de vida ciliciano y pamphyliano» y que gozara, asimismo, de la especial benevolencia de Augusto en tanto que el resto de la región quedaba bajo el gobierno de Arquelao[29].

Hay razones para creer que Seleuco intentara hacerse con el control del interior a través de los soberanos sacerdotales de Olba, con los que una inscripción de época tardía encontrada allí nos demuestra que mantenía amistosas relaciones[30]. Su ocupación de la costa, así como la alianza o el protectorado establecido con esta dinastía que, como ya vimos, controlaba una gran parte de la Cilicia Trachea, habrían servido para mantener el orden en el país[31].

Tenemos indicios de que el control de los Seleucidas sobre esta costa ya habría sido desafiado por el gobierno egipcio durante el reinado de Ptolomeo II. Pero no sería hasta la tercera guerra siria cuando la Cilicia pasara a manos de los Ptolomeos. El texto de cierto papiro, que recoge la relación de las operaciones que se realizaron en la costa de Siria y Cilicia en el año 246 a. C., demuestra que los reyes sirios aún acostumbraban a custodiar las reservas de sus tesoros en esta provincia y que seguían manteniendo un gobernador sirio en Cilicia. Resulta evidente, no obstante, que las desavenencias fueron notables entre las tropas y los habitantes nativos. Parece que llegó a firmarse un falaz acuerdo entre el pueblo de Soli, en la Cilicia Pedias, y las tropas sirias; cuando el gobernador intentaba huir al interior, fue asesinado por los montañeses[32].

Por espacio de unos cincuenta años, la costa de Cilicia continuó en poder de los Ptolomeos, que, al igual que sus predecesores, intentaron consolidar su poder y honrar los nombres de sus estirpes con la fundación de ciudades[33]. Contamos con muy escasos testimonios acerca de la índole del gobierno egipcio en Cilicia. Tras la conquista llevada a cabo por Ptolomeo III, la provincia pasó a formar parte, aparentemente, de la gran región costera que se extiende desde la costa de Jonia hasta Cilicia[34]. Su valor consistía para Egipto en la materia prima, especialmente la madera de cedro, que esta exportaba para su utilización en la armadura de barcos y, fueran cuales fueran las ilegalidades toleradas entre las tribus del interior, no es probable que los Ptolomeos permitieran a los habitantes de estas cosas interferir en su tráfico comercial. Más tarde, a medida que el poder egipcio iba decayendo, las ciudades marítimas fueron alentadas a atacar la costa siria para así dañar al antiguo enemigo[35]. Incluso los rodios, que, como ya hemos visto,

hicieron todo lo posible por su parte para eliminar la piratería, también accedieron[36].

Podemos concluir que el carácter conflictivo de los cilicianos no fue menor que la debilidad de Egipto que indujo a Antíoco III a intentar recuperar en el año 197 a. C. la costa ciliciana para Siria. Nominalmente, sus dueños seguían siendo los egipcios[37], pero resulta significativo que el único lugar en el que Antíoco hallara resistencia fuera Coracesium[38], que más tarde sería conocida como cuartel general de los piratas. Fue mientras asediaba esta ciudad cuando recibió el ultimátum de los rodios y la noticia de la derrota de Filipo en Cynoscephalae. Las posteriores conquistas de Antíoco, que provocaron que Egipto perdiera definitivamente la provincia tolemaica, no forman parte de la cuestión que ahora nos ocupa. La batalla de Magnesia hizo que Roma pusiera fin a sus ambiciones; pero los humillantes términos de la paz que les fueron impuestos fueron la causa principal de los problemas que no mucho después surgirían en estas costas. Aunque la Cilicia Trachea fue dejada en manos del rey sirio, su armada no consistía más que en diez barcos de guerra, y ninguno de sus barcos armados podía ser enviado al oeste de Calycadnos. El resultado de tal situación fue que la Cilicia Trachea obtuvo prácticamente la independencia; las invasiones por tierra sólo podían ser viables a través de la ruta costera, que en su mayor parte resultaba impracticable para un ejército numeroso[39]. La región, por tanto, dejó de tener más interés para los monarcas sirios que el de constituir una base de operaciones para los aspirantes rivales a su trono. Sabemos que uno de estos aspirantes, Alejandro Balas, fue colocado por Eumenes o Átalo de Pérgamo en el año 159 a. C. junto al príncipe de la Cilicia, Zenófanes[40]. Tras su expulsión de Siria, Alejandro volvió a retirarse a la Cilicia, desde donde organizó una nueva expedición.

Estrabón, sin embargo, atribuye los orígenes de la piratería de Coracesium a otro usurpador sirio, Diodoto Trifón, que la habría convertido en base de operaciones de los comisionados. A pesar de que este fue derrotado por Antíoco Sidetes, la debilidad del reino sirio era ya tal que sus partidarios en Coracesium resultaban ya del todo intocables. Pero es muy probable que las actividades de Diodoto fueran más un estímulo que el origen de la piratería en estas costas. Lo cierto es que desde entonces esta floreció ininterrumpidamente. Los restos del principado de los teucridas fueron a parar a las manos de numerosos caudillos de pequeñas tribus que no vivían más que del robo[41]. El más importante de sus cuarteles fue el de Coracesium, colgado sobre un escarpado precipicio sobre el mar y tan sólo unido a tierra por un estrecho Istmo del que surgía bruscamente. Ambas vertientes del promontorio aparecen descritas como acantilados perpendiculares de entre cinco y seis pies de altura. La vertiente oriental es tan escarpada que las edificaciones de la moderna Alaya parecen descansar unas sobre otras[42].

Durante los treinta y cinco años que siguieron a la muerte de Diodoto contamos con muy pocos detalles acerca de las actividades de los piratas. En los primeros momentos de su expansión, las aguas nacionales les proporcionarían presas abundantes entre las naves que surcaban las rutas levantinas[43]; pero, a medida que iba creciendo su poder, sus actividades depredatorias se extendieron por toda la línea costera del Asia Menor. En esta época podemos hallar las mismas tácticas utilizadas en la costa de Eritrea en un momento en el que aún los piratas actuaban con muy escasas embarcaciones. Confraternizando y entablando conversaciones con las tripulaciones de los barcos mercantes que llegaban a puerto, lograban averiguar su destino y carga. Los barcos piratas recibían entonces la orden de reunirse en un punto

determinado del mar y allí atacar a los mercaderes una vez que estos abandonaran el puerto[44]. Bajo el liderazgo de un tal Isidorus, pronto comenzaron a infestar toda la zona oriental del Mediterráneo, recorriendo el «mar dorado» desde Cirene hasta Creta y el Peloponeso[45]. Sin embargo, tales actividades depredatorias no conllevaron ninguna especial muestra de energía por parte del gobierno romano. Se enviaron embajadas diplomáticas a los estados extranjeros que se consideraron responsables del problema, y el propio Emiliano Escipión realizó un recorrido de inspección por Oriente en cierta ocasión[46]. En determinados casos, es posible que se les ofreciera un auxilio mayor[47], pero la contención de los salteadores se confió en la mayoría de los casos a la iniciativa de los pueblos nativos, ya actuaran estos en solitario, ya en colaboración con otros pueblos vecinos[48]. Como es de esperar, los testimonios de tales circunstancias son vagos y sólo pueden hallarse esporádicamente en algunas inscripciones. El crimen de Roma, no obstante, no fue sólo la negligencia y la no adopción de una adecuada vigilancia de las aguas. Los piratas lograron adquirir su propio lugar en el sistema económico, y la creciente demanda de esclavos procedentes de Italia no fue una causa menor de la prosperidad alcanzada y de la tolerancia de que disfrutaron por parte del gobierno. Actuando como ordinarios mercaderes de esclavos, frecuentaron el puerto de Delos, donde sabemos que a diario decenas de miles de esclavos cambiaban de dueño[49] y que eran precisamente los piratas y recaudadores de impuestos los principales proveedores del mercado. El carácter depredador de estos últimos podía competir fácilmente con el de los piratas, hasta el punto de que cuando se pidió un contingente a Nicomedes de Bitinia en la época de las guerras cimbrias, este contestó que la mayoría de sus súbditos había caído en manos de los recaudadores y se hallaba por entonces en la esclavitud[50].

Como resultado de esta competencia entre piratas y recaudadores de impuestos, no cabe duda de que los habitantes de estas provincias y sus estados clientes trataron de evitar los estragos de unos acatando las reglas de los otros, situación que poco podía perjudicar a las comunidades piráticas. Su número se vio aumentado por la incorporación de nuevos hombres procedentes de todos los países, y especialmente por sus vecinos levantinos[51]. No sólo se unieron a ellos nuevos individuos, sino que ante la falta de protección ofrecida por el gobierno romano, las mismas ciudades integraron abiertas alianzas con los piratas[52]. La vecina ciudad de Side puso sus astilleros a disposición de los piratas y les proporcionó un mercado para la puesta en circulación de sus cautivos al que sólo superaba en importancia el mercado de Delos[53]. Faselis, en la costa de Licia, también mantenía con ellos relaciones comerciales, y más tarde ciudadanos y piratas estrecharían una definitiva alianza[54]. Otras ciudades siguieron el camino del pago de un tributo anual determinado a cambio de quedar exentos de sus ataques[55].

La primera actuación de Roma contra los cilicianos de la que tenemos noticia no se produjo hasta el año 102 a. C., cuando se envió un ejército comandado por M. Antonio[56]. Los testimonios literarios sobre la expedición son escasos y no nos ofrecen indicio alguno de las causas inmediatas que la motivaron[57]. Parece probable, no obstante, que las demandas de las provincias y sus estados clientes se hubieran agravado hasta tal punto que obligaran a los romanos en este momento a actuar tanto contra los recaudadores de impuestos como contra los piratas. Como resultado de la embajada de Nicomedes[58], sabemos que el senado decretó que todos los aliados de libre nacimiento que se hallaran entonces en la esclavitud fueran liberados. Los gobernadores de las provincias estarían obligados a velar por el cumplimiento de

este decreto. Resulta evidente que lo que el gobierno intentaba era acabar con toda forma de secuestro de ciudadanos libres de las provincias.

Aunque las victorias de Antonio se consideraron un auténtico triunfo[59], no contamos con indicios de que sus éxitos lograran acabar con la piratería en la región. Su campaña, no obstante, tuvo una consecuencia importante. Se estableció un dominio permanente en aguas cilicianas al que se le dio el nombre de la provincia de Cilicia, a pesar de que en los primeros momentos no pudo comprender mucho más que las antiguas posesiones atálidas en el sudoeste de Asia Menor[60]. Este nuevo dominio sería una constante amenaza para los piratas de la Cilicia Trachea, lo que, junto con la pérdida del valioso mercado de Delos, acabaría por poner de manifiesto que ya no volverían a disfrutar de la prolongada tolerancia que los romanos hasta entonces habían mostrado hacia ellos. Los piratas, entonces, buscaron y encontraron una nueva protección: en el transcurso de los quince años siguientes, vuelven a aparecer una y otra vez en la historia como íntimos amigos y aliados de Mitrídates.

La alianza ahora establecida entre Mitrídates y los piratas se nos presenta con rasgos muy similares a la de la actitud adoptada por los corsarios berberiscos al servicio del sultán de Turquía en el siglo dieciséis. Tras la conquista de los hermanos Uruj y Kheyr-ed-din Barbarroja, Argel había pasado oficialmente a manos del sultán, y Kheyr-ed-din fue nombrado su virrey. Los corsarios se aseguraban así la protección y el favor del sultán, en tanto los turcos, que nunca fueron por su natural un pueblo de navegantes, se beneficiaban de la fuerza naval que les proporcionaban los corsarios, convirtiéndose en sus discípulos en todo lo que concerniera a la navegación y a la armadura de embarcaciones. Los más altos oficiales de la flota turca hasta la

batalla de Lepanto, hombres como Kheyr-ed-din, Dragut Reis y Ochiali, fueron todos ellos piratas que habían aprendido el arte de la navegación en las costas berberiscas. Una alianza similar con los cilicianos dio a Mitrídates el dominio sobre el mar que en la primera guerra mitridática resultó casi fatal para Sulla. Resulta imposible determinar hasta qué punto el desarrollo de esta alianza se debió directamente a la intención de Mitrídates ante la inmediatez del conflicto con Roma, pero volvemos a hallarla ya convertida en una sólida potencia naval totalmente organizada para una guerra abierta. Sabemos, en cualquier caso, que en esta época sus navíos se organizaban en escuadrones que se asemejaban ya más a auténticas armadas que a las hordas que fueron antes[61]. Resulta evidente el valor que tenían para Mitrídates tales ejércitos de comisionados que no eran pagados por él pero sí gozaban de su connivencia. La guerra contra los piratas llegó a ser, de hecho, la guerra contra Mitrídates.

Los piratas se hallaban tan absolutamente integrados en la armada del rey que el propio Mitrídates, en cierta ocasión en la que se halló en peligro de naufragio, no dudó en embarcar en un barco pirata en el que logró llegar sano y salvo a Sinope[62]. Las tácticas seguidas por ambas facciones de la armada eran tan similares que no siempre resulta fácil distinguir en los testimonios los logros de piratas y soldados regulares. El primer saqueo de Delos, hazaña imitada algunos años después por un pirata independiente, es atribuido a un tal Menophanes que, aunque recibe el título de almirante de Mitrídates, hubo de ser probablemente el líder de un escuadrón de piratas que actuó bajó las órdenes de Arquelao[63]. No resulta claro si los hombres que actuaban en las costas del Peloponeso y Zakynthos, que incendiaron la vanguardia de la armada de Flaccus, fuera de Brundisium[64], también eran piratas, pero sí sabemos con segu-

ridad que lo fueron quienes hostigaron a Lúculo durante su viaje a Oriente mientras que Mitrídates impedía a los rodios su salida al mar. Lúculo sólo pudo llegar a Alejandría desde Creta por la ruta de Cirene y escapar de sus perseguidores pasando de un barco a otro[65]. También se atribuye a los piratas en esta época la toma de Iassos, Samos, Clazomenae y Samotracia, de cuyo templo obtuvieron un botín que ascendió hasta los 1.000 talentos a pesar de que el pro3 Sulla no se hallaba lejos de allí[66]. Hasta qué punto Mitrídates fue capaz de controlarlos en una época más temprana del conflicto nos es desconocido. Según Apiano, cuando este advirtió que ya no podía conservar sus conquistas, habría dado licencia a los piratas para actuar con toda libertad. Los ataques a los que acabamos de aludir, de hecho, se produjeron tras la conclusión de la paz[67].

No hay duda alguna de que Sulla actuó con energía ante la necesidad de un rápido acuerdo con los cilicianos. Él mismo había estado a cargo del dominio ciliciano en el año 92 a. C., y la campaña contra Mitrídates tuvo que mostrarle la importancia del apoyo que estos prestaron a su enemigo. La seguridad en el sur de Asia Menor dependía no sólo de la eliminación de la piratería en el mar, sino también de las tribus emparentadas de ambas vertientes de la sierra del Tauro, de las que los piratas obtenían importantes refuerzos y en las que podían encontrar refugio en caso de hallarse en la costa en dificultad. Era doble el reto que había que afrontar: por un lado, la vigilancia de la costa sur del Asia Menor; por otro, una vigorosa incursión en el Tauro que hiciera posible reducir a los montañeses.

Las zonas ocupadas por los piratas en esta época eran las siguientes. En la Cilicia Trachea, ocupaban, por supuesto, la totalidad de la costa y ambas vertientes del Tauro en el interior. La costa de Pamphylia, si es que no estaba enteramente ocupada

por ellos, se hallaba muy estrechamente relacionada con sus fechorías. La ciudad de Side se hallaba casi del todo en su poder, y Servilio Isaúrico halló conveniente castigar al pueblo de Attaleia. En la orilla occidental del golfo de Pamphylia, un líder pirata se había adueñado de los montes de Solima y de Olimpos, Corycos y Faselis[68]. En el interior de Licia, a pesar de los encomios que Estrabón dedica al gobierno de Moagetes[69], es muy probable que los *cibyratis* se hubieran sublevado quizá como resultado de la guerra mitridática. Los conflictos en la provincia constituyeron una grave amenaza para los habitantes de Licia, cuya lealtad a Roma había quedado demostrada durante la última guerra. Por añadidura, esta población rebelde de los *cibyratis* ofrecía a los grupos de Solima el mismo apoyo que los isaurios y homanades prestaron a los piratas cilicianos.

El plan de la campaña de pacificación de la provincia incluía un ataque por mar contra la costa sur de Asia Menor y un avance simultáneo por tierra por la cara norte del Tauro, de forma que el país de los piratas recibiera un ataque de norte a sur. Con este fin, Murena, el sucesor de Sulla, cuya participación en la guerra pirática había sido ya tiempo atrás olvidada, reunió una flota a la que todos los estados sometidos contribuyeron para atacar a la piratería. Por tierra, siguió avanzando con el propósito de lograr la conquista de los *cibyratis*[70]. Consiguió así el destronamiento de Moagetes, y una parte del que había sido su reino fue entregada a Licia, mientras que el resto del territorio, incluido el último *conventus* de Cibyra, quedaba anexionado a Roma. La desafortunada campaña de Murena contra Mitrídates, además de impedir la concentración de los esfuerzos en el sur del Asia Menor, obligó a la retirada en el año 81 a. C. Muy poco sabemos de su sucesor, Nerón, además de su débil denuncia de los abusos de Verres, que fue *legatus* del gobernador de Cilicia

entre los años 80 y 79. Este gobernador, Dolabella, fue también procesado, y es muy probable que la mala conducta seguida por él y por su *legatus* fuera la causa de más graves conflictos[71] que requirieron la vigorosa actuación del nuevo procónsul de Cilicia, Servilio. Durante los años del mandato de Servilio, Roma adoptó una nueva política y emprendió la completa conquista de la provincia.

La información que poseemos relativa a las campañas de Servilio durante los años 77 al 75 a. C. es, desafortunadamente, muy escasa. Tenemos suficientes datos, no obstante, para saber que estas fueron parte de cierto plan más general desarrollado por Roma con el objetivo de pacificar la zona sur del Asia Menor. Sus primeras acciones estuvieron orientadas directamente a la Licia oriental y a Pamphylia. Durante el último año de su mandato parece que pudo avanzar desde cierta base establecida en Pamphylia y atacar a las tribus que habitaban al norte del Tauro, así como a los orondes, homanades e isaurios. Podría parecer que estas operaciones eran los preliminares a un doble avance combinado por tierra y por mar dirigido contra los piratas de la Cilicia Trachea, que serían así atacados al mismo tiempo desde el norte y desde la costa sur. A pesar de los testimonios que podemos hallar en los autores tardíos acerca de cómo el propio Servilio habría logrado reducir a los cilicianos, contamos con muy pocos indicios de que consiguiera penetrar en la misma Trachea con igual éxito[72].

Además de la conquista de Isauria y de la ya mencionada invasión de Cilicia, contamos con ciertos testimonios concluyentes acerca de los movimientos de Servilio. Así, sabemos que tomó Faselis, Olimpos y Corycos en Licia, y que sus operaciones se extendieron hasta Pamphylia, donde logró ganar algún terreno al pueblo de Attaleia. Muy probablemente, durante la campa-

ña de Isauria, lograra la anexión del territorio de los orondes y consiguiera para Roma los desconocidos Ager Aperensis y Ager Gedusanus. Tenemos también noticia, a través de Cicerón, de la captura de cierto líder de los piratas, Nicón, del que no sabemos nada más. Resulta significativo que la información que poseemos acerca de las ciudades de Licia es coincidente en casi todos los autores. Fue esta campaña en la zona oriental de la costa de Licia, evidentemente, una parte importante de su plan general y, en cualquier caso, es también la que cuenta con mayor número de testimonios[73].

El pueblo de Licia recibió efusivos elogios de Estrabón por su comportamiento ejemplar en esta época. A pesar de que su país ofrecía facilidades no menos notables que aquellas de las que disfrutaban los cilicianos, bajo la acertada dirección de la Liga de Licia estos se mantuvieron alejados de las actividades piráticas que pamphylianos y cilicianos desarrollaron, y no sucumbieron a los estímulos de esta forma de lucro[74]. En cierto pasaje posterior, no obstante, expone la situación predominante en la costa oriental, que requirió la intervención romana. Hubo en esta región cierto líder, Zenicetes, cuya base de operaciones fue el monte Olimpos y la ciudad del mismo nombre, que logró adueñarse también de Faselis y Corycos, además de otros territorios de Pamphylia. Durante el ataque de Servilio al monte Olimpos, Zenicetes incendió su refugio y se arrojó a las llamas[75].

La provincia, bajo el control de Zenicetes, constituía un sólido principado aislado del resto de Licia por la cadena montañosa de Solima, siendo quizá también étnicamente distinto. El propio Zenicetes bien pudo haber sido un pirata ciliciano que habría invadido Licia por mar estableciéndose luego en Olimpos y extendiendo su soberanía a la costa de Faselis y a Pamphylia. La descripción, no obstante, que nos ofrece Estrabón de su cuar-

tel general, por él llamado Monte Olimpos, con su amplia perspectiva sobre Licia, Pamphylia, Pisidia y Milyas, demuestra con claridad que el monte en cuestión no es el Olimpos ya descrito por él[76], sino el moderno Tachtaly Dagh (Montes de Solima). Zenicetes ha de ser considerado, por tanto, como uno de los jefes nativos de los montes de Solima, cuyo poder habría ido en aumento en el transcurso de las perturbaciones causadas por la primera guerra mitridática, cuando Licia fue invadida por Mitrídates y, tal como hemos visto, los montañeses se sublevaron. Dominando los montes de Solima, podía controlar también la costa oriental de Licia y llegar hasta Pamphylia a través del valle Tchandyr. Mientras estuvo en poder del monte de Solima y de los pasos, podía prevenir cualquier ataque terrestre; por mar, una alianza con los cilicianos podía también garantizarle la seguridad. La defensa de este amo de Faselis fue una cuestión de gran importancia para los cilicianos[77], lo que hace muy probable que la gran batalla naval que sabemos se produjo durante esta campaña[78] fuera librada entre Servilio y los aliados cilicianos de Zenicetes antes de que este pudiera lanzar su ataque contra la costa de Licia.

Una vez que se restableció el orden en las costas de Licia y Pamphylia, Servilio tuvo que emprender la pacificación de las tribus que habitaban la vertiente norte de la sierra del Tauro. La conquista de los *cibyratis*, lograda por Murena, había marcado un punto de inicio en el oeste. El paso de Servilio por el monte Tauro fue considerado como una de las hazañas más brillantes de su campaña, y su victoria sobre los isaurios le valió el título de Isaúrico.

Afortunadamente, no hay dudas acerca de la localización de las dos ciudades, Isaura Vetus e Isaura Nova, y ambas fueron reducidas. La primera hace ya tiempo que fue identificada con

la moderna Zengibar Kalesi; la segunda ha sido recientemente situada con exactitud por Sir William Ramsay en Dorla, a unas veinte millas al nordeste de Isaura Vetus[79]. Además de estas dos ciudades, el territorio de los isaurios comprendía algunas otras poblaciones, todas ellas plagadas de piratas[80]. La provincia se encontraba en la vertiente norte del Tauro, dentro de las fronteras de Licaonia; y se extendía hacia el noroeste a través del territorio de los violentos homanades, con los que, junto con otras de las tribus que ocupaban la cara norte del Tauro, los isaurios opusieron una enérgica resistencia al avance romano.

En otra parte he intentado demostrar que Servilio avanzó a través de la sierra del Tauro por una ruta que le habría llevado directamente hasta la región de los orondes[81], y que el Ager Orondicus que Cicerón afirma que logró conquistar ha de entenderse como este mismo territorio. En cuanto al desconocido Ager Gedusanus, se ha sugerido que Gedusanus pudiera ser una corrupción de la forma Sedasanus[82], Sedasa, que se encontraba al este del lago Trogitis y era una de las ciudades de los homanades, cuyo territorio, según Sir William Ramsay, abarcaba tres de las orillas del lago Trogitis y se extendía desde las fronteras de Isaura hasta los límites de Selge y Katenna.

Si aceptamos estas hipótesis, las operaciones de Servilio en la cara norte del Tauro habrían ido dirigidas contra isaurios, homanades y orondes, y se habrían extendido a toda la región llegando hasta Isauria en dirección noroeste a través de la orilla este de los lagos Trogitis y Caralitis.

Mediante estas conquistas en la cara norte del Tauro, los preliminares necesarios para un ataque combinado a la Cilicia Trachea por tierra y mar, ya habían sido llevados a cabo. Al año siguiente, el 74 a. C., se asistió a la creación de un nuevo dominio, el *maius imperium infinitum*, que fue otorgado por tres años

a M. Antonio con órdenes de limpiar de piratas toda la costa mediterránea. Este dominio preludiaba así el que posteriormente le sería confiado a Pompeyo en el año 67[83]. Las operaciones por tierra, no obstante, retrasadas al principio por la muerte del sucesor de Servilio, Octavio[84], fueron pospuestas definitivamente por el estallido de la tercera guerra mitridática. Por mar, los planes romanos fracasaron a causa de la incompetencia de su almirante, antes incluso de que la flota pudiera aproximarse siquiera a las costa ciliciana.

Aunque bien merecidos, los triunfos de Servilio, que no logró sin embargo tocar la costa de Cilicia, tuvieron muy escasos resultados en lo que a la eliminación de la piratería se refiere. Los preparativos orientados a la reducción de las tribus del Tauro hubieron de ser abandonados tras el estallido de la tercera guerra mitridática, pues en el transcurso de la misma, las provincias del norte se agitaron de nuevo a causa de una rebelión conducida por un general del rey llamado Eumachus[85]. Gracias a las medidas que adoptó Sulla para la reunión de una flota y al ingenio de Lúculo, durante esta tercera guerra, Mitrídates no logró tener en ningún momento el dominio del mar que sí había tenido en las anteriores. Al inicio de la guerra, es cierto, contaba con un ejército de 400 trirremes y un número considerable de naves de cincuenta remos y embarcaciones más ligeras[86] que es de suponer consistirían en su mayor parte en barcos piratas que se habían unido a la armada al igual que durante la guerra anterior. Los escuadrones fueron enviados con la misión de obstaculizar a Creta y luego unirse a Sertorio en España[87]. Pero a pesar del éxito inicial que les permitió destruir la armada de Cotta en Calcedonia[88], las flotas regulares del rey fueron pronto derrotadas en el Egeo por Lúculo, y una tormenta acabaría con el grueso restante de la armada en Ponto[89].

A Lúculo, desde luego, se deben las posteriores victorias de Pompeyo tanto sobre los piratas como sobre Mitrídates. Las sucesivas victorias sobre Mitrídates en el mar allanaron el camino de la reducción de los piratas al igual que sus logros en tierra lograron quebrantar el poder del soberano. Entretanto, no obstante, el poder de los cilicianos siguió imperturbable y, al igual que ocurrió tras la batalla de Lepanto continuó siendo irrefrenable la actividad de los piratas berberiscos hasta que su país fue ocupado en el siglo XIX, así también los cilicianos, aunque ya desprovistos del apoyo efectivo de Mitrídates desde el final de la primera guerra, pudieron extender sus actividades por todo el Mediterráneo[90]. Su elaborada organización, de la que ya hubo indicios durante la primera guerra mitridática, había alcanzado por esta época un altísimo grado de perfección. Las penalidades que conllevaron las constantes guerras en las que Roma se había implicado habían hecho crecer considerablemente su número, que se estima en esa época en decenas de miles de piratas[91]. Hombres despojados de todo, que «prefirieron la acción al sufrimiento», se unieron a ellos desde todas partes, y especialmente del Este. No cabe duda de que estos refugiados les proporcionaron muchos de sus más audaces líderes, hombres, como los cristianos renegados de época tardía, que conocían las costas más lejanas y que estaban capacitados para conducir ambiciosos asaltos[92]. Al igual que sus sucesores de las costas berberiscas, confinaban a sus cautivos en los polvorines y los encadenaban a sus tareas; tras la caída de Coracesium, los romanos pudieron hacerse con numerosos almacenes navales y grandes cantidades de munición[93]. Se dice que sus barcos piratas llegaron a ser más de mil[94], y que el oro, la plata y la púrpura los adornaban suntuosamente[95]. Fueron abandonando las embarcaciones más ligeras –*hemiolae* y *myoparones*–, que sustituyeron por birremes y

trirremes; navegaban en escuadrones organizados comandados por almirantes (στρατηγοί), rechazaban el nombre de piratas y sublimaban la recaudación obtenida mediante el asalto considerándola un justo pago a sus esfuerzos (μισθὸς στρατιωτικός). Los distintos grupos piráticos de todo el Mediterráneo mantenían estrechas relaciones entre sí, y unos a otros se enviaban dinero y refuerzos siempre que la situación lo requería[96]. El gran conocimiento que tenían del arte de navegar les permitía permanecer en el mar incluso en invierno, y la rapidez de sus naves les servía para poder huir de sus perseguidores[97]. Aunque Cilicia aún seguía siendo su cuartel general[98], los piratas infestaban en esta época toda la costa del Mediterráneo y contaban por doquier con bases fortificadas y torres de vigilancia, pudiendo así desarrollar sus actividades en todas partes[99]. En cualquier momento se hallaban en disposición de prestar su auxilio a todo enemigo de Roma. Ya en el año 81, un escuadrón de cilicianos había ayudado a Sertorio a tomar las islas Pityussae del archipiélago de las Baleares[100]. Una flota ciliciana acordó con Espartaco en el año 70 a. C. el transporte a Sicilia de 2.000 de sus hombres que se disponían a mover una nueva rebelión entre los esclavos de la isla. Los cilicianos, sin embargo, tras recibir el pago, le traicionaron[101]. En el Mar Negro, hubo barcos piratas que permanecieron, tal como hemos visto, con Mitrídates tras la derrota de su armada en el Egeo, y los mismos cilicianos integraron la mayor parte de su guarnición en Sinope. Antes de rendirse, incendiaron la ciudad y escaparon durante la noche; Lúculo, no obstante, logró dar caza a 8.000 de ellos[102]. Los cilicianos que fueron ajusticiados por Metello en Creta probablemente habrían llegado hasta allí como aliados de los cretenses[103].

Ya hemos aludido al dominio que le fue confiado al pretor Antonio en el año 74[104]. Este era el hijo de Marco Antonio el orador,

que había estado al mando de la campaña contra los cilicianos en el 102 a. C., y el padre del triunviro. Plutarco lo describe como un hombre tan generoso como débil[105]; otras fuentes nos lo presentan como un verdadero incapaz rodeado de amigos aún menos valiosos que él[106]. Su desempeño del cargo es importante en tanto que anticipa en gran parte al de su sucesor Pompeyo, a quien le sería otorgado contra la opinión del senado. A causa de las intrigas de Cotta y Cetego, Antonio recibiría el mando supremo de la totalidad de las fuerzas navales de Roma en el Mediterráneo. Como señala Velleius, tal concentración de poder contaba, por tratarse de un Antonio, con la aprobación de Roma[107]. En cualquier caso, desde el momento en que la flota romana empezó a ser utilizada contra Mitrídates, fue su cometido reclutar de entre los habitantes de las provincias a las tripulaciones de las naves, una forma de extorsión de la que tanto él como sus oficiales obtuvieron gran provecho[108]. De hecho, es más lo que sabemos de sus extorsiones, durante el primer año de su ostentación del cargo, que de sus operaciones militares. Salustio se refiere en dos pasajes distintos a las operaciones por él llevadas a cabo en las costas de Liguria e Hispania, cuyo éxito fue, cuando menos, dudoso[109]. Un tercer fragmento, que probablemente se refiera a Antonio, relata la destrucción de una cohorte que viajaba a bordo de dos *myoparones* piratas[110]. Su mayor logro, no obstante, fue la invasión de Creta en el año 72, hazaña que le valió el burlesco título de *Creticus*.

No resulta fácil dilucidar la función desempeñada por los cretenses en el mundo de la piratería de esta época. Plutarco afirma que la isla era, después de la Cilicia[111], el más importante núcleo de la piratería, y, en el pasado, el historial de Creta no había sido mejor. De este siglo, no obstante, no contamos con demasiados testimonios. Resulta difícil pensar que los corsarios cilicianos

del «mar dorado» no utilizaran los puertos cretenses o que los mismos cretenses, por sí mismos se hubieran abstenido de toda acción ocasional de piratería. No en vano, las gentes de Creta, según Estrabón, habrían sufrido en su propia carne a los cilicianos[112], y, durante la primera guerra mitridática, es indudable que Lúculo, habiéndose detenido en Creta de camino a Cirene, fue capaz de zanjar ciertos asuntos en la isla con resultados muy satisfactorios para Roma[113]. Sabemos también que se acusó a los romanos de haber iniciado la guerra cretense por puro afán conquistador, y no por haber recibido provocación alguna[114]. En general, parece bastante probable que las ciudades de Creta, si bien, oficialmente, no toleraran la piratería, nada hicieran, por otra parte, para evitar que esta se practicara en sus costas, ya se tratara de piratas extranjeros o de sus propios ciudadanos. Se les acusó entonces de favorecer la causa de Mitrídates. Y no hay duda de que mantuvieron negociaciones con él[115] y le proporcionaron mercenarios, algo esto último en absoluto discordante con las costumbres de los cretenses. Antonio añadió a estas acusaciones la de su apoyo a la piratería y el auxilio que abiertamente les proporcionaban cuando se les perseguía[116]. Estas acusaciones formuladas por Roma recibieron una respuesta desafiante, y Antonio se dispuso entonces a someter la isla. Poco sabemos de la propia expedición[117], salvo que fue un absoluto desastre. Los mismos grilletes que Antonio había llevado en sus naves fueron utilizados por los victoriosos cretenses para encadenar a los prisioneros romanos[118]. Entre los cautivos se hallaba Antonio el cuestor[119], y el propio Antonio se vería obligado a firmar una vergonzosa paz antes de su muerte (año 71 antes de Cristo)[120].

La historia posterior de la guerra cretense queda desde este momento fuera de nuestra materia de interés. La paz firmada por Antonio fue soslayada por el gobierno romano, que dirigió

inútiles demandas a los cretenses (la entrega de los cautivos y de los líderes cretenses, así como de la totalidad de las naves piratas y 300 rehenes además del pago de una suma de 4.000 talentos de plata). Cuando los cretenses las rechazaron, el general romano Metello recibió órdenes de atacar la isla. Este actuó con eficacia, pero también con la mayor brutalidad.

En el transcurso de estos años, los ataques depredatorios que sufrió toda la costa mediterránea fueron algunos de los más terribles de toda su historia. Islas y ciudades enteras del litoral quedaron desiertas. Se dice que cuatrocientas ciudades, tanto fortificadas como no fortificadas, fueron saqueadas. Las ciudades fortificadas sucumbieron al asalto y la mina, algunas, incluso, a auténticos asedios. Hasta tal punto era grande la impunidad del pirata que, sin temor a ningún contratiempo, podía campar a sus anchas por toda la costa y extender sus asaltos al interior. Todas las provincias costeras dejaron de ser cultivadas, e incluso los mismos romanos se vieron privados del uso de la Via Apia. No tenemos más noticias de estos rápidos desembarcos y apresuradas huidas; los piratas permanecían con descaro en la costa para disponer allí de sus cautivos; por las ciudades, al igual que por los individuos, se exigían rescates a cambio de su liberación. Su arma más poderosa era el terrorismo. Quienes se sometían a ellos recibían un trato más blando, pero quienes ofrecían resistencia o intentaban engañarlos podían sufrir las más terribles represalias[121].

Cicerón nos ha dejado una plástica descripción de las actividades de los piratas de Sicilia durante el gobierno de Verres, si bien hemos de dejar algún margen a la exageración retórica y recordar que no todos los gobernadores fueron como Verres. No obstante, el relato nos ilustra no sólo sobre la audacia de los piratas, sino sobre todo el sistema de protección de los estados

sometidos que los romanos utilizaron, sistema que ofrecía cuantas facilidades para la extorsión pudiera desear un gobernador corrupto[122].

Anteriores pretores habían reclutado naves y un número determinado de tropas y marineros destinados a la protección de las costas. Verres llegó a un acuerdo con la ciudad de los mamertinos, que le era favorable y que se había comprometido mediante un tratado a proporcionarle un birreme que le sirviera en lugar de un barco mercante para custodiar el transporte de sus mercancías robadas hasta Italia, habiendo sido ya antes requisados los materiales necesarios para su construcción en Rhegium. En cada una de las provincias era normal en las ciudades la entrega de una suma establecida destinada al pago y al mantenimiento de las tripulaciones[123], siendo el dinero confiado a sus propios *nauarchos*, que estaban obligados a rendir cuentas de los gastos. Verres, por el contrario, exigía que el dinero le fuera entregado a él mismo; recaudaba sumas adicionales en las ciudades que las eximían del envío de sus hombres a las tripulaciones y permitían a los individuos la compra de su impunidad. Todo esto ocurría ante la inminencia del ataque de los piratas y de forma tan evidente que los piratas mismos podían estar al tanto de lo que ocurría y actuar en consecuencia.

Dos encuentros se produjeron. En el primero de ellos, sus oficiales, al mando de diez naves a media tripulación, «se encontraron» con un barco pirata que transportaba tan cuantioso botín que se hallaba a punto de zozobrar y lo remolcaron hasta Siracusa. Los viejos e inútiles que iban a bordo fueron tratados como enemigos, mientras que los jóvenes capaces fueron entregados al hijo de Verres como séquito o enviados como obsequio a los amigos de Roma. Desconocemos qué ocurrió con el capitán, a pesar de que el pueblo de Siracusa aguardó con impaciencia

el deleite de asistir a su pública ejecución. Los restantes fueron ajusticiados de tanto en tanto; a aquellos que él mismo había retenido, Verres los cambió por algunos ciudadanos romanos a los que acusó de ser sertorianos; otros, que también habían sido capturados por los piratas, fueron acusados por él de haberse unido a ellos por su propia voluntad.

El segundo encuentro tuvo consecuencias más graves. Para poder gozar de los favores de Nice con mayor tranquilidad, Verres había dejado el mando del escuadrón siciliano, anteriormente dirigido por su *legatus*, a su esposo, Cleomenes de Siracusa. El escuadrón estaba formado por seis barcos descubiertos y un cuatrirreme que actuaba a modo de buque insignia. Debido a las malversaciones del gobernador, las naves no estaban lo suficientemente tripuladas y los hombres se encontraban a punto de morir de hambre, pero, aun así, Cleomenes se hizo a la mar y tomó posiciones en Pachynus. Mientras el almirante estaba bebiendo en tierra, se le comunicó la presencia de un escuadrón pirata en el vecino puerto de Odyssea, ante lo cual el almirante embarcó apresuradamente, mandó cortar los cables y partió a toda velocidad en dirección a Siracusa, ordenando al resto del escuadrón que le siguiera. Hicieron todo lo posible, pero los piratas consiguieron cortar el paso a los dos últimos barcos. El almirante abandonó su nave en Heloros, y el resto de los capitanes dejó varadas las suyas. Todo el escuadrón fue al final capturado e incendiado por Heracleo, el líder pirata. A la caída de la noche, las llamas de los barcos incendiados alertaron a Siracusa de la presencia de piratas en la costa.

Cuando estas noticias llegaron a Siracusa, estuvo a punto de estallar una rebelión contra el gobernador, que sólo se salvó por la templanza de sus propios ciudadanos y por la presencia de ánimo de los romanos residentes en ella. Estos últimos toma-

ron medidas de inmediato para defenderse del ahora inminente ataque. Los cuatro galeones de Heracleo, tras pasar la noche en Heloros, partieron hacia Siracusa. Visitaron primero el pabellón estival de Verres en la costa, pero, al hallarlo vacío, entraron en el puerto. Navegando a su placer, arrojaron a la orilla las raíces de palma que los hambrientos marineros habían acumulado en los barcos que habían capturado y, finalmente, se marcharon sin hallar contratiempo alguno, «vencidos no por el miedo, sino por el aburrimiento».

Tal es el relato que nos ofrece Cicerón. Fue de algún consuelo para los sicilianos que Lucio Metello, quien sucedió a Verres, lograra derrotar a los piratas tanto en tierra como en el mar y expulsarlos de las aguas sicilianas[124].

La costa itálica no sufría menos las consecuencias de la situación que las provincias. Ya en el año 75 el cónsul Cotta había anunciado que el litoral de Italia se hallaba plagado de enemigos[125]. Se dice que los más perjudicados fueron los pueblos de los alrededores de Brundisium y de las costas de Etruria y Campania[126]. Dos pretores romanos fueron capturados junto con sus lictores y doce fasces[127]. Caieta fue saqueada ante los ojos del mismo pretor, al igual que el templo de Juno Lacinia. También raptaron a nobles matronas romanas por las que pidieron rescate; y entre estas se contó la hija del Antonio que había liderado la primera expedición contra Cilicia, que fue capturada en Misenum[128]. Un escuadrón pirata penetró en el puerto de Ostia y destruyó una flota consular que allí se encontraba[129]. La costa itálica también atrajo a los piratas; tanto por el sustancioso botín que esta prometía como por pura estrategia, pues consideraron que, atacando a los mismísimos romanos, sería mucho más fácil propagar el terror en las provincias[130]. Hay cierta ironía en el trato que dieron a los romanos. Cuando el cautivo exponía su nombre y origen,

ellos fingían alarma y pedían humildemente disculpas, y, para que el error no se repitiera, se le vestía con sus botas y toga y se le permitía amablemente regresar a casa por mar[131]. Por supuesto, el trato dependía en gran medida del tipo de individuo. Conocemos la famosa historia de Julio César, que leía en voz alta sus composiciones de juventud y amenazaba a sus captores con la crucifixión por su desconsiderada conducta. El trato recibido, no obstante, fue de una sorprendente laxitud que César agradeció, después de perseguirlos y darles caza una vez que fue liberado, cortándoles el cuello antes de clavarlos en la cruz. Habían pedido veinte talentos por su rescate, cantidad que César, sin embargo, halló impropia de su persona, siendo él mismo quien propuso pedir cincuenta talentos por su libertad[132].

A pesar de la protección que pudieran ofrecer las flotas de Lúculo, el año 69 parece haber sido especialmente nefasto para el archipiélago griego. A la larga lista de ciudades y templos que fueron saqueados en distintos momentos[133], pueden añadirse en ese mismo año la invasión de Egina[134] y el segundo saqueo de Delos llevado a cabo por el pirata Athenodoro. Todo cuanto pudo hacer el oficial de Lúculo, Triario, fue reparar los daños en la medida de lo posible y proteger la isla de futuros ataques mediante la construcción de una muralla[135]. Las míseras condiciones de las Cícladas en esta época quedan reflejadas en una inscripción de Tenos, que describe una isla en ruinas a causa de los continuos desembarcos de los piratas y abrumada por las deudas[136].

Las aguas se hallaban casi del todo impracticables. Las flotas de Roma no osaban aventurarse más allá de Brundisium salvo en lo más crudo del invierno[137]. El comercio se había paralizado, y la misma Roma sufría la amenaza del hambre[138]. No resulta difícil imaginar cómo las clases altas y el pueblo se aunaron para exigir que el antiguo dominio extraordinario creado para

combatir a los piratas fuera restablecido y puesto en manos del general más capaz posible[139].

Ningún nombre concreto se mencionaba en la propuesta original del tribuno Gabinio[140], pero para nadie pasó desapercibido que se aludía implícitamente a Pompeyo, ni tampoco que este ya aguardaba una oportunidad como la que ahora se le ofrecía. El senado, que antes había dado su aprobación al nombramiento de Antonio, ejerció ahora la más férrea oposición, argumentando que el restablecimiento de tal dominio sería un regreso a la antigua monarquía y augurando que el titular hallaría el mismo destino que los antiguos reyes. Como último recurso, el tribuno Roscius intentó introducir una enmienda según la cual se permitiera que este dominio pudiera ser colegiado, propuesta que no sólo habría sido nefasta para las ambiciones de Pompeyo, sino que también habría dado al traste igualmente con sus estrategias.

Según los términos del nombramiento, a Pompeyo se le otorgó el cargo proconsular por tres años con poder sobre todo el Mediterráneo y sin que entrara en conflicto su autoridad con la de los cónsules ya existentes en el interior hasta una distancia de cincuenta millas desde la costa. A los soberanos clientes y a los estados aliados se les exigió su colaboración. Su séquito estaría formado por quince *legati* de rango senatorial con título de propretores, cuyo número aumentaría más tarde hasta veinticinco[141]. Podría requerir tantos hombres, barcos y talentos como creyera necesarios. De hecho, se dice que llegó a reclutar a 120.000 hombres (veinte legiones) además de cuatro mil jinetes, y que llegó a recaudar 6.000 talentos y reunir 270 barcos comisionados[142].

Resulta evidente que Pompeyo ya habría trazado sus planes antes de recibir el nombramiento. La Ley Gabinia fue aprobada

a principios del año 67, probablemente durante el mes de enero, y, tras dedicar sólo unas semanas a los preparativos necesarios, a comienzos de primavera ya se hallaba en disposición de partir. Después de su nombramiento ya se había producido una bajada de los precios en Roma, pero, no obstante, una de sus primeras medidas fue asegurar el abastecimiento de la capital.

Su plan de campaña seguía una estrategia magistral que sería llevada a la práctica con rotundo éxito hasta en sus más mínimos detalles. Las costas del Mediterráneo y del Mar Negro, junto con el litoral adyacente, fueron divididas en trece dominios, quedando cada uno de ellos bajo el control de un comandante responsable de la defensa costera, la captura de los piratas y la reducción de los fuertes que estos poseían. Los dominios se establecieron de forma que se pudiera aislar a las bandas dispersas de piratas que se encontraban por todo el Mediterráneo, siendo un elemento de crucial importancia dentro del plan la cooperación entre los comandantes de los dominios vecinos. Hasta donde hemos podido saber, la distribución fue la que sigue[143].

En la zona occidental, las aguas hispánicas fueron confiadas a Tiberio Nerón y a Manlio Torquato; encargado el primero de patrullar por el Estrecho y el brazo de mar que se encuentra entre Mauritania y el sur de España mientras que el segundo se establecía de forma permanente en las islas Baleares. Ambos comandantes dominaban así, eficazmente, la totalidad de las aguas que separan Mauritania de España. El golfo Galo y el golfo Ligur se hallaban bajo el control de Marco Pomponio, cuyo campo de operaciones en aguas ligures coincidía en parte con el de Atilio, centrado en Córcega y Cerdeña. Sicilia quedaba en manos de Plotio Varo, así como también toda la zona septentrional de la costa africana desde donde terminaba el dominio de Léntulo Marcellino. Era esta una zona muy vasta, pero su come-

tido consistía, principalmente, en mantener el contacto con otros dominios: al oeste, con Nerón y Torquato; al norte, con Atilio en Cerdeña, con Plotio en Sicilia y, sobre todo, con Varrón en el mar Jónico. Quizá también con Metello en el Levante.

Italia era defendida por dos poderosas flotas dirigidas por los consulares Lucio Gellio (Poplicola) y Gneo Léntulo (Clodiano). El primero, establecido en la costa occidental, cubría todo el Mar Toscano; el otro, en la zona oriental, a cargo del Adriático y, es de suponer, también de la peligrosa costa de Iliria[144]. Uno de los más importantes dominios era el de Terencio Varrón, que se extendía por toda la costa de Epiro, desde la entrada del golfo de Corinto hasta el estrecho de Otranto, siendo este el encargado de vigilar las aguas entre Sicilia y las Cícladas[145]. Uno de sus cometidos consistía en cerrar el estrecho de Otranto manteniendo patrullas que circularan entre Hydruntum y Apollonia[146]. Más al sur, sus patrullas, en permanente contacto con las fuerzas de Léntulo Marcellino en Cirenaica, podían resultar una eficaz barrera entre las dos mitades, este y oeste, del Mediterráneo. La protección de las orillas del Peloponeso fue confiada a su colega Lucio (Cornelio) Sisenna[147], cuyo dominio incluía las costas occidentales del Egeo y Macedonia. El archipiélago griego y el Egeo hasta el Helesponto fueron confiados a Lucio Lollio, y es de suponer que este fue también el responsable de la vigilancia de la línea costera egea de Tracia al este de la frontera macedonia, así como de la costa occidental de Asia Menor, que Florus asigna a un desconocido Cepión[148]. Propontis y Euxino quedaron bajo el control de Piso, a cuyas órdenes, si tiene algún fundamento el testimonio de Floro M. Porcio Catón comandó un escuadrón en Propontis. Finalmente, la costa meridional de Asia Menor fue confiada a Metello Nepos, cuyo dominio, tal como nos lo describe Apiano, incluía Licia, Pamphylia, Chipre y Fenicia. La omisión

de Cilicia no es insignificante. No hubo posibilidad alguna de que Metello intentara reducir la Cilicia hasta que el resto del Mediterráneo no estuvo liberado y el propio comandante en jefe pudo llegar hasta las aguas cilicianas. Era misión de Metello vigilar el Levante y capturar a los piratas cuando estos iban y venían de su retiro en los fuertes cilicianos.

Los *legati* iban a dirigir ataques simultáneos contra cada uno de los puntos fuertes y anclajes de los piratas en todo el Mediterráneo, trazando así un cordón que aislara a cada uno de los grupos. Las acciones concertadas de esta índole permitían frustrar sus conocidas tácticas para enviar refuerzos a los hermanos de otras comunidades piráticas que se hallaran en peligro. Los piratas de Cicilia fueron, así, eficazmente bloqueados por Metello, y, aun en el caso de que alguno de ellos lograra escapar, se encontraría sin remedio con las patrullas de Varrón al intentar huir hacia el oeste[149]. El propio Pompeyo comandó un ejército itinerante de sesenta naves que primero recorrió las aguas occidentales logrando llevar a los piratas hasta los ejércitos estables que ya habían sido reunidos o, si estos huían hacia el este, obligándolos a encontrarse con los escuadrones de Varrón y Metello.

Los piratas fueron sorprendidos gracias a la rapidez de los movimientos de los romanos, cuyas operaciones comenzaron en la estación más temprana posible. Alarmados, huyeron a los promontorios y anclajes donde acostumbraban a refugiarse, y allí fueron derrotados por los *legati* según el plan preconcebido. De esta manera, Pompeyo logró liberar la zona occidental en tan sólo cuarenta días. Tenemos noticias de su presencia en Sicilia, África y Cerdeña, y es probable que visitara también la costa gala, donde el cónsul Piso, nuevo gobernador de la Galia Narbonense, había puesto en dificultades a su oficial Pomponio. El enfrentamiento entre Piso y Pompeyo había llegado hasta

el punto de que aquel intentara obstaculizar a su subordinado el reclutamiento de tropas. Pompeyo regresó, pasados cuarenta días, a través de Etruria, a Roma, donde la actitud del cónsul requería su presencia. Sin embargo, habiendo obtenido a través de su agente Gabinio garantías de su buen comportamiento, partió de nuevo de Brundisium.

Poco es lo que sabemos acerca de sus movimientos en el Este. Tenemos noticias suyas en Atenas, donde fue recibido con falsos y excesivos honores, y en Rodas. Es probable que ambas visitas se debieran al propósito de reunir fuerzas en los estados aliados, pues dispuso previamente un encuentro en el Pireo y en Rodas.

Por esta época, la única causa de los piratas era la desesperación. Incluso antes de que Pompeyo llegara al Este, muchos de ellos se habían rendido ya. No en escasa medida su éxito se debió a la moderación mostrada con los cautivos, lo que hizo que los hombres liberados indujeran a muchos de sus compañeros a rendirse al informarles del trato recibido. Los más desesperados, no obstante, dejaron familia y tesoros en los fuertes del Tauro y se prepararon para la resistencia.

Esta última tarea parecía la más ardua de toda la campaña, y Pompeyo la preparó cuidadosamente. Antes de emprender el ataque final contra los fuertes de la costa ciliciana, formó un grupo de asedio y un ejército bien provisto para toda clase de combates. Los piratas advirtieron que su situación era desesperada. Cuando presentaron batalla en Coracesium, cayeron del todo derrotados y quedaron atrapados en los fuertes, a los que se tendió asedio. Pronto se entregaron a la merced de los invasores, gesto que secundaría el resto de los piratas de toda la Cilicia[150]. Pompeyo no traicionó la confianza que ellos en él depositaron. Uno de sus mayores méritos fue precisamente diagnosticar las

causas de la piratería y atribuirlas con acierto a las miserias de la época, lo que le permitió tomar las más eficaces medidas posibles para evitar que el fenómeno se reprodujera. Muchos de los piratas supervivientes se asentaron en las provincias que él gobernaba, donde caer en la tentación de reincidir en los viejos hábitos no era posible[151], y donde aquellos hombres a los que la miseria les había llevado a la piratería pudieron reiniciar su vida. Tigranes había despoblado las ciudades de Cilicia Pedias, y Pompeyo asentó en ellas a muchos de sus cautivos, especialmente en Mallos, Adana, Epiphaneia y Soli, a la que se dio el nuevo nombre de Pompeiopolis. Otros se establecieron en la Dyme de Acaya[152], y resulta hermoso pensar que el anciano de Corycos al que Virgilio conoció en Calabria fuera un pirata reformado que se dedicó en su vejez a la apicultura[153].

La moderación mostrada por Pompeyo tuvo resultados sorprendentes. Durante la guerra con Creta, que por entonces llegaba a su fin, Metello había tratado la isla con la mayor brutalidad. Las ciudades a las que aquel aún tendía asedio mandaron aviso a Pompeyo, que en aquel momento se hallaba en Pamphylia, y fue a él a quien se rindieron. Pompeyo, que hasta entonces había evitado inmiscuirse en la órbita de las operaciones de Metello, aceptó la rendición y envió a uno de sus oficiales a la isla con órdenes de proteger a los cretenses. Viéndose ignorado, Octavio se reunió con Sisenna, el oficial de Pompeyo en Grecia, y tras la muerte de su colega se enfrentó con su ejército a Metello. No fue poco consuelo para Pompeyo, tras el rechazo sufrido, poder convencer a uno de los tribunos de Roma de la necesidad de obligar a Metello a dejar a Lasthenes y Panares, líderes cretenses, los territorios que sólo a él habían accedido a entregarle[154].

APÉNDICE E (Capítulo VI, p. 179)
La llamada *Lex Gabinia* de Delfos

E. Cuq (*C. R. Ac. Inscr.*, 1923, pp. 129 *et seq.*) intentó demostrar que la ley grabada en el monumento de Emilio Paulo en Delfos, cuyo texto completo fue publicado por primera vez en *Klio*, XVII, p. 171, es la famosa *Lex Gabinia* del año 67 a. C. Desgraciadamente, el editor de esta inscripción en *Suppl. Ep. Gr.* (I, nº 161) adopta la misma opinión. Y es necesario precisar que si, en efecto, fuera ésta la *Lex Gabinia*, poco aportaría a nuestro conocimiento de sus más importantes disposiciones; pues la creación del *imperium infinitum* y los poderes que habrían de ser otorgados a quien lo ostentara, según Cuq, se incluirían en la primera de las secciones perdidas. Resulta sorprendente, no obstante, como señala Levi (*Rivista de Filologia*, 1924, pp. 80 *et seq.*), concluir que la Ley Gabinia fuera una *lex satura*, tal como la índole de la inscripción de Delfos parece demostrar. Cuq acierta sin duda al advertir que el consulado de C. Marius y L. Valerius (año 100 a. C.) mencionado en la inscripción no puede ser aceptado como la fecha real de la redacción de la ley, que, lógicamente, aparecería en el preámbulo perdido. Sin embargo, un examen de la cronología de la campaña de Pompeyo contra los piratas sería suficiente para demostrar que esta no es la *Lex Gabinia*. El principal argumento de Cuq para la datación de esta ley en el año 67 a. C. se basa en el capítulo sexto, que contiene instrucciones para que el senado conceda audiencias a los embajadores rodios, ἐκτὸς τῆς συντάξεως. Esta disposición implicaría, según su punto de vista, una anterior *Lex Gabinia de Senatu Legatis dando* del mismo año que prohibiera la concesión de audiencias a los embajadores de estados extranjeros después del primer día

de marzo. Sin embargo, desde que la colaboración de los rodios se hiciera del todo necesaria para los planes de Pompeyo, habría sido necesario hacer una excepción en favor de los embajadores rodios, que habrían llegado con posterioridad. Esta ley, por tanto, habría de ser así posterior al primer día de marzo del año 67. Esto situaría la campaña de Pompeyo en el año 66. «Pompée fit ses preparatifs à la fin de l'hiver et entra en campagne au début du printemps 66» (*op. cit.*, p. 142. Cfr. Cicerón, *de Imp. Cn. Pomp.*, 35: «extrema hieme apparavit, ineunte vere suscepit, media aestate confecit»). Lo que modifica por completo la cronología tradicional. Según la demostración de Cuq, Gabinio habría sido elegido tribuno en julio del año 68 y habría comenzado a ejercer el cargo el décimo día de diciembre del mismo. El término de sus funciones llegaría, por tanto, en diciembre del 67. Sabemos, no obstante, que la campaña de Pompeyo se desarrolló en la época en que Gabinio era tribuno y Piso cónsul (67 a. C). Tras el término de las operaciones en la zona occidental, Pompeyo hubo de visitar Roma obligado por las maquinaciones de Piso, que aún era cónsul por entonces, ὅθεν ὁ Πείσων ἐκινδύνεσε τὴν ὑπάτειαν ἀφαιρεθῆναι, Γαβινίου νόμον ἔχοντος ἤδη συγγεγραμμένον. Ἀλλά καὶ τοῦτο διεκώλυσεν ὁ Πομπήιος. (Plutarco, *Pomp.*, 27).

Todo el contenido de la inscripción apunta a la fecha temprana del año 100 a. C. Una parte esencial del texto son las disposiciones que establecen que el cónsul envíe órdenes de evitar que los piratas usen sus puertos a los soberanos de la isla de Chipre, de Alejandría y Egipto y de Cirene, así como también a los reyes de Siria, οἷς πᾶσι] φιλία καὶ συμμαχία ἔ[στι. Esto implicaría una fecha en la que aún perviviera en Siria la monarquía dual, cuando Chipre y Egipto eran reinos independientes y cuando aún había un monarca en Cirene, con el que se podía decir que existía φιλία καὶ συμμαχία. El único período en el que concurren todas

estas circunstancias después del año 100 a. C. (el *terminus post* de la inscripción) se da entre los años 100 y 96 a. C.

El caso de Cirene es crucial. Tras la muerte de Ptolomeo VII de Egipto en el año 116 a. C., subió al trono Ptolomeo Apión, que reinó hasta el año 96 y que, a su muerte, legó Cirene a los romanos (Salustio, *fr.*, II, 43; Tácito, *Ann.*, XIV, 18; Justiniano, XXXIX, 5; Apiano, *Mithr.*, 121). Al llegar a este punto, estaríamos obligados a pensar que Cirene estaba gobernada por un rey en el año 67. (Cfr. *Suppl. Ep.*: «Cyrenam a. 67 nondum in provinciae statum redactam esse ex hac lege apparet»). Es cierto que Pompeyo reivindicó el haber reducido la Cirenaica (Diod. Sic., XL, 4), pero cierto pasaje de Salustio (II, 43, Maurenbrecher) muestra que esta ya se consideraba una provincia romana en el año 75: «P(ublius) que Lentulus Marcel<inus> eodem auctore quaest<or> in novam provinci<am> Curenas missus est, q<uod> ea mortui regis Apio<nis> testamento nobis d<ata> prudentiore quam <illas> per gentis et minus g<lor>iae avidi imperio co<nti>nenda fuit. Praetere<a div>ersorum ordin<um>». Como ya ha señalado Levi (*op. cit.*, p. 85), el trabajo de Maurenbrecher sobre el palimpsesto Aureliano, del que hemos tomado este fragmento, demuestra con claridad que el hecho en cuestión fue ya relatado por Salustio en el año 75. El palimpsesto contiene cinco fragmentos, tres de los cuales se refieren sin lugar a dudas a ese año. Es cierto que el manuscrito se nos presenta dividido en dos partes, pero es del todo seguro que el fragmento que se refiere a Cirene (II, 43) pertenece al año 67, dado que fue hallado en la parte en la que se alude a la candidatura de Metello (Creticus) a la pretoría. Metello era cónsul en el año 69 a. C. Un examen apropiado de estos pasajes de Salustio podría haber ahorrado a Cuq su afirmación de que el P. Léntulo Marcellino del texto de Salustio era el legado de Pompeyo. Lo fue, probablemente,

Gneo Léntulo Marcellino (Dittenberger, *Sylloge*, 750), y podemos suponer que Pompeyo le otorgó el dominio de la provincia Cirenaica por la relación de su familia con ella. No había por tanto, un monarca en el trono de Cirene en el año 75 a. C., y, por la información de la que disponemos, parece que no lo hubo desde la muerte de Apión. Los romanos, en un primer momento, se demoraron en la toma de posesión de la herencia recibida (cfr. Livio, *Ep.*, LXX: «Ptolemaeus, rex Cyrenarum cui cognomentum Apioni fuit, mortuus haeredem populum Romanum reliquit, et eius regni civitates senatus liberas esse iussit»), lo que provocó que la región quedara en la anarquía. Durante la primera guerra mitridática, Lúculo había encontrado a los cirenaicos ἐκ τυραννίδων συνεχῶν καὶ πολέμων ταρατομένους (Plutarco, *Lucullus*, 2). Más datos acerca de los πύραννοι encontramos en Plutarco y Polieno (Plutarco, *de Virt. Mul.*, p. 255; Polieno, VIII, 38). Resulta, por tanto, imposible pensar que hubiera ningún rey en el trono de Cirene en el año 67 a. C., cuando puede decirse que Roma mantenía con ella entonces lazos de alianza y amistad.

Las circunstancias políticas de Chipre, Egipto y Siria entre los años 100-96 concuerdan por completo con las que nos describe la inscripción. Chipre estaba entonces gobernada por Ptolomeo Lathyro; Egipto, por Ptolomeo Alejandro (Niese, III, p. 310). Los βασιλεῖς οἱ ἐν Συρίαι βασιλεύοντες son los hermanastros Antíoco Grypo y Antíoco Cyziceno (Niese, III, p. 309). Es cierto, como ha señalado Cary (*Classical Review*, XXXVIII, p. 60), que Cicerón alude a los *reges Syriae* poco antes del año 70 a. C. (*Verres*, II, 4, 61), pero el argumento que Cary ofrece acerca de cómo la soberanía de Siria habría sido delegada de nuevo apenas tiene fundamento. Por esa época, Siria estaba en manos de Tigranes, y los *reges Syriae*, como los nombra Cicerón, no aluden más que a los legítimos príncipes de Siria, miembros de la familia real. Tras

la derrota de Tigranes sólo tenemos noticia de otro gobernante, Antíoco III el Asiático (Apiano, *Syr.*, 49, 70; Justiniano, XL, 2, 3).

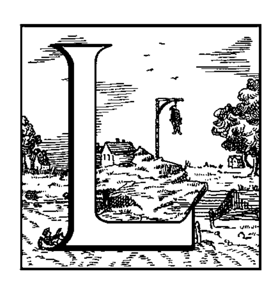
Cary llama también la atención sobre el hecho de que en la frase πολῖται Ῥωμαίων σ[ύμμαχοί] τε ἐκ πῆς Ιταλίας Λατῖνοι, la omisión de cualquier referencia a los *Socii Italici*, cuyos intereses se hallaban tan estrechamente relacionados con medidas de esta índole orientadas a la seguridad de las aguas, nos sitúa ante una fecha posterior a la guerra social. Sin embargo, es difícil que la frase σύμμαχοι ἐκ τῆς Ιταλίας Λατῖνοι sea de época posterior al año 89 a. C. Según Levi, en cualquier caso, esta implicaría la existencia de una confederación itálica (*op. cit.*, p. 85).

No hay ninguna razón para creer que una ley de este tipo, que no prescribe más que el cierre de los puertos a los piratas, pudiera guardar relación con ninguna de las expediciones que los romanos dirigieron contra ellos. Este es el error de Cuq cuando, tras un proceso de agotamiento, llegaba a la conclusión de hallarse ante la Ley Gabinia. Argumentar, como él hace, que ese tipo de disposiciones contempladas en la ley eran innecesarias en los años que siguieron a la expedición de Antonio en el 102 a. C. (p. 131), implicaría que Antonio logró con absoluto éxito la erradicación de la piratería, lo que no fue así. Dicha ley constituye, simplemente, una medida política de carácter general con el propósito de completar las primeras acciones contra los piratas emprendidas por los romanos.

CAPÍTULO VII

EL IMPERIO

«Pecatum volitant per mare navitae».



A rapidez y el rigor con los que Pompeyo logró reducir a los piratas impresionaron grandemente a sus contemporáneos. También hallamos indicios de que intentó en algún momento dar a su labor una eficacia duradera con la armada de una flota de carácter permanente dedicada a la vigilancia de las aguas. Antes de partir hacia el Este había dejado instrucciones de que los estados marítimos continuaran aportando sus contingentes de embarcaciones, y, tras su regreso a Roma, fue idea suya también el establecimiento de patrullas permanentes en las aguas itálicas[1]. Sin embargo, desafortunadamente, mantuvo el antiguo sistema de dependencia de estados extranjeros para la provisión y mantenimiento de los barcos de guerra[2], situación cuya insuficiencia y peligros veremos ilustrados a continuación. Uno de los cargos presentados contra Flaccus, gobernador de Asia en el año 62, fue el de haber abusado de los poderes que se le habían concedido para extorsionar a los habitantes de las provincias bajo pretexto de la necesidad del mantenimiento de la flota. Aunque no había ninguna duda de que la flota hubiera estado en activo, en la defensa de Cicerón pesó al respecto el

hecho de que su propio hermano, que había sucedido a Flaccus en Asia, hubiera creído innecesario el mantenimiento de un escuadrón permanente[3]. No obstante, Cicerón no tuvo dificultades para glosar minuciosamente las extorsiones de Flaccus y justificar la política de Pompeyo en lo que a la necesidad del mantenimiento de esta flota se refería. Pudo utilizar en su favor nuevas acciones de piratería, y, en particular, el asesinato de un distinguido ciudadano de Adramyttium que se había producido recientemente[4]. El gran problema estuvo, por tanto, en un sistema romano absolutamente dependiente de los barcos de las provincias y en una clase gobernante deshonesta. Sin una flota de carácter permanente, los riesgos de ocasionales resurgimientos de la piratería aún tendrían que haber sido considerados. Sabemos que en la costa de Siria se desarrollaban importantes actividades piráticas[5] y que, a pesar de las medidas adoptadas por Pompeyo para evitar que los piratas cilicianos sucumbieran a la tentación de volver a sus viejos hábitos, no hay duda de que se produjeron retrocesos. César alude a los piratas y salteadores de Cilicia, Siria y las provincias vecinas que servían en el ejército de Achillas en Alejandría[6], y no es descabellado suponer que el pueblo de Dyme, que según Cicerón había sido expulsado de su territorio y plagaba los mares hacia el año 44 antes de Cristo[7], estuviera relacionado con la colonia de cilicianos que Pompeyo había establecido allí unos veinte años atrás.

La conducta del pueblo de Dyme puede ser considerada como paradigma de lo que estaba ocurriendo en el Mediterráneo durante las guerras civiles, cuando la piratería volvió a cobrar importancia y encontró un nuevo lugar de reunión en los variopintos ejércitos armados por Sexto Pompeyo. Tras huir de Corduba en el año 45 a. C., Sexto había vivido del asalto en Hispania[8], y Apiano atestigua que ya practicaba la piratería en el mar antes

de la muerte de Julio César[9]. Las naves con las que contaba, no obstante, no pudieron ser demasiado numerosas hasta que no fue nombrado comandante de la armada romana en el año 43[10]. Dio Cassius confirma, además, que se abstuvo de toda acción de piratería incluso después de ser condenado junto a los asesinos de Julio César, hasta que no fue proscrito por el triunvirato[11]. Su flota se convirtió entonces no sólo en un refugio para todos los proscritos, sino también para muchos otros elementos descontentos; en sus ejércitos se alistaron esclavos y piratas llegados de todas partes[12]. A pesar de que el año anterior se había adueñado de Sicilia y sus barcos estaban tripulados por los más hábiles marinos[13], Sexto parece haber sido capaz de bien poco para obstaculizar el paso de Antonio y Octavio a Grecia en el año 42[14], y la eficaz labor de cortar sus comunicaciones se debió por entero a los almirantes senatoriales regulares Murcus y Ahenobarbus[15]. Tanto entonces como después de la campaña de Philippi, cuando sus ejércitos crecieron con la incorporación del escuadrón comandado por Murcus[16], Sexto parece haber actuado sin seguir ningún plan general de campaña, siendo sus tácticas no muy diferentes de las utilizadas por los piratas cilicianos en época temprana. Resulta bastante probable que sus almirantes fueran antiguos piratas que hubieran pertenecido a los cilicianos antes de su rendición. De los más hábiles, Menas y Menecrates, cuyos nombres apuntan a un origen anatolio, se dice que fueron libertos de su padre[17], y podrían haber sido esclavizados durante la guerra del 67 a. C. Así pues, comenzando por el propio Augusto[18], nuestras fuentes son unánimes al considerar la guerra contra Sexto como una guerra contra la piratería[19], idea que se corresponde con gran exactitud con la opinión de sus contemporáneos en un momento en el que todas las costas de Italia sufrían estos asaltos y el hambre amenazaba a la propia Roma al igual

que en los tiempos de los cilicianos[20]. Octavio advirtió desde un principio que la paz no sería posible con Sexto. Aunque se vio obligado por el descontento del pueblo a suscribir el acuerdo de Misenum en el año 38 antes de Cristo[21], la realidad demostraba que en tanto los ejércitos de Sexto mantuvieran su carácter sería del todo imposible la seguridad de las aguas. Según los términos del acuerdo, Sexto quedaba a cargo de la vigilancia del mar[22], pero resultaba evidente, que, incluso aunque esa hubiera sido su verdadera disposición, era del todo incapaz de poner freno a las acciones piráticas que sus propios seguidores solían emprender. Pudo haber sido invención del propio Octavio que los piratas capturados confesaran bajo tortura que habían sido instigados por Sexto[23]; pero, en cualquier caso, era obvio que no podría mantener unido su ejército si realizaba cualquier tentativa de frenar sus actividades depredatorias.

No fue hasta el fin de la guerra contra Sexto cuando Octavio pudo centrar su atención en las costas orientales del Adriático, donde la piratería aún era floreciente y los conflictos entre las tribus bárbaras del interior requerían una actuación vigorosa. A pesar de que Julio César, mientras fue gobernador de la Galia, tuvo también el dominio de la provincia de Iliria, no dedicó demasiada atención a esta última y ni siquiera llegó a visitarla más que en dos ocasiones[24]. Su segunda visita estuvo motivada por la necesidad de proteger a los rehenes de los *pirustae*, una tribu de Panonia que había realizado algunas incursiones en la provincia romana[25]. Una invasión de mayores consecuencias se produjo en el año 51, cuando el territorio de Tergeste fue ocupado por bárbaros, probablemente los yapigios[26], una tribu que, al menos oficialmente, había sido reducida en el año 129, pero que se había sublevado no mucho después[27]. Asimismo, los dálmatas, que habían entrado en guerra con Roma en el año 78 antes

de Cristo[28], se unieron a otras tribus ilíricas poco después del estallido de la guerra civil para atacar la provincia de los *liburni*, donde tomaron la ciudad de Promona. El ejército que César envió para auxiliar a los *liburni* fue totalmente aniquilado, y, poco después de Farsalia, Gabinio sufrió una derrota de no menores consecuencias. Un pequeño destacamento de tropas de César ya estaba a cargo de la defensa de lo que quedaba de la provincia romana bajo el mando de Cornificio, que había cosechado algún éxito al reducir cierto número de fuertes en las montañas e incluso derrotado a un escuadrón de naves de Pompeyo comandado por Octavio. Gabinio, sin embargo, que había sido enviado con quince cohortes de refuerzo ante los nuevos peligros que implicaba la huida de muchos de los refugiados de Pompeyo en Iliria, cayó en manos de un ejército dálmata cerca de Salona y sufrió una estrepitosa derrota[29].

Es evidente que, como resultado de todas estas victorias, el poder de los dálmatas se habría fortalecido enormemente[30], viéndose la autoridad romana en la provincia prácticamente restringida a los asentamientos del litoral[31]. Las regiones costeras e islas se vieron envueltas en los disturbios de la guerra civil. Que dicho conflicto vino acompañado de gravísimos estallidos de la piratería lo demuestra el hecho de que Octavio llegara a verse obligado a despoblar las islas de Melita y Corcyra Nigra por la conducta de sus habitantes. A los piratas de Liburnia se les arrebataron sus barcos por esa misma época[32].

Resulta innecesario examinar con detalle la larga lista de guerras contra las tribus de la costa de Iliria que se sucedieron casi ininterrumpidamente desde el estallido de la guerra civil hasta la batalla de Actium[33]. Las campañas dirigidas por Julio César y, mas tarde, por Octavio tuvieron el mismo propósito de servir de preliminar a un plan de conquista mucho más amplio

que tuvo como objetivo la rectificación y ampliación de toda la frontera septentrional del imperio. El propio Octavio fue incapaz de prestar su atención a esta tarea hasta después de la derrota de Sexto, y sus primeras conquistas en la costa de Iliria y en los Alpes[34] se vieron de nuevo interrumpidas por la guerra contra Antonio. Resulta evidente, no obstante, que la pacificación de la costa de Iliria fue lograda por la época de la batalla de Actium y que, aunque los conflictos se reprodujeron en la provincia con la sublevación de panonios y dálmatas, los principales obstáculos que impedían la paz habían sido eliminados mediante el desarme de las tribus del interior y la expansión paulatina de la civilización desde los centros mercantiles del litoral[35].

Pero otra provincia requiere ahora nuestra atención. Los piratas de la costa ciliciana aún representaban cierto peligro. Por esta razón, Augusto, tras la muerte de Amyntas de Galatia en el año 25 a. C., dejó la mayor parte de la costa de la Cilicia Trachea en manos de Arquelao de Capadocia, que estableció su residencia en Elaeussa. Estrabón afirma que lo que motivó dicho acuerdo fue la pervivencia de piratas y salteadores en toda la provincia[36]. Al mismo tiempo, la reducción de las tribus salteadoras del Tauro septentrional fue retomada con gran vigor. Amyntas ya había logrado algunos progresos con el sometimiento de Antípater de Derbe y Larende, pero murió durante una expedición dirigida contra los homanades[37]. La reducción de esta tribu fue lograda, finalmente, tras la guerra de los años 10-7 antes de Cristo[38].

La insurrección de los *cietae* cilicianos en el año 36 después de Cristo y, más tarde, en el año 52[39], pone de manifiesto que el interior de la Trachea aún estaba lejos de la pacificación y que, tal como hemos visto, toda esta región de la sierra del Tauro constituía un foco de posibles resurgimientos de la piratería. Su cara norte estaba protegida por un conjunto organizado de co-

lonias militares, con base en la Antioquía pisidia, que Augusto había establecido en el año 6 a. C. y servía para localizar cualquier conflicto que pudiera surgir. No tenemos más noticias de la piratería en la costa. No hay duda de que las medidas de vigilancia adoptadas por Arquelao y quienes le sucedieron[40] fueron suficientes para acabar con los salteadores a pequeña escala. Tras ellas, estaba la fuerza de las entonces ya completamente organizadas flotas del Mediterráneo.

Fue con la creación de las flotas de carácter permanente, ya en época de los emperadores, en Misenum y Rávena, y con los escuadrones de refuerzo en Egipto, Siria y la Cirenaica[41], cuando todo el Mediterráneo, por primera vez en su historia, estuvo adecuadamente vigilado y protegido, y los habitantes de sus costas al fin se vieron libres de sus asaltantes. Con la reducción de las comunidades piráticas, la mejora de las formas de gobierno de las provincias y el establecimiento de una vigilancia marítima bien organizada, la piratería casi llegó a desaparecer en el Mediterráneo durante los dos primeros siglos de nuestra era. Sabemos, no obstante, de un rebrote que se produjo en Palestina durante la guerra hebrea, pero este no fue, como hemos visto, más que un simple esfuerzo desesperado de refugiados inexpertos que pronto se extinguió[42]. El Pseudo-Nerón que, en el año 69 después de Cristo acaudilló a un grupo de esclavos y desertores en la isla de Kythnos, fue rápidamente reducido por un destacamento de la flota en Misenum[43]. Tales brotes eran sólo excepcionales, y nuestras fuentes dan sobrados testimonios de la generalizada seguridad de las aguas. Tanto Estrabón como Plinio el Viejo enfatizan la inexistencia del peligro de los piratas y las garantías con las que los comerciantes podían ya surcar el mar por entonces[44].

Mientras las aguas del Mediterráneo volvían, de esta manera, a ser seguras, resulta por ello aún más llamativo el hecho de que

el gobierno imperial prestara tan escasa atención a lo que ocurría en aguas más lejanas. El Mar Rojo estaba plagado de piratas árabes que hacían su presa de los barcos que seguían la ruta comercial de Myos Hormos hasta la India[45]. Plinio nos dice que los mercaderes se veían obligados a llevar tropas de arqueros a bordo para protegerse de sus actividades[46]. A las mismas dificultades habían tenido que enfrentarse los Ptolomeos en su intento de abrir esta ruta cuando los nabateanos, que hasta entonces habían sido una raza cumplidora de las leyes, desarrollaron un eficaz sistema para hacer naufragar los barcos que llegaban a sus costas y, al igual que los tauros del Mar Negro, comenzaron a construir pequeñas embarcaciones que usaban para atacar a los barcos mercantes[47]. Los ataques de los piratas árabes eran de los más temidos por su empleo de flechas envenenadas[48].

Dada la importancia del interés económico del comercio con la India, este abandono de las costas del Mar Negro tuvo consecuencias aún más nefastas. Ya hemos comentado las tácticas seguidas por los piratas del Cáucaso[49], y resulta obvio a la luz del testimonio de Estrabón que este tipo de acciones de piratería eran corrientes en su época. A través de Tácito, sabemos también que los destructores de barcos del Tauro aún estaban en activo en el siglo primero después de Cristo[50]. Según Estrabón, los príncipes nativos realizaron algunas tentativas para poner freno a las actividades depredatorias en el Cáucaso, pero en las regiones controladas por los romanos los gobernadores apenas se interesaron por la cuestión[51], a pesar de que incluso ya en el siglo primero algunos de estos piratas del Mar Negro lograron penetrar en el Mediterráneo en alguna ocasión. Sabemos, por ejemplo, que el pueblo de Ilión homenajeó a un tal Tito Velio Próculo por haber expulsado a ciertos piratas del Helesponto[52] que podrían haber sido ladrones del Mar Negro que hubieran

extendido sus actividades hasta el Egeo. En el siglo siguiente, es posible que los *costoboci*, que habían hecho estragos en Grecia durante el reinado de Antonino Pío, o quizá de Marco Aurelio, y que fueron derrotados en Elateia, en Phocis, fueran un grupo de ladrones sármatas del Mar Negro que se habría anticipado de esta forma a los movimientos migratorios del siglo siguiente[53]. Ya hemos visto que los invasores escitianos y godos del siglo tercero construyeron sus barcos y aprendieron las artes de la navegación gracias, en gran medida, a las tribus de las costas del Mar Negro. Aunque no fue hasta que las flotas del Mediterráneo entraron en decadencia cuando las incursiones empezaron a cobrar importancia, es muy probable que, si la vigilancia marítima mantenida durante los dos primeros siglos del imperio se hubiera extendido a todo el Mar Negro y se hubiera acabado con las tribus piráticas, el caos del siglo tercero en el Mediterráneo se hubiera atenuado considerablemente.

Aquí dejamos al pirata histórico. El pirata de la antigua fabulación no requiere que nos detengamos demasiado en él, si bien su carácter es bien distinto en función de los diferentes géneros literarios. En los poemas homéricos, el líder pirata, tal como aparece descrito por Ulises, es, bien es verdad, un personaje ficticio que el propio Ulises inventa en función de sus propósitos[54]; pero, aunque ficticia, la descripción se sustenta en la realidad, y la correspondencia entre una y otra la hallamos confirmada por otros testimonios. Todo el episodio que se relata pudo haber sido una experiencia real vivida por cualquier pirata del Egeo. Y lo mismo puede decirse de otros episodios de piratería que pueden encontrarse en la literatura. En el himno homérico dedicado a Dionisio, las tácticas de los tirrenos se corresponden fielmente con los procedimientos seguidos por el pirata común. Un bello joven, cuyo valor en el mercado de esclavos pudiera ser alto o

cuya familia tuviera la suficiente riqueza como para pagar un cuantioso rescate, es avistado en la orilla; y la tripulación de la nave pirata desembarca y lo rapta[55]. La historia que hallamos en Pausanias acerca del administrador desleal que afirma que el ganado que en realidad ha vendido le fue arrebatado por los piratas, obtiene credibilidad en virtud de la probabilidad objetiva de que hubiera ocurrido el hecho por él inventado[56]. Circunstancias como esta ocurrían con frecuencia e, incluso siendo ficticias, resultaban del todo verosímiles. Encontramos un interesante ejemplo en las *Bacchides* de Plauto, donde Chrysalus, para explicar la desaparición del dinero de su amo, cuenta una elaborada historia sobre cierta trama urdida en Éfeso entre Arquímedes, quien había dejado el depósito, y un grupo de piratas que habían acordado con él interceptarle en Mnesilochus en el camino de regreso:

CHRYS. Postquam aurum abstulimus, in navem conscendimus,
domi cupientes. forte ut adsedi in stega,
dum circumspecto, atque lenbum conspicor
longum, strigorem maleficum exornarier.
NIC. Perii hercle, lembus ille mihi laedit latus.
CHRYS. Is erat communis cim hospite et praedonibus.

* * * * * * * *

Is lembus nostrae navi insidias dabat.
occepi ego observare eos quam rem gerant.
interea e portu nostra navis solvitur.
ubi portu eximus, homines remigio sequi,
neque aves neque venti citius. quoniam sentio
quae res gereretur, navem extemplo statuimus.
quoniam vident nos stare, occeperunt ratem
tardare in portu.

NIC. Edepol mortalis malos.
quid denique agitis?
CHRYS. Rursum in portum recepimus[57].

Las tácticas de los piratas no se diferenciaban mucho de las que Estrabón describe en su relato del «ardid coryciano»: los piratas averiguaban en puerto la carga y el destino de un barco que luego abordaban en alta mar[58].

Aunque no encontramos demasiadas alusiones a la piratería en los testimonios de la Comedia Nueva que han llegado hasta nosotros[59], tenemos razones para creer que las numerosas referencias que a ellos hacen Plauto y Terencio proceden de los autores griegos a los que imitaban. En la denuncia que hace Messenio de Erotium y su clase (pasaje que de nuevo nos recuerda al «ardid coryciano»), apenas cabe alguna duda de que Plauto toma su vigorosa comparación del original griego:

Morem hunc meretrices habent:
ad portum mittunt servolos, ancillulas;
si quae peregrina navis in portum advenit,
rogitant cuiatis sit, quid si nomen siet,
postilla extemplo se applicant, agglutinant.
si pellexerunt, perditum amittunt domum.
nunc in istoc portu [la casa de Erotio] stat navis praedatoria,
aps qua cavendum nobis sane censeo[60]

Es mucho lo que deben los autores de la Comedia Nueva a los piratas y secuestradores en la construcción de sus tramas. El niño raptado en la ciudad es un lugar común de la comedia latina[61], y con igual frecuencia la trama gira en torno a la circunstancia de que uno de los personajes es secuestrado por piratas y

vendido como esclavo. Este fue el destino de la hija de Daemones en *Rudens*[62] y de la supuesta hermana de Thais en el *Eunucus* de Terencio[63], de quien se dice que había sido raptado en su niñez en Sunium. En el *Miles Gloriosus*, Palaestrio, cuando va en busca de su amo, cuya amante ha sido raptada, es capturado en el mar por los piratas y entregado como obsequio al soldado:

> Ubi sumus provecti in altum fit quod di volunt.
> capiunt praedones navem illam ubi vectus fui.[64]

A pesar de que estos raptos son de origen tradicional, y, como recurso literario, tan antiguos como el propio Homero[65], resulta indudable que los autores de la Comedia Nueva estaban familiarizados con la piratería como uno de los peligros más comunes de la vida de su época, así como su público también estaba acostumbrado a aceptar las situaciones representadas sin cuestionar su verosimilitud. Este punto ha sido tratado por Legrand, cuyos argumentos ganan fuerza si recordamos que nuestro análisis ha demostrado que fue precisamente durante esta época de la actividad de Menandro cuando la piratería entró en una de sus más duras fases[66]. Siempre que aparece en la Comedia Nueva, el pirata sigue siendo un personaje real y cotidiano de la vida contemporánea; las prácticas que se le atribuyen se corresponden fielmente con los usos normales en el Mediterráneo[67]; sigue siendo una figura siniestra y odiada[68], y ni él ni su hija se han convertido en los pobres imbecilizados por el amor que encontramos en la literatura más tardía.

Resulta significativo que el primer cambio notorio con el que nos encontramos se produzca en una época en la que la piratería prácticamente había dejado de existir. Los secuestros perpetrados por piratas formaban parte de los tópicos enseñados en

las escuelas de retórica, y, como tales, hubieron de ser tomados al por mayor de la Comedia Nueva[69]. Algunos de los temas son bastante simples: un hombre que ha perdido a su esposa la entierra junto a sus joyas y vuelve a contraer matrimonio. Más tarde, cae en manos de los piratas, y escribe a su hogar para pedir el dinero del rescate. La mujer abre la tumba de su predecesora y envía las joyas como pago. Ella es llevada a juicio por su hijastro acusada de haber profanado la tumba de su madre. El padre deshereda al hijo a su regreso[70]. La carta enviada por la víctima a sus parientes desempeñaba un papel crucial en estos casos[71], característica que muy probablemente se basaba en la práctica real. Hasta qué punto el *vicarius* fue admitido por el pirata histórico, sin embargo, resulta menos seguro[72]. Según la inscripción de Amorgós[73], es cierto que dos de los grupos capturados por Socleidas fueron retenidos como rehenes, pero en este caso fueron ellos quienes tuvieron que proporcionar el dinero del rescate. Los captores de Stackelberg, como hemos visto, no aceptaron la intervención de un *vicarius*. Sabemos que uno de los tópicos de la retórica[74] era que los piratas exigieran a la hermana del cautivo que ocupara su lugar y se convirtiera en la esposa del *archipirata*. Entonces se enviaba a una criada doncella que se hacía pasar por su señora y, según lo acordado, se desposaba con el pirata para después heredar toda su riqueza. Es evidente que al llegar a este tipo de motivos nos encontramos muy cerca de lo novelesco, cuya influencia se hace notar más aún en otros casos. La hija del pirata, con la que ya nos hemos encontrado en la historia de Suidas sobre la fundación del templo del cabo Colias[75], aparece también en una de las *controversiae* de Séneca[76], donde esta se enamora de un cautivo al que deja huir después de arrancarle el juramento de casarse con ella. El conflicto legal aparece cuando la autoridad del padre le obliga a abandonar a

su libertadora para casarse con una opulenta viuda. Motivos de esta índole, así como otros que dependen de coincidencias sólo concebibles por el contador de historias profesional, como el del hijo malogrado que se hace pirata y tiene la ventura de capturar a su propio padre[77], suscitan la interesante cuestión de la relación que estos puedan guardar con la novela griega tardía. La segunda *controversia* de Séneca, la de la doncella raptada por los piratas que reivindica haber conservado la virginidad en el transcurso de este y otros avatares, parece remitirnos a la versión del abogado sobre la fortuna de Leucippe en Aquiles Tacio[78].

El pirata o el salteador del novelista es una individualidad elaborada, muchas veces de un talante irremediablemente romántico, que en ocasiones se ve obligado a emprender largos viajes por tierra y mar para seguir el errar del héroe y la heroína. Hippothous, el salteador y *deus ex machina* de *Ephesiaca*, es así llevado a Asia Menor, Siria y Egipto, y desde allí a Sicilia, Italia y Rodas para seguir en contacto con Habrocomes y Antheia[79]. Aventureros y piratas quizá se encuentren más identificados en esta que en ninguna otra novela. Es cierto que en todas ellas las consecuencias son previsibles, siempre que el héroe y la heroína sean lo suficientemente incautos como para emprender un viaje por mar o acercarse siquiera a la orilla[80], pero en ninguna otra el pirata aparece con tanta frecuencia como en el caso de *Ephesiaca*. Los piratas fenicios secuestran a los amantes cuando estos se dirigen a Rodas, y las complicaciones habituales de la trama surgen en este caso de la pasión que mueve a los captores. Antheia cae en manos de los hombres de Hippothous en Cilicia. Tras ser enterrada viva en Tarsus, los ladrones abren su tumba[81] y la llevan hasta Alejandría. Allí es vendida a Sammis el Indio, pero vuelve a caer en poder de Hippothous, que por entonces ha

alcanzado las fronteras de Etiopía. Su fatídica belleza inflama nuevamente a los ladrones y cuando, en defensa propia, esta da muerte a Anchialus, uno de los hombres de Hippothous, es sentenciada a ser enterrada en vida en una fosa junto a dos perros. No obstante, consigue escapar de nuevo gracias a los efectos que su belleza causa en Amphinomus, otro miembro del grupo que ha quedado a cargo de la vigilancia de su celda.

Aventureros y piratas, no obstante, que llenan tantas páginas de estas novelas, no son siempre tratados con la misma desconsideración hacia la verosimilitud. Uno de los más afortunados episodios de Heliodoro es la larga persecución desde Zakynthos hasta África. Aunque lo que mueve al archipirata es tanto su pasión por Cariclea como sus ansias de obtener las riquezas que se hallan a bordo del barco fenicio, y a pesar de que el episodio termina con la interrupción de la celebración de las nupcias a causa de un motín organizado por el amigo celoso, el resto está construido con innegable habilidad y respeto por la verosimilitud. Podemos ver el barco pirata anclado en el promontorio de Zakynthos, a la espera del barco fenicio en el que viajan los amantes. El pescador tirreno en cuyo hogar pasan el invierno resulta ser el espía utilizado en tierra firme por el pirata, de manera que la noticia de la conspiración les llega muy pronto[82]. El capitán fenicio intenta escabullirse antes del fin del invierno, pero la climatología adversa le obliga a detenerse en Creta para efectuar algunas reparaciones. En todo el trayecto ha sido perseguido por el pirata, quien, sin embargo, no se dejó ver hasta después de haber dejado atrás Creta:

Los vientos fuertes de primavera soplaban entonces del oeste, y al iniciar el viaje estos nos empujaron durante todo un día y una noche. Nuestro maestre decidió virar y tomar rumbo a la costa de África, pues sostenía que, si el viento continuaba so-

plando y manteníamos una trayectoria recta podríamos terminar en alta mar, y lo que intentaba, por el contrario, era alcanzar el continente o llegar a puerto lo antes posible, pues sospechaba que el barco que llevaban a popa era un barco pirata. «Desde que partimos del promontorio de Creta», decía, «nos ha estado siguiendo sin desviarse ni un ápice de nuestro rumbo, y avanza detrás de nuestra embarcación como si viajara con nosotros. De hecho, he podido advertir que cuando, deliberadamente, modifico el rumbo de nuestro barco, ellos hacen lo mismo».

Al escuchar esto, algunos se dispusieron a tomar las armas para defenderse y exhortaron a los demás para que hicieran lo mismo, pero otros argumentaron que era una costumbre normal el que una embarcación pequeña siguiera a otra mayor para guiarse. Mientras se desarrollaba esta discusión, llegaba la hora del día en que el granjero libera sus bueyes del arado, y el fortísimo viento comenzó a remitir de manera que, poco después, casi había dejado de soplar y se convertía en una brisa suave que agitaba nuestro velamen sin permitirnos avanzar. Finalmente, se extinguía por completo, como si el sol le hubiera ordenado al ponerse que dejara de soplar o, mejor, como para ofrecer a nuestros perseguidores una buena oportunidad. Estos, mientras tuvimos viento, permanecieron a distancia de nuestro barco mercante, pues nuestras velas de mayor tamaño, naturalmente, recibían más viento que las suyas[83]. Sin embargo, cuando el mar se calmó y nos vimos obligados por la necesidad a remar, el barco pirata se acercó a nosotros con una rapidez que me sería imposible describir, pues no debía haber un solo miembro de la tripulación que no estuviera remando, siendo la suya, además, una embarcación más ligera que respondía mejor al esfuerzo de los remeros.

Cuando ya se encontraban muy cerca de nosotros, uno de los hombres de Zakynthos que venía a bordo de nuestro barco gritó: «Estamos acabados, camaradas. Es un barco pirata. He reconocido a Trachinus y su embarcación». Todo el barco quedó conmocionado por la noticia, y el tumulto hizo estallar una tormenta en su interior a pesar del mar en calma. Todos a bordo gritaban, se lamentaban y corrían de un lado a otro.

* * * * * * * *

Los hombres que iban a bordo de nuestro barco, al ver que no corrían peligro y que no se había derramado sangre durante la batalla, mantuvieron una actitud resuelta y manifestaron que no partirían. Pero cuando uno de los piratas, más osado que el resto, saltó a bordo y tajó con su espada cuanto encontró por delante mostrándoles que las guerras acostumbran a causar heridas y muertes, y cuando los demás saltaron tras él, los fenicios se arrepintieron de su conducta y se arrojaron de bruces al suelo para suplicar clemencia. A pesar de las ansias de matar de los piratas, pues la visión de la sangre es el mayor incentivo de la furia, y contra toda esperanza, Trachinus ordenó que se les perdonara la vida.[84]

Sea cual sea la medida en la que el episodio se corresponda con la práctica real de la piratería, hemos de tener en cuenta, no obstante, que Heliodoro se basa más en fuentes literarias que en información de primera mano. El caso es aún más claro en su relato sobre los Βουκόλοι λῃσταί del Delta[85]. Estos aparecen en la novela de Aquiles Tacio[86], y es evidente que constituyen una constante amenaza para la seguridad de todos los personajes de las novelas que se desarrollan en la costa egipcia. El relato de Heliodoro constituye probablemente el resultado de la compilación de fuentes diversas, y, en concreto, una de las caracte-

rísticas más sobresalientes de la forma de vida de los salteadores se basa en la descripción de Herodoto de los habitantes del lago de Prasias[87]. Probablemente, en la mayoría de los casos, los Βουκόλοι de los novelistas se remonten a Eratosthenes[88] y, aunque la práctica de los sacrificios humanos entre los salteadores también aparece en otras novelas[89], su atribución a los ladrones egipcios puede deberse a ciertas reminiscencias del mito de Busiris. No hay que llegar a suponer, no obstante, que Busiris acostumbrara a usar una espada de atrezo para asesinar a sus víctimas al igual que los ladrones de Aquiles Tacio[90].

NOTAS

CAPÍTULO I

1. Newton, *Travels and Discoveries in the Levant*, I, p. 264. Sobre la pervivencia de la piratería en el Archipiélago *vid*. pp. 218, 284, 326; II, p. 229.

2. Koester, *Das Antike Seewesen*, pp. 235-6, cita el alemán *Segelbanbuches für das Mittelmeer* (Berlín, 1905): «Segelschiffe müssen in grossem Abstand von diesem Küstenstrich (Nordáfrica) bleiben, weil... sie auch Angriffe der Eingeborenen befurchten müssen». La misma obra contiene, asimismo, una advertencia sobre la práctica común entre los nativos de lanzar falsas llamadas de auxilio.

3. Banco Moustaca y Carystinaka y Banco Central de Grecia contra Motor Union Insurance Company Limited (*The times*, 18 de enero, 1923). La captura se produjo en 1920.

4. Sobre las *naves orariae*, *vid*. Plinio, *Ep*., X, 15, que escribe desde Éfeso: «Nunc destino partim orariis navibus, partim vehiculis provinciam [Bythinia] petere».

5. Estrabón, I, 48: τοὺς ἀρχαιοτάτους πλεῖν καὶ κατὰ ληστείαν ἢ ἐμπορίαν, μὴ πελαγίζειν δὲ ἀλλὰ παρὰ γῆν.

6. Las travesías nocturnas de los fenicios (ἀπὸ τῆς λογιστικῆς ἀρξάμενοι καὶ τῆς νυκτιπλοίας) eran poco frecuentes (Estrabón, XVI, 757). Sobre los inconvenientes en general de la navegación nocturna, véase Homero, *Od*., XII, 284-287, si bien sabemos de viajes nocturnos por zonas cuyas condiciones concretas los hacían recomendables o por donde pasar inadvertido resultaba necesario.

7. *Odisea*, XIV, 257; cfr. con el uso que de los vientos Etesios hizo Miltíades para asaltar Lemnos (Herodoto, VI, 140).

8. D'Arvieux, *Mémoires*, I, 823. Compárese con el epigrama griego (*Anth. Pal.*, VII, 640):

> Ῥιγηλὴ ναύταις ἐρίφων δύσις ἀλλὰ Πύρωνι
> πουλὺ γαληναίη χείματος ἐχθροτέρη.
> νῆα νὰρ ἀπνοΐῃ πεπεδημένου ἔφθασε ναύταις
> ληϊστέων ταχινὴ δίκροτος ἐσσυμένη·
> χεῖμα δέ μιν προφυγόντα γαληναίῳ
> ἔκτανον· ἆ λυγρῆς δειλὲ καχορμιοίης.

9. *A Collection of Original Voyages,*Capitán William Hacke, Londres, 1699. IV–El viaje a Levante de Mr. Roberts, con la descripción de las penalidades sufridas entre los corsarios, de la vida canallesca de estos y de las islas del Archipiélago, junto con su relación de la toma y recuperación de Scío en el año 1696. (Fue G. E. Manwaring, de la *London Library*, quien por primera vez llamó mi atención sobre este libro).

10. Íos era conocida entre los turcos debido al gran número de corsarios franceses que utilizaban la isla como lugar de reunión como la «Pequeña Malta» (Tournefort, *Relation d'un Voyage du Levant*, I, p. 252). Según Bent, la mayoría de las iglesias de la isla fueron exvotos de los corsarios (*Cyclades*, p. 153). Los pilotos naturales tanto de esta como de la isla de Melos eran muy apreciados por los corsarios francos y considerados como los mejores de todo el Levante por su conocimiento de las costas de Siria y Egipto, donde se lograban las mejores capturas (Tournefort, I, pp. 149, 252).

11. Las islas Furni se encuentran entre Samos e Icaria. Un viajero del siglo XIX menciona el gran número de piratas que se ocultaba en ellas (Clark, *Travels in various countries*, II, p. 185).

12. Gaidaronisi (al sur de Samos), antigua Tragia.

13. Lipso, cercana a Patmos y Leros.

14. Cfr. Tolomeo, *Phaseis*, p. 60 (Teubner): ἐτησίαι ἄρχονται πνεῖν (18 de julio); p. 14, ἐτησίαι παύονται (29 de agosto). Véase Pauly-Wissova, II, A, i, p. 409.

15. *Calendar of State Papers, Venice, etc.*, IX, nº 152.

16. Cfr. Roberts, p. 47: «Aquí, (Paros) los piratas pasaban todo el invierno, pues los turcos no podían llegar hasta ellos a causa del extenso arrecife que se encuentra a su entrada. Los piratas vienen dos o tres veces al año, y siempre tienen un bote junto al arrecife, de manera que en invierno pueden avanzar y detenerse a unas 4, 5 o 6 brazas dejando atrás una zona de lodos de tres brazas de profundidad». Bent (*op. cit.*, p. 395) habla de la existencia de un muro submarino entre Paros y Antiparos que los piratas habrían construido y que sólo ellos sabrían cruzar.

17. Así acechaban el barco de Telémaco sus perseguidores (*Odisea.*, IV, 844):

    ἔστι δέ τις νῆσος μέσση ἁλὶ πετρήεσσα
    μεσσηγὺς Ιθάκης τε Σάμοιο τε παιπαλοέσσης,
    Ἀστερὶς, οὐ μεγάλη· λιμένες δ᾽ ἐνι ναύλοχοι αὐτῇ
    ἀμφίδυμοι· τῇ τόν γε μένον λοχόωντες Ἄχαιοι.

18. Morrit (1795) en Walpole, *Memoirs relating to European and Asiatic Turkey* (2ª ed.), p. 42.

19. Cfr. Hasluck, *B. S. A.*, VII, p. 169: «El caso de Samos es uno de los ejemplos más sobresalientes y mejor documentados de la despoblación y el abandono de una isla debidos a la piratería. Dicha isla se encontraba en la ruta que seguían los costeadores desde (Egipto y) el sur de Asia Menor y Constantinopla, y en todas las épocas afectadas por la despoblación del Egeo, las Furni, como las Spalmadori (Enusas) y las Moskosini, que se encuentran en igual situación con respecto a los estrechos de Quío y Mitilene, respectivamente, se convirtieron en reconocido espacio de piratas que allí encontraban tráfico marítimo sobre el que hacer sus presas. Samos era además el lugar para su abastecimiento de maderas, agua y otras provisiones. Sus saqueos se hicieron tan intolerables que, después de mediados del siglo XV, los samios, que ya habían iniciado movimientos migratorios, accedieron a ser masivamente desplazados por los genoveses y a asentarse en Quío».

20. Tucídides, III, 29. En dirección contraria, por Datis y Artaphernes en el 490 a. C. (Herodoto, VI, 95).

21. Estrabón, XIV, 635.

22. Plutarco, *Julius*, I; Suetonio, *Julius*, 4.

23. Arriano, *Anabasis*, II, i, 3: ἵνα ἡ ππoσβόλη μάλιστά ἐστι ταῖς ἀπό τε Χίου και Γεραιστοῦ καὶ Μαλέας ὁλκάσι. Sobre las rutas alternativas de Lesbos a Geraestos, ya fuera por la costa de Quío o por el interior de la isla, por la ventosa Mimas, véase *Odisea*, III, 169 *et seq*.

24. Plutarco, *Cimon*, 8.

25. (Demóstenes), VII.

26. Herodoto, VI, 138.

27. Véase más adelante, pp. 85, 92.

28. Thévenot, *Voyage de Levant* (3ª edición, Ámsterdam, 1727), I, p. 38.

29. D'Arvieux, op. cit. I, p. 33.

30. Sorprende saber que más tarde demandaron a su capitán por retraso en el pago de sus salarios.

31. Diario de Covell (1670-77), ed. Bent, *Early Voyages and Travels in the Levant* (Hakluyt Society, LXXXVII), p. 133.

32. *Caramaniam Coast*, p. 227. Él destruyó uno de estos botes que, a pesar de su «insignificante apariencia» era rápido, «poseía un cañón giratorio», veinte mosquetes y «con los cuarenta criminales feroces que la tripulaban podría haber reducido al mayor de los barcos mercantes de todo el Mediteráneo». Un interesante testimonio sobre los mainotes nos lo ofrece Leake (*Morea*, I, p. 260), que incluye un poema local sobre los usos y costumbres de los habitantes de Kakovulia (Mesa Mani) que merece la pena leer. Según Hasluck (*B. S. A.*, XVII, p. 173), «la primera noticia que tenemos de los mainotes al respecto, data de principios del siglo XVII».

33. Estrabón, VIII, 378. En su forma moderna:

Κάβο Μαλῆα, Κάβο Μαλῆα,
βοήθα Χπιστὲ και Παναγιά

(tal como aparece en Wace y Hasluck, *B. S. A.*, XIV, p. 172).

34. Tucídides, IV, 53.

35. Herodoto, VII, 235.

36. Véase más adelante, pp. 111, 114, 137, 144.

37. Estrabón, IV, 184.

38. Wilhelm, *Beiträge*, p. 205. (Polybius, IV, 41, contiene interesantes observaciones acerca de los arrecifes que se encuentran en la desembocadura del Danubio: ἐφ᾽ ἣν ἔτι πελάγιοι τπέχοντες οἱ πλέοντες τὸ Πόντον λανθάνουσι ἐποκέλλοντες νυκτὸς ἐπὶ τοὺς τόπους).

39. Esquines, II, 72 (cfr. Estrabón, IX, 435).

40. Appiano, *Mithridates*, 94.

41. Henry Holland, *Travels, etc.* (1812-13), pp. 336-7. Es interesante observar cómo el nombre de «albaneses» era aplicado en general a todos los piratas. En los tiempos de Roma se dio un uso similar de la denominación «cilicianos».

42. *Ib.*, p. 59. Sobre los piratas que infestaban la zona durante el siglo XII, véase Miller, *The Latins in the Levant*, p. 8.

43. Dodwell, *Tour through Greece*, I, pp. 44, 58.

44. Estrabón, X, 459; Plinio, XXXVI, 150: «on Taphiusa, qui locus est dextra navigantibus ex Ithaca Leucadem».

45. *Odisea*, I, 184; XIV, 452.

46. *Odisea,* I, 187.

47. *Odisea*, XVI, 426; XV, 427; Hesíodo; *Scut.*, 19; Apolodoro, II, 4, 6-7.

48. Véase Estrabón, *l. c.*, y Plinio, IV, 53.

49. Sobre las semejanzas entre los tafios y los ilirios, véase Allen, *The Homeric Catalogue of Ships*, p. 97.

50. Como puede comprobarse en *Odisea*, XIV, 334.

51. Teofrasto, *Caracteres*, 25. Una ofuscación similar aparece recogida en Herodoto, VIII, 107.

52. Juliano, VII, 210 A.

53. D'Arvieux, *op. cit.*, III, p. 382.

54. *Ib.*, p. 375.

55. Cockerell, *Travels in S. Europe and the Levant*, 1810-17, p. 42. Cfr. la carta de Byron (1811) publicada en *B. S. A.*, XXII, p. 107: «Hace unas

seis semanas que estuve a punto de ser capturado por unos piratas mainotes (malditos lacedemonios) en cabo Colonna».

56. Tucídides, VIII, 35. Sobre las dificultades de las pequeñas embarcaciones cuando se encontraban con una climatología adversa al doblar el promontorio (ahora cabo Crío), véase Newton, *op. cit.*, II, p. 168. Sobre el promontorio Caphereano, *vid. infra* p. 79.

57. Sobre riesgos de esta índole, véase George Sandys (1610), *Purchas, His Pilgrimes* (Glasgow; Maclehose & Sons, 1905), VIII, p. 102: «Los días tres y veinte habíamos seguido avanzando hacia barlovento, buscando nuevo anclaje al caer la noche. Era esta una costumbre que ellos seguían pues, si eran advertidos durante el día tanto desde tierra como desde el mar, podían ser sorprendidos durante la noche». Cockerell, *op. cit*, pp. 8-9, recoge el ataque sorpresivo y la posterior captura de un barco de guerra británico por un bote tripulado por piratas mainotes que se produjo mientras el capitán y la tripulación estaban cenando».

58. Tucídides, IV, 67. Véase más adelante, p. 88.

59. Estrabón, XI, 495; Tácito, *Hist.*, III, 47. Véase Torr, *Ancient Ships*, p. 107. (Sobre las tendencias caníbales de estos piratas, véase Aristóteles, *Política*, VIII, 1338b. Véase también Diod. Sic. XX, 25). Belon, *Observations* (París, 1553), p. 87, (II, x) nos ofrece una descripción muy similar de las tácticas de los piratas del Egeo en el siglo XVI.

60. Diod. Sic., V, 39.

61. Florus, III, 8.

62. Véase S. C. Hill, *Episodes of Piracy in the Eastern Seas, The Indians Antiquary*, 1920, p. 118.

63. Véase más adelante, p. 170.

64. Spratt, *op. cit.*, II, p. 226.

65. Spon y Wheler, II, p. 208.

66. Cousinéry, *Voyage dans la Macédoine* (1831), II, p. 154. Recordemos que Dragut Reis, bloqueado por Doria y Jerbah, salvó toda su flota valiéndose de una táctica similar.

67. *I. G.*, II, 331, los πλοῖα de Glaucetas (véase más adelante, p. ?); *I. G.*, XII, 3, 1291, πλοῖα μακρά de los piratas de Creta; Dittenberger, *Sylloge*, 581. La utilización de πλοῖα en *I. G.*, IX, 1, 683, hace probable la referencia a los piratas; los πλοῖα no son, con toda seguridad, *naves onerariae* recobradas por los corcyrianos, tal como sugiere el editor *ad loc.* Es probable que el πλοῖονy la ἡμιολία de la flota de Metrophanes, el almirante de Mitrídates, (Appiano, *Mithr.*, 29) fueran naves piratas y un líder pirata el mismo Metrophanes (véase más adelante, p. 169).

68. *Hemiolia* se utiliza para designar al barco pirata en los testimonios más tempranos (Teofrasto, *Char.*, 25); cfr. Suidas y Photius, *s. v.*, y Appiano, *Mithr.*, 92. Sobre el *myoparo* como barco pirata, véase Appiano, *l. c.*; Salustio, *fr.* III, 8 (Maurenbrecher); Cicerón, *Verres*, II, 5, 89 y 97; Florus, III, 6. El *myoparo* también era utilizado en las flotas romanas (Plut., *Antonius*, 35) y para la defensa de las costas (Cicerón, *Verres*, II, i, 86).

69. Arriano, *Anab.*, VI, 1, 1; Polibio, V, 101 (contra los ilirios); Appiano, *Pun.*, 75. ¿Eran las ἡμιολίαι utilizadas por Agatocles naves piratas? (Diod. Sic., XIX, 65). Se dice que el *condottiere* Phalaecus también utilizó las *hemioliae* para escoltar el transporte de sus tropas a Italia tras la guerra sagrada.

70. El análisis que ha hecho Torr tanto de la *hemiolia* como del *myoparo* (*Ancient Ships*, pp. 15 y 118) y su compilación de testimonios, hacen innecesario que abundemos en más detalles. (Aprovecho la ocasión para dejar constancia de lo mucho que debo a su trabajo).

71. Appiano, *l. c.*: οἳ τὸ μὲν πρῶτον ὀλίγοις σκάφεσι καὶ μικροῖς οἷα λῃσταὶ περιπλέοντες ἐλύπουᾳ, ὡς δὲ ὁ πόλεμος ἐμηκύνετο, πλέονες ἐγίγνοντο καί ναυσὶ μεγάλαις ἐπέπλεον... μυοπάρωσι πρῶτον καὶ ἡμιολίαισ, εἶτα δικρότοις και τριήρεσι κατὰ μέρη περιπλέοντες.

72. El *myoparo* aparece representado en el mosaico Althiburus (*Mon. et Mém. Piot*, XII (1905), p. 127, fig, 16; en la figura 7 aparece el κέλης o *celox* que mencionaremos a continuación. Las ilustraciones de estas dos embarcaciones en dicho mosaico pueden encontrarse también en Stuart Jones, *Companion to Roman History*, fig. 54, 57.

73. Herodoto, VIII, 94.; Jenofonte, *Hell.*, I, 6, 36.

74. Véase, no obstante, Livio, XXXVIII, 27: «*piraticas celoces et lembos*» (en Myonnesos de Jonia). También es posible leer «*piraticis celetibus*» (con Ruhnken) en Velleius, II, 73.

75. Esquines, I, 191. Teofrasto, *Caracteres*, 25.

76. Josephus, *Bell. Jud.*, III, 9, 2. Es curioso observar que, fuera de la *Odisea*, tenemos muy pocas noticias de la piratería en estas costas, y ello a pesar de que en los siglos XVI y XVII este era uno de lugares más frecuentados por los corsarios. Estrabón (XVI, 759) habla de los peligros de Joppa y Carmel, y Dio Cassius, XXXIX, 59, menciona una notable expansión durante el gobierno de Gabino de Siria. De fechas más tempranas tenemos noticias de un asalto de Dionisio de Focea contra la flota fenicia (Herodoto, VI, 17), pero es probable que, por lo general, la costa se hallara demasiado bien defendida por la armada fenicia.

77. Spon y Wheler, *Voyage d'Italie, de Dalmatie, de Gréce et du Levant, fait aux annes 1675 et 1676* (Ámsterdam, 1679), III, p. 223. Cfr. Chandler, *Travels in Asia Minor and Greece*, II, p. 223. En Alcifrón, III, 34, encontramos una alusión a las megarianas λῃσταὶ οἳ περὶ τὰς Σκειρωνί δας τοῖς ὁδοιπόροις ἐνεδρεύουσι.

78. *Odisea*, XV, 427.

79. *Ib.*, 386. Comparénse los secuestros en los *Himnos homéricos*, II, 123; VII, 1-12; y Herodoto, I, 1-3; II, 54.

80. Dittenberger, *Sylloge*, 263. 520, 521.

81. Véase más adelante, p. 178.

82. Appiano, *B. C.*, II, 23. D'Arvieux relata una asombrosa historia sobre los argelinos: «On dit qu'un Espagnol ayant entendu qu'on l'avoit donné pour cent piastres, demanda tout bouffi de colere à celui qui le menoit, si on le prenoit pour une bourique, et si un homme de sa façon n'étoit estimé qu'à ce prix». (*Op. cit.*, V, 268).

83. Encontramos cierta historia en Polieno (VI, 54), que muestra la facilidad con la que, en ocasiones, podía engañarse a los piratas, si bien la treta utilizada en esta ocasión reviste una forma distinta.

84. Hughes, *Travels in Sicily, Greece and Albania,* I, p. 278.

85. Dodwell, *op. cit.*, p. 58. Polibio refiere el asombroso relato de unos embajadores etolios enviados a Roma en el 189 a. C. Fueron capturados por un pirata o comisionado epirota y entregados al gobierno. Se pidió por ellos un rescate de cinco talentos, pero la cantidad se redujo a tres, pues lo epirotas tenían prisa por lograr el dinero antes de que los aliados romanos tuvieran noticia de la situación. Todos los embajadores aceptaron y fueron puestos en libertad a excepción de Alejandro, que era el hombre más rico de toda Grecia. Finalmente, él fue el único en obtener la libertad sin necesidad de rescate, pues pronto llegó de Roma la orden esperada de su liberación (Polibio, XXI, 26).

86. Estrabón, XI, 496. La carta de los piratas o del prisionero dirigida a sus parientes y amigos aparece con frecuencia en Séneca y Quintiliano. (Véase más adelante, p. 201).

87. Véase más adelante, p. 83.

88. *Calendar of State Papers, Venice, etc.*, X, nº 681: «Los turcos se han aliado con los piratas ingleses y comparten con ellos su botín». «Sólo el cierre de los puertos turcos a los ingleses podrá poner fin a la actividad de sus piratas» (A. D. 1606). Cfr. VIII, 1003; X, 53, 71, 85 (cfr. 170), 103. En una misiva cifrada del embajador de Venecia en Constantinopla dirigida al *doge* y al senado (A. D. 1603) se puede leer: «El embajador pide al Capudano Pascia que castigue a los piratas ingleses y a quienes los amparan. El Capudano ofrece una explicación acerca de las diferencias entre las galeras turcas y venecianas». (X, 92).

89. Tavernier, *The six voyages… made English by J. P.* (1678-84), I, p. 121: «Puesto que en las islas de *Sifante* y *Miconoa* no se conocía más actividad comercial que la de los piratas que en ocasiones tocaban tierra allí, cuantos cónsules las habitaban compraban su mercancía robada». Cfr. *State Papers*, X, 47; Thévenot, *op. cit.*, I, p. 332.

90. D'Arvieux, *op. cit.*, II, p. 11. Roberts, p. 9, ofrece una descripción muy similar.

91. Spratt, *op. cit.*, I, p. 343.

92. Herodoto, VI, 138. Dice Plutarco que Solón (*Sol.*, 8, cfr. Polyaenus, I, 20) engañó a los megarianos induciéndoles a atacar el cabo Colias y raptar a las mujeres que ofrecían en sacrificio a Deméter. Fueron

jóvenes imberbes los encargados de disfrazarse de mujer y ocupar su lugar.

93. *I. G.*, XII, 3, 171.

94. Herodoto, VI, 16. El Profesor Halliday me ha recordado al respecto la antigua práctica turca de encerrar a los cristianos en sus casas los viernes por miedo a posibles ataques. Cfr. Lucas, *Voyages dans la Grèce, L'Asie Mineure, etc.*, I, 243: «Elle (Adalia) est separée en trois parties, qui composent comme trois differentes villes: du moins voit-on à chacune ses murailles de separation et de bonnes portes de Satalie depuis midi jusqu'à une heure... L'on me dit que les habitans ont une prophetie suivant laquelle les Chrétiens doivent prendre leur ville un vendredi entre midi et une hore». ¿Sería obligada esa misma observancia durante la festividad de *Magophonia* (Herodoto, III, 79) por idénticas razones?

95. Apolodoro, III, 2, 2. Diod. Sic. (V, 59) relata la misma historia, aunque sin incluir el detalle pintoresco de los perros. Era frecuente que cundiera la alarma de esta forma. Chandler (*op. cit.*, II, p. 220) cuenta que las gentes de Megara tenían la costumbre de esconder sus bienes y huir al avistar algún bote que se aproximara en pleno día o al oír los ladridos de los perros durante la noche. (Encontramos algunos apuntes de interés acerca de los perros en Plutarco, *Aratus*, 7, 8 y 24).

96. Hakluyt Society, New Series, II, 17; vol. I, p. 16.

97. Spon y Wheler, *op. cit.*, I, p. 109.

98. *Calendar of State Papers, Venice, etc.*, I, nº 609. Cfr. X, nº 53: Cantidad exigida cautelarmente a los barcos ingleses antes de zarpar de Zante.

99. Véase más adelante, p. 158.

100. Dittenberger, *Sylloge*, 521. Véas más adelante, p. 107.

101. Tucídides, I, 7.

102. Spon y Wheler, III, pp. 226, 230.

103. Cfr. Appiano, *B. C.*, IV, 108, la costa de Tracia.

104. Véase la nota del traductor en la edición de la Hakluyt Society de Muntaner (serie II, nº 47 y 50), vol. I, p. 200.

105. Symonds, *Sketches in Italy and Greece* (1879), p. 3.

106. Cockerell, *op. cit*, p. 82.

107. *B. S. A.*, XII, p. 159.

108. En su conferencia titulada *The Growth of the City State*, p. 41, cita el caso de Syra: «La ciudad, construida a orillas del mar, es absolutamente moderna. Los más antiguos asentamientos, tanto católicos como ortodoxos, se erigieron sobre los montes del interior». (Véase también Newton, *op. cit.*, pp. 262-4; Bent, pp. 305, 308-9. Hallamos un interesante punto de vista acerca de los asentamientos católicos en Tournefort, I, p. 321.

109. Filócoro en Estrabón, IX, 379.

110. Thévenot, *op. cit.*, I, p. 306.

111. *Ib.*, p. 340.

112. Tournefort, *op. cit.*, I, p. 259; véase apéndice A (p. 45).

113. Lucas, *op. cit.*, I, 225-6. Afirma este autor que todas las gentes de cierta relevancia (cfr. Bent *op. cit.*, p. 274) vivían en altos torreones para protegerse de los corsarios: «Ce qui est de plaisant, c'est que l'on y monte par une échelle qu'on tire après soi; de sorte que l'on demeure ensuite dans la Tour comme dans une veritable prison». Véase también Newton, *op. cit.*, I, pp. 59, 79, acerca de Pirgi en Mitilene y de la costa que se encuentra frente a ella.

114. Spon y Wheler, *op. cit.*, I, p. 149 (véase también su descripción de Megara, II, p. 220). Acerca de la despoblación de estas islas por idéntica causa, véase Miller, *Latins in the Levant*, pp. 8-9, y el valioso artículo de Hasluck que ya hemos citado, *Depopulation in the Aegean Islands*, en *B. S. A.*, XVII, pp. 151-175.

115. *Annals of Archaelogy and Anthropology*, X, pp. 41 *et seq.*

116. *B. S. A.*, XII, p. 155 *et seq.*

117. Una lista mucho más extensa de las torres de Sifnos (sobre la que M. N. Tod llamó mi atención tras ser editada) la encontramos en Dragatsis, *Praktika*, 1920, pp. 147 *et seq.*, donde estas son detalladamente descritas. Las torres de esta índole, cuando eran construidas junto a

la costa, eran también utilizadas a modo de faros o para la emisión de señales, tal como desmuestra una interesante inscripción de Thasos que fue hallada en las ruinas de una torre fortificada en el cabo del extremo nordeste de la bahía Potamia y que data de finales del siglo VI o principios del siglo V a. C. (Penoyre y Tod, J. *H. S.*, XXIX, p. 95):

> Κηλάτο [ἰ]'μὶ μνῆμα τô Φ - - ηρίδο,
> κεῖμαι δὲ ἐπ᾽ ἄκρο ναυσ[τ]άθμο σωτήριον
> νηυσίν τε καὶ ναύτησιν· ἀλλὰ χάιρετε.

118. Ross, *Reisen auf der Gr. Inseln*, I, p. 132.

119. Thévenot, *op. cit.*, I, p. 324.

120. D'Arvieux, *op. cit.*, II, p. 99.

121. Spratt, *op. cit.*, I, p. 173.

122. Cfr. George Sandys (1610) en *Purchas, his Pilgrimes*, VIII, p. 98: «La costa [de Scío], y especialmente la zona más meridional de ella, está llena de torres vigías que, con señales de humo durante el día o con las llamas durante la noche, se informan unas a otras (así hasta que la noticia llega a las tierras del interior) de la proximidad del enemigo». Thévenot, II, 906, también habla de las señales de humo en Capri «pour avertir la côte».

123. Thévenot, *op. cit.*, II, pp. 712-720.

124. Paul Lucas, *Voyage du Levant*, I, p. 144.

125. Cicerón, *Verrines*, II, 5, 93. Resulta interesante advertir que la costumbre aún tenía vigencia en Sicilia a principios del pasado siglo. A lo largo de la costa, desde Palma hasta Alicata, se sucedían cada milla y media las torres o, en su defecto, las cabañas de los vigías encargados de alertar de la proximidad de los corsarios berberiscos (Cockerell, *Travels in S. Europe and the Levant*, 1810-1817, p. 209). El Doctor Mackail me informó de que uno de los rasgos más llamativos de la costa nordeste de Córcega es una serie de torres idénticas situadas a intervalos de dos o tres millas. Kitson Clark afirma que torres similares a estas pueden verse en Cerdeña. Las bengalas, por supuesto, también eran utilizadas por los piratas y sus cómplices en la orilla. Beaufort, (*op. cit.*, p. 227) habiendo capturado a un pirata mainote en

una ensenada de Hermosini, cerca de Astipalea, no logró dar caza a su compañero porque de lo más alto de la isla se vieron bengalas de alerta.

126. Spratt, *op. cit.*, I, p. 140; véase también II, p. 3.

127. Sobre los vigías de las alturas, cfr. el relato de Newton acerca de Calymnos (*Op. cit.*, I, p. 296): «En antiguas épocas, cuando el archipiélago se hallaba plagado de piratas, los calymniotes erigieron una ciudad fortificada sobre la cima de un monte escarpado, al igual que han hecho los habitantes de Astipalea hasta hoy. Había centinelas permanentemente apostados en las colinas y preparados para dar la alarma si se aproximaban piratas. Dicha costumbre aparece curiosamente conmemorada en los nombres de dos de las más elevadas montañas de la isla: una de ellas llamada *Vigli*, "el vigía'; la otra, llamada *Mero Vigli* (ἡμερόβλιγι), "el centinela de día"». Resulta interesante comprobar que la palabra *Hemeroscopeion* se usaba en la Antigüedad con el mismo sentido; cfr. la descripción que hace Estrabón del Dianium en España: Ἡμεροσκοπεῖον ἐπὶ τῇ ἄκρᾳ τῆς Ἐφεσίας Ἀρτέμιδος ἱερὸν σφοδρὰ τιμώμενον, ᾧ ἐχρήσατο Σερτώριος ὁρμητμρίῳ κατὰ θάλατταν ἔρυμνον γάρ ἐστι καὶ λῃστρικόν, κάτοπτον δὲ ἐκ πολλοῦ τοῖς πλέουσι. (III, 159).

También es posible encontrar más información acerca del uso de las bengalas como señales de alerta en *Annals of Archaelogy and Anthropology*, XI, p. 33, pero me inclino a retractarme de las teorías allí desarrolladas acerca del símil homérico en la *Ilíada*, XIX, 375.

128. Dittenberger, *Sylloge*, 567-570. La trascendencia histórica del contenido de estas inscripciones ha sido extensamente tratada por Herzog en *Klio*, II, p. 317 *et seq.* Se corresponden, cronológicamente, con la guerra de los años 204-201 a. C. entre Rodas y Creta, instigada por Filipo V de Macedonia. Véase más adelante, p. 203.

129. παρακατέσχε τὸς ἐ[ναντίος ὑπὸ (?) τὸ περιπ]όλιον.

130. Herzog, *op. cit.*, p. 325.

131. περιπόλιον.

132. Véanse los planos publicados en *B. S. A.* de la torre de Vathy, en Astipalea (fig. 3). La fotografía de la torre de Haghia Triadha, en Amorgós, muestra un diseño similar.

133. Cfr. González de Clavijo, *Life and Acts of the Great Tamerlane*, 1403, (Hakluyt Society, 1859, ed. Clements Markham), p. 8: «Entre la costa y la ciudad [Terracina] había jardines frutales y altos árboles, y entre estos jardines y la ciudad un monasterio que en otra época habían habitado monjas, pero todas ellas habían sido raptadas por los berberiscos». Coryat (1612), en *Purchas, His Pilgrimes*, vol. X, p. 413: «El suelo [valle de Ténedos] era tan fértil que producía tantos tipos de frutos como pueden crecer en cuantas tierras hay bajo el sol, pero a causa de los piratas y mercenarios que continuamente infestaban la región, no era posible hallar un solo lugar seguro donde vivir en toda la zona; por ello, comenzaron a ser cada vez más escasos sus habitantes, y, como consecuencia, la región se hallaba menos cultivada y abonada de lo que debería».

134. *Odisea*, IX, 39-52.

135. *Les Phéniciens et l'Odyssée*, II, p. 3 *et seq.*

136. Polibio, II, 5. (Traducción al inglés de Paton).

137. Muntaner, *op. cit.*, II, p. 379.

138. Bérard cita las *Mémoires* de un tal Sauméry (I, pp. 34-36), que cayó en manos de unos piratas malteses en Sapienza: «Je mangeai tellement de ces viandes demicuites qu'à peine pus-je respirer pendant vingt-quatres heures». Me ha sido imposible conseguir una copia de las obras de este interesante pícaro.

139. Acerca de «la miserable vida de un pobre marinero», Roberts escribe (p. 4): «Estoy seguro de que no hay nada que admita parangón». El trabajo era duro, y escasos los alimentos. Excepto ocasionales sardinas, no había en el mar más que pan, y cuando se capturaba ganado en tierra, la tripulación no probaba la carne más que cuando esta ya se encontraba demasiado descompuesta para el paladar del capitán y los «voluntarios». En cualquier caso, la comida escaseaba para todos con frecuencia. La captura de los prisioneros franceses, según Thévenot, (II, p. 66) supuso un grave problema para los raptores, que ya estaban escasos de alimentos y agua.

140. Por ejemplo, en *Odisea*, IX, 547.

141. *General History of the Pirates*, pp. 230, 252. También encontramos una interesante descripción de los repartos entre los piratas del Mediterráneo del siglo XIII en Miller, *Latins in the Levant*, p. 156 (de Sanudo).

142. *Odisea*, IX, 200.

143. Spon y Wheler, *op. cit.*, I, p. 361.

144. Hughes, *op. cit.*, I, p. 278, donde cita a Douglas, *Dissertation upon Ancient and Modern Greece*, p. 361.

145. Al respecto encontramos interesantes observaciones en Bérard, *l. c.*

146. En Hughes, *op. cit.*, I, p. 361.

147. Plutarco, *Pompeius*, 24.

148. Relación de Barbaro sobre Inglaterra en el 1551 (*Cal. State Papers, Venice, etc.*, V, nº 703).

149. Digest, IX, ii, 28, §15.

150. Cicerón, *Verres*, II, 5, 65-66.

151. Miller, *op. cit.*, p. 618.

152. Thévenot, II, pp. 665, 772. También llegó a ser una práctica oficial. El Pasha de Morea llegó a Lepanto con órdenes de quemar a cuantos corsarios hubiera en el Adriático (Spon y Wheler, II, p. 22).

153. Cicerón, *Verres*, II, 5, 71; 78-79.

154. Plutarco, *Julius*, I; Velleius, II, p. 22).

155. Digest, *l. c.*

156. Cicerón, *Verres*, II, 5, 76; cfr. 4, 21; *de off.*, III, 107; y Digest, citado más adelante, p. 50.

157. Digest, I, xviii, 3: «Nam et in mandatis principum est ut curet is, qui provincia praeest, malis hominibus provinciam purgare nec distinguuntur unde sint».

158. *Ib.*, IX, ii, 4.

159. Digest, XIV, ii, 3: «Si navis a piratis redempta, Servius Ofilius Labeo omnes conferre debere aiunt: quod vero praedones abstulerunt, eum perdere cuius fuerint nec conferendum ei qui suas merces redemerint». *Lex Rodhia de iactu.*

160. *I. G.*, XII, 3, 171, ἀξίως τῆς ἑαυτῶν (sic), μ[οχθηρίας.

161. El dibujo es una copia mía del original de Atenas de E. Tankard, a quien debo mi más profundo agradecimiento. La vasijaen cuestión

aparece también en Dumont y Chaplain, *Céramique de la Gréce propre*, p. 385, xxiii, donde se explica la escena de forma similar.

Debo agradecer al señor A. M. Woodward, director de la Escuela Británica en Atenas, la siguiente nota indicativa: «Atenas, Museo Nacional, primera sala de vasijas, vitrina 14, número 487 del museo. Hallada en Pikrodaphini en Ática. Altura: 28 centímetros. *Lekhytos* de pintura negra sobre fondo blanco, casi toda la pigmentación se ha descascarillado o ha tomado un color marrón pálido; ha sido rota en varios pedazos y cuidadosamente recompuesta».

Debo también mi mayor agradecimiento al *ephoros* responsable y al director del Museo Nacional (Dr. Kastriotes y Dr. Kourouniotes) por permitir la reproducción de la vasija y al señor Woodward por conseguir el permiso.

No puedo evitar especular con la posibilidad de que la historia que leemos en Herodoto, IV, 154, presente reminiscencias de esta forma, de tortura que, en esa ocasión, padecía una mujer.

162. Airma Thévenot, *op. cit.*, I, p. 343, que la ciudad de Kimolos fue incendiada por los corsarios en 1638. El plano de la ciudad antes descrito tuvo que ser trazado poco después de esa fecha.

CAPÍTULO II

1. En el *Thasaurus* encontramos una etimología distinta, περᾶν: «quoniam mare semper pererrant et navigantibus invadunt: quam ob causam et περιδίνους nominari». (Platón, *Legg.*, VI, 777; cfr. Atheneo, VI, 264. No obstante, estos se refieren más bien a ladrones).

2. Duris de Samos (contemporáneo de Teofrasto) *ap.* Schol. Eurip., *Hecuba*, 933, usa πειρατεύειν, lo que implica la existencia de la palabra πειρατής. πειρατής se ha documentado en inscripciones del siglo tercero a. C. (Dittenberger, *Sylloge*, 521), si bien ληιστής era aún más frecuente en esa época. (*I. G.*, XII, 3, 1291; IX, 1, 873; Dittenberger, *Sylloge*, 581; 1225). Ambas formas aparecen en una sentencia de Éfeso del siglo segundo (*I. G.*, XII, 3, 171). Desde principios del siguiente siglo se impone πειρατής (así en *I. G.*, IX, 1, 873; XII, 5, 653; *ib.*, 860; IV, 2; *Mon. Anc.*, XXV:

θαλάσσην πειρατευομένην.) λῃστής, no obstante, sigue apareciendo en ciertas ocasiones en documentos oficiales hasta fecha tardía (así en *Arch. Ep. Mitt.*, XI, 37; *I. G. Rom.*, IV, 219). Es significativo el hecho de que en un documento de en torno a los años 200-197 a. C., la palabra πειρατεύειν aparece para referirse a las acciones de los comisionados (Dittenberger, *Sylloge*, 582), lo que demuestra que ya entonces πειρατής había tomado el valor de λῃστής. Cfr. este uso con Polibio.

3. El Profesor Batt me facilitó esta definición tomada del *Law Lexicon* (edición de 1911) de Wharton.

4. Hall, *apud* Barclay, *Law and Usage of War.*

5. *Vid. supra*, p. 14.

6. Digest, XLIX, 15, 24.

7. Cfr. Wheaton, *Elements of International Law* (5ª edición de Coleman Philippson, 1916), p. 205: «Una agresión en alta mar no constituirá un acto de piratería *iure gentium* cuando el barco que la sufra no deje de estar bajo la autoridad del estado al que pertenecía. El rasgo fundamental del acto de piratería lo constituye precisamente el arrebatar al estado de origen la autoridad sobre aquel».

8. Cfr. Andócides, *De Myst.*, 138: ἔτι δὲ πολέμου γενομένου καὶ τριηρῶν ἀεὶ κατὰ θάλατταν οὐσῶν καὶ λῃστῶν, ὑφ᾽ ὧν πολλοὶ ληφθέντες, ἀπολέσαντες τὰ ὄντα, δουλεύοντες τὸν βίον διετέλεσαν.

9. Véase Maine, *Ancient Law*, p. 260, sobre el hecho de que, tras el estallido de los conflictos, toda propiedad privada dejara de serlo para los combatientes.

10. Demóstenes, XXIV, *arg.*, 1 y §§ 11-12. Véase Wayte *ad loc.* y Schäfer, *Demóstenes*, I, p. 330.

11. Demóstenes, LI, 13: διὰ τὰς ὑπὸ τούτων ἀνδροληψίας καὶ σύλας κατεσκευασμένας.

12. Tucídides, V, 115: ἐκήρυξαν δὲ εἴ τις βούλεται παρὰ σφῶν Αθηναίους λήζεσθαι. Cfr. Jenofonte, *Hell.*, V, 1, 2: ξυνδόξαν και τοῖς ἐφόροις ἐφίησι (Eteonicus) ληίζεσθαι τὸν βουλόμενον ἐκ τῆς Αττικῆς.

13. Polibio utiliza las expresiones ῥύσια καταγγέλλειν y λάφυρον ἐπικηρύττειν. IV, 53: El pueblo de Eleuterna τὸ μὲν πρῶτον ῥύσια

κατήγγειλαν τοῖς Ῥοδίοις (como venganza de una supuesta ofensa) μετὰ δὲ ταῦτα πόλεμον ἐξήνεγκαν. XXII, 4: A raíz del fracaso de los beocios en su intento de lograr una tregua con los aqueos, Philopoemen ἀπέδωκε τοῖς αἰτουμένοις τὰ ρύσια κατὰ τῶν Βοιώτων. Encontramos un interesante ejemplo de ῥύσια en XXXII, 7. En XXII, 4, hallamos un caso de represalia encomendada a individuos concretos más que un permiso general concedido a todos los aqueos. Cfr., asimismo, el uso de la forma συλᾶν, que analizaremos más adelante, y el de ῥυσιάζειν en Dittenberger, *Sylloge*, 629 (la alianza etolia y Eumenes II) μηθένα ἄγειν μηδὲ ῥυσ[ιάζειν τινά] ἐντὸς τῶν ὁρίων (del templo de Athene Nikephoros en Pérgamo) εἰ δέ τίς κα ἄγῃ ἢ ῥυσιάξῃ ἢ ἀποβιάξαιτο ἢ διεγγυάσῃ κ. τ. λ. El más temprano testimonio de la palabra ῥύσιον lo encontramos en *Ilíada*, XI, 674, ῥύσι᾽ ἐλαυνόμενος, para referirse a un saqueo de Elis como represalia por un anterior asalto de los elianos (véase más adelante, p. 58), cfr. *Et. Mag., s. v.*: ἀντὶ τοῦ ἐνέχυρα τὰ ἀντί τινων ἑλκόμενα ἅπερ ἀντὶ τῶν ἡρπασμένων ἁρπάζοαται. Pero la expresión κατὰ ῥύσιον aparece aplicada a los piratas (κακοῦργα πλοῖα) en *I. G.*, XII, 5, 653.

La expresión λάφυρον ἐπικηρύττειν aparece con el mismo sentido en Polibio (IV, 26, 36); λάφυρον ἀποδιδόναι aparece en Dittenberger, *Sylloge*, 535, con el mismo valor que σύλας διδόναι (véase más adelante). La palabra λάφυρον también aparece con frecuencia, sin ningún significado de tipo técnico, para referirse a un botín obtenido en guerra o por los piratas (así en Jenofonte, *Hell.*, V, 1, 24; Dittenberger, *Sylloge*, 521: ὅπως... μηθεὶς ἄχθει ἐπ[ὶ] τὸ λάφυρον, en referencia a un asalto pirata; cfr. los λαφυροπώλια de los piratas en Side (Estrabón, XIV, 664). Sobre el λάφυρον ἀπὸ λαφύρου etolio véase más adelante, p. 108.

14. Demóstenes, XXI, 82. Aun el caso de que el texto citado de dicha ley no fuera auténtico, resulta evidente que su contenido esencial nos lo ofrece el mismo orador en el siguiente apartado. Véase también § 218. Otro interesante caso de represalia lo encontramos en Pausanias, IV, 4, donde se dice que el mesenio Euaephnos, al no conseguir que las autoridades espartanas enjuiciaran al asesino de su hijo, se propuso acabar con cuantos ciudadanos de Esparta cayeran en sus manos. Glotz, en *La Solidarité de la Famille*, p. 213, observa en el tributo de las siete jóvenes doncellas de Ática por la muerte de Androgeos un

temprano intento de restricción del ejercicio de la represalia universal (Plutarco, *Theseus*, 15; Diod. Sic., IV, 61).

15. LI, 13 (*vid. supra*, p. 92).

16. Encontramos algunas consideraciones de interés acerca del robo considerado más como un perjuicio privado que público (incluso entre ciudadanos) y sobre los medios de reparación de los daños en Vinogradoff, *Historical Jurisprudence*, I, p. 356. Véase la etimología que este autor atribuye a la palabra *ransack* ('saqueo') con el significado de búsqueda de bienes robados (cfr. Murray, *New English Dictionary, s. v).* Véase apéndice B (p. 59).

17. En las inscripciones, la palabra suele tener el sentido técnico que ya hemos comentado, pero en Dittenberger, *Sylloge*, 372, aparece utilizada para aludir al desembarco de los piratas en Samotracia para saquear los exvotos del templo. En dos de estos casos es dudosa la interpretación de συλᾶν, σύλη en sentido técnico (véase más adelante, pp. 61, 79).

18. Véase el acuerdo entre Lyttos y Malla (*G. D. I.*, 5100). Sobre el tratado suscrito por Oeantheia y Chaleion, véase más adelante, p. 61. No es posible profundizar aquí en la serie de acuerdos que garantizaban la ἀσυλία a comunidades e individuos. Entre los más interesantes se encuentran los decretos del Amphictyon de Delfos (*I. G.* II, 551) que otorgaba inmunidad a los actores atenienses, excepto en los casos de endeudamiento: μὴ ἐξέστω δὲ μηδενὶ ἄγειν τὸν τ[εχνίταν μήτε] πολέμου μήτε εἰρήνας μηδὲ συλᾶν [πλὴν ἐὰν χρέ]ος ἔχων πόλει ᾖ ὑπόχρεως καὶ ἐὰν ἰδ[ίᾳ ᾖ ἰδιώτ]ου ὑπόχρεος ὁ τεχνίτας. Cf. *Ins. Jurid. Gr.*, I, p. 148, εἶναι δέ αὐτῶι ἀσυλίαν ἐργαζομένωι τὰ πρὸς τὴν πόλιν... καὶ αὐτῶι καὶ τοῖς μετὰ Χαιρεφάνους ἐργαζομένοις ἅπασιν... πλὴν εἴ τις σῦλον κατὰ τῆς πόλεως ἔχει· τούτω[ι δὲ μὴ ἐξεῖναι συλᾶν τοὺς μετὰ] Χαιρεφάνους πρὶν ἂν διαλύσωνται πρὸς τὴν πόλιν πάντ]α. (Chaerephanes se comprometió a drenar un pantano para los habitantes de Eretria). Entre las inscripciones de los ἀσυλίαι de Teos (*G. D. I.*, 5165-5180; Michel, 51-68), la número 58 de Michel atestigua que toda violación de un acuerdo era punible con la toma de represalias que podían llevar a cabo cualquiera de los ciudadanos de Teos: εἴ τινες τῶν ὁρμιομένων Ἀρκάδων ἀδικήσωντί τινα Τηΐων ἢ κοινᾶι ἢ ἰδίαι παρ τὸ γραφὲν δόγμα περὶ τὰς ἀσυλίας ὑπὸ τῆς

πόλιος τᾶς Ἀρκάδων ἐξέστω τῶι παραγενομένωι Τηΐων ἐπιλαβέσθαι καὶ τῶν σωμάτων καὶ χρημάτων, αἴ τίς κα ἄγηι.

19. Wharton, *op. cit., s. v.*, define las «patentes de corso», según el sentido originario de la expresión, como «una comisión extraordinaria de represalia otorgada a los mercantes que hubieran sido capturados y sufrido expolio en el mar por acción de extranjeros, concedida por los secretarios de estado, con la aprobación del soberano y la asamblea, y, por lo general, en tiempos de guerra». Este era el sentido originario de las «patentes de corso» otorgadas a los propietarios de navíos particulares que, de esta manera, se convertían en comisionados.

Sobre las formas σύλας o σῦλα διδόναι, véase Demóstenes, XXXV, 23 y 26. Wayte, en Demóstenes, XXIV,*arg*. II, intenta esbozar una distinción entre σῦλα y σῦλαι, atribuyendo a esta última los derechos de captura, y a la primera la propiedad de la nave capturada. Sin embargo, resulta imposible sostener dicha distinción. τὸ σῦλον, en Hicks y Hill, 44, aparece, claramente, con el sentido de «objeto capturado», pero en Dittenberger, *Sylloge*, 10, encontramos la forma ἡ σύλη con idéntico valor. La distinción de nuevo se viene abajo en *Ins. Jurid. Gr.*, I, p. 148 (antes citado) y en Arist. *Oec.*, II, 1347b (véase más adelante). Cfr. en *I. G.*, XII, 5, 24 ἐσσύλωι ἀσυλίαν. (En *C. I. G.*, 2557 y Michel, 41, habría que leer, probablemente, περὶ τῶ σύλω en lugar de περὶ τῶσύλω. Se ha intentado establecer una distinción similar entre ἀνδρολήψιον, el «derecho» (Pollux, VIII, 41, 50) y ἀνδροληψία (Demóstenes, *loc. cit.*; Pollux, VIII, 51: ἀνδροληψίᾳ κεχρημένος), la «práctica». (Véase Philippson, *International Law and Custom of ancient Greece and Rome*, II, p. 350). Pero no resulta fácil sostenerla a la vista del uso similar de las formas συμβολή, σύμβολον, sobre las que Hitzig (*Altgriech, Staatsverträge*, p. 31) afirma que σύμβολον no es más que una forma posterior a συμβολή, siendo la primera de uso general después del año 177 a. C.

20. Cfr. (Arist.) *Oec., loc. cit.* (en Chalcedon): εἴ τις τῶν πολιτῶν ἢ μετοίκων σῦλον ἔχει κατὰ πόλεως ἢ ἰδιώτου.

21. *Vid. supra*, p. 52. Lysias, XXX, 22: Βοιώτους δὲ σύλας ποιουμένους ὅτι οὐ δυνάμεθα δύο τάλαντα ἀποδοῦναι. (Aquí los σῦλαι se utilizan para cobrar una deuda pública). En Demóstenes, XXXV, 23: «ὅπου ἂν μὴ σῦλαι ὦσιν Ἀθηναίοις», resulta obvio que ello se extiende a todos los

ciudadanos de ambas partes, si bien no aparece con claridad si eran los atenienses quienes habían de temer represalia o eran ellos los que tenían el derecho a ejercerla. En Demóstenes, VIII, 25, se dice que los extranjeros pagaban a los generales atenienses para obtener inmunidad, pero no sabemos con certeza si los generales llevaban a cabo represalias o si los altos mandos militares de Atenas actuaban en nombre de ciertos individuos que fueran sus amigos. Teniendo en cuenta LI, 13, quizá sea esto último lo más probable.

22. Sobre esta cuestión, véase Philippson, *op. cit.*, II, pp. 349 *et seq.*; Gilbert, *Gr. Staatsaltertümer*, II, p. 381 *et seq.*; Hitzig, *op. cit*, pp. 39 *et seq.*

23. Merece la pena llamar la atención sobre los esfuerzos del gobierno persa en el año 491 a. C. por lograr la pacificación de Jonia instando a los diferentes estados a adoptar el sistema de la δωσιδικία y abandonar sus inacabables disputas (Herodoto, VI, 42: συνθήκας σφίσι αὐτοῖσι τοὺς Ἴωνας ἠνάγκασε [Artaphernes] ποιεῖσθαι, ἵνα δωσίδικοι εἶεν καὶ μὴ ἀλλήλους φέροιέν τε καὶ ἄγοιεν).

24. La doctrina, sin embargo, aparece formulada con claridad en Cicerón, *De Republica*, I, 39: «Est igitur respublica res populi, populus autem non omnis hominum coetus quoquo modo congregatus, sed coetus multitudinis iuris consensu et utilitatis communione sociatus». Pero es evidente que surgirían dificultades en su aplicación práctica. La distinción griega entre «helenos» y «bárbaros» (formulada en su forma más cruda en Platón, *República*, V, 470c y Aristóteles, *Política*, I, 1252b) remite a un fuerte rechazo, incluso entre los mismos griegos, en tiempos post-alejandrinos (cfr. Eratosthenes *apud* Estrabón, I, 66: βέλτιον εἶναί φησιν ἀρετῇ καὶ κακίᾳ διαιρεῖν ταῦτα, πολλοὺς γὰρ καὶ τῶν Ἑλλήνων εἶναι κακοὺς καὶ τῶν βαρβάρων ἀστείους).

25. Véase más adelante, p. 132.

26. Véase más adelante, p. 81.

27. Gaius, en *Digest*, XLVII, 22, 4: «Sed haec lex videtur ex lege Solonis tralata esse. Nam illuc ita est: ἐὰν δὲ δῆμος ἢ φράτορες ἢ ἱερῶν ὀργίων ἢ ναῦται ἢ σύσσιτοι ἢ ὁμόταφοι ἢ θιασῶται ἢ ἐπὶ λείαν οἰχόμενοι ἢ εἰς ἐμπορίαν ὅτι ἂν τούτων διαθῶνται πρὸς ἀλλήλους κύριον εἶναι ἐὰν μή ἀπαγορεύσῃ δημόσια γράμματα.

No hay nada que permita aseverar que ἐπὶ λείαν se refiera a las represalias, tal como supone Dareste (*Rev. Et. Gr.*, 1889, p. 311).

28. Cfr. Jenofonte, *Anabasis*, VI, 1, 7-8, donde encontramos la danza armada de aenianos y magnetes que recibía el nombre de *Carpaia*: Ὁ δὲ τρόπος τῆς ὀρχήσεως ἦν ὅδε· ὁ μὲν παραθέμενος τὰ ὅπλα σπείρει καὶ ζευγηλατεῖ, πυκνὰ μεταστρεφόμενος, ὡς φοβούμενος· λῃστὴς δὲ προσέρχεταιί ὁ δ', ἐπειδὰν προίδηται, ἀπαντᾷ ἁρπάσας τὰ ὅπλα, καὶ μάχεται πρὸ τοῦ ζεύγους· καὶ οὗτοι ταῦτ' ἐποίουν ἐν ῥυθμῷ πρὸς τὸν αὐλὸν· καὶ τέλος ὁ λῃστὴς δήσας τὸν ἄνδρα καὶ τὸ ζευγηλάτης τὸν λῃστήν.

29. *Odisea*, III; 71; IX, 252.

30. Véase apéndice C (p. 60).

31. Tucídides, I, 5 (traducción al inglés de Dale).

32. Aristóteles, *Política*, I, 1256a (traducción al inglés de Jowett). Cfr. Platón, Legg., VII, 823: «No permitáis que ningún deseo de cazar hombres ni ejercer la piratería en los mares penetre en vuestras almas y haga de vosotros crueles depredadores sin ley» (traducción al inglés de Jowett).

33. Yo he escrito «bestias salvajes», pero véase Platón, *Sofista*, 222c: Ἀλλ' ἡμᾶς τε ἥμερον, ὦ ξένε, ἡγοῦμαι ζῷον, θήραν τε ἀνθρώπων εἶναι λέγω.

34. Apolodoro, *Bibl.*, II, 1, 5: οὗτος μακρόβιος γενόμενος, πλέων τὴν θάλασσαν, τοῖς ἐμπίπτουσι ἐπὶ θανάτῳ ἐπυρσοφόρει, συνέβη οὖν καὶ αὐτὸν τελευτῆσαι ἐκείνῳ τῷ θανάτῳ.

35. *Ibid.*, III, 2; Sófocles, *Ajax*, 1295.

36. Apolodoro, II, 7, 4; III, 9, 1; Diod. Sic., IV, 33.

37. *Schol.* Aratus, *Phaen.*, 27. Dos de sus hijos fueron Oeax y Nausimedon. (Apolodoro, II, 1, 5).

38. Véase apéndice D (p. 62).

39. Los habitantes del promontorio de Yapigia (Herodoto, III, 138); los nasamones de Syrte (Lucano, IX, 438; Silius Italicus, III, 30); Zimmern (*Greek Commonwealth*, p. 33) hace una interesante observación sobre el islote Myrmex, que se encuentra próximo a Esciros (Herodoto, VII, 183). Véase también Petronio, 114. Los más temibles eran los del Mar Negro que, junto con los tauros y los tracios de Salmydessos, μήτρυια

νεῶν, desarrollaron un sistema perfectamente organizado de saqueo de los barcos que lograban hacer naufragar (Jenofonte, *Anabasis*, VII, 5, 12; véase también VI, 2, 2, acerca de otra de estas comunidades).

Acerca de las penas con las que los romanos castigaban este delito, véase Digest, XLVII, ix, 4: «Divus Antoninus de his qui praedam ex naufragio diripuissent ita rescripsit: Quod de naufragiis navis et ratis scripsisti mihi, eo pertinet, ut explores, qua poena adficiendos eos putem, qui diripuisse aliqua ex illo probantur et facile, ut opinor, constitui potest: nam plurimum interest, peritura collegerint an quae servari possint flatigiose invaserint. Ideoque si gravior praeda vi adpetita videbitur, liberos quidem fustibus caesos in triennium relegabis aut, si sordidiores sunt, in opus publicum eiusdem temporis dabis: servos flagellis caesos in metallum damnabis. Si non magnae pecuniae res fuerint, liberos fustibus, servos flagellis caesos dimittere poteris».

40. Aristóteles, *Política*, 1256b (Jowett): διὸ καὶ ἡ πολεμικὴ φύσει κτητική πως ἔσται.

41. Tucídides, I, 5: κέρδους τοῦ σφετέρου αὐτῶν ἕνεκα καὶ τοῖς ἀσθενέσι τποφῆς.

42. Véase al respecto Francotte, *L'Industrie dans la Greece*, p. 270. Encontramos varias observaciones de interés en Wallon, *Histoire de l'Esclavage*, (2ª edición), pp. 161 *et seq*. En época antigua, la piratería y la guerra constituían en Grecia dos fuentes fundamentales que alimentaban el mercado de esclavos, siendo la primera constante y la última sólo coyuntural; (cfr. Beauchet, *Droit Privé*, II, 411: «La guerre n'était qu'un mode de recrutement intermittant de l'esclavage, mais la piraterie y subvenait d'une façon continue»). Cfr. Dio. Chrys., XV, 242: τοὺς γὰρ πρώτους δούλους οὐκ εἶκος ἐκ δούλων φῦναι τὴν ἀρχὴν ἀλλὰ ὑπὸ ληστείας ἢ πολέμου κρατηθέντας οὕτως ἀναγκασθῆναι δουλεύειν τοῖς λάβουσι y Aristóteles, *Política*, VII, 1333b-1334a, justifica el uso de la guerra para la obtención de esclavos entre los bárbaros. En el siglo primero a. C., los piratas cilicianos eran los grandes proveedores de esclavos del mundo romano (véase más adelante, p. 159).

43. *Odisea*, XIX, 395; *Ilíada*, X, 265.

44. *Odisea*, XXIII, 357.

45. *Ilíada*, IX, 406; XVIII, 28; *Odisea*, I, 398.

46. Odisea, III, 7; XVI, 424; XVII, 425: ληίστηρες πολύπλαγκτοι; XVI, 427: Τάφιοι ληίστορες ἄνδρες.

47. Sobre el botín de Troya, véase *Ilíada*, IX, 138, 280; XVIII, 327; *Odisea*, III, 106; V, 40; X, 41; XIII, 262.

48. *Odisea*, XIV, 86.

49. Sobre el robo de ganado, véase *Ilíada*, XI, 677; Hymn, *Hermes*, 330 (cfr. 335). En Hesíodo, *Teogonía*, 444, aparece claramente con el significado de «ganado». Las palabras ληΐζομαι, ληΐς, etc., provienen de la raíz λαF, que también es el origen de ἀπολαύειν y del latín *lu-crum*. Véase Curtius, *Principles of Gk. Etymology* (E. T., 1886), I, p. 439, citado en Glotz, *op. cit.*, p. 200, y Boisacq, *Dict. Etymol.*: ἀπολαύειν, λεία. Cfr. Vinogradoff, *op. cit.*, I, p. 357: «Es, cuando menos, llamativo, el hecho de que varias de las expresiones utilizadas para referirse a la propiedad en las lenguas indoeuropeas se remonten a la noción de conquista, de obtención de un botín. El italiano *roba*, que significa "bienes", "propiedad individual", no sería sino el teutónico *Raub*, "producto de un robo"; mientras que el latín *praedium*, afirma, se relacionaría con *praeda*, "botín"».

50. Hesíodo, *Erg.*, 163. Uno de los más famosos saqueos de ganado fue el que protagonizaron los *dioscuri* y los *apharidae*, *Cypria*, XI (texto de Oxford), Apolodoro, III, 11, 2. Sobre la violación de mujeres y las represalias véase *Cypria*, X, Hellanicus, *Fr.*, 74 (*F. H. G.*, I, p. 55).

51. *Ilíada*, III, 106; VI, 421; cfr. el episodio del escudo, *Ilíada*, XVIII, 520 *et seq.*

52. *Ilíada*, XI, 670-761.

53. *Ilíada*, XVIII, 488 *et seq.*

54. *Odisea*, XXI, 15 *et seq.*

55. *Odisea*, XVI, 424-430: οἱ δ᾽ ἡμῖν ἄρθμιοι ἦσαν.

CAPÍTULO III

1. Tucídides, I, 4. (Hallamos un curioso relato en Plutarco, *Theseus*, 19, de Cleidemus sobre el trabajo de vigilancia realizado por Jasón y los Argonautas.

2. Véase, *B. S. A.*, XVII, pp. 11 *et seq.*

3. Evans, *The Palace of Minos at Gnossos*, I, p. 398; véase también Burrows, *The Discoveries in Crete*, p. 17.

4. Knudtzon, *Die El-Amarna Tafeln*, I, nº 38. Los ataques contra Alašia fueron, sin duda, obra de los piratas, y no de los invasores habituales. El faraón en cuestión posiblemente fuera Akenatón (aproximadamente 1375-1358); véase Knudtzon, *op. cit.*, nº 33, 9-11. Acerca de la posible localización de Alašia en el norte de Siria, véase Wainwright, *Klio*, XIV, pp. 1 *et seq.* Hall, en *Anatolian Studies*, p. 178, se inclina hacia la hipótesis de que se tratara de la posterior Elaeussa, en la costa de la Cilicia Trachea.

5. Knudtzon, II, p. 1084; Meyer, *Geschichte des Altertums*, I, 2, § 515.

6. Véase Breasted, *Ancient Records*, III, p. 129, nota b, con especial atención a la conclusión de § 306: «No dejó oro ni plata algunos en su tierra, sino que se hizo con todo el metal y lo repartió entre las otras regiones para que entraran junto a él en batalla». De las varias identificaciones propuestas, los luka y kelekesh (conservo las denominaciones utilizadas por Breasted a lo largo de todo el párrafo) parece que pueden ser considerados con bastante seguridad licios y cilicianos (véase Hall, *B. S. A.*, VIII, p. 178). El resto de las denominaciones parecen más dudosas; los pedes podrían ser los pisidios o las gentes de Pedasos, en Caria (Hall, *l. c.*; cfr. Herodoto, I, 175; VI, 20; VIII, 104). Respecto a los derden, es posible que se trate de los dárdanos de la Tróade. Los demás ofrecen mayores dudas. Los mesa, o masa, se han identificado con los misianos. En cuanto a los erwenet de Breasted, Hall, siguiendo a Petrie, sugiere que se trata de los habitantes de Ariwen-na (Oroanda). Otras de las denominaciones propuestas han sido las de maenios (Maunna) y gentes de Ilión (Iliunna). Debo lamentar que no me haya sido posible servirme del minucioso examen del Dr.

Hall acerca de los nombres de estos «pueblos del mar «que se encuentra en *The Cambridge Ancient History*, vol. II, cap. XII.

7. Breasted, III, § 574.

8. *Ib.*, §§ 568, 601.

9. *Ib.*, §§ 574, 579.

10. Véanse las notas de Breasted a los §§ 580 y 617.

11. *Ib.*, IV, § 44.

12. *Ib.*, § 64.

13. Véase Breasted, IV, p. 33.

14. Breasted, IV, § 565 (Papiro Golénischeff): «Llegué a Dor, ciudad de los thekel».

15. Knudtzon, *op. cit*, I, nº 151 (carta de Abimilki de Tiro): «El rey, mi señor, me escribió: "cuanto sepas de Kinahna (Canaán), házmelo saber'. El rey de los danuna ha muerto y su hermano le va a suceder». Si los danuna de esta carta se corresponden con los denyen, habría que desechar la hipótesis propuesta acerca de la identificación de estos con los Δαναοί homéricos; aunque en Breasted, IV, § 403 (papiro Harris), se habla de los «denyen de las islas».

16. Breasted, IV, § 73; Champollion, *Monuments*, CCXX, *bis*.

17. Champollion, *Monuments*, CCXXII, CCXXIII.

18. Macalister, *Philistines*, p. 15; Evans, *Scripta Minoa*, pp. 77 *et seq.* Wainwright, *Annals of Archaeology and Anthropology*, VI, p. 72.

19. Acerca de la posible existencia de un elemento aqueo entre los fenicios de época tardía, véase Wooley, *Syria*, II, pp. 189, 190.

20. Herodoto, VII, 92: εἶχον... περὶ τῇσι κεφαλῇσι πίλους πτεροῖσι περιεστεφανωμένους. Véase Max Müller, *Asien und Europa*, p. 362.

21. Evans, *Scripta Minoa*, pp. 25-27; *The Palace of Minos*, pp. 654 *et seq.* Un excelente resumen de los rasgos característicos de los salteadores anatolios lo encontramos en Wainwright, *op. cit.*, p. 64, nº 4. Véase también A. J. Reinach, *Rev. Arch.*, 1910, pp. 20 *et seq.*, y Wooley, *Annals of Archaeology*, IX, pp. 53, 54.

22. Dicha identificación, que propuso por primera vez Maspero, (véase Hall, *l. c.*) es mucho más probable que la que los vincularía a los Σικελοί. Los nombres de las ciudades pisidias de Sagalassos (también llamada Selgessos, Estrabón, XII, 569) y Selge bien pudieron haber conservado las huellas de la antigua raza.

23. El testimonio plástico de la captura de un tursha (Champollion, *Monuments*, CCIII) se encuentra, desafortunadamente, muy deteriorado, pero el casco parece similar al de las figuras que encontramos en Chantre, *Mission in Cappadoce*, pl. XXIV, fig. 2 (de las que se afirma que proceden de Carchemish), fig. 109, etc. Si estos fueron los mismos Τυρσηνοί que habitaron más tarde en Lemnos o los Τυρρηνοί de la península Itálica sigue siendo una incertidumbre, pero véase Meyer, *G. D. A*, I, 2, § 515. Resulta significativo el hecho de que durante este reinado no se les mencione entre los invasores de la gran guerra del año 8, mientras que aparecen junto a los hititas, amoritas, thekel, shardana, bedwi y peleset en la guerra de Siria, probablemente en el siglo 11 (Breasted, IV, § 129).

24. En las cartas de Tell-el-Amarna (época de Akenatón) se alude a los Širdan como integrantes de tropas al servicio de Egipto (Knudtzon, *op. cit.*, I, números 81, 122, 123; véase la nota en II, p. 1166). Los shardana invasores (Š-r-d-n) aparecen mencionados en la inscripción de Karnak de Merneptah (Breasted, III, §§ 574, 579, 588, 601 entre las «gentes que llegaban de todas las tierras del norte») y en las inscripciones de Medinet Habu de Ramsés III (Breasted, IV, § 129), como «los shardana del mar». El casco del shardana cautivo (Champollion, Monuments, CCIII) es idéntico al de los mercenarios extranjeros (sin nombre) de las tropas egipcias en Champollion, CCXIX, CCXXVIII. La tripulación de uno de los barcos invasores (sin nombre) que aparece en estos relieves (Champollion, CCXXII, CCXXIII) muestran similar atavío con la excepción de que el casco en forma de cuerno no lleva el disco o la esfera que aparece en Champollion, CCIII, CCXIX, CCXXVIII.

Parece evidente que durante las dinastías decimonovena y vigésima (y también durante la decimooctava, si es que se trata de los mismos Širdan de las tablillas de Tell-el-Amarna) el término «shardana» fue utilizado para designar en general a todos estos mercenarios extranjeros de los faraones, estando dichas tropas, al igual que

las de los aqueos en la *Odisea*, (véase más adelante) formadas en su mayor parte por los individuos que habían quedado de entre los invasores vencidos. Cfr. Breasted, III, § 307: «Los shardana cautivos de su majestad por su espada victoriosa» (Ramsés II); cfr. III, § 91, donde parece que algunos de ellos habían intervenido en las invasiones que se produjeron durante el reinado de Merneptah (véase Breasted, nota C a § 491). Acerca de los shardana mercenarios durante el reinado de Ramsés III, véase Breasted, IV, §§ 397, 402, 410 (papiro Harris). Aunque podemos observar que su atavío solía ser muy similar al de los shardana invasores, se trataba, probablemente, de gentes de distintos orígenes. En Champollion, CCV, encontramos a los mercenarios, a veces, con el mismo atavío que solían ostentar los shardana, y, a veces, también como el de los thekel o el de los peleset (así en Champollion, CCIII, CCXX, CCXXVI, CCXXXI *bis*).

El nombre de los shardana se ha relacionado con Sardis y con Cerdeña, pero las comparaciones establecidas con el arte sardinio tardío no resultan demasiado convincentes. (Véase Max Müller, *Asien und Europa*, p. 372).

25. W-š-š. Véase el índice de nombres propios de persona (Ουαοας, Ουαουας, Ουουας, Ουασις, Ουασσος, etc.) de Licia, Pisidia y Cilicia que aparecen en Sundwall, Einheimischen Namen der Lykier, p. 240. Sobre Ουασαδα en Licaonia, véase *B. S. A.*, IX, p. 266; *J. R. S.*, XII, p 56.

26. Para más detalles, véase más adelante, p. 151. Adelanto ahora este dato como mera sugerencia, pero considérese, al menos, tan probable como la común identificación de los thekel (T-k-k-r) con los teucros de Chipre. (Es posible que tanto los teucros de Chipre como los de Cilicia tengan antepasados comunes). Esto resultaría aún más probable de ser correcta la localización de la región de Keftiu establecida por Wainwright en la Cilicia oriental (*l. c.*, pp. 33, 75). Los thekel y los peleset aparecen íntimamente relacionados en los testimonios plásticos egipcios, y es evidente, además, que procedían de las mismas provincias. (Sobre la identificación de Keftiu con Caphtor, el territorio tradicionalmente atribuido a los filisteos, véase Macalister, *op. cit.*, pp. 5-7; Wainwright, p. 95. Es necesario advertir, no obstante, que Hall, en *Anatolian Studies*, p. 182, aún apoya la identificación sugerida por Petrie del nombre de thekel con el moderno «zakro» de Creta).

27. *Ilíada*, VI, 290.

28. *Odisea*, IV, 80-90. El barco de Roberts navegó durante nueve años en su primer viaje, y durante cuatro en el segundo (*op. cit.*, p. 9). Las galeras maltesas no pudieron resistir en el mar más de cinco años. Las dos galeras de Thévenot navegaron durante treinta y cuarenta meses, respectivamente (II, p. 715).

29. *Odisea*, XIV, 455.

30. *Odisea*, XIV, 199 *et seq.*; con variantes en *Odisea*, XVI, 424 *et seq.*

31. XIV, 225: ἀλλ᾽ ἀσκηθέες καὶ ἄνουσοι ἥμεθα. Bérard, *op. cit.*, II, p. 27, presenta interesantes observaciones acerca de los estragos causados por la νόσος, normalmente viruela, entre los corsarios franceses.

32. Cfr. Breasted, III, § 616: «Los rebaños de los campos abandonados quedan sin pastores cruzando (en libertad) toda la anchura del río. No hay un solo grito en la noche para decir: «¡parad!, mirad que alguien viene, que alguien viene hablando una lengua extranjera». (Himno a la victoria de Merneptah).

33. Cfr. Breasted, IV, § 80: «Súplica del peleset vencido: "concédenos el aire para respirar, oh rey, hijo de Amón"».

34. *Ib.*, § 403: «Los shardana y los weshwesh del mar, tan numerosos como las arenas, eran eliminados, capturados todos a un tiempo y traídos a Egipto como cautivos. Se les confinaba en los fuertes que yo mandé construir. Pertenecían a cientos de clases distintas. Yo cada año los clasificaba, separando el grano de la paja, en aquellos como almacenes o graneros».

35. Según la tradición, hacia el 1200 a. C.; así en Mar. Par. (*I. G.*, XII, 5, 44) 1208/7.

36. Véase *I. G. Rom.*, IV, 1057 y Domaszewski, *Rhein. Museum*, LVIII, p. 384, que afirma que la misión que se encomendó a Salustio Víctor τὸν ἐπὶ πᾶσαν θάλασσαν ἡγησάμενον εἰρήνης μετ᾽ ἐξουσίας σιδήρου, fue motivada por la piratería que de nuevo perturbaba el Mediterráneo.

37. Zosimus, I, 28; Ammiam. Marc. XXXI, 5, 15; Dexippus, *fr.* 21 (Hist. Gr. Minores, I. p. 189, Teubner) acerca del asedio de Side.

38. *Provinces*, I, p. 243.

39. Véanse Zosimus, I, 29-37; 39-45; Zonaras, XII, 25; Orosius, VII, 22, § 7; 23; Eutropius, IX, 11; *Vita Gall.*, 5-6, 12-13; *Vita Claud.*, 6-9.

40. Dexippus, *fr.* 23 (véase más adelante).

41. *I. G. Rom.*, III, 481, una inscripción que retrata con vividez la impotencia del gobierno romano para proteger a sus súbditos (véase Domaszewski, *op. cit.*, p. 227). Cfr. *Or. Sib.*, XIII, 139 (citado en Treuber, *Gesch. der Lykier*, p. 219):

    ὦ Λύκιοι Λύκιοι λύκος ἔρχεται αἷμα λιχμῆναι
    Σάννοι ὅταν ἔλθωσι συν Ἄρηι πτολιπόρθῳ
    Και Κάρποι πελάσωσιν ἐπ᾽ Αὐσονίοισι μάχεσθαι.

    Acerca de los Κάρποι, véase Zosimus, I, 31.

42. *Hist. Aug. Triginta Tyr.*, XXVI (Teubner, II, p. 123): «Quem cum alii archipiratam vocassent, ipse se imperatorem apellavit».

43. *Vita Probi*, 16: «Quae cum peragrasset hoc dixit: "Facilius est ab istis locis latrones arceri quam tolli"». Zosimus, I, 69; IV, 24; Migne, *Patrol. Gr.*, LXXXV, 474 *et seq.*

44. *Odisea*, XIX, 172 *et seq.*

45. Véase Myres, *J. H. S.*, XXVII, p. 177.

46. Hallamos una pintoresca descripción en Murray, *Rise of the Greek Epic*, pp. 72 *et seq.*

47. Herodoto, II, 152.

48. Winckler, *Der alte Orient*, VII, 2, p. 24; King, *J. H. S.*, XXX, p. 331. *Cun. Inscr. West Asia*, I, pl. 36, l. 21.

49. King, *op. cit.*, p. 327 *et seq.*; Hall, *Ancient History of Near East*, pp. 486-487; Olmstead,en *Anatolian Studies*, pp. 289-290.

50. Los más tempranos actos de piratería de los licios (*Heracleides Ponticus, fr.* 15) son interpretados en Treuber, *Gesch. der Lykier*, pp. 89-90, como reminiscencias de la resistencia ofrecida a los colonos rodios en la costa de Licia. Véase también *Ib.*, p. 126.

51. Herodoto, IV, 152.

52. τρώκτης (*Odisea*, XIV, 416).

53. *Odisea*, XV, 440 *et seq.*; Herodoto, I, 1; II, 54.

54. *Odisea*, XIV, 339; Herodoto, I, 24.

55. Véase Beloch, *Griech. Gesch.*, I, 269-270. Acerca de los trabajos que Polícrates imponía a sus prisioneros, véase Herodoto, III, 39. Había una creciente demanda de esclavos griegos en las cortes orientales (véase Herodoto, VII, 105, sobre Panionios, el mercader de esclavos de Quío; I, 48, sobre Periandro y los jóvenes de Corcyria; III, 134, acerca de las costumbres en la corte persa).

56. Acerca de la venta de jóvenes tracios, véase Herodoto, V, 6. Sobre el comercio de esclavos con los fenicios, véase Joel, III, 6.

57. Herodoto, VI, 137-140.

58. Véase Helbig, *Les vases de Dipylon et les Naucraries, Mémoires, Ac. Insc.* (1898), XXXVI, pt. I, pp. 387 *et seq.* Dicho autor considera que las escenas navales que aparecen en los vasos de principios del siglo octavo representan ataques de los piratas contra la costa de Ática. Bien podría ser así, aunque su identificación de los que aparecen como defensores con los *naucrariai* resulta en extremo aventurada (p. 403). Muy poco es lo que sabemos de los Ἀειναῦται de Mileto (Plutarco, Qu. Gr., 32) y, posiblemente, también de Calcis, (Roehl, *I. G. Ant.*, nº 375) como para aceptar su hipótesis de que representan una forma temprana de vigilancia marítima organizada.

59. Polieno, IV, 14 (si el testimonio posee algún valor).

60. Tucídides, I, 13: τὰς ναῦς κτησάμενοι τὸ ληστικὸν καθῄρουν. (Encontramos diferencias entre νῆες y las más tempranas embarcaciones sin cubierta τῷ παλαῳ τρόπῳ ληστικώτερον παρεσκευασμένα (I, 10). Se ha sugerido que en las llamadas «listas de talasocracias» (véase Myres, *J. H. S.*, XXVI, pp. 84 *et seq.*) tenemos el testimonio de los primeros intentos de creación de una policía marítima en el Egeo, pero la primera parte de dicha lista, en cualquier caso, y para bien o mal, no contiene más que vagas alusiones a costumbres tradicionales de ciertos pueblos del mar. No existe una sola prueba que sirva de sustento a la hipótesis de Winckler (*Der Alte Orient*, VII, 2, pp. 21 *et seq.*) acerca de que Midas de Frigia hubiera sido el patrón de una liga de pueblos marinos, y que, tras su derrota ante los asirios, el título oficial de

talasócrata pasara a ser otorgado o conservado por el rey de Asiria. Murray, *op. cit.*, p. 336, sugiere que en las talasocracias de Lidia y Meonia tendríamos una confederación de pueblos costeros de Asia Menor para defenderse de los piratas «carios». Pero, como él mismo señala, el control que ejerció Tracia sobre el mar, no pudo haberse extendido más que a la piratería. (Acerca de los ataques de los tracios en el Egeo, véase Myres, *op. cit.*, p. 126).

61. *Hom. Hymn, Hermes*, 334; *Apollo*, 278.

62. Herodoto, VI, 86. Préstese especial atención a las alusiones a las νόμοι οἱ Ἑλλήνων y a la expresión ὅρκῳ ληίζεσθαι. Cfr, Hesíodo, *Erg.*, 332 (citado por How y Wells *ad* Herodoto):

> εἰ γάρ τις καὶ χερσὶ βίῃ μέγαν ὄλβον ἕληται
> ἢ ὅγ᾽ ἀπὸ γλώσσης ληίσσεται…

63. Herodoto, I, 167. Cfr. el curioso relato de cómo se logró apaciguar a los fantasmas de los marinos asesinados en Temesa (Paus. VI, 6, 8).

64. Véase más adelante, p. 76.

65. III, 107. Véase Beloch, I, pp. 337-338.

66. Plutarco, *Cymon*, 8.

67. Estrabón, VIII, 374. Véase Curtius, *Hermes*, X, pp. 385-392; Wilamowitz, *Gött. Gel. Nachrichten*, 1896, p. 160; pp. 167-170.

68. Alceo, *fr.* 33 (Bergk). Cfr. con los mercenarios griegos en Abusimbel de Hicks y Hill, 3.

69. Arquíloco, *fr.* 59 (Véase Halliday, *The Growth of the City State*, p. 47).

70. Herodoto, III, 57 *et seq.*

71. Véanse las notas de How y Wells a Herodoto, III, 59, al respecto de la relación de los eginios con Creta (la alianza corintio-samia pertenecía ya, no obstante, al pasado, III, 48). Los bucaneros samios de Cidonia también llegarían a constituir un grave peligro para las comunicaciones de Aeginetia con Egipto (II, 78). Acerca de la antigüedad del enfrentamiento entre los eginios y sus rivales en el comercio, los samios, que también fueron uno de los estados con mayores intereses en el comercio con Egipto, véase Herodoto, III, 59.

72. Beaufort, *op. cit.*, p. 114, incluye un revelador pasaje acerca del temor que sintió la tripulación del caique de Cockerell al avistar una fragata que se aproximaba: «Si se hubiera tratado de un barco de guerra turco, sin duda habrían sido saqueados bajo pretexto de exigir un obsequio; si de un barco pirata berberisco, los hombres más jóvenes habrían sido raptados para exigir por ellos un rescate; e incluso si hubiera resultado ser un barco mercante griego, tampoco ello habría supuesto ninguna garantía de seguridad, pues cuando uno de estas enormes polacras se encontraba con compatriotas suyos que viajaban en tales naves por aguas poco frecuentadas, tenían por costumbre obligarles a prestar sus servicios para asistir en la carga del barco o quedarse con su cargamento imponiendo sus propios precios de manera arbitraria».

73. *Vid. supra*, p. 17.

74. Plutarco, *Qu. Graec.*, 55.

75. L. Curtius, *Ath. Mitt.*, XXXI, pp. 151 *et seq*; Dittenberger, *Sylloge*, 10. La estatua aparece reproducida en Ure, *Origin of Tyranny*, fig. 10, pero por error aparece descrita como una representación del mismo Eaces.

76. Herodoto, II, 182; III, 39, 139. El hijo de Silosón tuvo también el nombre de Eaces (VI, 13).

77. Curtius, *l. c.*; Pomtow, en Dittenberger, *l. c.*, cree que las letras de la inscripción fueron grabadas de nuevo por el Eaces más joven a comienzos del siglo quinto.

78. Ure, *op. cit.*, pp. 81-82, malinterpreta a Curtius al afirmar que las ganancias obtenidas en viaje a Tartessos eran conocidas con el nombre de σύλη y que, más tarde, el término se extendería hasta designar a todo tipo de ganancias logradas por los aventureros en el mar (cfr. también p. 292). Como ya he sugerido en páginas anteriores, es bastante probable que una gran parte de la riqueza de Colaeus fuera adquirida por medios que no habrían resistido un examen atento, pero σύλη sólo podía significar una cosa, «*Kapergut*», como acertadamente explica Curtius. No obstante, aún resta la posibilidad de que σύλη pudiera referirse a las ganancias obtenidas por medio de represalias (*vid. supra* p. 53), para lo que hallaríamos terreno más firme si fuera más sólida la hipótesis de Boeckh (*Public Economy*, p. 757) acerca de que en Atenas

una décima parte de los beneficios obtenidos de las represalias pertenecían al estado. Pero el testimonio en el que basa sus conclusiones (p. 438) apenas sirve de sustento a la mera suposición. (En el discurso de Demóstenes contra Timócrates, encontramos evidentes circunstancias especiales, y, sin duda, el hecho de que la captura fuera llevada a cabo por un barco de guerra constituía el principal argumento que el estado poseía para reclamar sus derechos sobre el botín). Curtius ofrece una interesante explicación acerca del nombre del hijo de Aeces, Silosón: ὃς τὸν σῦλον (τὴν σύλην) ἔσωσε. (Hubo también un Silosón anterior, hijo de Calliteles; véase Polieno, VI, 45).

79. Plutarco, *Pericles*, 26. Acerca de la *samaina*, véase Torr, *op. cit.*, p. 65. Los dos ataques piráticos dirigidos contra Esparta que recoge Herodoto, III, 47, datan de fechas anteriores al reinado de Polícrates.

80. Herodoto, V, 99; III, 39; Tucídides, I, 115. La historia recogida por Plutarco, *l.* c., que relata cómo a los cautivos samios se les marcaba con un hierro candente con la figura de la *samaina* después de que los atenienses redujeran la sublevación del año 440 a. C. sugieren un recrudecimiento del Σαμιακὸς τρόπος.

81. Herodoto, I, 18.

82. *Ib.* I, 165. Acerca de las Enusas (las Spalmadori) *vid. supra*, p. 17.

83. Como muchos *reginenses* habrán advertido, la relación anterior se basa en las notas de E. M. Walker.

84. Incluso en el siglo XVIII aún se consideraban los ataques de los corsarios berberiscos como una útil constatación de la debilidad de los competidores en el comercio mediterráneo. El siguiente pasaje de Hakluyt (Maclehose & Sons, 1904), vol. V, p. 275, pone de manifiesto las dificultades sufridas por los mercaderes ingleses para asegurar su comercio levantino durante el siglo XVI, cuando sus rivales se estaban sirviendo de todos los medios a su alcance para expulsarlos. Forma parte de las instrucciones dadas por el sultán (a instancias del embajador británico) «a nuestro *beglerbeg* de Argel»:

> «Os hacemos saber por la presente orden que el recto y honorable Will. Hareborne, embajador de Su Majestad la reina de Inglaterra, ha puesto en nuestro conocimiento que los barcos ingleses, al llegar y al

regresar de nuestro Imperio, se encuentran en el mar, de un lado, con los españoles, florentinos, sicilianos y malteses; del otro, con las regiones encomendadas a vuestro cargo. Los susodichos cristianos no se resignarán a sus idas y venidas por nuestros dominios, sino que atacarán y harán cautivos a sus hombres, y se apoderarán de sus barcos y mercancías, tal como el pasado año los malteses hicieron con una embarcación que capturaron en Gerbi. Con ese propósito permanecen continuamente al acecho para arrojarse sobre ellos, por lo que se ven obligados a defenderse cada vez que se produce un encuentro. Por lo que, considerando que ellos se ven en la necesidad de permanecer en guardia a la vista de cualquier galeón, y si se encontraran con alguno de los vuestros sin reconocerlo y dispararan en defensa propia, y, una vez que lo reconocieran, aunque dejaran de disparar y solicitaran proseguir pacíficamente su viaje, pudiérais negaros argumentando que ellos habían roto la paz al dispararos primero y así apresarlos contrariamente a derecho y razón; por ello el dicho embajador, para evitar tales inconvenientes, nos ha solicitado que os remitiéramos esta orden». (1584)

85. Herodoto, I, 20; V, 92.

86. *Ib.*, III, 47-48; 54-56.

87. Herodoto, III, 39. (Traducción al inglés de Rawlison).

88. *Ib.*, III, 122; Tucídides, I, 13.

89. Ure, *op. cit.*, p. 292. En los más tempranos años de su reinado, quizá Polícrates se aliara con el bando contrario a los persas; cfr. su alianza con Amasis (III, 40) y su hostilidad con las persas Mileto y Lesbos (III, 39; sobre Mileto, véase I, 141; sobre Lesbos, III, 13). Sin embargo, ya se había unido al bando persa por la época de la expedición de Cambises a Egipto (III, 44).

90. Cockerell, *op. cit.*, p. 163.

91. Herodoto, I, 168.

92. *Ib.*, I, 170.

93. Herodoto, VI, 22-23; Tucídides, VI, 4.

94. Herodoto, V, 125.

95. *Ib.*, V, 11.

96. *Ib.*, 126.

97. *Ib.*, VI, 5.

98. Herodoto, VI, 26-30.

99. *Ib.*, VI, 16; *vid. supra*, p. 30.

100. Hicks y Hill, 23, líneas 18-23; Dittenberger, *Sylloge*, 37, 38. (En el texto restaurado por Hiller von Gaertringen resulta interesante la alusión a un περιπ[όλιον] en la frase inmediatamente anterior a donde se menciona la piratería. *Vid. supra*, p. 38).

CAPÍTULO IV

1. Nepos, *Temístocles*, II, 3. Véase, no obstante, la nota de Nipperdey *ad loc.* acerca de la verosimilitud de la afirmación.

2. Plutarco, *Cimon*, 8. Los dólopes de Esciros, ληιζόμενοι τὴν θάλασσαν ἐκ παλαίου (cfr. Tucídides, I, 98).

3. Plutarco, *Pericles*, 19, λῃστηρίων γέμουσα.

4. Plutarco, *op. cit.*, 17.

5. Tucídides, III, 33.

6. *Ib.*, I, 5.

7. (Jenofonte) *Respubl. Athen.*, II, 11-12.

8. Tucídides, IV, 9. Es propable que Demóstenes hubiera sabido de estas ventajas de Pylos el año anterior, a través de sus amigos mesenios de Naupacto.

9. *Ib.*, II, 69.

10. *Ib.*, VIII, 35.

11. Davis, *Anatolica*, p. 252, describe un significativo hecho ocurrido en estas costas: «Por el tiempo en el que ya teníamos que haber llegado a las inmediaciones de Makri (18 de mayo), un grupo de unos cien hombres llegó de las montañas y bloqueó por completo Makri y Leveesi. Habían abordado varias naves griegas en el puerto de Leveesi y conducido a sus capitanes a las montañas para exigir un rescate por ellos».

12. Tucídides, IV, 67.

13. *Ib.*, II, 67.

14. *Ib.*, III, 31.

15. *Ib.*, II, 32.

16. *Ib.*, III, 51.

17. *Ib.*, II, 93.

18. Véase Weil, *Zeitschr. für Numismatik*, XXXVIII, p. 360. La primera expedición dirigida contra Melos fue llevada a cabo en el año 426 a. C. (Tucídides, III, 91). Pero, a pesar de que Melos tuvo esta mala reputación durante todo el siglo siguiente, (véase más adelante, p. 90) no encontramos acusaciones de este tipo en los autores del siglo quinto.

19. Así, Methana (IV, 45) y Citera (IV, 53).

20. Cfr. Aristófanes, *Birds*, 1427.

21. Así los exiliados de Corcyra (Tucídides, III, 85; IV, 2).

22. Tal como hicieron los exiliados de Epidamnos (I, 24). Este tipo de ayuda podía ser obtenida con facilidad en dicha provincia. Acerca de las acciones piráticas de los exiliados de Quío en el Atarneo con posterioridad a la guerra, véase Jenofonte, *Hell.*, III, 2, 11.

23. Jenofonte, *Hell.*, II, 2, 30.

24. Jenofonte, *Hell.*, III, 2, 11.

25. Jenofonte, *Hell.*, III, 14, 9. No obstante, resulta dudoso si los λησταί de los que habla Jenofonte deben considerarse como algo distinto de los grupos de salteadores lacedemonios que actuaban en Asia Menor.

26. Isócrates, *Panegyricus*, 115.

27. Isócrates, *Trapez.*, 35-36.

28. Jenofonte, *Hell.*, V, 1, 2.

29. Demóstenes, LII, 5. El hecho se produjo algunos años antes de la muerte del banquero Pasión en el 370 a. C. La captura de Nicóstrato, (Demóstenes, LIII, 6) que se produjo en el 369 o 368 a. C. (véase Blass, *Attische Beredtsamkeit*, III, 1, p. 519, sobre la fecha de la primera triarquía de Apolodoro) se realizó en un τριήρης, un barco de guerra.

30. Las más tempranas hazañas de Caridemo (véase más adelante, p. 94) pertenecen, no obstante, a los años anteriores al 368 a. C.

31. (Demóstenes), VII, 14-15.

32. (Demóstenes), LVIII, 53, 56.

33. Contemporáneo de Demóstenes y de Hipérides. Véase Timocles, *fr.* 4 (Kock) *ap.* Ateneo, VIII, 34.

34. *I. G.*, II, 804.

35. *I. G.*, II, 331. Sobre Glaucetas, véase más adelante, p. 97.

36. Jenofonte, *Hell.*, VI, 4, 35; Diod. Sic., XV, 95; Demóstenes, L, 4; Polieno, VI, 2, 2.

37. (Demóstenes), VII, 2; *Epist. Philippi* (XII), 12-14.

38. Esquines, II, 72 (*vid. supra*, p. 20).

39. Demóstenes, XXIII, 166.

40. Véase más adelante, p. 93.

41. Demóstenes, XXI, 173, con *Schol. ad loc.* (Or. Att., Didot), II, p. 689.

42. Demóstenes, LI, 13. El comportamiento arbitrario de los oficiales atenienses aparece bien ilustrado en el incidente que originó el proceso contra Timócrates (*vid. supra*, p. 51).

43. Esquines, II, 12; Demóstenes, IV, 34 (asalto a Lemnos y a Imbros, captura de los barcos de trigo de Geraestos, el episodio de Maratón).

44. Véase Demóstenes, XVIII, 145, acerca de los daños infligidos por los atenienses.

45. *Epist. Philippi*, 2-5. Sobre el valor histórico de este documento, véase Pickard-Cambridge, *Demosthenes*, p. 356, nota 6.

46. Didymi, *De Demosthenes Commenta*, col. X, XI (Teubner, ed. Diels y Schubart). Es bastante más seguro que este sea el incidente al que Demóstenes se refiere en *De Cor.*, 72, y no el episodio atestiguado en la inscripción de la estatua de los §§ 73-74 y en la carta de los §§ 77-78.

47. Demóstenes, XVIII, 73, 77. La σίτου παραπομπή, podría haber sido, no obstante, normal en tiempos de guerra (cfr. Jenofonte, Hell., I, 1, 35). Con respecto a la escolta en general, el Profesor Halliday me ha hecho

recordar la nave de Demócedes escoltada por dos trirremes fenicios (Herodoto, III, 36). Una *stratagema* de Polieno, V, 13, 1, arroja alguna luz sobre las tácticas de escolta (παραπέμπειν): Tres mercaderes, acompañados de un trirreme, se hallaban detenidos por la falta de viento cuando apareció un trirreme enemigo. El capitán de la nave de escolta ordenó a los mercaderes que se protegieran, y él se colocó delante. Si el barco enemigo le atacaba primero, caería bajo el fuego de los mercaderes; si atacaba a los mercaderes por otro flanco, él rodearía al convoy y tomaría el barco enemigo por el trabe o lo dejaría encerrado entre su propio barco y el convoy. Cicerón, *Ad Att.*, XVI, 1, utiliza la expresión ἐν ὁμοπλοίᾳ, que parece ser el término técnico para referirse a la navegación en convoy.

48. πελτασταί (Isócrates, *Paneg.*, 115).

49. Esquines, I, 191; Isócrates, *Philippus*, 96. Sobre la aparición del sistema mercenario en el siglo cuarto, véase Meyer, *G. D. A.*, V, § 854; Kaerst, *Gesch. des Hellenismus*, I, p. 115.

50. Demóstenes, VIII, 25-26.

51. Demóstenes, XXIII, 148-149, 162, 166.

52. Esquines, II, 71-73; Theopompus, *fr.* 205; Diod. Sic., XV, 95; XVI, 22, 34.

53. Dittenberger, *Sylloge*, 263 (también en Hicks y Hill, 143), hacia el 340 a. C.

54. Arriano, *Anabasis*, III, 2 σὺν ἡμιολίαις ληστρικαῖς πέντε. Qu. Curtius, IV, 5, 19 habla de diez (*lembi piratici*).

55. *I. G.*, XII, 2, 526 (también en Hicks y Hill, 157; Dittenberger, *O. G. I.*, 8).

56. Arriano, *Anabasis*, II, 1, 1. He seguido la reconstrucción que hace Dittenberger del episodio de Droysen (II, 2, 363), que también han seguido Hicks y Hill. No veo motivos para considerar a los λαισταί mencionados en la inscripción como meros mercenarios. El caso de Aristónico con sus cinco *hemioliai* ilustra con claridad que los persas y los tiranos a los que estos apoyaban se valían de todos los medios a su disposición para enfrentarse a Alejandro.

57. O «ciudadela», según Dittenberger, donde las mujeres se hallaban confinadas.

58. Qu. Curtius, IV, 8, 15.

59. Diod. Sic., XVIII, 8 (cfr. *O. G. I.*, 2; también H. H. 164).

60. Diod. Sic, XX, 110.

61. Diod. Sic., XX, 82, 83, 97.

62. Polieno, IV, 6, 18.

63. *Ib.* V, 19.

64. Plutarco, *Pyrrhus*, 29.

65. Polieno, *l. c.*

66. *Vid. supra*, p. 91. Es probable que Glaucetas actuara al servicio de Antígono I (véase Droysen, II, 2, 18; Tarn, *Antigonos Gonatas*, p. 86, establece comparación con las relaciones entre Demetrio y Timocles).

67. *I. G.*, XII, 8, 150. Véanse las notas de Dittenberger, *Sylloge*, 372.

68. Diod. Sic., XVI, 82.

69. Polibio, I, 7.

70. Véase *The Chronicle of Ramon Muntaner* (traducción al inglés de la *Hakluyt Society*, serie II, números 47 y 50) y Miller, *op. cit.*, cap. VII.

71. Livio, XXXVII, 11; Apio, *Syr.*, 24 (año 190 a. C).

72. Plutarco, *Aratus*, 6.

73. Polibio, IV, 3.

74. Ateneo, XIII, 593a.

75. Polibio, II, 5, donde hallamos un interesante relato de sus anteriores hazañas. Los mercenarios galos de Átalo, que fueron finalmente derrotados por Prusias, hubieron de enfrentarse a graves obstáculos (Polibio, V, 111).

76. Estrabón, X, 477.

77. Véase más adelante, p. 119.

78. Diod. Sic., XXI, 4.

79. Dittenberger, *Sylloge*, 305.

80. *Oratores Attici* (Didot), II, p. 450.

81. Nº LVI en Blass (Teubner), nº LIX en Kenyon (Oxford). Τυρρηνῶν es la corrección que hace Boeckh al τριηρῶν que aparece en los manuscritos.

82. Hipérides, *fr.* 166 (Kenyon). Los manuscritos muestran τύραννοι, que Boeckh sustituye por Τύρρηνοι (Harprocation, *s. v).*

83. Estrabón, V, p. 232. La validez del relato de Estrabón es cuestionada por Tarn (*Antigonos*, p. 48) que argumenta que, cuando Antium fue tomada por los romanos en el año 337 a. C., sus barcos fueron incendiados y que, asimismo, los romanos apenas podían considerarse en esta época στρατηγεῖν τῆς Ἰταλίας. No obstante, véase más adelante, p. 124.

84. *I. G.*, XI, 2, 148.

85. Diod. Sic., XVI, 82. Véase Helbig, *op. cit.*, p. 401.

86. Livio, VIII, 14.

87. La inscripción rodia publicada en *Ath. Mitt.*, XX, p. 223, que atestigua una lucha con los tirrenos, es fechada por el editor a finales del siglo, según la forma que presentan las letras de la misma. Pero en Dittenberger, Sylloge, 1225, se considera la posibilidad de una fecha distinta. El conflicto, en cualquier caso, tuvo lugar cerca de Sicilia o Italia.

88. Pausanias, I, 7, 3. διέπεμψεν ἐς ἅπαντας ὧν ἦρχεν Ἀντίοχος τοῖς μὲν ἀσθενεστέροις λῃστὰς κατατρέχειν τὴν γῆν, οἳ δε ἦσαν δυνατώτεροι οτ ρατίᾳ κατεῖργεν. Los λῃσταί son aquí probablemente tropas irregulares, procedentes de los orígenes habituales, que operaban en tierra.

89. Dittenberger, Sylloge, 454, πειρατικῶν ἐκπλεόντων ἐκ τοῦ Ἐπιλιμνίου (acerca del Istmo de Corinto, véase *B. C. H.*, VI, 525). Tarn, *op. cit.*, p. 356, sugiere que pudieron ser piratas cretenses auspiciados por Egipto, pero no argumenta testimonio alguno.

90. *I. G.*, XII, 3, 1291. Si Hiller von Gaertringen (*Thera*, III, p. 88) está en lo cierto al relacionar *I. G.*, XII, 3, 328 con este incidente, los salteadores habrían sido allariotes y habrían logrado huir con un buen número de cautivos de Thera. Después de tres años de cautividad habrían sido liberados y empleados por los allariotes en lo que parecen haber sido nuevos ataques piráticos, pero, sin embargo, no habrían recibido su parte correspondiente del botín. Los allariotes habrían pretendido liberarlos a cambio de la entrega de sus compatriotas apresados en Thera.

91. Los *nauarchos* (Hermaphilus) no son anteriores a la guerra cremonideana (véase Tarn, *J. H. S.*, XXXI, 258), y quizá sean posteriores al reinado de Filadelfo.

92. Las posesiones tardías de Egipto en el Egeo aparecen bien descritas en Tarn, *J. H. S.*, XXIX, 284: «Egipto continuó en posesión del límite sur del Egeo a lo largo de la línea volcánica de alta mar, con un anillo de puestos de vigilancia en Methana, Thera, Astipalea y Samos, por lo que logró estar en situación de expandirse a su placer hacia el norte por las costas de Asia Menor y Tracia». (Los testimonios epigráficos de dichos puestos fueron recogidos *ad loc*).

93. Dittenberger, *Sylloge*, 502.

94. Véase p. 97 y, más adelante, p. 163. La inscripción contiene, además, una petición de ayuda para la protección de las zonas agrarias de la isla.

95. Para un estudio general sobre la Liga, véase W. Koenig, *Der Bund der Nesioten* (Halle, 1910), junto con los testimonios adicionales de *B. C. H.*, XXXV, 401 *et seq* (Roussel). Para quien no sea un especialista en la materia, la nota de Dittenberger, *Sylloge*, proporciona la información necesaria: «Commune insulanorum secundum Dürrbachium iam c. a. 314 Antigoni et Demetrii auspiciis conditum, a. 308 Ptolemaei curis instauratum in fide regum Aegypti mansit; qourum principatus, quamquam interdum Macedonum (et Rhodiorum Ephesia pugna) victoriis navalibus interruptus, Euergetae quoque annis quodammodo manebat, Philopatris negligentia ad Rhodios transiisse putatur; sed inde demum ab alterius saeculi initio de vero Rhodiorum dominio quodam dici potest».

Un oportuno resumen de los testimonios lo encontramos en Tarn (*Antigonos*, apéndice, V), que demuestra que la Liga fue fundada originariamente por Antígono Monophtalmo y Demetrio Poliorcetes (véase también Dürrbach, *B. C. H.*, XXVI, p. 208; Koenig, *op. cit.*, p. 13) y señala que en ningún momento pudo cuestionarse gravemente el dominio tolemaico hasta el derrocamiento del poder marítimo de Demetrio. El período del dominio egipcio se corresponde aproximadamente con el reinado de Ptolomeo Filadelfo (285-247), tras el cual, como resultado de las vistorias macedonias, el control oficial de la Liga parece que fue

entregado a los macedonios (véase, en cualquier caso, más adelante). Encontramos a los rodios en posesión del control absoluto hacia el año 200 a. C., y podemos afirmar que su poder se prolongó hasta el 168 a. C. (Sobre Rodas y la Liga, véase Koenig, p. 40).

96. Esto aparece con claridad en la noticia que obtenemos de Polieno, V, 18, acerca de la victoria del almirante rodio Agathostratus sobre el almirante tolemaico en Éfeso. El hecho de que fuera erigida por el Κοινὸν τῶν νησιωτῶν una estatua en honor de Agathostratus en Delos (Dittenberger, *Sylloge*, 455) implica una temporal relajación del dominio egipcio en las Cícladas. (Debe hacerse hincapié en que los honores recibidos en Delos no implicaban necesariamente que ni quien los dedicaba ni quien los recibía controlara la isla; aunque, no obstante, podemos estar seguros de que, en tales casos, como en *Sylloge*, 518 (Antígono Dosón), 500 (Bucris el Etolio), 584 (Nabis), no existía ningún poder en la época capaz de ejercer un absoluto dominio sobre el Egeo). La alusión a la crónica del templo de Lindia (ed. Blinkenberg, Bonn, 1915, p. 30, XXXVII) en Dittenberger, nota nº 455, muestra con claridad que la guerra que enfrentó a los rodios con Egipto no concluyó antes de la muerte de Filadelfo, pero, *Sylloge*, 455, no consigue probar lo que Hiller von Gaertringen afirma que se concluye en la nota que hallamos en *Sylloge*, 583, acerca de la existencia de un control rodio anterior a la muerte de Filadelfo.

97. Dittenberger, *Sylloge*, 583.

98. Ib., 582: ἀποσταλεὶς ὑπὸ τοῦ δήμο[υ] ἐπὶ καταφράκτων πλοίων κατὰ πόλεμον, συστρατευομένων αὐ[τ]ῶι τῶν τε νησιωτικῶν τριηρῶν κα[ί] τῶν Ἀθηναίων ἀφράκτων.

99. Véase más adelante, p. 105.

100. Véanse las notas en Dittenberger, *ad loc.*

101. Véase Delamarre, *Rev. Phil.*, XX, p. 112.

102. Dittenberger, *Sylloge*, 367.

103. ἐπὶ Διοκλέους [ἄρχοντος] 290-89 o 287-6. Las inscripciones pertenecen a la época más temprana del dominio egipcio.

104. Dittenberger, *O. G. I.*, 773.

105. Compárese, no obstante, Tarn, *J. H. S.*, XXXI, 253: «Las naves eran egipcias (se trataba del escuadrón que Atenas había aprovisionado para Ptolomeo en el año 288, y no hemos hallado evidencia alguna de ninguna nave de los insulares hasta la época del protectorado rodio) y, una vez a bordo, los esclavos se hallaban *en territorio egipcio*. Bacchon no tenía ninguna autoridad en territorio egipcio; pero Zenón, el comandante del escuadrón, sí la tenía. Bacchon, así pues, remitió naturalmente a los demandantes a Zenón, que *siguió su camino*, dejando [la cursiva es mía] en manos de Zenón la solución del conflicto, que este dirimió tras reunir y consultar a sus trierarcas. No hay nada, no obstante, que demuestre que Bacchon fuera un superior de Zenón. Bacchon no dio a Zenón *orden* alguna».

Tarn rechaza acertadamente la idea de que καταλείπειν signifique *déléguer* (véase la nota de Dittenberger *ad loc.*), pero el uso de la palabra καταλειφθείς implica, sin duda, lo mismo que se esfuerza en negar. Cuando en un documento oficial encontramos que alguien es dejado a cargo por alguien de realizar una concreta labor, es difícil pensar que el primero no esté actuando a las órdenes de su superior. La hipótesis de Koenig (p. 74) acerca de que los esclavos que no viajaron a bordo de los *aphracti* habrían sido contingentes enviados desde las islas sólo resulta válida en el caso del contingente de Íos.

Lo más probable es que el escuadrón de Zenón fuera mixto, integrado por un núcleo de naves egipcias (por los años 290-289 a. C. debió de ser enteramente egipcio) a las que se unieron los contingentes enviados desde las islas bajo el mando de sus propios oficiales (cfr. los tardíos τριήραρχοι τῶν νησιωτῶν atestiguados en *I. G.*, XII, 5, 918). La totalidad de la flota se encontraría bajo el mando del oficial egipcio Zenón, καθεστηκὼς ἐπὶ τῶν ἀφράκτων, (cfr. el rodio tardío ἄρχων τῶν ἀφράκτων en *I. G.*, XII, 5, 913, dos de cuyos barcos parece que estuvieron tripulados y gobernados por los rodios), mientras que resulta evidente a la luz de *O. G. I.*, 773, que el almirante del escuadrón se hallaba, asimismo, subordinado a efectos administrativos al nesiarca, el prototipo del rodio ἄρχων τῶν νησιωτικῶν.

106. Sabemos, en cualquier caso, que Antígono Dosón conmemoró su victoria sobre Sellasia (año 222 a. C.) con un exvoto a Delos (*Sylloge*, 518; cfr. Holleaux, *B. C. H.*, XXXI, p. 95), pero la hegemonía macedonia, si

es que existió, no pudo ser más que meramente nominal. Su flota era prácticamente inexistente. Filipo V, al subir al trono, carecía de una flota guerrera, y Polibio (V, 2), nos ofrece un vívido retrato de los pasos que se dieron para organizar una armada durante la guerra social. Resulta, por tanto, difícil creer con Beloch (III, 2, 430) y Holleaux (*op. cit*. p. 104) que Caria saliera victoriosa de la batalla de Andros (Polibio, XX, 5; Trogus, *Prol*., 28). La rapidez con la que, en este caso, la flota macedonia entró en decadencia resultaría extraordinaria. Por el contrario, resulta evidente, según aparece en Polibio, que los barcos con los que Antígono estaba operando en la costa de Beocia de camino a Caria no eran más que una pequeña flota. Los testimonios epigráficos aducidos por Delamarre (*Rev. Phil*., XXVI, 301 *et seq*.; véase también Beloch, p. 462; Holleaux, p. 106) sobre la ocupación macedonia de Amorgós, Naxos y Syros no son concluyentes, a pesar de que las inscripciones muestran una notable influencia macedonia en esa época, si es que el rey en cuestión es, en efecto, Antígono Dosón (véase Koenig, p. 31).

Todos los testimonios tienden a dar muestras de que, durante el «*interregnum*» (Holleaux, p. 114), que siguió a la retirada de Egipto de las Cícladas, Rodas consolidó su posición. Pero no es hasta los años 200-197 cuando la encontramos como indiscutible rectora de la Liga, después de la tentativa de Filipo en los años 202-201 de establecer la hegemonía macedonia. Antes de esa fecha y de la expedición de Dicearco en los años 205-204 (Diod. Sic., XXVIII, 1; Polibio, XVIII, 54), Rodas aún mantenía su amistad con Filipo y habría evitado cualquier desafío directo a las pretensiones macedonias. (Acerca de las dudas sobre la existencia de la Liga hacia los años 250-200, véase Roussel, *B. C. H*., XXXV, 448-449).

107. Polibio, II, 2.

108. *Ib*., II, 65; cfr. IV, 55.

109. *Ib*., IV, 16. Véase Holleaux, *op. cit*., p. 108.

110. Estrabón, XIV, 652: ἐθαλασσκράτησε πολὺν χρόνον καὶ τὰ λῃστήρια καθεῖλε καὶ Ῥωμαίοις ἐγένετο φίλη.

111. Polibio, IV, 47.

112. *Ib*., V, 88-90.

113. *Vid. supra*, p. 96.

114. Diod. Sic., XX, 82.

115. *Ib.*, XX, 93: ἔχων ναῦς τὰς καλουμένας παρὰ Ῥοδίοις φυλακίδας.

116. Dittenberger, *Sylloge*, 1225.

117. Polibio, III, 16; IV, 16 y 19.

118. Polibio, XXIX, 11.

119. Dittenberger, *Sylloge*, 581.

120. Polibio, IV, 53.

121. Diod. Sic., XX, 88.

122. Dittenberger, *l. c.*, § X.

123. *Ib.*, § XVII.

124. Dittenberger, *Sylloge*, 521. Es posible que *I. G.*, XII, 7, 387, recoja un asalto de consecuencias aún más graves (véase Delamarre, *Rev. Phil.*, XXVII, 112), pero la lección que ofrece es incierta. *I. G.*, XII, 8, 53 (Imbros) pertenece, probablemente, al siguiente siglo.

125. Dittenberger, *Sylloge*, 520.

126. Véase Polibio, IV, 6; V, 3. Acerca de las tendencias de los cefalenios, véase Livio, XXXVII, 13.

127. Dittenberger, *Sylloge*, 522. Quizá también fuera este el caso de Quío (*Sylloge*, 443). La concesión de ἄσυλα a los *temenos* de Athene Nikephoros en Pérgamo en el año 182 a. C. (Dittenberger, *Sylloge*, 629) pertenece, sin lugar a dudas, a otra categoría, al igual que las inscripciones de Teos (Michel, 52-66).

128. Lisimaquia, Cius, Calcedonia (Polibio, XV, 23; XVIII, 3; Livio, XXXII, 33).

129. Polibio, XVIII, 4.

130. Véase la lista de sus hazañas expuesta en el Congreso de Corinto en el año 220 a. C. (Polibio, IV, 25).

131. *Ib.*, IV, 3. Cfr. el *ithyphallos* en Ateneo, VI, 253 f (citado por Tarn, *Antigonos*, p. 61): Αἰτωλικὸν γὰρ ἁρπάσαι τὰ τῶν πέλας.

132. Polibio, II, 45.

133. *Ib.*, IX, 28; cfr. VI, 46 (con respecto a los cretenses), 56 (con respecto a los cartaginenses).

134. *Ib.*, IV, 3; IV, 69; cfr. 79.

135. *Ib.*, IV, 16; IV, 29.

136. *Ib.*, IV, 16.

137. Así Filipo en Polibio, XVIII, 5: ἄγειν λάφυρον ἀπὸ λαφύρου.

138. *Ib.*, IV, 3 *et seq.*

139. *Ib.*, IV, 6.

140. *Ib.*, IV, 17 (cfr. IV, 26, carta de Filipo).

141. Un estudio más detenido de los testimonios me ha llevado a modificar la posición adoptada en Liverpool Annals, VIII, p. 108, acerca de que las actividades etolias no transgredieron las leyes antiguas concernientes a los comisionados.

142. *Od.*, XIV, 199.

143. Herodoto, I, 2.

144. Qu. Curt., IV, 8, 15.

145. Polibio, VIII, 21: πρὸς Κρῆτα κρητίζειν (cfr. Suidas y Hesychius *s. v.*); fue el cretense Bolis quien traicionó a Aqueo y lo entregó a Antíoco. (No hay necesidad de citar a Calímaco ni a San Pablo).

146. Polibio, VI, 46.

147. *Ib.*, IV, 8.

148. Acerca de la ferocidad de estas interminables guerras, véase Polibio, IV, 54 (el saqueo de Lyttos) y XXIV, 4. Resulta interesante el juramento del pueblo de Dreros: μὴ μὰν ἐγώ ποκα τοῖς Λυττίοις καλῶς φρονήσειν... καὶ σπεύσω ὅτι κα δύναμαι κακὸν τᾶι πόλει τᾶι τῶν Λυττίων (Dittenberger, *Sylloge*, 527).

149. Estrabón, X, p. 477. Acerca de los ataques de los mercenarios cretenses y el imperio del terror en Antioquía tras la restauración de Demetrio II (148-147), véase Bevan, *House of Seleucus*, II, pp. 218, 222 *et seq.*

Resulta significativo que Demetrio empleara a los cretenses frente a los cilicianos de su rival.

150. Aristóteles, Política, 1271b (traducción al inglés de Jowett).

151. Sobre un asalto a Thera, *vid. supra*, p. 102. Cfr. *Anth. Pal.*, VII, 654.

> Αἰεὶ λῃϊσταὶ καὶ ἁλίφθοροι οὐδὲ δίκαιοι
> Κρῆτες· τίς Κρητῶν οἶδε δικαιοσύνην;
> ὣς καὶ ἐμὲ πλώοντα συν οὐκ εὐπίονι φόρτῳ
> Κρηταιεῖς ὦσαν Τιμόλυτον καθ᾽ ἁλὸς
> δείλαιον· Κἠγὼ μὲν ἁλιζώοις λαρίδεσσι
> κέκλαυμαι, τύμβῳ δ᾽ οὐχ ὑπὸ Τιμόλυτος.

152. Por ejemplo, las islas Kouphonisi, en las que Spratt localiza un pequeño puerto natural, situado entre dos de los islotes menores, sumamente apto para que los barcos costeen, y donde un corsario podría permanecer oculto y arrojarse durante la noche sobre cualquier mercante que hubiera quedado a la deriva a causa de las corrientes (*op. cit.*, I, p. 241). Una trampa similar constituía el cabo Sidero (*ib.*, p. 244). Véase también p. 279 en Gavdo, Pashley, la roca Sudha (*Crete*, I, p. 29).

153. Dittenberger, *Sylloge*, 581, § VIII.

154. En Polibio, V, 65. En un ejército integrado por 8.000 mercenarios, 3.000 de ellos eran cretenses.

155. Véase Beloch, III, 2, 283. Las principales referencias las hallamos en *O. G. I.*, 45; en la guerra cremonidea encontramos a varios de los estados cretenses aliados al partido egipcio (*Sylloge*, 434/5). Las relaciones de Egipto con Itanos, de las que dan fe los reinados de Ptolomeo II y III (*Sylloge*, 463), aparentemente, se prolongaron hasta el reinado de Ptolomeo VI (*Sylloge*, 685, *O. G. I.*, 119). Acerca de la posición egipcia en general en Creta durante este reinado, véase *O. G. I.*, 102, 116. Estrabón, X, p. 478, afirma que Ptolomeo VI inició la reconstrucción de las murallas de Gortina, pero sus relaciones con la ciudad son también conocidas por motivos muy distintos.

156. *A. J. A.*, serie II, vol. I, 1897, p. 188, número 17.

157. *B. C. H.*, XIII, pp. 47, 52, números 1 y 2. (Véase Tarn, *op. cit.*, p. 471. El editor, no obstante, atribuye el número 1 a Antígono Gonatas).

158. Polibio, VII, 11 (véase más adelante, p. 113).

159. Dittenberger, *Sylloge*, 535. El captor es identificado, por lo general, con el etolio Bucris, hijo de Daitas de Naupacto (*Sylloge*, 500), *hieromnemon* de los etolios en el año 230 a. C. (*Sylloge*, 494), lo que hace suponer que la captura fue llevada a cabo por un escuadrón etolio y que el botín fue llevado a Cnossos, que había pedido ayuda a los etolios para enfrentarse a Lyttos en el 219 a. C. (Polibio, IV, 53). Los cretenses, en cualquier caso, recibieron la suma del rescate, y, puesto que Bucris, en la inscripción mencionada, no aparece mencionado mediante nombre de estirpe ni patronímico alguno, no puede asegurarse de ningún modo que sea posible identificarlo con Bucris el hijo de Daitas. Beloch (III, 1, 657) atribuye los hechos a la guerra entre los etolios y Demetrio II (cfr. Ferguson, *Hellenistic Athens*, pp. 204, 209).

160. Polibio, IV, 53-55. Véase Head, *H. N.*, p. 451.

161. Cfr. Estrabón, X, 478. Cuando ambas ciudades actuaban como aliadas podían someter a todas las demás. Cuando, por el contrario, había entre ellas desavenencias, toda la isla se hallaba dividida. La ciudad de Cidonia actuaba como un contrapeso de ambas.

162. Cfr. Dittenberger, *Sylloge*, 528.

163. Polibio, VII, 11 y 14. Sobre Cnossos, véase más adelante, p. 114.

164. Diod. Sic., XXVII, 3.

165. Polibio, XIII, 4 y 5.

166. Polieno, V, 17.

167. Acerca de la fecha 205-204 a. C., véase Gelder, *Gesch. der alten Rhodier*, p. 121; Holleaux, *B. C. H.*, XXXI, p. 108.

168. Polibio, XVIII, 54; Diod. Sic., XXVIII, 1. Acerca de los altares erigidos por este tal Dicearco a la Anarquía y a la Impiedad, véase Polibio, *l. c.*

169. Véanse las inscripciones que aluden a esta guerra (*Sylloge*, 567-570), ya comentadas anteriormente, p. 36.

170. Polibio, XIII, 8. Nabis, según hallamos en Livio, XXXIV, 25, se habría adueñado de varias pequeñas ciudades de Creta. Acerca de los ciudadanos de Troezen llevados a Creta, véase *I. G.*, IV, 756, circunstancia

que Herzog (*Klio*, II, p. 330) atribuye a esta guerra. (El editor de *I. G.*, IV, no obstante, relaciona la inscripción con la ocupación de Nabis de la Argólida).

171. Véase Herzog, *op. cit.*, p. 327.

172. *Vid. supra*, p. 103.

173. Dittenberger, *Sylloge*, 581, que ya fue analizada anteriomente, p. 106.

174. Véase § XV, donde se afirma explícitamente que Rodas no estaba dispuesta a enviar auxilio a Hierapytna en el transcurso de la guerra que se estaba librando entre ambas ciudades.

175. Véase Pausanias, I, 36. Su aseveración, no obstante, resulta un tanto vaga, y atribuye la alianza cretense a la diplomacia de Cephisodorus el Ateniense.

CAPÍTULO V

1. En contra de la opinión de Cicerón (*de Republica*, II, 9): «E barbaris quidem ipsis nulli erant antea maritimi praeter Etruscos et Poenos, alteri mercandi causa, alteri latrocinandi».

2. Diod. Sic., V, 6.

3. *Odisea*, XX, 383, mercaderes de esclavos; XXIV, 210, 366, el esclavo siciliano de Laertes.

4. Tucídides, VI, 6.

5. *Hom. Hymn.*, VII, 8: ληϊσταὶ Τυρσηνοί.

6. υἱὸ γάρ μιν ἔφαντο διοτρεφέων βασιλήων.

7. Suidas, *s. v.* Κωλίας; Schol. Aristoph., *Nubes* 52. La historia, no obstante, aparenta ser de origen tardío; véase más adelante, p. 203. Los tirrenos aparecen de nuevo en un mito fundacional de Samos que explica el origen del festival llamado Tonea (Ateneo, XV, 672).

8. Suidas, *s. v.* Τερμέρια κακά. (Una interpretación diferente de la misma expresión la encontramos en Plutarco, *Theseus*, 11).

9. Herodoto, I, 57; Tucídides, IV, 109.

10. Un buen ejemplo de ello lo encontramos en la expresión δεσμοὶ Τυρρηνοί. Véase Suidas, *s. v.* Hesychius ofrece la glosa Τυρρηνοὶ δεσμοί· οἱ ληστρικοὶ καὶ χαλεποί.

11. La fecha atribuida al himno de Homero, aproximadamente la del año 600 a. C. (véase Allen y Sikes, p. 230), concuerda bastante bien con la hipótesis que más arriba hemos expuesto.

12. Estrabón, VI, 267.

13. *Ib.*, V, 222.

14. *Ib.*, V, 223.

15. Véase, Servius, *ad Aen.*, X, 172. Esta fue fundada por primera vez por los corsos, a los que las gentes de Volaterrae luego se la arrebataron. (Acerca de los asaltos sardos en la región de Pisata, véase Estrabón, V, 225).

16. Estrabón, V, 220.

17. Herodoto, I, 166. Véase también Servius, *ad Aen.*, X, 184.

18. *History of Rome*, I, 151.

19. Val. Max., IX, 2, 10; Augustine, *Contra Julian. Pelag.*, 78, citando a Cicerón que, a su vez, sigue a Aristóteles.

20. Polibio, II, 24.

21. Estrabón, XVII, 802, que cita a Eratosthenes: καταποντοῦν εἴ τις τῶν ζένων εἰς Σαρδὼ παραπλεύσειεν ἢ ἐπὶ Στήλας, διὰ δὲ ταῦτ᾽ ἀπιστεῖσθαι τὰ πολλὰ τῶν ἑσπερίων. Esta última afirmación atestigua el éxito de dicha política. El monopolio cartaginense aparece bien ilustrado en la historia del patrón que se arrojó con su barco contra un arrecife para conducir a la perdición a los romanos que lo perseguían con el propósito de descubrir la ruta de las Cassitérides.

22. Herodoto, I, 163; cfr. Tucídides, I, 13.

23. Herodoto, I, 166.

24. *Ib.*, VI, 17.

25. Diod. Sic., V, 9; Pausanias, X, 11, 3; X, 16, 7. Tucídides (III, 8), Estrabón (VI, 275). Pausanias no menciona más que a los cnidios.

26. Pausanias, que cita a Antíoco, afirma que en el promontorio Pachynus, pero esto resulta improbable si, como él mismo dice, ellos alcanzaron las Lípari en el viaje de regreso. Por añadidura, en Pachynus habrían estado menos expuestos a los ataques de los fenicios y los elimios, quienes les habían expulsado de Sicilia.

27. Tucídides, *l. c.*

28. Diod. Sic., XIV, 97; Livio, V, 28. Según la versión de Plutarco (*Camillus*, 8), los romanos fueron tomados por piratas.

29. Véase Guiraud, *La proprieté foncière en Grèce*, p. 12; Th. Reinach, *Rev. des Et. Gr.*, 1890, pp. 86 *et seq.*

30. Una breve noticia al respecto podemos encontrar en Verrill, *The Real History of the Pirate*, p. 218:

    > «Era elegido un consejo o cámara de representación sin distingos ni discriminación por razón del color o el patrimonio; se procedía a una división equitativa de todo el ganado y el botín que se obtuviera, y a todos aquellos que carecieran de tierras o no estuvieran lo suficientemente familiarizados con la agricultura se les asignaban labores que pudieran realizar por salarios regulados por el estado. Se codificaron leyes que se registraron en libros notariales, y se estableció que el consejo habría de reunirse anualmente o con la frecuencia que las circunstancias exigieran, así como que ninguna acción de trascendencia pudiera llevarse a cabo sin la aprobación del estado».

    El más completo retrato de ambos hombres nos lo ofrece Chas. Johnson, *History of the Pirates*, vol. II (1725).

31. Así en Livio, *l. c.*

32. Diod. Sic., *l. c.*

33. Estrabón, VI, 257.

34. Diod. Sic., XI, 51.

35. Diod. Sic., XI, 88.

36. Tucídides, VI, 103; cfr. VI, 88. Los marinos tirrenos demostraron su coraje en una de las batallas que se desarrollaron en el Gran Puerto (VII, 53).

37. Diod. Sic. (XV, 14) argumenta que no se trató más que de una simple πρόφασις, siendo su verdadero propósito apropiarse de los tesoros del

templo de Pirgi. Se dio también una interpretación deformada similar a la de su actuación en el Adriático (véase más adelante).

38. Diod. Sic., *l. c.*; Estrabón, V, 226; Servius *ad Aen.*, X, 184. (Una breve mención en Arist., *Oec.*, II, 1349b; Polieno, V, 2, 21).

39. Diod. Sic., V, 13. Véase Meyer, *G. D. A.*, V, § 825.

40. Diod. Sic., XX, 61.

41. *Vid. supra*, p. 101.

42. *History*, I, p. 425.

43. Livio, VIII, 14.

44. *Ib.*, VII, 25. Tal vez el relato que encontramos en Eliano (*N. A.*, VIII, 19) pertenezca a esa época: «Los cerdos reconocen la voz de su dueño. Varios piratas desembarcaron en la costa tirrena y se llevaron un buen número de cerdos. Cuando salieron al mar, los porteros gritaron a los cerdos, y todos ellos se apresuraron a ir hasta uno de los extremos del barco, haciéndolo volcar. Los cerdos nadaron hasta la orilla, pero los piratas se ahogaron». (Hay quien piensa que se trata de un episodio histórico, pero véase más adelante, p. 204).

45. Polibio, III, 24.

46. Véase Mommsen, I, p. 427. Las colonias de Antium (Livio, VIII, 14), Tarracina (VIII, 31), Pontiae (IX, 28) datan, todas ellas, de la segunda mitad del siglo cuarto a. C. La última de ellas, que, aparentemente, fue una colonia *latina* (Livio, XXVIII, 10), había sido originariamente un asentamiento volsciano en el promontorio Circeiano, y las razones de la ocupación romana pudieron haber sido muy similares a las de la ocupación de Antium.

47. Teofrasto, *Hist. Plant.*, V, 8, 1-2.

48. Estrabón, IV, 224.

49. *Ib.*, IV, 225.

50. Livio, XXXIX, 1.

51. Los mercenarios ligures luchaban para los cartaginenses ya por el año 480 a. C. (Herodoto, VII, 165). Los hallamos también junto a Agatocles (Diod. Sic., XXI, 3). Véase también Polibio, I, 17; I, 67.

52. Diod. Sic., V, 39.

53. Estrabón, V, 223. Sobre un importante asalto a Pisa por tierra, véase Livio, XXXV, 3.

54. Livio, *Ep.*, XX.

55. Livio, XXII, 35; XXVIII, 39; XXIX, 5.

56. *Ib.*, XL, 38.

57. *Ib.*, XLI, 13. Los manuscritos varían entre Luna y Luca (Luca en *Valleius*, I, 15).

58. Acerca de la *Via Aemilia Scauri* del año 109 a. C., véase Estrabón, V, 217: τὴν διὰ Πισῶν καὶ Λούνης μέχρι Σαβάτων κἀντεῦθεν διὰ Δερθώνης. El trecho de la *Via Postumia* que iba desde Dertona hasta Génova fue construido en el año 148 a. C.

59. Véase Estrabón, IV, 180, 184.

60. Plutarco, *Aemilius*, 6; Livio, XL, 25-29.

61. Véase Plutarco, *l. c.*

62. Livio, *Ep.*, XLVII; Polibio, XXXIII, 7-11.

63. Estrabón, IV, 203. Acerca de la ruta marítima de Hispania, véase Livio, XXXIV, 8.

64. Estrabón, III, 167; Diod. Sic., V, 17, 18. Una opinión muy diferente de las islas Baleares encontramos, no obstante, en Florus, III, 8; véase también Orosius, V, 13.

65. Hemos usado la palabra «ilirios» a lo largo de todo este capítulo para referirnos a los pueblos al sur del río Naro (*proprie dicti Illyri*, Plinio, *N. H.*, III, 144). Sobre un sentido más amplio, que incluiría a los pueblos que se encontraban entre el Adriático y el Danubio, véase Apiano, *Illyr.*, 6.

66. Apiano, *Illyr.*, 3, acerca de las acciones de piratería de los liburnos y los Λιβύρνιδες. (Más completas referencias hallamos en Torr, *op. cit.*, p. 16). El *lembus* y el *pristis* que constituían un importante elemento en las flotas de Filipo V, derivaban igualmente de los modelos ilirios (Polibio, V, 109; Torr, p. 115). Domaszewski, *Rhein. Museum*, 1903, p. 388, señala que la reaparición de la piratería durante el reinado de Severo Alejandro obligó al gobierno romano a recuperar el *pristis*.

67. Lysias, *ap.* Ateneo, XIII, 412, donde se habla con énfasis de los peligros del Adriático.

68. Véase Herodoto, I, 163; IV, 33; V, 9; Estrabón, V, 214; IX, 421 (Spina era el nombre de una ciudad griega que contaba con tesorería en Delfos). Véase Meyer, *G. D. A.*, II, § 424.

69. La descripción que ofrece Livio del viaje de Cleónimo en el 303 a. C. (X, 2), quizá ilustre bien la ruta griega del Adriático.

70. Estrabón, V, 241; *ib.*, 212. Véase Meyer, *G. D. A.*, V, § 822. (Plutarco, *Dio*, 11; Plinio, *N. H.*, III, 121.

71. Diod. Sic., XV, 13-14; Estrabón, VII, 315. (Plinio, *N. H.*, III, 140; Scylax, 23; Scymnus, 413-14, 426-7; *C. I. G.*, 1837 b; Dittenberger, Sylloge, 141).

72. Diod. Sic., XVI, 5.

73. Véase más adelante, p. 100.

74. Acerca de las πολιδυνάσται de Polibio, V, 4, véase Niese, II, p. 278. Issa fue el escenario de la recepción que ofreció Teuta a los *coruncanii*; la ciudad estaba siendo asediada por aquella época, pero de ningún modo puede ser cierto que no consiguiera liberarse por medio de una rebelión. Véase Polibio, II, 8: ἐπολιόρκει τὴν Ἴσσαν διὰ τὸ ταύτην ἔτι μόνον ἀπειθεῖν αὐτῇ. Esto se basa en los testimonios que existen acerca de una rebelión de largo alcance en Iliria que en algún otro lugar había sido sofocada. Los autores más tardíos no nos ayudan a esclarecer la cuestión. Por Apiano, *Illyr.*, 7 y Dio Cass., *fr.* 151, podríamos concluir que Issa fue independiente durante el reinado de Agrón, pero Zonaras, VIII, 19, da a entender que se había producido una revuelta: ἐθελονταὶ τοῖς Ῥωμαίοις παραδεδώκασιν ἑαυτοὺς τῷ σφῶν κρατοῦντι ἀχθόμενοι Ἀγρῶνι τῷ τῶν Σαρδιαίων βασιλεῖ.

No resulta fácil determinar la extensión que llegó a alcanzar el reino de Agrón. Polibio (II, 2) se limita a afirmar que Agrón llegó a dirigir mayores ejércitos por tierra y por mar que ningún otro príncipe ilirio anterior a él. El relato de Apiano (*Illyr.*, 7) es a todas luces incorrecto. La capital, durante el reinado de Gentio, fue Scodra (Livio, XLV, 26; cfr. Polibio, XXVIII, 8), pero en ninguna parte se afirma que lo fuera durante el reinado de Agrón. Quizá tengamos que buscarla en Rhizon, en las Bocche di Cattaro, a donde Teuta huyó en busca de asilo.

(Cfr. Zippel, *Die Römische Herrschaft in Illyrien*, p. 44). De entre las tribus de las que Polibio dice que fueron reducidas por los romanos, los atintanes, probablemente, no fueran súbditos de Agrón por la época de su muerte (véase Polibio, II, 5, § 8; cfr., no obstante, Zippel, p. 43); los parthini, a los que Estrabón (VII, 326) sitúa junto con otras tribus más arriba de Epidamnos y Apolonia, parecen haber sido sojuzgados, según la crónica de la marcha de Escerdilaidas (Polibio, II, 6), pero la diligencia con la que se unieron a los romanos demuestra que la soberanía de Agrón y Teuta ya no era tan sólida. La hostilidad de Epidamnos y Apolonia muestra, además, que las costas situadas al sur de Lissos no se hallaban por completo en poder de Agrón. (Las condiciones de la paz evidencian que la misma Lissos era iliria). El centro neurálgico del reino de Agrón lo formaban los *ardiaei* (cfr. Dio Cass., *fr.* 49; Zonaras, VIII, 19, 20), a los que Polibio menciona como los únicos que ofrecieron una sólida resistencia frente a los romanos. Apiano (*Illyr.*, 3) los menciona como los más señalados marinos de la costa, y su importancia ya en época temprana la hallamos atestiguada en Theopompus (*fr.* 39, *a* y *b*, ed. de Hunt). Las Dálmatas, según Polibio, XXXII, 9, serían más tarde sometidas por Pleuratus, y es probable que el reino de Agrón llegara a extenderse hasta Delminium.

75. Polibio, II, 5.

76. Pausanias, IV, 35.

77. Polibio, II, 9.

78. *Ib.*, II, 10. En Medion, tenemos noticia de unas 5.000 tropas ilirias embarcadas en 100 *lembi* (II, 3), aunque quizá en esta ocasión el número de los combatientes fuera aún mayor, pues tenían perspectivas de realizar operaciones en tierra firme.

79. Polibio, II, 2.

80. Véase Polibio, II, 6, § 5, y Niese, *l. c.*

81. Polibio, II, 7.

82. Holleaux pone gran énfasis en esta cuestión, *Rome, La Gréce et les Monarchies Hellénistiques*, pp. 25 *et seq*.

83. Polibio, II, 8; cfr. Dio Cass., *fr.* 49.

84. Apiano (*Illyr.*, 7) afirma que la embajada romana fue enviada en respuesta a una demanda de Issa, cuyo heraldo Clemporus había sido asesinado al mismo tiempo que Coruncanius.

85. Polibio, II, 8-11. Zippel, *op. cit.*, p. 51, interpreta las palabras: προῆγον εἰς τοὺς εἴσω τόπους τῆς Ἰλλυρίδος (Polibio, II, 11, § 10) como mera referencia al avance por el Adriático.

86. Polibio, II, 12.

87. Apiano, *Illyr.*, 7-8. Según Dio Cassius, *fr.*, 46, Demetrio de Paros habría llegado a ser el tutor de este hijo de Agrón (véase más adelante, p. 137).

88. Probablemente un hermano de Agrón, véase Niese, II, p. 279.

89. Polibio, II, 5.

90. *Ib.*, IV, 16.

91. *Vid. supra*, p. 105.

92. Véase Polibio, III, 16.

93. Polibio, IV, 16. Según Apiano, *Illyr.*, 8, también él habría inducido a los istrios a iniciar las hostilidades contra Roma.

94. Véase Polibio, III, 16: εἰς ἃ βλέποντες Ῥωμαῖοι καὶ θεωροῦντες ἀνθοῦσαν τὴν Μακεδονίαν ἄρχην.

95. Sobre la fecha, véase Polibio, IV, 37.

96. Polibio, III, 18-19. Aquí los autores vuelven a discrepar con respecto al fin de Demetrio. Apiano, *Illyr.*, 8, afirma que regresó al Adriático y allí fue asesinado por los romanos. Esta se aparta completamente de la versión de Polibio, que nos refiere su muerte en Messene (III, 19).

97. Polibio, II, 12.

98. No hay duda de que formaron parte del reino de Escerdilaidas y Pleuratus. Durante las negociaciones del 208 a. C. (Livio, XXVII, 30), se exigió que fueran devueltos a Escerdilaidas y Pleuratus. Parece que fueron conquistados por Filipo durante sus campañas ilirias de los años 211/210 (Livio, XXVI, 25; Polibio, VIII, 13-15).

99. Livio, XXIX, 12.

100. Polibio, III, 18 (cfr. III, 16).

101. Véase Apiano, *Illyr.*, 8, donde se afirma que Demetrio los apartó de los romanos.

102. Polibio, VII, 9.

103. Estrabón, VII, *frag.* 8.

104. La secuencia cronólogica de los hechos referentes a las relaciones entre Filipo y Escerdilaidas es de gran importancia y puede extraerse con bastante exactitud a partir de Polibio:

220-219 (Invierno): Acuerdo entre ambos, Polibio IV, 29. (Zippel, *op. cit.*, p. 60, comete un grave error al dar la fecha del año 217 a. C).

219. Expedición romana contra Demetrio de Paros.

218. Escerdilaidas envía sólo quince navíos a Filipo a Cephallenia a causa de los disturbios entre los πολιδυνάσται de Iliria (Polibio, V, 4).

217. Los barcos de Escerdilaidas atacan al escuadrón de Taurión en Leucas y continúan sus saqueos en Malia (V, 95). Filipo intenta capturarlo (V, 101).

Paz de Naupacto (V, 105).

Tras la firma de la paz, Filipo regresa a Macedonia y se encuentra con que Escerdilaidas ha invadido sus fronteras. Contraataque antes del invierno (V, 108).

La embajada romana dirigida a Pinnes también ha de datarse en este año.

217-216 (invierno). Filipo arma una flota (Polibio, V, 109).

216. Filipo avanza por mar hacia Apolonia (V, 110), donde tiene noticias de que un escuadrón romano se halla de camino para ayudar a Escerdilaidas.

Nos encontramos, por desgracia, con un absoluto silencio sobre la situación de Escerdilaidas en el año crucial de 219. Sabemos que durante el invierno anterior se disponía, con la ayuda de Filipo, a convertirse en dueño de Iliria, y aún era un aliado de Filipo en el año 218, cuando hubo de enfrentarse a nuevos disturbios en Iliria. En el 217 (el año de la embajada romana enviada a Pinnes), ya ha roto sus relaciones con Filipo y se halla envuelto en abiertas hostilidades contra él. Al año siguiente recibe el apoyo romano.

105. Livio, XXII, 33: «Ad Pineum quoque regem in Illyrios legati missi». Es seguro el año 217, pero Livio no indica la estación.

106. Según Zippel, *op. cit.*, p. 59, Escerdilaidas fue nombrado tutor de Pinnes en el año 219, después de la expedición romana contra Demetrio de Paros, habiendo ostentado dicho cargo el propio Demetrio con anterioridad a esa fecha. Cfr. Dio Cass., *fr.* 46: Δημήτριος ἔκ τε τῆς τοῦ Πίννου ἐπιτροπεύσεως καὶ ἐκ τοῦ τὴν μητέρα αὐτοῦ Τρίτευταν τῆς Τεύτας ἀποθανούσης γῆμαι. En el párrafo 151, se vuelve a afirmar que Teuta era la madrastra de Pinnes (cfr. Apiano, *Illyr.*, 7); pero el pasaje de Dio es el único testimonio con el que contamos acerca de Triteuta y de la tutoría de Demetrio. Resulta mucho más probable, a mi parecer, que Escerdilaidas hubiera sido el tutor de Pinnes desde un principio, y que los romanos hubieran establecido en el año 228 dos líderes independientes en Iliria, Demetrio de Paros y Escerdilaidas, siendo este último el representante de Pinnes y de la familia real. En el año 222 aparecen juntos, cada uno de ellos a la cabeza de su propio ejército.

107. Polibio, V, 101, 108; VIII, 13-15; Livio, XXIV, 40; XXVI, 24-25.

108. Polibio, V, 109-110; Livio, XXIV, 40.

109. Livio, XXVI, 24 (211 a. C). La lección no es segura; puede que no se aluda más que a Escerdilaidas. En XXVII, 30 (208 a. C.) se habla de que Escerdilaidas y Pleuratus reinaron juntos, pero en XXIX, 12 (205 a. C.), Pleuratus reina en solitario, habiendo muerto ya, como hay que suponer, Escerdilaidas.

110. Livio, XXXVIII, 7.

111. Polibio, XXI, 11.

112. Livio, XL, 18. *Vid. supra*, p. 127. Probablemente, los diez barcos bajo el mando de Duronius (Livio, XL, 42) de los que tenemos noticias en la costa iliria fueran los de este escuadrón.

113. Livio, XL, 42. Hay que sobreentender Corcyra Nigra.

114. Estrabón, VIII, 315; sobre el puerto de Pola, véase V, 215.

115. Apiano, *Illyr.*, 8. Véase también Eutropius, III, 17; Orosius, IV, 13; Zonaras, VIII, 20. Niese, II, 437, pone en cuestión esta guerra, pero el testimonio que hallamos en Livio, Ep. XX (cfr. XXI, 16), parece concluyente. Las actividades piráticas de los istrios son mencionadas por Livio (X, 2) ya en el 301 a. C., pero sólo de manera muy general.

116. Livio, XXXIX, 55; XL, 26, 34.

117. *Ib.*, XLI, 1-5, 10-11.

118. *Ib.*, XLI, 1.

119. Gentio habría llegado al poder antes del año 181 a. C. (Livio, XL, 42).

120. Polibio, XXXII, 9.

121. Livio, XLII, 26.

122. *Ib.*, XLII, 37, 45.

123. Polibio, XXIX, 13; Livio, XLIV, 30.

124. Livio, XLIII, 9 (170 a. C).

125. Acerca de las negociaciones del año 169, véase Polibio, XXVIII, 8-9; Livio, XLVII, 19-20.

126. Polibio, XXIX, 3-4, 9; Livio, XLIV, 23, 27; Apiano, *Mac.*, 18. Según Apiano, *Illyr.*, 9, este los habría acusado de ser espías, quizá en recuerdo de los cargos presentados contra sus propios embajadores por los isseos.

127. Polibio, XXIX, 4.

128. Livio, XLIV, 30-32.

129. Livio, XLV, 26; cfr. Diod. Sic., XXXI, 8. Desafortunadamente, no contamos con la versión de Polibio; el relato de Livio deja bastante que desear.

130. Livio, XLV, 43.

131. Apiano, *Illyr.*, 10. Los *ardiaei* aún causaban problemas en el año 135 a. C. (Livio, *Ep.*, LVI; Apiano, *Illyr.*, 10).

132. Polibio, XXXII, 9. Acerca de los *daorsei* o *daorizi*, véase Estrabón, VIII, 315, y Livio, XLV, 26.

133. Polibio, XXXII, 9, 13; Livio, *Ep.*, XLVII; Estrabón, VIII, 315; Florus, IV, 12; *C. I. L.*, I, p. 176.

134. Livio, *Ep.*, LXII; Apiano, *Illyr.*, 11, afirma que no fueron culpables de ninguna ofensa y que no ofrecieron resistencia alguna; *C. I. L.*, I, p. 177.

135. Livio, *Ep.*, LIX; Apiano, *Illyr.*, 10; *C. I. L.*, I, p. 176.

136. Eutropius, VI, 4; Orosius, V, 23.

137. Estrabón, VIII, 315.

138. Livio, XXXIV, 29; cfr. capítulos 33 y 36: «fuerat autem ei magno fructui mare, omnem oram Maleae praedatoriis navibus infestam habenti».

139. Livio, XXXVII, 27 (cfr. cap. 11). Los piratas también estaban en activo en Cephallenia y allí obstaculizaban a los barcos de refuerzo romanos (cap. 13).

140. Livio, XXXVII, 60 (año 189 a. C.).

141. Niese, II, p. 750.

142. La única información de la que disponemos se refiere al año 168 a. C., cuando en la misma época de las intrigas de los rodios con Perseus la república emprendió la tentativa de renovar las relaciones amistosas con las ciudades cretenses (Polibio, XXIX, 10).

143. Polibio, XXXIII, 4, 13, 15-16; Diod. Sic., XXI, 38, 43, 45; Trogus, *Prolog.*, XXXV, Bellum piraticum inter Cretas et Rhodios. Véase Van Gelder, *Gesh. der alt. Rhodier*, pp. 160-1.

CAPÍTULO VI

1. Véase el artículo «Modern and Ancient Roads in Asia Minor», de D. G. Hogarth y J. A. R. Munro (*Royal Geographical Society, Supplementary Papers*, vol. III), con el que mi descripción de las características geográficas de la Cilicia Trachea se halla muy en deuda.

2. Cfr. Estrabón, p. 569: τοὺς ἐκ τοῦ Ταύρου κατατρέχοντας Κίλικας καὶ Πισίδας τὴν χώραν ταύτην (Frigia Paroreios y Licaonia); p. 570: οἱ δὲ Πάμφυλοι πολὺ τοῦ Κιλικίου φύλου μετέχοντες οὐ τελέως ἀφεῖνται τῶν ληστρικῶν ἔργων οὐδὲ τοὺς ὁμόρους ἐῶσι καθ᾽ ἡσυχίαν ζῆν.

3. Políticamente, los homanades no formaban parte de Isauria, pero, étnicamente, Estrabón los consideraba cilicios. Véase Ramsay, *J. R. S.*, VII, p. 251.

4. Acerca del uso romano de la designación de «Isauria» en comparación con el sentido que le da Estrabón a la palabra «isaurios» (esto es, los

habitantes de la región que inmediatamente rodea a las ciudades de Isaura Vetus e Isaura Nova), véase Ramsay, *op. cit.*, p. 277.

5. Davis, *Life in Asiatic Turkey*, p. 315; Ramsay, *Historical Geography of Asia Minor*, p. 361; Hogarth, *op. cit.* Schaffer nos ofrece una completa bibliografía de las exploraciones de la provincia (que llega hasta 1903) en *Petermann's Mitteilungen, Enganzungs-heft*, nº 141 (1903), p. 989; véase también Herzfeld, *Petermann's Mitteilungen*, 1909, pp. 25-26.

6. Hogarth, *op. cit.*, p. 645. Cfr. su descripción de esta zona de la sierra tal como se ve desde el mar: «una vasta formación de altas crestas que desciende hasta el mar a lo largo de sucesivos escalones paralelos» (*J. H. S.*, XI, p. 156).

7. Véase, en concreto, Bent, *Proc. Royal Geog. Society*, XII (1890), pp. 445 *et seq.*, *J. H. S.;* XII, pp. 206 *et seq.*; Heberdey y Wilhelm, *Reisen in Kilikien*, (*Denkschr. der k. Akad. der Wiss., Wien, Philos.-Hist. Cl.*, XLIV (1896), nº VI).

8. Bent nos ofrece ilustraciones en *Class. Rev*, IV, pp. 321 *et seq.*

9. Véase Bell, *Rev. Arch.*, 1906, p. 388.

10. Los fenómenos religiosos de la región han sido analizados por Frazer, *Adonis, etc.*, p. 111 *et seq.* Acerca de las formas de los nombres Ταρκυ-, Τροκο-, del licio Trqqñta, etc., véase Kretschmer, *Einleitung in die Geschichte der Gr. Sprache*, pp. 362-364.

11. Sobre la historia de la dinastía teucrida, véase Estrabón, XIV, 672. La inscripción de los teucros en Kanytelideis (*J. H. S.*, XII, p. 226, nº 1, cuya datación es corroborada por Heberdey y Wilhelm) demuestra que la dinastía teucrida reinaba en Olba alrededor del año 200 a. C. una provincia que, en cualquiera de los casos, se extendería hasta la costa. Bent, Heberdey y Wilhelm describen minuciosamente las imponentes ruinas de Olba. Dos inscripciones ponen de manisfiesto el carácter violento de los habitantes y sus oficios. Así la imprecación hallada en una tumba (*J. H. S.*, XII, p. 267, nº 59): ὃς δ᾽ ἂν τολμήσῃ ἢ ἐπιτηδεύθῃ ἕξει πάντα τὰ θεῖα κεχολώμενα καὶ τὰς στυγέρας Ἐρεινύας καὶ ἰδίου τέκνου ἥπατος γεύσεται.

   Sus hábitos depredadores aparecen ilustrados en *J. H. S.*, XII, p. 263, nº 49 (siglo primero a. C.), donde se documenta la entrega de

la décima parte del botín obtenido del saqueo de Xanthus. El editor relaciona el testimonio con el saqueo perpetrado por Bruto en el año 43 a. C.

12. Kinneir, *Journey through Asia Minor, etc.*, p. 206. Acerca de los cedros que menciona Estrabón (XIV, 669), véase p. 202 y Schaffer, *op. cit.*, p. 72.

13. Davis, *op. cit.*, p. 349.

14. *Ib.*, p. 449.

15. Esta cadena montañosa recibe el nombre de Aksesi-Dagh en el manual de Murray. Estrabón (XIV, 670) señala el inicio de la costa de Cilicia en Coracesium, pero recoge la opinión de Artemidoro sobre su comienzo en Celenderis.

16. Véase la descripción de Ramsay, *J. R. S.*, VII, p. 233.

17. Schaffer, p. 48; Sterrett, *Wolfe Expedition to Asia Minor*, p. 52.

18. Sterrett, p. 79; Schaffer, p. 70.

19. Véase Schaffer, *op. cit.*, p. 72 y su mapa nº 1. Sin embargo, el nombre sólo puede atestiguarse a través del dudoso testimonio de Plinio, *N. H.*, V, 93.

20. Tácito, *Annals*, VI (año 36 después de Cristo): «Clitarum natio... quia nostrum in modum deferre census, pati tributa adigebatur, in iuga Tauri montis abcessit». (Se nos viene a la mente el anfitrión de Klinneir, p. 201, que dejó a su huésped en Cylindre y se retiró a las montañas cuando tuvo noticia de que se acercaban los encargados de recaudar los tributos). El estallido de la rebelión requirió la presencia de un ejército de 4.000 legionarios y de tropas auxiliares para ser sofocado. Dieceséis años más tarde, se produjo otra sublevación aún más importante (XII, 55).

    Tal como Ramsay ha podido demostrar, los *clitarum* a los que alude el manuscrito probablemente estarían designando a los *cietarum* (*H. G.*, pp. 364, 455; véase también Wilhelm, *Arch. Ep. Mitt.*, XVII, p. 1).

21. Compárese Estrabón, XIV, 671: εὐφυοῦς γαρ ὄντος τοῦ τόπου (toda la provincia de la Cilicia Trachea) πρὸς τὰ ληστήρια καὶ κατὰ γῆν καὶ κατὰ θάλατταν, κατὰ γῆν μὲν δια τὸ μέγεθος τῶν ὀρῶν καὶ τῶν ὑπερκειμένων ἐθνῶν, πέδια καὶ γεώργια ἔχοντων μεγάλα καὶ εὐκατατρόχαστα, κατὰ

θάλατταν δὲ διὰ τὴν εὐπορίαν τῆς τε ναυπηγησίμου ὕλης καὶ τῶν λιμένων καὶ ἐρυμάτων καὶ ὑποδυτηφίων.

22. Beaufort, p. 178, y Cockerell, *Journal*, p. 179, acerca de la perspectiva sobre Chipre desde Selintia; Heberdey-Wilhelm, p. 152, desde Antioquía ad Cragum; Langlois, *Voyage dans la Cilicie*, p. 116, desde Selefke.

23. Por ejemplo, la isla Provenzal (Beaufort, p. 206; Heberdey-Wilhelm, p. 97), las islas Papadoula (Beaufort, p. 209); véase también Heberdey-Wilhelm, p. 159, sobre la isla que ellos llamaban Nagidussa.

24. Estrabón, XIV, 667.

25. Diod. Sic., XVIII, 22.

26. Estrabón, XIV, 672. Véase también Menandro, *fr.* 24 (Kock).

27. Estrabón, XIV, 670.

28. Véase Heberdey y Wilhelm, *op. cit.*, p. 101; Herzfeld, *op. cit.*, p. 30.

29. Estrabón, XIV, 670-671.

30. Heberdey y Wilhelm, p. 85, nº 166: Ἀρχιερεὺς μέ[γ]ας Τεῦκπος Ζηνοφάνους [τοῦ] Τεύκφου Διὶ Ὀλ[β]ίωι τὰς [σ]τέγας ἐκαίνωσεν [τ]ὰς πφότεφο[ν γεγε]ημένας ὑπὸ βασιλέω[ς] Σελεύκου Νικάτορος. La inscripción, que se encuentra en el muro *peribolos* del gran templo de Zeus en Olba, es fechada por sus editores hacia finales del siglo segundo o comienzos del primero a. C.

31. Otras fundaciones de los Seleucidas en la región fueron Antioquía ad Cragum (Ptolomeo, V, 7; véase Droysen, II, p. 680; Wilhelm, en Pauly-Wissowa, I, 2, 2446). Sobre la existencia de otra Antioquía en el interior, véase Sterrett, *op. cit.*, p. 367, y *B. C. H.*, 1878, p. 16. El lugar se encuentra en Tchukur, al norte de Ermenek.

32. La tentativa emprendida por Ptolomeo contra esta costa en el año 310 a. C. fracasó gracias a la actuación de Antígono y Demetrio (Diod. Sic., XX, 19). El testimonio de la ocupación egipcia de la Cilicia bajo el gobierno de Filadelfo lo hallamos en el nombre de la ciudad de Arsinoe (cfr. la nueva denominación dada por Filadelfo a Patara, en Licia, Estrabón, XIV, 666), y en cierta afirmación de Teócrito, XVII, 87: Παμφύλοισί τε πᾶσι καὶ αἰχμηταῖς Κιλίκεσσι σαμαίνει. Por otra parte, en la inscripción Aduli (Dittenberger, *O. G. I.*, 54), Pamphylia y Cilicia

no son mencionadas en la lista de las posesiones heredadas por Evergetes, sino que se cuentan entre sus conquistas. El testimonio del papiro Petrie viene a confirmarlo. Bevan, *House of Seleucus*, I, p. 148, prefiere ver que Filadelfo pudo haber ocupado temporalmente ciertos puntos fuertes de la costa de Cilicia, pero que las habría perdido antes de morir. Véase también Beloch, III, 2, p. 263. Kock, *Ein Ptolemaeer Kreig*, p. 2, cita testimonios numismáticos de la ocupación tolemaica de los años posteriores al 271 a. C. Resulta, no obstante, sumamente aventurado suponer que los egipcios perdieran sus posesiones en Cilicia tras la batalla de Cos en el año 261 a. C.

Para el papiro Petrie he seguido el texto de Bilabel, *Die Kleineren Historikenfragmente*, Bonn, 1923, pp. 23 *et seq.*, donde se ofrecen numerosas referencias de la bibliografía más actual.

33. Berenice (Steph. Byz., *s. v.*; Stadiasmus, § 190), Arsinoe (Estrabón, XIV, 669; Ptolomeo, V, 7; Plinio, V, 92; Steph. Byz.); Ptolemais, situada entre el río Melas y Coracesium (Estrabón, XIV, 667, y, por lo tanto, justamente en Pamphylia).

34. Véase Bevan, *op. cit.*, I, p. 189, donde se sigue a Haussoulier, *Rev. de Phil.*, 1901, p. 145.

35. Polibio, V, 73, demuestra que el poder Ptolemaico ya había decaído considerablemente en Pamphylia por el año 220 a. C.

36. El testimonio que hallamos en Estrabón (XIV, 669) relacionado con esta cuestión debe referirse a un período anterior a la batalla de Magnesia. En lo que se refiere a las relaciones de Egipto y Siria, tal política puede ser entendida de forma similar en el siglo segundo, pero apenas es posible encontrar explicación a la connivencia de los rodios tras la derrota de Antíoco. La cronología que aporta Estrabón resulta algo vaga, y el testimonio referido a Coracesium y Diodoto Trifón, a cuya presencia en Cilicia atribuye el origen de la piratería, bastante complejo (véase más adelante, p. 158).

37. Livio, XXXIII, 19.

38. *Ib.*, XXXIII, 20.

39. Cfr. la descripción que nos ofrece Kinneir de esta ruta entre Anemurium y Celenderis (*op. cit.*, p. 198), y al este de Celenderis (p. 202),

donde constituye un trecho de alrededor de dos pies de ancho que trancurre a lo largo de un precipicio sobre el mar.

40. Diod. Sic., XXXI, 32a. Allí se relaciona a este Zenófanes con la dinastía de los teucros de Olba (véase también Niese, III, p. 259, nº 5). El «Sumo Sacerdote» teucrida mencionado en la inscripción que se cita en la p. 201, que reinó hacia el año 100 a. C., fue el hijo de Zenófanes, a su vez hijo de Teucro. Cabe preguntarse si sería también este Zenófanes el protector de Alejandro. Su nombre, no obstante, no era infrecuente en la región (véanse las listas corcirias en Heberdey y Wilhelm) y él mismo había sido criado también por el padre de Aba, quien, habiendo contraído matrimonio con una descendiente de la dinastía teucrida, se las ingenió para apropiarse los últimos restos del principado (Estrabón, XIV, 672).

41. Estrabón, XIV, 672. Tenemos noticia de cierto κιλίκων τύραννοι en la victoria de Pompeya (Apiano, *Mithr.*, 117).

42. Beaufort, *op. cit.*, p. 172. El lugar aparece descrito en la p. 136. Cfr. Heberdey y Wilhelm, p. 136: «Haus an Haus und Haus über Haus liegt die heutige Satdt».

43. El exvoto dedicado a Delos por un mercader de Ascalon: σωθεὶς ἀπὸ πειρατῶν (*C. R. Ac.*, 1909, p. 308) tal vez pertenezca a este mismo período. (El editor, no obstante, la sitúa cronológicamente, basándose en la caligrafía empleada, en el siglo primero después de Cristo).

44. Estrabón, XIV, 644. Cfr. Alcifrón, I, 8: ὁ λέμβος οὖν οὗτοσ ὃν ὁρᾷς ὁ κωπήρης<ὁ>τοῖς ποῖς πολλοῖς ἐρέταις κατηρτυμένος Κωρύκιόν ἐστι σκάφος, λῃσταὶ δ᾽ Ἀτταλῆς τὸ ἐν αὐτῷ σύστημα. No obstante, se puede advertir que aquí se produce una confusión entre la Corycos de Jonia y Corycos, el antiguo nombre de Attaleia. Véase *J. R. S.*, XII, 44, nº 2.

45. Florus, III, 6. El autor no precisa demasiado la cronología, pero deja entrever, según creo, que Isidorus, de quien no tenemos ningún otro testimonio, perteneció a una época anterior a las guerras mitridáticas. (Cierto Isidorus que estuvo al mando de un escuadrón de trece *quinqueremes* y que fue derrotado por Lúculo en Lemnos (Plutarco, *Lucullus*, 12) podría ser, no obstante, el mismo hombre que luchó al servicio de Mitrídates).

46. Estrabón, XIV, 669. Probablemente en el año 141 a. C. (P. W., IV, 1, 1452).

47. Así, por ejemplo, en el caso de Ilión (*I. G. Rom.*, IV, 196; Dittenberger, *O. G. I.*, 443) a donde se envió un destacamento de tropas desde Poemanemum. El hecho, no obstante, data de los años 80-79, y carecemos de información sobre las circunstancias exactas.

48. Cierto decreto de Éfeso (del siglo segundo a. C.) atestigua la gratitud de la comunidad al pueblo de Astipalea, que, al tener noticias de que los piratas estaban saqueando cierto templo de Artemisa en territorio de Éfeso, inició un ataque que resultó victorioso y permitió así el rescate de los cautivos (*I. G.*, XII, 3, 171). Una inscripción de época bastante más tardía (tal vez de mediados del siglo primero a. C.) hallada en Syros, recoge un testimonio de la colaboración entre el pueblo de la isla y el de Sifnos con el objetivo de hacer frente a los ataques de los piratas.

49. Estrabón, XIV, 668.

50. Diod. Sic., XXXVI, 3. Acerca de los abusos de los recaudadores de impuestos en Asia en tiempos de Lúculo, véase Plutarco, *Lucullus*, 20; sobre los cazadores de esclavos, véase Mommsen, III, p. 78. Métodos similares se usaban en Italia para la *ergastula* (Cic., *pro Cluentio*, 21; Suetonio, *Aug.*, 32; *Tib.*, 8).

51. Apiano, *Mithr.*, 92.

52. Dio Cass., XXXVI, 20.

53. Estrabón, XIV, 664.

54. Cic., *Verr.*, II, 4, 22 (véase más adelante, p. 167).

55. De esto poseemos cierto testimonio de época tardía aunque indeterminada en las islas Lípari (Cic. *Verr.*, II, 3, 85). La práctica de comprar la inmunidad a los corsarios debió de estar vigente en todas las épocas. Hallamos un caso interesante recogido por Spon y Wheler, *op. cit.*, II, p. 220, donde se afirma que el cónsul francés en Atenas firmó un acuerdo por el que los habitantes cristianos de Megara pagarían un tributo determinado (que harían efectivo en quesos) a Crevilliers, el más importante corsario de la época, para obtener así la inmu-

nidad. (Parece que Crevilliers compartió los mismos gustos de Ben Gunn).

56. En *I. G. Rom.*, IV, 1116, se le llama στρατηγὸς ἀνθύπα[τος; cfr. Cicerón, *de Or.*, I, 18. La inscripción nos dice que los rodios aportaron un contingente, y es muy probable que la mayoría de su flota estuviera compuesta por contingentes procedentes de los estados marítimos del Este. (La inscripción, que también nos informa de que el cuestor fue un Aulo Gabinio, ha sido atribuida a la época de la campaña de M. Antonius Creticus (Th. Reinach, *Rev. Et. Gr.*, XVII, p. 210, y Hiller von Gärtringen en Dittenberger, *Sylloge*, II, p. 435, nota 15 a la nº 748). No tenemos indicios de que las operaciones de Antonius Creticus llegaran nunca hasta la costa de Cilicia, tal como sugiere la inscripción, y, aunque Creticus debió de tener más de un cuestor, tendríamos que haber contado con algún testimonio de que el cuestor capturado por los cretenses (Dio Cass. *fr.* 108) hubiera sido tribuno en el año 67 a. C. Sin embargo, el uso del título de στρατηγὸς ἀνθύπατος hace imposible que este se refiera a Antonius Creticus (véase Foucart, *Journal des Savants*, 1906, p. 576, y el estudio de Holleaux ΣΤΡΑΤΗΓΟΣ ΥΠΑΤΟΣ, pp. 31 *et seq.* y 56 *et seq).*

57. Livio, *Ep.*, LXVIII; Obsequens, 104; Trogus, *prol.*, 39. Por medio de Cicerón, *Brutus*, 5, 168, sabemos que su prefecto M. Graditius fue muerto en Cilicia.

58. Diod. Sic., XXXVI, 3.

59. Plutarco, *Pompeius*, 24.

60. Véase Marquardt, II, pp. 312 *et seq.* (Traducción francesa de 1892).

61. Apiano, *Mithr.*, 63: στόλοις ἐοικότα μᾶλλον ἢ λῃσταῖς.

62. Apiano, *Mithr.*, 78; Plutarco, *Lucullus*, 13 (donde se afirma que llegó a Heraclea). El incidente se produjo durante la tercera guerra. Orosius, VI, 2, 24, afirma que el nombre del pirata en cuestión era Seleuco («in myoparonem Seleuci piratae»). El mismo Seleuco, «archipirata», estuvo al mando de la operación de asedio a Sinope (VI, 3, 2); cfr. Memnom, LIII: Μιθριδάτου στρατηγὸς ἰσοστάσιος τῶν εἰρημένων (Leonippus y Cleocares). (La actitud adoptada por el pirata predilecto de Mitrídates nos recuerda a las órdenes dadas a los generales turcos durante el

asedio a Malta de no emprender ninguna acción de importancia hasta la llegada de Dragut Reis). Seleuco fue el artífice de la captura de cierto convoy romano en Sinope (Memnom, *l. c.)*.

63. Según Poseidonius (*ap.* Ateneo, V, 215), Apelicón de Teos habría realizado una primera tentativa sobre la isla por orden de Aristión que resultó frustrada y conllevó grandes pérdidas para los atenienses. Apiano (*Mithr.*, 28) afirma que el segundo ataque fue realizado por Arquelao, que envió los frutos del saqueo a Atenas. Sin embargo, en Pausanias (III, 23, 3) se dice que fue Menophanes el verdadero comandante, Μιθριδάτου στρατηγός, (cfr. Seleuco). Pausanias no aclara si Menophanes estaba siguiendo las órdenes de Mitrídates o actuando por iniciativa propia.

64. Apiano, *Mithr.*, 51; cfr. 56.

65. *Ib.*, 33; encontramos cierta variante en Plutarco, *Lucullus*, 2.

66. Apiano, *Mithr.*, 63.

67. Véase Reinach, *Mithradate*, p. 209.

68. Para un análisis más completo de la actuación de Servilio, véase mi trabajo «The Campaigns of Servilius Isaurians against the Pirates» (*J. R. S.*, XII, pp. 35 *et seq.*), del que las páginas que siguen a continuación son un extracto.

69. Estrabón, XIII, 631.

70. Apiano, *Mithr.*, 93; Estrabón, *l. c.*; Cic., *Verres*, II, 1, 90.

71. Cic., *Verres*, II, 1, 56; cfr. 86.

72. La única zona de la Cilicia Trachea de la que podemos decir que fue visitada por Servilio o alguno de sus oficiales es Corycos. En *J. R. S.*, XII, p. 40 *et seq.*, he intentado mostrar que la Corycos ciliciana se ha confundido en ocasiones con la Corycos de Licia.

73. Los más importantes autores que recogen las campañas de Servilio son: Amian. Marc., XIV, 8, 4; Ps. Asconius, *in Verr.*, II, p. 171 (Orelli); Cic., *de leg. agr.*, I, 5, II, 50; *Verr.*, II, 1, 21; II, 3, 211; II, 4, 22; II, 5, 79; Eutropius VI, 3; Festus, *Brev.*, 12, 3; Florus, III, 6; Frontinus, III, 7, 1; Livio, *Epp.*, XC, XCIII; Orosius, V, 23; Salustio, *Fragmenta* (Maurenbrecher); I, 127-132; II, 81, 87; Estrabón, XII, 658-9; XIV, 671; Suetonio, *Julius*, 3; Velleius, II, 39.

74. Estrabón, XIV, 664.

75. Estrabón, XIV, 671.

76. Estrabón, XIV, 666.

77. Sobre Faselis y los piratas, véase Cicerón, *Verres*, II, 4, 22. Su importancia radicaba para los cilicianos en su magnífica situación como puerto de escala para las naves que iban siguiendo la línea costera en lugar de atravesar directamente el golfo de Pamphylia. Cfr. Leake, *Journal of a Tour in Asia Minor*, p. 133: «Al ir navegando desde Alaya [Coracesium] con rumbo a Castel Rosso [Kastelorizo], me vi obligado a ir siguiendo la línea costera del golfo de Adalia, pues los marineros temían cruzar directamente el cabo Khelidoni en esa estación [mes de marzo]».

78. Florus, III, 6.

79. *J. H. S.*, 1905, pp. 163 *et seq.*

80. Estrabón, XII, 568.

81. *J. H. S.*, XII, p. 49.

82. Esta idea fue expuesta por el Profesor Calder (véase, *J. R. S.*, XII, pp. 47-48). La hipótesis de que el Ager Aperensis pueda identificarse con el Ager Ateniensis, siendo Atenia una ciudad que se hallaba junto al lago Caralitis, quizá sea mucho menos probable.

83. Véase más adelante, p. 179.

84. Plutarco, *Lucullus*, 6.

85. Apiano, *Mithr.*, 76.

86. Memnón, XXXVIII; cfr. Estrabón, XII, 576. (Véase, no obstante, Kromayer, *Philologus*, LVI, p. 475, quien considera exagerados estos números).

87. Memnón, XLIII. Sus comandantes fueron probablemente Fannius y Metrophanes (véase Maurenbrecher, *ad Sallust, fr.* IV, 2), que pudo ser el mismo Metrophanes de Apiano, *Mithr.*, 29, tal vez un pirata como Seleuco.

88. Apiano, *Mithr.*, 72; Plutarco, *Lucullus*, 8.

89. Apiano, *op. cit.*, 11-13. Los barcos que habían sido enviados a Creta y a Occidente fueron capturados por Triario a su regreso y hallarían su fin en Ténedos (Memnón, XLVIII).

90. Apiano, *Mithr.*, 93; Plutarco, *Pompeius*, 25.

91. Apiano, *l. c.*

92. Plutarco, *Pompeius*, 24: χρήμασι δυνατοὶ καὶ γένεσι λαμπροὶ καὶ τὸ φρονεῖν ἀξιούμενοι διαφέρειν ἄνδρες ἐνέβαινον εἰς τὰ ληστρικὰ καὶ μετεῖχον.

93. Plutarco, *l. c.*

94. Plutarco, *l. c.* Los únicos datos que poseemos para realizar una estimación de la fuerza que tuvieron son los que se nos proporcionan acerca de la época de las operaciones de Pompeyo. Apiano, *Mithr.*, 96, afirma que fueron capturados 71 barcos, y que se logró rendir a otros 306; Plutarco, *l. c.*, atestigua que Pompeyo capturó 90 χαλκέμβολοι y «muchos otros». El testimonio de Estrabón acerca del incendio de más de 1.300 σκάφη (XIV, 668) ha de ser un tanto hiperbólico. Con respecto al número de los piratas, Apiano afirma que 10.000 murieron en batalla, y, según Apiano, 20.000 habrían sido capturados. Las ciudades, fuertes y bases operativas que llegaron a ocupar en el Mediterráneo se han estimado en 120. A manos de Pompeyo llegó un considerable botín (barcos en construcción, bronce, acero, cuerdas, velamen y maderas). Y fue hallado, asimismo, un gran número de cautivos que aguardaban su rescate y ya habían sido largo tiempo atrás dados por muertos.

95. Este detalle, que aparece recogido en Plutarco, es de gran importancia, y, aunque en parte debido al amor oriental por el lujo, servía también para distinguir al disciplinado corsario ciliciano del sucio pirata egeo ordinario. Véase lo que escribe Beaufort acerca de la «desastrada apariencia» del barco mainote que capturó (*op. cit.*, p. 227).

96. Apiano, *l. c.*; Dio Cass., XXXVI, 23.

97. Dio Cass., XXXVI, 21.

98. «Cilices», llegó a ser, de hecho, el término general utilizado para designar a los piratas de la época (Apiano, *Mithr.*, 92). *Vid. supra*, p. 21.

99. Apiano, *Mithr.*, 92; Plutarco, *Pompeius*, 24; Dio Cass., XXXVI, 20-22; Zonaras, X, 3.

100. Plutarco, *Sertorio*, 7.

101. Plutarco, *Crassus*, 10.

102. Plutarco, *Lucullus*, 23; cfr. Apiano, *Mithr.*, 83.

103. Dio Cass., XXXVI, 18.

104. La fecha nos es dada por Velleius, II, 31, quien afirma que Antonio fue elegido para el cargo siete años antes que Pompeyo, esto es, en el año 74 a. C. Cfr. Salustio, *Hist.*, *frag.* III, 116: «triennio frustra trito» (Antonio murió en el año 71). Sobre la campaña en general, véase Foucart, *Journal des Savants*, 1906, pp. 569 *et seq*, «Les campagnes de M. Antonius Creticus contre les Pirates, 74-71», trabajo al que debo gran parte de lo expuesto en este capítulo.

105. Plutarco, *Antonius*, I.

106. Ps. Asconius (Orelli), p. 121.

107. Velleius, II, 31. Cicerón alude en dos ocasiones al *imperium infinitum* que se le concedió a Antonio (*Verres*, II, 2, 8; II, 3, 213).

108. Sobre su comportamiento en Sicilia, véase Cicerón, *ll. cc.* Su prefecto reclutó a los coros pertenecientes a Agonis de Lilibea bajo pretexto de que eran necesarios en la flota (*Div. in Caec.*, 55). Cierto pasaje de Salustio (III, 2), se refiere, indudablemente, a Antonio: «Qui orae maritimae, qua Romanum esset imperium, curator [nocent] ior piratis». Cfr. Dio Cass., XXXVI, 23, donde se afirma que los aliados sufrieron mayores penalidades en poder de los generales romanos que por causa de los mismos piratas. (Cfr. Ps. Asconius, p. 206).

109. Salustio, *fr.*, III, 5-6. Según Foucart, *op. cit.*, p. 575, sus operaciones en el Mediterráneo occidental iban dirigidas a garantizar la seguridad de las comunicaciones de la flota que se hallaba en Hispania y a reabrir la ruta terrestre que conducía a la costa de Liguria (verano del año 73). Pompeyo había encontrado dificultades en su avance hacia Hispania en el año 77 a. C. Véase Rice-Holmes, *Roman Republic*, I, p. 145.

110. Salustio, *fr.* III, 8.

111. Plutarco, *Pompeius*, 29.

112. Estrabón, X, 477.

113. Plutarco, *Lucullus*, 2.

114. Florus, III, 7.

115. Memnón, XLVIII.

116. Apiano, *Sic.*, VI.

117. Foucart, *op. cit.*, p. 581, deduce de la inscripción de Cloatius (Dittenberger, *Sylloge*, 748) que Antonio estuvo reclutando hombres en Gytheion, y considera que a esta circunstancia alude cierta otra inscripción (*I. G.*, IV, 932) que recoge el establecimiento de una guarnición de M. Antonio en Epidauros: ὁ ἐπὶ [πάν]των στραταγός. Cfr. Wilhelm, *Ath. Mitt.*, 1901, p. 419 [también Beitrage, p. 112] que lee en la línea 21 τὸ τέταρτον καὶ ἑ[βδ]ο[μή]κοστον ἔτος y considera que se trata, atendiendo a la fecha (año 146 a. C.), de Acaya, frente al editor de *I. G.*, que identifica a Antonio con el triunviro y da la fecha del año 125 a. C). Resulta evidente, no obstante, que esta guarnición no fue establecida allí con el objeto de garantizar la seguridad ante los ataques de los piratas, sino para que las propias gentes de Epidauros fueran reclutadas para participar en las operaciones que se estaban desarrollando.

    La noticia que hallamos en Tácito, *Ann.*, XII, 62, acerca del envío de un contingente bizantino, puede referirse a dicha circunstancia o a la guerra del año 102 a. C. En vista del orden en el que este servicio aparece mencionado, la primera resulta mucho más probable.

118. Florus, III, 7.

119. Dio Cass., *fr.* 108.

120. Diod. Sic., XL, 1; Livio, *Ep.*, XCVII.

121. Apiano, *Mithr.*, 93; Plutarco, *Pompeius*,24; Dio Cass., XXXVI, 20-22; Cicerón, *de imp. Cn. Pomp.*, 31-33.

122. Cicerón, *Verres*, II, 5, 42 *et seq.*

123. Uno de los cargos presentados contra Flaccus, gobernador de Asia, fue el haber exigido sumas de dinero bajo pretexto del necesario mantenimiento de una flota cuando ya el peligro de la piratería había dejado de existir (Cicerón, *pro Flacco*, § 12).

124. Orosius, VI, 3. Orosius nos da el nombre de Pyrganio para el líder de los piratas que penetraron en el puerto de Siracusa.

125. Salustio, *frag.* III, 47, 7.

126. Apiano, *Mithr.*, 93; Florus, III, 6.

127. Plutarco, *Pompeius*, 24; Apiano, *l. c.*; Cicerón, *de Imp. Cn. Pomp.*, 32.

128. Cicerón, *l. c.*; Plutarco, *l. c.* Es de notar que estos tres lugares son promontorios y, por ello, fáciles de dejar aislados.

129. Cicerón, *l. c.*; Dio Cass., XXXVI, 22.

130. Dio Cass., *l. c.*

131. El equivalente antiguo a «pasear la tabla» consistía en colocar una escalera que bajaba hasta el agua, por la que se permitía al prisionero regresar a su hogar. A veces resultaba necesario empujar (Plutarco, *l. c.*; Zonaras, X, 3).

132. Plutarco, *Julius*, 2; *Crassus*, 7; Suetonio, *Julius*, 4, 74; Velleius, II, 41.

133. Plutarco, *Pompeius*, menciona los templos de Claros, Didyma, Hermione, Epidauros, el Istmo, Taenarum, Calauria, Actium, Leucas, Samos y Argos. Cicerón (*l. c.*) añade Cnidos y Colofón. Sobre Didyma, véase, no obstante, Haussoulier, *Rev. de Philologie*, XLV, p. 57.

134. *I. G.*, IV, 2, 2. Sobre la fecha, véase Fraenkel *ad loc.*

135. Phlegon, *F. H. G.*, III, p. 606, 12. Véase Roussel, *Delos*, p. 331. Los arqueólogos franceses han podido hallar restos de la muralla en la zona oriental de la isla. Cicerón, en *de imp. Cn. Pomp.*, 55, hace alusión al saqueo de Delos. Una inscripción hallada en Myconos y publicada en *B. C. H.*, XLVI, pp. 198 *et seq.* (véase también *Supplement. Epigr. Gr.*, I, 335) recoge el texto de una *Lex Gabinia Calpurnia de Deliis*, una ley consular del año 58 a. C. que decreta la reconstrucción de los templos y lugares sagrados de Delos, así como la concesión de la *libertas* y la exención del pago de tributos a sus ciudadanos: «Qu]omque praedones, quei orben ter[r]arum complureis [annos vexarint ? fan]a delubra sumu[la]cra deorum immor[t]alium loca religio[sissuma devast]arint, lege Ga[b]inia superatei ac deletei s[i]nt, et omneis rel[iqua] praeter insu[l]am Delum sedes Apollinis ac Dianae in antei[quom splendor]em sit rest[it]uta».

136. *I. G.*, XII, 5, 860.

137. Plutarco, *Pompeius*, 25; Dio Cass., XXXVI, 23; Cicerón, *op. cit.*, 31.

138. Livio, *Ep.*, XCIX; Plutarco, *op. cit.*, 27; Dio Cass., XXXVI, 31.

139. Las fuentes más importantes de las que disponemos con respecto a la campaña de Pompeyo son: Apiano, *Mithr.*, 94-96, 115; Cicerón, *de imp. Cn. Pomp.*, 31-35; Dio Cass., XXXVI, 20-37; Eutropio, VI, 12; Florus, III, 6; Orosius, VI, 4; Plutarco, *Pompeius*, 24-27; Velleius, II, 31; Zonaras, X, 3.

140. Sobre la llamada *Lex Gabinia*, véase el apéndice E (p. 185).

141. Plutarco y Dio Cassius hablan de 24 *legati* y 2 cuestores. La concesión del rango pretoriano la confirma Dittenberger, *Sylloge*, 750 (así también en *I. G. Rom.*, I, 1040) con un decreto de Cirene en honor de Léntulo Marcellino en el que se lee: πρεσβευτὰς ἀντιστράταγος.

142. Las cifras varían ligeramente en los distintos testimonios. Las estimaciones más altas son las de Apiano. Plutarco habla de 5.000 jinetes y le atribuye capacidad para reunir hasta 200 barcos, aunque afirma que fueron 500 en realidad los comisionados.

Estos cálculos son analizados en Groebe, *Klio*, X, pp. 375 *et seq.* Este mismo autor llega a la conclusión de que los 270 νῆες συν ἡμιολαις de Apiano fueron 200 barcos de guerra (cfr. Plutarco) y 70 naves ligeras, siendo 270 el número total de la flota romana (cfr. Apiano, ναῦς ὅσας εἶχον; Dio Cass., τὰς ναῦς ἁπάσας). La suma total de 500 naves que, según Plutarco, fueron comisionadas se habría completado con barcos de nueva construcción y tal vez también con contingentes aliados. Cualquier estimación, no obstante, sigue siendo problemática.

143. Para un detallado análisis de la cuestión, he de referirme a mi artículo «The Distribution of Pompeiu's forces in the Campaign of 67 B. C. (*Annals of Archaeology and Anthropology*, X, pp.46 *et seq.* Para mayor comodidad, ofrezco los pasajes de Apiano (*Mithr.*, 95) y de Florus (III, 6) con las lecciones y la puntuación debidas.

Apiano, *Mithr.*, 95: ἐπέστησεν Ἰβηρίᾳ μὲν καὶ ταῖς Ἡρακλείοις στήλαις Τιβέριον Νέρωνα καὶ Μάλλιον Τορκουᾶτον, ἀμφὶ δὲ τὴν Λιγυστικήν τε καὶ Κελτικὴν θάλασσαν Μᾶρκον Πομπώνιον, Λιβύῃ δὲ καὶ Σαρδόνι καὶ Κύρνῳ, καὶ ὅσαι πλησίον νῆσοι, Λέντλον τε Μαρκελλῖνον καὶ Πόπλιον Ἀτίλιον, περὶ δὲ αὐτὴν Ἰταλίαν Λεύκιον Γέλλιον καὶ Γναῖον Λέντλον. Σικελίαν δὲ καὶ τὸν Ἰόνιον ἐφύλασσον αὐτῷ Πλώτιός τε Οὐᾶρος καὶ Τερέν τιος Οὐάρρων μεχρὶ Ἀκαρνανίας, Πελοπόννησον δὲ καὶ τὴν Ἀττικήν, ἔτι δ᾽ Εὔβοιαν καὶ Θεσσαλίαν καὶ Μακεδονίαν καὶ Βοιωτίαν Λεύκιος Σισιννᾶς, τὰς δὲ νήσους καὶ τὸ Αἰγαῖον ἅπαν καὶ τὸν Ελλήσποντον ἐπ᾽ ἐκείνῳ Λεύκιος Λόλλιος,

Βιθυνίαν δὲ καὶ Θρᾴκην καὶ τὴν Προποντίδα καὶ τὸ τοῦ Πόντου στόμα Πούπλιος Πείσων, Λυκίαν δὲ καὶ Παμφυλίαν καὶ κύπρον καὶ Φοινίκην Μέτελλος Νέπως.

Florus, III, 6: «Gellius Tusco mari impositus, Plotius Siculo; Atilius [Gratillius, *cod.*] Ligusticum sinum, Pomponius [Pompeius, *cod.*] Gallicum obsedit; Torquatus Balearicum, Tiberius Nero Gaditanum fretum, qua primum maris nostri limen aperitur; Lentulus Libycum, Marcellinus Aegyptium, Pompeii iuvenes Hadriaticum, Varro Terentius Aegaeum et Ionicum [Ponticum, *cod.*]; <et> Pamphylium Metellus, Asiaticum Caepio, ipsas Proponditis fauces Porcius Cato sic obditis navibus quasi porta obseravit.

Como se podrá comprobar, los Gnaeus Lentulus, L. Lollius y Publius Piso de Apiano son sustituidos por los *Pompeii iuvenes*, Caepio y Porcius Cato, que, por mi parte, considero que fueron simples subordinados. No se menciona a L. Sisenna. Es por ello que creo que la lección «Lentulus Libycum, Marcellinus Aegyptium» de los manuscritos es la correcta. Para sumar un total de trece comandantes, y, ayudado, probablemente, por la confusión con Gnaeus Lentulus (Clodianus), el verdadero comandante del Adriático, al que ha sustituido por los subordinados *Pompeii iuvenes*, Florus hizo dos personajes distintos a partir del nombre Gnaeus Lentulus Marcellinus. (Su nombre aparece en Dittenberger, *Sylloge*, 750, así como en Cn. Cornelius P. F. Lentulus Marcellinus).

144. Véase Groebe, *op. cit.*, p. 385. El περὶ δὲ αὐτὴν Ἰταλίαν Λεύκιον Γέλλιον καὶ Γναῖον Λέντλον de Apiano resulta concluyente en el testimonio de Florus «Gellius Tusco mari impositus», y en el de Cicerón, *op. cit.*, 35: «Italiae duo maria maximis classibus firmissimisque praesidiis adornavit». Pero, ¿qué podríamos hacer con los «Pompeii iuvenes Hadriaticum» de Florus? El mayor no tenía más de trece años (véase Groebe) y, ¿habrían sido introducidos en el arte de la guerra por el consular Lentulus, al que Florus no menciona? La lección que Teubner hace de Florus y que también sigue Groebe «Libycum Lentulus Marcellinus, Aegyptium Pompeii iuvenes; Hadriaticum Varro Terentius» es, desde luego, del todo imposible.

145. Véase su propio testimonio, *De re rust*, II, *proem.*

146. Véase Plinio, *N. H.*, III, 16, 3, con mi anotación en *Annals*, p. 49, nº 1.

147. Dio Cass., XXXVI, 18.

148. «Asiaticum Caepio». El hecho de que Apiano no mencione este nombre probablemente se deba a que Caepio actuara bajo las órdenes de Lollius. Es casi del todo segura la relación entre M. Porcius Cato y Piso.

149. Varro recibió la corona naval por estas acciones (Plinio, *N. H.*, XVI, 3, 1; VII, 31, 7).

150. Plutarco, *op. cit.*, 28. La afirmación de Apiano (*Mithr.*, 96) acerca de que Cragos y Anticragos fueron los primeros fuertes, plantea ciertos problemas, pues ello implicaría que la Cilicia occidental se habría pasado al bando de los piratas, de lo que no tenemos ningún otro testimonio, además de que Estrabón lo refuta explícitamente. Parece, por sus palabras, que Apiano creyó que Cragos y Anticragos se hallaban en Cilicia: πρῶτοι μὲν οἱ Κράγον καὶ Ἀντίκραγον εἶχον, φρούρια (sic) μέγιστα, μετὰ δ' ἐκείνους οἱ ὄρειοι Κίλικες (así los que se encontraban en el interior). Hay una evidente confusión entre los montes licios de Cragos (ἔχων ἄκρας ὄκτω καὶ πόλιν ὁμώνυμον, Estrabón, 665) y Anticragos, y el Cragos de Cilicia, πέτρα περίκρημνος πρὸς θαλάττῃ (Estrabón, 670).

151. Plutarco, ἐς γῆν μεταφέρειν ἐκ τῆς θαλάσσης.

152. Apiano, *Mithr.*, 96, 115; Estrabón, XIV, 665; Plutarco, *Pomp.*, 28; Dio Cass., XXXVI, 37.

153. Virgilio, *Georg.*, IV, 125; véase Servius, *ad loc.*

154. Plutarco, *Pomp.*, 29; Dio Cass., XXXVI, 18, 19; Livio, *Ep.*, XCIX; Florus, III, 7.

CAPÍTULO VII

1. Cicerón, *pro Flacco*, 29-30.

2. Descripsit (Flaccus) autem pecuniam ad Pompeii rationem, quae fuit accomodata L. Sullae discriptioni (*Ib.*, 32).

3. Cicerón, *op. cit.*, 33.

4. *Ib.*, 31.

5. Dio Cass., XXXIX, 59.

6. César, *B. C.*, III, 110.

7. Cicerón, *Ad. Att.*, XVI, 1: «Dymaeos agro pulsos mare infestum habere nil mirum. Ἐν ὁμοπλοίᾳ Bruti aliquid praesidi esse, sed opinor, minuta navigia».

8. Apiano, *B. C.*, II, 106; V, 143.

9. *Ib.*, IV, 83.

10. *Ib.*, III, 4; IV, 84; Dio Cass., XLVI, 40; Velleius, II, 72.

11. Dio Cass., XLVIII, 17. Apiano, no obstante, afirma que ya estaba reclutando esclavos tras la ocupación de Sicilia en el año 43 (IV, 85). Cfr. Livio, *Ep.*, CXXIII: «sine ulla loci cuiusquam possessione praedatus in mari».

12. Dio Cass., XLVIII, 17. Acerca del número de los esclavos, véase *Mon. Anc.*, XXV, donde se dice que Augusto devolvió a unos 30.000 a sus amos. Cfr. Apiano, *B. C.*, V, 131. Según Dio Cassius, XLIX, 12, los esclavos a los que nadie reclamó como suyos fueron empalados.

13. Apiano, *B. C.*, IV, 85.

14. Dio Cass., XLVII, 36-37.

15. *Ib.*, XLVII, 47; Apiano, IV, 108, 115.

16. Apiano, V, 2, 25; Dio Cassius, XLVIII, 19.

17. Velleius, II, 73. Sobre Menas, (al que Apiano llama Menodorus) véase también *B. C.*, V, 79. De Demochares (*B. C.*, V, 83) y Apollophanes (*ib.*, 84) se dice también que fueron libertos.

18. *Mon. Anc., l. c.*: «mare pacavi a praedonibus».

19. Estrabón, V, 243; Velleius, II, 73; Lucano, VI, 421 («Siculus pirata); Florus, IV, 8 («o quam diversus a patre»), etc.

20. Dio Cassius, XLVIII, 46; Apiano, *B. C.*, V, 67, 74; Florus, *l. c.*; Orosius, VI, 18, § 19.

21. Dio Cassius, XLVIII, 31; Apiano, *B. C.*, V, 67.

22. Dio Cassius, XLVIII, 36; Plutarco, *Antonius*, 32.

23. Apiano, *B. C.*, V, 77, 80.

24. César, *B. G.*, II, 35; III, 7: «Inita hieme (57-56) Illyricum profectus est, quod eas quoque nationes adire et regiones cognoscere volebat».

25. César, *B. G.*, V, 1. Ya con anterioridad habían formado parte del reino de Gentio, pero tras abandonarlo se declararon *liberi et inmunes* (Livio, XLV, 26). Estrabón, VII, 314, los considera panonios.

26. Así lo cree Zippel, *op. cit.*, p. 202. César, *B. G.*, VIII, 24. Sabemos que los yapigios transalpinos ocuparon Tergeste en el año 35 a. C. (Apiano, *Illyr.*, 18).

27. Apiano, *Illyr.*, 10.

28. *Vid. supra*, p. 142. La postura de los *parthini* fue igualmente ambigua en el año 48 (Dio Cassius, XLII, 10).

29. César, *Bell. Alex.*, 42-43 (Apiano, *Illyr.*, 12; *B. C.,* II, 59 sitúa la derrota de Gabinio en un momento anterior a la de Pharsalus, sobre ello véase Rice-Holmes, III, p. 217).

    El Catilius que interesaba a Cicerón (véase la carta de Vatinius, *Ad fam.*, V, 10 a), parece haber sido un refugiado de Pompeyo que ejerció la piratería en la costa de Iliria: «hominem unum omnium crudelissimum, qui tot ingenuos, matres familias, civis romanos occidit, abripuit, disperdidit».

30. Cfr. Vatinius (Cicerón, *l. c.*): «Viginti oppida sunt Dalmatiae antiqua, quae ipsi sibi asciverunt amplius sexaginta».

31. Véase Zippel, *op. cit.*, pp. 202, 208.

32. Apiano, *Illyr.*, 16.

33. Sobre las campañas de Vatinius de los años 45-44 a. C., véase Apiano, *Illyr.*, 13; Cicerón, *Ad Fam.*, V, 9; 10 a y b. Sus operaciones iban a ser parte de los preámbulos de una expedición contra los dacios (Velleius, II, 59; Suetonio, *Julius*, 44; Apiano, *B. C.*, II, 110. Véase Rice-Holmes, III, pp. 325-326). A pesar de la indignación de Vatinius ante la incapacidad de César para apreciar la importancia de sus éxitos, resulta evidente en la carta a Cicerón escrita en diciembre del año 45 (V, 10 b) que la Dalmacia aún no había sido totalmente sometida, y Apiano, *Illyr.*, 13, muestra que Vatinius sufrió una dura derrota tras

la muerte de César. Seguía siendo gobernador de los ilirios en el 42 (Dio Cass., XLVIII, 21), y en ese mismo año lograba otra victoria (*C. I. L.*, I, p. 179).

Los *parthini*, que habían favorecido la causa de Bruto (Apiano, *B. C.*, V, 75) y también se habían sublevado en el año 39, fueron sometidos por Asinius Pollio en ese mismo año (Dio Cass., XLVIII, 41; Florus, IV, 12; *C. I. L.*, I, p. 180).

34. Las más importantes fuentes sobre las campañas de los años 35-34 a. C. son: Apiano, *Illyr.*, 16 *et seq.*; Dio Cassius, XLIX, 34-38; Suetonio, *Augustus*, 20; Estrabón, VII, 315; Velleius, II, 90; Florus, IV, 12; *Mon. Anc*, XXIX; *C. I. L.*, I, p. 180.

35. Véase Mommsen, *Provinces*, I, pp. 201 *et seq.*

36. Estrabón, XIV, 671. Sobre la extensión del reino de Arquelao, que incluía las provincias situadas en ambas vertientes del Tauro, véase Ramsay, *H. G.*, pp. 374-375. Una gran parte del interior de la Trachea occidental permaneció, no obstante, en poder de los teucros.

37. Estrabón, XII, p. 569.

38. Véase Ramsay, *J. R. S.*, VII, p. 253.

39. Tácito, *Annals*, VI, 41; XII, 55.

40. Hasta el año 74 después de Cristo, cuando Vespasiano unió la mayor parte de la Cilicia Trachea a la provincia de Cilicia.

Para un estudio más detallado sobre la historia y la organización de esta provincia bajo el imperio, a las que aquí no podemos hacer más que una breve alusión, véase Mommsen, *Provinces*, I, p. 336 *et seq.*; Marquardt, II (traducción francesa de 1892), pp. 317 *et seq.*; Hill, *B. M. Cat. Lycaonia, etc.*, pp. XXVIII, *et seq.*; y, especialmente, Ramsay, *H. G.*, pp. 371-375 además de sus varios artículos ya citados con anterioridad.

41. Algunos breves artículos sobre las flotas imperiales pueden encontrarse en Stuart-Jones, *Companion to Roman History*, pp. 260-261, y en el *Companion to Latin Studies* de Cambridge, pp. 498-500; Fiebiger ofrece referencias bibliográficas completas sobre obras literarias e inscripciones en Pauly-Wissowa, *s. v. Classics*; también Gauckler en Daremberg y Saglio, 3, 2, pp. 1328-37.

42. *Vid. supra*, p. 26. Acerca de Joppa, véase Estrabón, XVI, 759. Los λησταί de Cerdeña mencionados por Dio Cassius (LV, 28) en el año 6 después de Cristo, parecen haber sido más bien salteadores que piratas.

43. Tácito, *Hist.*, II, 8; Zonaras, XI, 15.

44. Estrabón, III, 144; Plinio, *N. H.*, II, 117. Cfr. Horacio, *Odes*, IV, 5, 19 (citado al comienzo de este capítulo); Suetonio, *Augustus*, 98 (la tripulación del barco alejandrino de Putteoli: «per illum se vivere, per illum navigare»).

45. Sobre esta ruta, véase Estrabón, III, 18.

46. Plinio, *N. H.*, VI, 101.

47. Diod. Sic., III, 43.

48. Plinio, *N. H.*, VI, 176. En relación con la piratería practicada a lo largo de esta ruta, Lecrivain, en Daremberg y Saglio menciona a los ἄνδρες Πειραταί de Ptolomeo, VII, 1, 84, en la India.

49. *Vid. supra*, p. 22. Las graves consecuencias de estos desembarcos de los piratas las hallamos atestiguadas en una inscripción de Tomi que recoge la creación de una guardia especial mantenida día y noche para hacer frente a los repetidos ataques de los *kares*. El editor, no obstante, considera que la inscripción pertenece a la época prerromana (*Arch. Ep. Mitt.*, XIV, p. 34), y, por mi parte, desconozco por completo quiénes pudieron ser estos *kares*. Plinio, *N. H.*, VI, 7, habla de *cares* en el valle del Don, mientras que Ptolomeo alude a ciertos *kariones sármatas* (III, 5, 10).

50. Tácito, *Annals*, XII, 17.

51. Estrabón, XI, 496.

52. *I. G. Rom.*, IV, 219.

53. Pausanias, X, 34, 5 (con anotación de Frazer); Dittenberger, *Sylloge*, 871. Véase Mommsen, *Provinces*, I, p. 242. Sobre su origen varían las opiniones. Plinio, *N. H.*, VI, 19, podría estar acertado en localizarlos en el valle del Don, si bien Ptolomeo, III, 8, los sitúa en la Dacia septentrional (cfr. Dio Cassius, LXXI, 12).

54. *Odisea*, XIV, 199 *et seq.*

55. *Hom. Hymn, Dyonisus*, 1-31.

56. Pausanias, IV, 4.

57. Plauto, *Bacchides*, 227 *et seq.*

58. *Vid. supra*, pp. 31, 158.

59. En Menandro, *Halieis*, fr. 15 (Kock) la situación es bastante clara (*vid. supra*, p. 22):

> ὡς δὲ τὴν ἄκραν
> κάμπτοντας ἡμᾶς εἶδον, ἐμβάντες ταχὺ
> ἀνηγάγοντο

En *Chitaristes* (Körte, p. 166) Col. II, 12-13:

> λογίζομαι πῶν, μή τι κατὰ θάλατταν ῆ
> ἀτύχημα γεγονὸς ἢ περι... ας,

La restauración que hace Herwerden [λῃστ]ὰς resulta convincente, y es seguida por Van Leeuwen, p. 140. El sentimiento es el mismo que hallamos en *Trinummus*, 1087:

> Ego miserrumeis periclis sum per maria maxima
> vectus, capitali periclo per praedones plurumus
> me servavi, salvos redii.

60. Plauto, *Menaechmi*, 338 *et seq.* La metáfora continúa cuando Erotium atrae a Menaechmus hacia dentro:

> Ducit lembum dierectum navis praedatoria (442).

Legrand, *The New Greek Comedy* (traducción de J. Loeb), pp. 526-527 establece la comparación con *Anth. Pal.*, V, 161:

> Εὐφρὼ καὶ Θαῒς καὶ Βοίδιον, αἱ Διομήδους
> γραῖαι, ναυκλήρων ὁλκάδες εἰκόσοροι,
> Ἆγιν καὶ Κλεοφῶντα καὶ Ἀνταγόρην ἕν᾽ἑκάστη
> γυμνοὺς, ναυηγῶνἥσσονας, ἐξέβαλον.
> Ἀλλὰ σὺν αὐταῖς νηυσὶ τὰ λῃστρικὰ τῆς Ἀφροδίτης
> φεύγετε· Σειρήνων αἵδε γὰρ ἐχθρότεραι.

y señala que tanto este epigrama como el de V, 181, están fuertemente influenciados por la Comedia Nueva.

61. *Menaechmi*, 29; *Curculio*, 645; *Poenulus*, 84; *Captivi*, 7.

62. Plauto, *Rudens*, 39.

63. Terencio, *Eunucus*, 115.

64. Plauto, *Miles Gloriosus*, 118-119.

65. *Odisea*, XV, 427, 465.

66. *Vid. supra*, p. 96. Los testimonios allí enumerados hacen las reservas de Legrand (*op. cit.*, p. 207) innecesarias: «el testimonio en el que basamos nuestra aseveración data de un período posterior a la época en la que se crearon los prototipos de las comedias de Plauto y Terencio». Ya hemos visto que la generación inmediatamente posterior a la muerte de Alejandro fue infinitamente peor que las del siglo que precedió a la aparición de los cilicianos.

67. *Bacchides, Menaechmi, Halieis, ll. cc.*

68. Plauto, *Caecus vel Praedones*, fr. V:

Ita sunt praedones: prorsum parcunt nemini.

69. Típicas *controversiae* que tratan de raptos piráticos son: Séneca, *Controv.*, I, 2; I, 6; I, 7; VII, 1; VII, 4; Quintiliano, *Declam.*, V, VI, IX; *Decl. Min.*, CCLVII, CCCLXVII, CCCLXXIII.

70. Quintiliano, CCCLXXIII.

71. Séneca, I, 6; VII, 4. Quintiliano, V, VI, IX, CCLVII.

72. Quintiliano, VI. En IX, el *vicarius* es aceptado después de que el cautivo ha pasado a manos del mercader de esclavos.

73. *Vid. supra*, p. 107.

74. Quintiliano, CCCLXVII.

75. *Vid. supra.*, p. 118.

76. Séneca, I, 6. Sobre otra variante del motivo de «la hija del pirata», véase Jenofonte, *Ephesiaca*, II, 3.

77. Séneca, VII, 1.

78. Aquiles Tacio, V, 7 *et seq.*; VI, 21, 22. Cfr. la novela de Apollonius, 30 *et seq.*

79. Jenofonte, *Ephesiaca*.

80. Así en *Daphnis y Chloe*, I, 28. (Piratas de Tiria en una ἡμιολία cariana). El rescate de Daphnis presenta una gran similitud con la historia de los cerdos de Aeliano (*vid. supra*, p. 124). Sobre las semejanzas entre Longus y Aeliano, véase Garin, *Studi Italiani*, 1909, pp. 455-6, trabajo sobre el que R. M. Rattenbury llamó mi atención. No obstante, resulta difícil determinar hasta qué punto el parecido de este episodio puede aceptarse como prueba de una auténtica relación entre ambos. Muchos episodios de este tipo utilizados por estos y otros novelistas proceden, indudablemente, de historias populares. Este es el caso de la historia de Plutarco sobre el barquero y los piratas (*Qu. Gr.*, 34), que puede encontrarse en forma primitiva en Heracleides Ponticus, *F. H. G.*, II, p. 223, nº 38).

81. En Caritón, I, 7, *et seq.* Callirrhoe es rescatada de forma similar por los piratas profanadores de tumbas.

82. O más bien a su guardián, Calasiris.

83. *Vid. supra*, p. 16.

84. Heliodoro, *Aethiopica*, V, 23, *et seq.* (Traducción de Underdowne, ed. de F. A. Wright).

85. *Ib.*, I, 5-6.

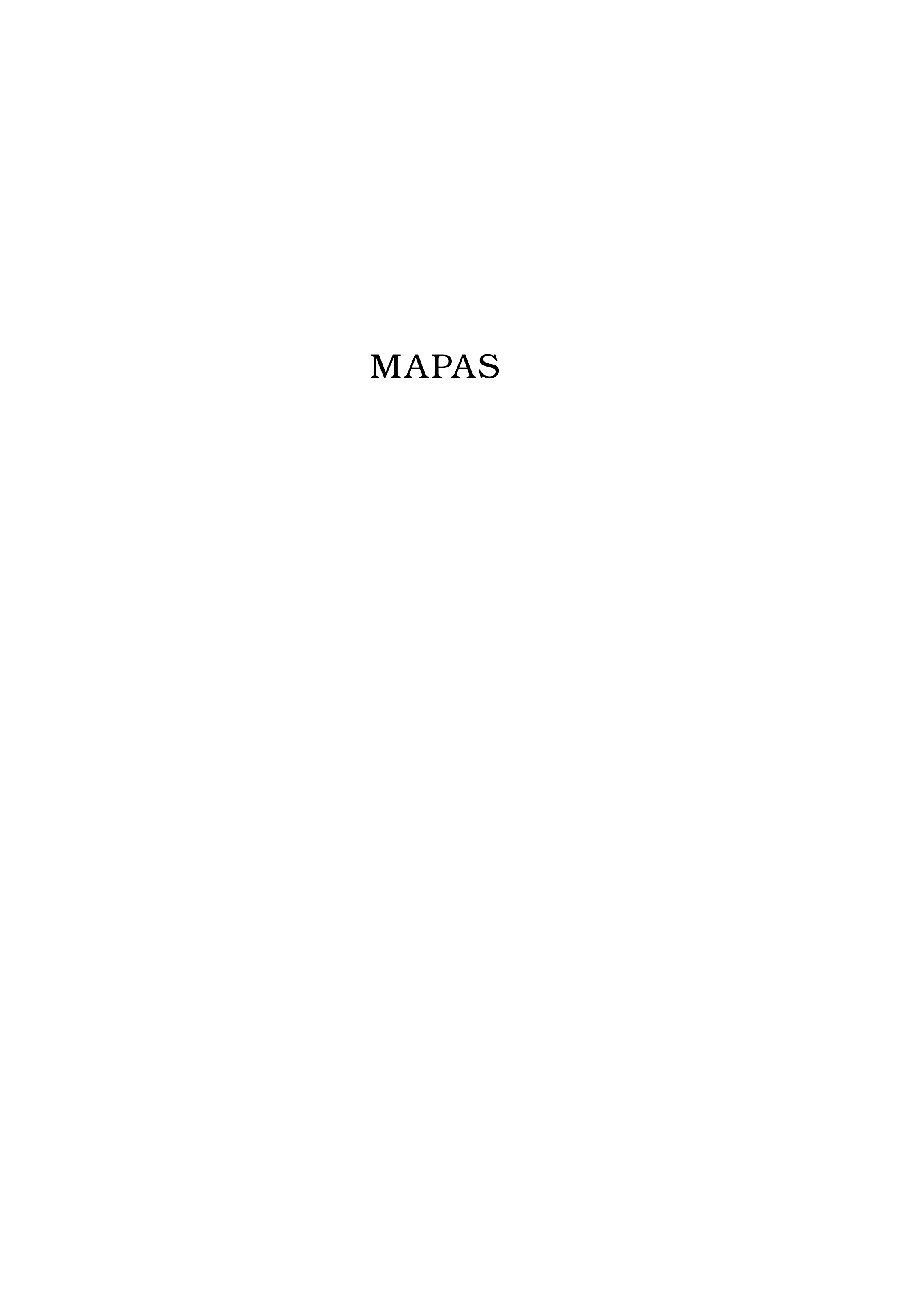
86. Aquiles Tacio, III, 9; IV, 12.

87. Herodoto, V, 16.

88. *Ap.* Estrabón, XVII, 802, cfr. 792 (lo mismo sugiere Rohde, *Griech. Roman*, p. 420, nota 1).

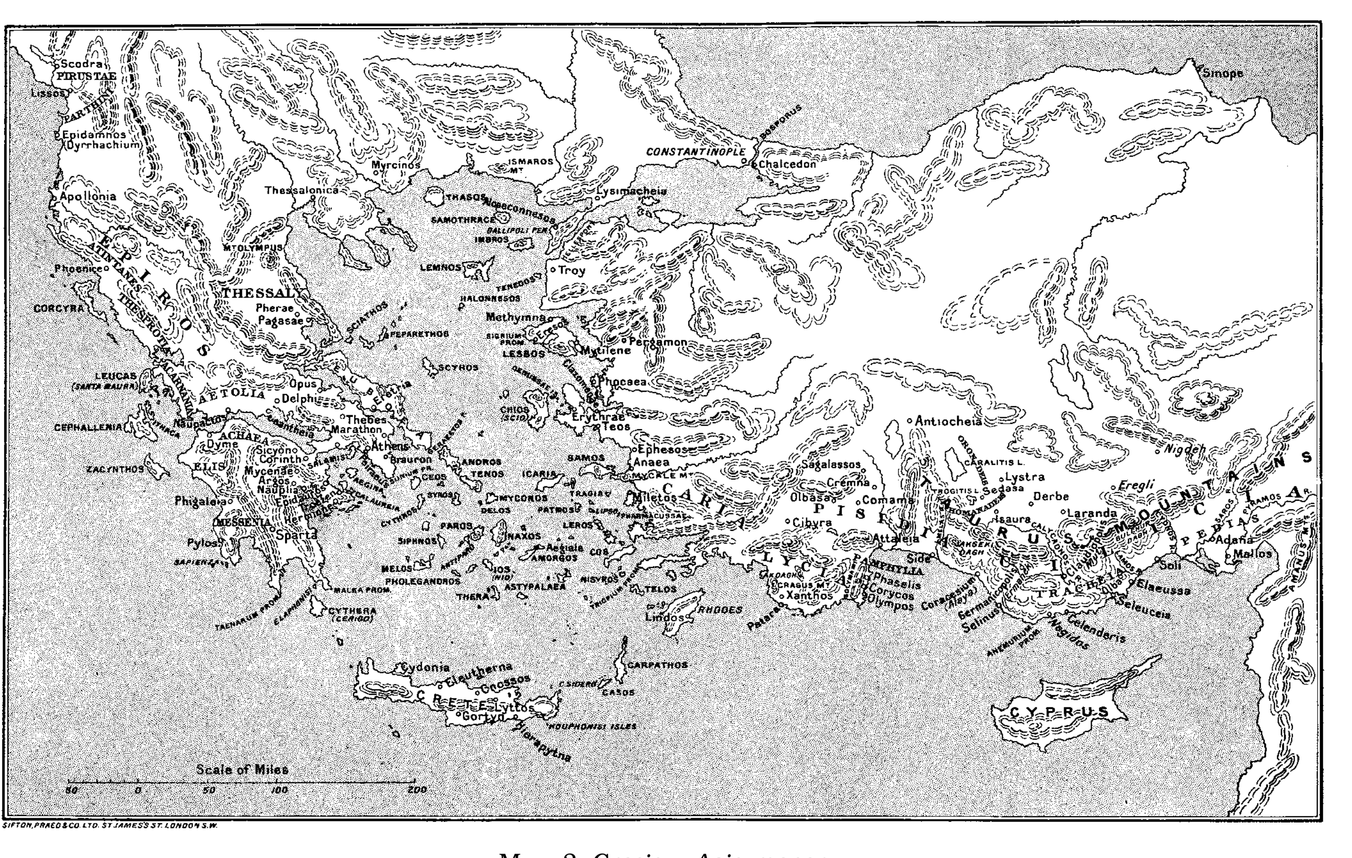
89. Jenofonte, *Ephesiaca*, II, 13.

90. Aquiles Tacio, III, 20-22.



MAPAS

MAPA 1: *El Mediterráneo occidental*



MAPA 2: *Grecia y Asia menor*

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE

CAPÍTULO VII

NOTAS

Piratería en la antigüedad de Henry A. Ormerod acabó de imprimirse en los talleres de la Imprenta Kadmos de Salamanca el 24 de febrero de 2012

